



Doctorado en
Comunicación



ALIC
COMUNICACIÓN
Y ESTUDIOS
SOCIOCULTURALES



CLACSO
COMUNICACIÓN,
POLÍTICA Y
CIUDADANÍA



La comunicación en tiempos de pandemia

Rodrigo Browne
& Carlos del Valle
editores



APUNTES DE COYUNTURA



COVID-19

La comunicación en tiempos de pandemia

COVID-19. LA COMUNICACIÓN EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Rodrigo Browne & Carlos del Valle, editores

COMITÉ CIENTÍFICO-EDITORIAL

Dra. Daiana Bruzzone, Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Dr. Mauricio Mancilla, Universidad Austral de Chile

Dr. Milton Pelegrini, Pontificia Universidad Católica de São Paulo, Brasil

Dra. Pamela Romero, Universidad Católica del Norte, Chile

Dra. Florencia Saintout, Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Dr. Víctor Silva, Universidad de Zaragoza, España

EDICIONES UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

APUNTES DE COYUNTURA

Primera edición: julio de 2020

ISBN: 978-956-236-384-6

UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

Av. Francisco Salazar 01145, casilla 54-D, Temuco

Rector: Eduardo Hebel Weiss

Vicerrector académico: Renato Hunter Alarcón

Director de Bibliotecas y Recursos de Información: Carlos del Valle Rojas

Coordinador de Ediciones Universidad de la Frontera: José Manuel Rodríguez

Diseño de portada: Ediciones UFRO

Se agradece a la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID), del Programa de Investigación Asociativa, Proyecto Anillo *Converging Horizons: Production, Mediation, Reception and Effects of Representations of Marginality*, PIA-ANID/ANILLOS SOC180045.



Doctorado en
Comunicación



ALIC
COMUNICACIÓN
Y ESTUDIOS
SOCIOCULTURALES


CLACSO
COMUNICACIÓN,
POLÍTICA Y
CIUDADANÍA


**CONVERGING
HORIZONS**
ANID-UNA PIA/ANILLOS SOCIOA

COVID-19

La comunicación en tiempos de pandemia

Rodrigo Browne
& Carlos del Valle
editores



ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	11
PARTE I. CORONA - CONCEPTUALIZACIONES EN TORNO A LA PANDEMIA.....	13
Apuntes sobre covid-19 y desigualdad: el derecho a la educación <i>Pablo Valdivia</i>	15
Biopolítica: somatocracia y medicina social <i>Patricio Lepe-Carrión</i>	19
Otro mundo, ¿bajo qué lógica? Individualismo o humanidad <i>Pablo Bilyk</i>	25
Pandemia y seguridad internacional: la amenaza que subestimamos <i>Gonzalo Montaner Peralta</i>	31
El virus se corona en la tecnología <i>Ricardo Viscardi</i>	37
Desconexión en tiempos de crisis pandémica <i>Claudio Andrés Maldonado Rivera</i>	41
Las audiencias en tiempos de pandemia <i>Brenda M. Focás</i>	45
La desinformación como acción intencional ante la pandemia del covid-19 <i>Karla Lara Laguna</i>	49
«Aunque los sueños se me rompan en pedazos». O la cursilería que contagia el coronavirus <i>María Angulo Egea y Berta Jiménez Luesma</i>	55
Lo inerte <i>Iván Flores Arancibia</i>	61
Sociedad de riesgo y cultura pública <i>Francisco Sierra Caballero</i>	67
De la exclusividad de los «otros» a un «nosotros» inclusivo: apuntes para pensar y sobrepasar las narrativas de identidad y alteridad en tiempos de covid-19 <i>Eduardo Gallegos Krause</i>	77
Pandemia, medios y riesgo <i>Nadia Koziner, Natalia Aruguete y Esteban Zunino</i>	83
La peste de los ricos <i>Roberto Follari</i>	89
Tareas pendientes y desafíos para la educación virtual en tiempos de crisis sanitaria <i>José Miguel Burgos B.</i>	91
¿Todo seguirá igual? <i>Lorenzo Vilches</i>	97
Reflexiones sobre la comunicación política y el discurso de derecha en el contexto de la pandemia <i>Mauricio Esteban Alarcón Silva</i>	101
Covid-19: del fantasma autoritario del <i>enemigo interno</i> a la biopolítica del <i>distanciamiento social</i> <i>Felip Gascón i Martín y Lorena Godoy Peña</i>	105

Pandemia e inmigración: la profundización de la diferencia <i>Marcela Vera Urra</i>	109
Comunicación en modo <i>online</i> . La silla musical del teletrabajo y la teleducación en tiempos del covid-19 <i>Bárbara Klett</i>	113
Miedocracia en Chile <i>Claudio Salinas y Hans Stange</i>	119
No hay escuela: la educación chilena reprueba en educomunicación <i>Martha Vidal-Sepúlveda</i>	125
Minería a casa cerrada: los desafíos del espacio público <i>Daniel Badenes</i>	131
Coronavirus y posmodernismo <i>Antonio Sánchez Jiménez</i>	135
Domesticar la memoria <i>Diego Olivares Jansana</i>	139
PARTE II. -VIRUS. EXPERIMENTACIONES EN TORNO A LA PANDEMIA	145
El valor de la comunicación en los tiempos del covid-19 <i>Toumader Chakour</i>	147
Pandemia y los límites de la comunicación: el caso de Nayib Bukele en El Salvador <i>Amparo Marroquín Parducci</i>	151
Coronavirus o el dilema de salvar la vida o diferir la muerte <i>Carlos del Valle</i>	157
[El apocalipsis de la Posmoshangai de Chile] <i>Juan Carlos Olivares Toledo</i>	161
Fotografía de la angustia o el nomadismo como apuesta <i>Jonatan Alzuru Aponte</i>	165
Para usted, ¿qué significa este virus? <i>Carolina Rojas Flores</i>	175
Diario de una crisis desde Valencia: covid-19 <i>Luis Veres</i>	177
La importancia de la comunicación estratégica en salud en tiempos de covid-19 <i>Miguel Ángel Carrasco</i>	181
Utopías del encierro <i>María Isabel Noreña</i>	185
Por una política del ascensor <i>Valeria Wagner</i>	191
Desde la x hasta la alfa, ¿cuál se adaptará mejor a los cambios actuales? <i>Álex Inzunza Moraga y Andrés Inzunza Jaramillo</i>	195
Vida privada: laboratorio de otros virus <i>María Jesús Román Carreño</i>	199
Sobre la pandemia, el futuro y un congreso que lo piensa <i>José Manuel Rodríguez</i>	203
Intuir en cuadritos <i>Omar Rincón</i>	205

Vidas apantalladas ante una pandemia en <i>streaming</i> global <i>Daniel H. Cabrera</i>	209
¿Nos zoomeamos un café? O la zoomización de nuestras vidas <i>Rodrigo Browne</i>	213
Amores que matan, violencia contra las mujeres en tiempos de contagio <i>Aura Isabel Mora</i>	215
La cultura y la tecnología en tiempos de covid-19 <i>Paola González Salas</i>	219
La disputa por las narrativas sobre la pandemia de covid-19 en México <i>Magdalena Sofía Paláu Cardona</i>	223
Videollamadas, la pérdida de la intimidad y la falsa libertad <i>Camila Rojas Sánchez</i>	229
Una protección estéril: políticas de Estado en torno a la violencia de género en el Chile de la pandemia <i>Alicia Rey Arriagada</i>	231
En tiempos del corona <i>Saïd Sabia</i>	235
Pastiche: ¿cómo los jóvenes punks piden dinero en las calles en tiempos de pandemia? <i>Rodolfo Hlousek Astudillo y Jumapayo Escorpio</i>	239
Body Condom: about the mental pandemic and the renewal of social theory and philosophy when 'the realm of stupidity itself prevails' <i>Evandro Vieira Ouriques</i>	243
AUTORXS CONFINADXS.....	239

PRESENTACIÓN

Covid-19. La comunicación en tiempos de pandemia es un libro que desde una perspectiva interdisciplinaria trata de observar, otear, olfatear —«sacar una foto»— a lo que está sucediendo en gran parte del mundo con esta crisis sanitaria.

A diferencia de otros proyectos que se levantan bajo el alero del Doctorado en Comunicación impartido bilateralmente por la Universidad de la Frontera (Temuco) y la Universidad Austral de Chile (Valdivia), esta propuesta tuvo como prioridad recurrir a todos los mecanismos que ofrecen las comunicaciones para acercarse a la contingencia y hacer de esta «foto» una cuestión del aquí y el ahora, sin mayores trámites que la presentación de textos breves que dejaran huellas sobre el sentir en y de estos momentos difíciles.

Más allá de ser un texto vinculado al mundo de la investigación —que es en el que navegamos habitualmente—, es un registro de divulgación de sensaciones y sentimientos de investigadorxs que, como mujeres y hombres de a pie, aceptaron la invitación para escribir, en poco tiempo, sus emociones y experiencias sobre la pandemia en el contexto de sus microrrealidades.

Esta divulgación de sensaciones —no ajenas a las inquietudes investigativas de cada unx de lxs invitadxs, colegas que conforman la red nacional e internacional del Doctorado en Comunicación— constituye un ejercicio que, en definitiva, se traduce en una herramienta para palpar el día a día y opinar sobre el particular mundo en el que estamos (con)viviendo.

Por último, quisimos dejar un registro que, a modo de conceptualización (corona-) y opiniones experienciales (-virus), permita hablar a un grupo de académicxs,

estudiantes e investigadorxs acerca del sentir de un planeta en torno a una pandemia sanitaria, social, política, económica y comunicacional de carácter global.

Un agradecimiento sentido a cada unx de ellxs por haber aceptado rápidamente ser parte de esta aventura editorial que busca aportar una-otra mirada de estos tiempos de crisis.

Los editores,
Temuco-Valdivia [en línea], julio de 2020.

PARTE I

CORONA-. CONCEPTUALIZACIONES EN TORNO A LA PANDEMIA

APUNTES SOBRE COVID-19 Y DESIGUALDAD: EL DERECHO A LA EDUCACIÓN

Pablo Valdivia (Groningen, Países Bajos)

Recientemente, Philip Alston (exrelator especial de Naciones Unidas) explicaba que la actual crisis mundial del covid-19 ha tenido una doble repercusión inmediata: por un lado, ha conseguido visibilizar todo un conjunto de desigualdades que ya estaban presentes en nuestras sociedades globalizadas y, por otro, ha acentuado los desajustes que existían previamente en todo el planeta. En este sentido, y en mi opinión, se puede añadir que la del covid-19 es mucho más que una crisis sanitaria. La pandemia es también una crisis económica que se enmarca en otras dos crisis globales anteriores y ahora agudizadas: la crisis migratoria y la crisis climática.

Por tanto, la crisis del covid-19 constituye un desafío poliédrico que está revelando la desestructuración y el colapso del mundo neoliberal globalizado por su incapacidad para generar respuestas sociales y solidarias. Este momento de ruptura está siendo políticamente aprovechado por el social-nativismo y el populismo bajo diversas formas y de diferentes maneras. Tal y como exponía acertadamente Ricardo Finchelstein en un artículo titulado «La mentira racista tiene consecuencias», publicado en *El País* (2020), «el populismo es el fascismo adaptado a la democracia». Y en estos momentos, tanto el social-nativismo como ese populismo ponen por delante de cualquier interés del bien común principios de superioridad nacionalista, cultural o, simplemente, económicos.

Sin embargo, el hecho de que la desigualdad está creciendo y de que tan solo los sistemas públicos de calidad pueden hacer frente a los retos que se nos plantean a todos, desde Nueva Zelanda hasta Chile, es algo incuestionable. La respuesta social-nativista y populista nos emplaza a retroceder hacia los principios del Estado nación del siglo XIX en un fanático proceso de retradicionalización del tejido social.

Al mismo tiempo, nos pone ante una falsa dicotomía entre globalización y nacionalismo. De esta manera, se invisibilizan los verdaderos debates que nos acucian: cómo diversificar la producción de bienes de primera necesidad y desarrollar regulación supranacional que propicie regímenes de redistribución de la riqueza, cooperación y coliderazgo. Desde mi punto de vista, el problema no es la globalización. Por el contrario, el desafío que nos atañe es cómo cocrear legislación internacional que asegure equidad y solidaridad frente a modelos económicos extractivistas y sistemas de creencias supremacistas.

Podemos encontrar un ejemplo ilustrativo en el ámbito del derecho a la educación. Ante la emergencia del covid-19 y las medidas de confinamiento, muchos países han adaptado o han intentado traspasar la actividad educativa presencial al modo *online*, sin que su comunidad docente y estudiantil, ni tampoco los gestores de las estructuras de aprendizaje estuvieran preparados. Los niveles de alfabetismo digital en la mayor parte de los países más afectados por el covid-19 son extraordinariamente bajos. En lo que se refiere al grado de dominio de las competencias en metodologías híbridas y activas de aprendizaje (*active blended learning*), este es todavía menor. Por ello hemos visto cómo muchos estudiantes han sufrido la interrupción de sus estudios, no solo por la imposibilidad o deficiencia de su acceso a internet, sino por algo todavía más fundamental: no están entrenados en cómo aprender y los profesores no están entrenados en cómo enseñar desde modos educativos sincrónicos y asincrónicos. De ahí que, durante estos últimos meses, el trabajo de los profesores se haya intentado resolver, bien enviando al alumnado cantidades ingentes de tareas para cumplimentar en el hogar, bien intentando trasladar a un entorno virtual el modelo tradicional de enseñanza, el de las clases presenciales, basado en la centralidad del profesor y el trasvase acumulativo de información.

¿Por qué se ha producido esta situación que los gobiernos de muchos países y las comunidades académicas de bastantes universidades no han sido capaces de resolver? Los factores que la han propiciado son diversos, pero el más relevante es el que orbita en torno al propio desconocimiento general de las metodologías de *e-learning* por parte de las autoridades educativas. Uno de los prejuicios comunes entre los responsables universitarios es considerar que las metodologías híbridas activas (*active blended learning*, *peer-instruction*, etc.) equivalen a enseñar *online* y que para eso ya se dispone de las universidades a distancia. Error mayúsculo.

El *e-learning* parte de dos principios fundamentales. El primero es que la clase deja de ser un lugar unidireccional de transferencia acumulativa de información (profesor-alumnado) para convertirse en una comunidad de investigación (*community of inquiry*) formada por pares. El segundo es que la tecnología debe ser utilizada para mejorar las capacidades cognitivas de los estudiantes y para reforzar la curva

de aprendizaje mediante la activación de los participantes, a través de estrategias y metodologías concretas, en una comunidad de investigación. Quizá uno de los casos más interesantes, no solo por el éxito obtenido, sino también por cómo ha sido capaz de poner los principios del *e-learning* al servicio de los más desfavorecidos, es el que encarna la Universidad de Northampton. Hace más de cinco años, cambió el modelo de educación y hasta la misma configuración de todo el campus, para desarrollar un método de enseñanza híbrida activa, con lo que se convirtió en la única institución académica del Reino Unido en obtener el reconocimiento oficial de la universidad con mejor docencia del país y los resultados más positivos por parte de sus estudiantes durante varios años consecutivos.

Desafortunadamente, los prejuicios aún son muchos. De alguna manera, se siguen identificando las metodologías híbridas activas con ideologías neoliberales. No deja de ser paradójico que el *e-learning* haya conseguido poner de acuerdo a posiciones ideológicas social-nativistas y populistas de derecha y de izquierda en el negacionismo de las nuevas tecnologías educativas. Esta paradoja es llamativa y además ilustra muy bien la coyuntura histórica en la que nos encontramos. Durante los últimos años he investigado, junto con mis colegas Eric Mazur de la Universidad de Harvard y Hans Beldhuis de la Universidad de Groningen, el porqué del rechazo frontal de cierta parte del alumnado y el profesorado a las metodologías híbridas de aprendizaje. Hasta ahora hemos conseguido aislar, de manera sistemática, los siguientes factores que afectan a la cultura educativa desde la que unos y otros rechazan las metodologías activas de docencia y aprendizaje: 1) el profesor deja de ocupar un lugar central y pasa de ser la autoridad a convertirse en un facilitador que cocrea, co-lidera y cosupervisa el proceso de aprendizaje; 2) el estudiante necesita desarrollar una motivación intrínseca para avanzar, puesto que la lógica del castigo-recompensa desaparece en la narrativa de la comunidad de investigación; 3) el objetivo principal del aprendizaje estriba en que los estudiantes adquieran competencias de colaboración, de cocreación y de resolución de problemas complejos, por lo que su implicación activa es necesaria y no pueden esconderse tras la toma de notas y el estar callados sin prestar atención, aguardando para repetir mecánicamente información acumulativa. Por tanto, el estudiante se convierte en un par de otros estudiantes, cuya responsabilidad compartida es contribuir al proceso colectivo de aprendizaje.

Estos tres hechos, sucintamente enunciados, colisionan con la concepción y la práctica mantenida habitualmente por aquellas personas que han sido formadas en el seno de sistemas conceptuales que sustentan una fuerte jerarquización y compar-ten, en muchos casos, principios social-nativistas y nacionalistas. En otras palabras, las metodologías de aprendizaje híbrido activo despliegan estructuralmente un carácter democratizador para aquellas comunidades que las ponen en práctica, ya que

desarrollan la motivación intrínseca y el aprendizaje se realiza en una red de instrucción entre pares, en la cual la resolución colaborativa de problemas compartidos es la clave en la adquisición de competencias y destrezas. El estudiante no se esfuerza para conseguir una nota en un examen final, sino que trabaja para construir una respuesta a un problema común en colaboración con sus pares. ¿Se imaginan una metodología docente más peligrosa para aquellos que se afanan en enfrentarnos a unos contra otros en vez de propiciar mecanismos de cooperación y desarrollo equitativo?

Cabe aún una última reflexión sobre el carácter emancipador de la tecnología. Parece casi un lugar común demonizar a la inteligencia artificial como una fuente abstracta del mal y la injusticia. Sin embargo, a nadie se le ocurre afirmar hoy (sí en otros tiempos y todavía a los que permanecen instalados en ellos) que un libro, que no deja de ser una magnífica herramienta tecnológica que permite extender y superar las limitaciones de nuestra memoria, es un objeto de naturaleza corruptora de nuestra humanidad. Igualmente, la aplicación de tecnologías de inteligencia artificial en la educación está mostrando resultados excelentes (como lo demuestra el caso de Perusall), porque con ellas se amplifican nuestras habilidades y nos conectamos con modelos de aprendizaje más personalizados y más relevantes para nuestras comunidades.

La desigualdad que viene con esta crisis no será solo económica o de salud, sino también de acceso a sistemas y métodos de educación de calidad que contribuyan a nuestra emancipación personal y al progreso social. El derecho a la salud y el derecho a la educación van de la mano. Se necesitan sistemas robustos que aseguren la accesibilidad, la calidad y la asequibilidad en los dos ámbitos. La crisis del covid-19 ha revelado la necesidad de repensar la educación tradicional aún basada en los principios estructurales del Estado nación del siglo XIX y la ha convertido en una demanda urgente. No es la hora del enfrentamiento social-nativista, sino de la audacia del progreso.

Referencias

Finchelstein, R. (29 de mayo de 2020). La mentira racista tiene consecuencias. *El País*.
<https://elpais.com/internacional/2020-05-29/la-mentira-racista-tiene-consecuencias.html>

BIOPOLÍTICA: SOMATOCRACIA Y MEDICINA SOCIAL

Patricio Lepe-Carrión (Temuco, Chile)

En octubre de 1974, Michel Foucault visitó la Universidad del Estado de Guanabara (que después sería la de Río de Janeiro) en Brasil, donde dictó una serie de seis conferencias en el Instituto de Medicina Social. En la segunda de ellas, titulada «Nacimiento de la medicina social» (Foucault, 2001b), es donde aparece por primera vez la noción de biopolítica. El concepto no era de su invención, lo tomó prestado del filósofo sueco Rudolf Kjellén, y tampoco fue una categoría de batalla al interior de su obra, puesto que lo abandonó muy temprano para dar paso a la idea de gubernamentalidad.

Dada la emergencia sanitaria por la que atravesamos hoy, ha sido —ciertamente— un concepto muy atractivo para la academia en general, convirtiéndose en una suerte de *trending topic* en la esfera de circulación de artículos y columnas de opinión. Sin embargo, pocas veces hallamos lecturas atentas respecto a los usos restringidos o contextualizados de la categoría en cuestión. Al parecer, el abuso de la consigna de Wittgenstein sobre la «caja de herramientas» ha hecho del martillo un serrucho, y de la biopolítica una noción relativa a conspiraciones perversas de un grupo de sociópatas manipulando la vida de la población (nada más lejano al pensamiento de Foucault). Daniele Lorenzini (2020) ha hecho notar brillantemente este último punto en una columna reciente.

Sin pretender instalarme en la guardia fronteriza o de control sobre los usos correctos del concepto, y apostando —además— a una legítima saturación intencionada y resignificación de los sentidos a partir de un levantamiento epistemológico radicalmente diferente, me parece —como también lo ha señalado Stuart Elden (2020)— que sí es posible resituar los conceptos a los contextos específicos en que

fueron producidos y evitar su instrumentalización como herramientas universales o de multiuso para todos los tiempos y lugares. Es por ello que intentaré una breve exploración histórica sobre la emergencia y primera contextualización «restringida» de la idea de biopolítica, que nos aporte —obviamente— para pensar sobre nuestra actual crisis social y sanitaria.

Digo primera contextualización, porque el concepto tendrá algunos giros significativos en años posteriores,¹ para luego ser abandonado casi definitivamente en 1979.

En torno a la conferencia del 74, cabe señalar que, desde los inicios de aquella década, Foucault estuvo relacionado con proyectos y organizaciones del campo de la salud en Francia; por ejemplo, mantuvo una activa participación en el Grupo de Información sobre la Salud (GIS), con quienes elabora un «Manifiesto sobre la medicina». Dicha participación estuvo acompañada también del Grupo de Información de los Asilos (GIA) y del Grupo de Información y Sustentación de los Trabajadores Inmigrantes (GISTI), además de una serie de investigaciones de esa época (y otras muy anteriores) que versaban sobre historia y política de los establecimientos hospitalarios.

Pero su relación con la medicina social latinoamericana, como veremos aquí, va a tener una relevancia extraordinaria: la incorporación de la categoría «biopolítica» en el escenario de un debate estrictamente social y político que conecta con la problematización de la actual emergencia sanitaria, en torno a los principios que regulan las formas de gobierno sobre la población (Lepe-Carrión, 2019).

Uno de los primeros médicos en Brasil que escribieron su tesis doctoral sobre la base del pensamiento de Michel Foucault fue Sergio Arouca (1975), un conocido político militante comunista y colaborador en la fundación del Partido Socialista, que tuvo un fuerte protagonismo en el movimiento de medicina social brasileño que defendía —principalmente— el rol esencial del Estado en la salud pública. De hecho, su producción científica constituye una referencia mundial sobre la temática, e incluso tuvo una fuerte repercusión en la formación del Sistema Único de Salud (SUS) creado en 1988, que garantizó el derecho a la salud de toda la población brasileña (universal y gratuita).

Pero la preocupación por los fenómenos socioeconómicos en el campo de la salud, y la inserción de los estudios sociales y antropológicos en el área, ya venía tejiéndose desde los años treinta en América Latina. De hecho, la figura de Salvador Allende había sido un referente indiscutible. La publicación de su libro *Realidad médico*

1 Por ejemplo, la idea del «derecho de muerte y poder sobre la vida» en el marco de lo que se conocerá como biopoder, va a aparecer dos años después (en 1976), tanto en su libro *Voluntad de saber* (capítulo v del primer tomo de *Historia de la sexualidad*), como también en la última clase de *Defender la sociedad* (17 de marzo de 1976).

social chilena (de 1932) sería pionera en el campo de la medicina social, más cuando su trabajo se vio cristalizado en 1952 con la creación del Sistema Nacional de Salud, que marcó una pauta relevante en la búsqueda de garantías universales y gratuitas para todas las personas.

Entre 1968 y 1970, fueron los tiempos de una «nueva izquierda» que asomó con intensas revueltas estudiantiles, y una crítica profunda al capitalismo y al desgastado socialismo; pero también con una mirada de sospecha radicalizada hacia el modelo positivista de la ciencia.

Y en la década del setenta hubo un fuerte impulso en la medicina social y preventiva, que fue liderado —principalmente— por el médico argentino Juan César García e inspiró a muchos profesionales de la salud en distintos países, pero especialmente en Brasil. Fue él, en conjunto con Sergio Arouca, quien contactó e invitó al filósofo francés a dictar sus conferencias a Río de Janeiro en 1974.

Si nos remontamos a 1973, un año antes de las conferencias en el Instituto de Medicina Social (recordemos que Foucault visitó Brasil en cinco ocasiones: 1965, 1973, 1974, 1975 y 1976), el filósofo dictó una serie de conferencias reunidas bajo el título «La verdad y las formas jurídicas» en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, donde —paralelamente— se reunió con un grupo de médicos y psiquiatras que, al parecer, lo convencieron de actuar políticamente contra la dura represión que se vivía en ese entonces, mediante la indagación en las problemáticas que el movimiento latinoamericano de medicina social venía trabajando; y así, de paso, atacar a los seguidores brasileños del conductismo del psicólogo experimental norteamericano Burrhus Frederic Skinner, que —según Daniel Defert (2001, p. 59)— mantenían un rol como agentes aliados de la dictadura civil-militar.

Entenderá el lector que hablar de una dimensión social de la medicina en tiempos tan convulsionados como las dictaduras latinoamericanas podía significar una serie de prácticas restrictivas y persecutorias.

El Instituto de Medicina Social, que invitó a Michel Foucault a dictar sus conferencias, se encontraba —según nos relata Heliana Rodrigues (2016)—² en uno de los procesos de transformación más importantes de su historia. La discusión en el ambiente se concentraba —como es de esperar— en el modelo privado e individualista de la salud en general. De hecho, la formación de programas de posgrado y la contratación de nuevos profesores vinieron a reforzar la cátedra de Higiene del Instituto, y las líneas de estudios sobre epidemiología, planeación y ciencias sociales.

El paradigma marxista que dominaba las perspectivas en salud pública en los grupos más progresistas y, por lo tanto, asumidas como el estandarte de guerra entre

² Sobre Foucault y la historia de la medicina social en América Latina, también puede consultarse Franco, Nunes, Breilh y Laurell (1991).

quienes abogaban por la medicina social, era enfrentado con un tipo de medicina individual y capitalista, defendida por profesionales «alienados» y promotores de la salud privada.

Esta dicotomía, tan presente en el debate latinoamericano, es la que Foucault va a tensionar en la conferencia del 74. Introduciendo la categoría de biopolítica, Foucault invita a los asistentes a pensar dicha relación desde un punto de vista completamente diferente.

Lo que se propone el filósofo francés será demostrar que la emergencia de la medicina moderna no significó una fractura (capitalista) respecto al tránsito de una medicina colectiva a una individualista o privada, sino, por el contrario, que la medicina moderna es una práctica social que tiene como foco de intervención el «cuerpo social». Es decir, el capitalismo de fines del siglo xviii y principios del xix, más que aniquilar la idea de salud colectiva, lo que hizo fue socializar el cuerpo como un objeto de intervención, en función de su fuerza productiva o fuerza de trabajo.

Por lo tanto, el control social no se efectuó mediante el dominio de las «conciencias» de los individuos, como estaban convencidos los marxistas, sino por medio de estrategias de intervención sobre lo somático o corporal: «Para la sociedad capitalista lo más importante era lo biopolítico [...], el cuerpo es una realidad biopolítica; la medicina es una estrategia biopolítica» (Foucault, 2001b, p. 210).

Al ser la medicina una «práctica social», queda desmantelado, por un lado, el mito de la «medicina no-social» o individualista que aparecería con la llegada del capitalismo y, por otro, el de la aparición de una medicina social en el siglo xx, luego de la Segunda Guerra Mundial. Toda medicina —dirá Foucault (2001a, p. 44)— es «social» y, por lo mismo, la idea de una medicina individualista solo sirve para legitimar el ejercicio privado de la práctica médica.

En las conferencias de Rio de Janeiro, Foucault recurre a una exploración histórica sobre la medicina, ya antecedida en parte por los trabajos de Henry Sigerist (1987) y George Rosen (1980), en torno a la identificación de tres fases en el despliegue de esta economía del cuerpo, de esta somatocracia que ubica el cuidado del cuerpo, o la relación entre enfermedad y salud, en el foco de la intervención gubernamental: primero, una «medicina de Estado» a comienzos del siglo xviii en Alemania, que nace alrededor de la ciencia de Estado (*Staatswissenschaft*) o gobierno estatal, y de allí, el desarrollo de una policía médica (*Medizinischepolizei*), caracterizada por la vigilancia epidemiológica, las estadísticas vitales, la normalización de una práctica y un saber médico, la administración central de la práctica médica, y la aparición de funcionarios gubernamentales a cargo de la salud.

Segundo, una «medicina urbana» a fines del siglo xviii en Francia, que, en vez de apoyarse en la estructura estatal, lo hará en la «urbanización» como forma

político-sanitaria de control sobre el hábitat o medioambiente. Se caracterizó por una vigilancia generalizada y división de los espacios urbanos de amontonamiento (cementeros, basurales, mataderos), un control sobre la circulación del agua y el aire (métodos de abastecimiento y saneamiento) y la promoción de la salubridad, la higiene pública, etc.

Y tercero, la emergencia de una «medicina de la fuerza de trabajo» en el siglo XIX en Inglaterra, donde los pobres, la plebe, el pueblo o los obreros fueron objeto de medicalización, so pretexto de considerarse un peligro para la burguesía que administraba la ciudad. El país que experimentó la Revolución Industrial y, por ende, el desarrollo más avanzado del proletariado, va a dar luz a un tipo de medicina social vehiculada a través de una «ley de pobres», que disponía el control médico obligatorio del indigente que se beneficiaba del sistema asistencial. De este modo, los más ricos se protegían mediante el establecimiento de cordones sanitarios de la vulnerabilidad infecciosa frente a epidemias y de la susceptibilidad criminal a que estaban expuestos (también por su naturaleza) los más desposeídos.

Esta medicalización obligatoria sobre la fuerza de trabajo, la socialización de la medicina, el control médico a los más pobres, fue el modo de medicina social que, si bien nace en Inglaterra, se va a diseminar por todos los países como un sistema efectivo de sanitización laboral para la producción de riqueza y disminución del riesgo al que se exponen las clases privilegiadas.

Este nuevo debate que abre Foucault en torno a lo que aconteció en Inglaterra durante el siglo XIX respecto a la legislación de la salud pública es un ejemplo de que los problemas relacionados con los fenómenos que afectan al gobierno de una «población», tales como la mortalidad, la natalidad, la higiene, las razas, etc., no pueden ser pensados por fuera del marco general que los hace posibles, o por fuera de la racionalidad política que los sistematiza: el liberalismo.

Dicha vinculación es tan importante que, a fines de la década del setenta, el filósofo francés dedicará su curso «Nacimiento de la biopolítica» no a desentrañar los misterios del «derecho de muerte y poder sobre la vida» (como insinúa su título), sino a describir la emergencia de las formas liberales (y neoliberales) como «tecnologías de gobierno» o conducción de las conductas, en las que se ha ido forjando la idea de un sujeto de derechos absorbido y contenido por un sujeto económico.

Como vemos, la instalación del concepto de biopolítica, en su primer momento de inserción en el debate latinoamericano sobre medicina social, es un hito importante para comprender no solo la historicidad de los actuales mecanismos disciplinarios de la medicina moderna que se ejercen sobre los cuerpos, y el control policíaco-médico que se ejerce sobre las poblaciones en contextos de depresión económica y crisis social (como la sublevación de octubre recién pasado en Chile), sino, y principalmente,

para pensar la posibilidad de contraconductas que permitan, por un lado, nuestra urgente liberación de las actuales formas militarizadas de gobierno que garantizan la continuidad de los principios constitucionales impuestos en dictadura y, por otro, la búsqueda de alternativas efectivas de una «salud colectiva» que llegue a todas las personas, a pesar de las insoportables condiciones de medicalización obligatoria o biopolitización generalizada de la pandemia.

Referencias

- Aroucas, S. (1975). O dilema preventivista. Contribuição para a compreensão e crítica da medicina preventiva (tesis doctoral). Universidade Estadual de Campinas.
- Defert, D. (2001). Chronologie. En M. Foucault, *Dits et écrits. I. 1954-1975* (pp. 13-90). Gallimard.
- Foucault, M. (2001a). Crise de la médecine ou crise de l'antimédecine? [1976]. En *Dits et écrits. II. 1976-1988* (pp. 40-58). Gallimard.
- . (2001b). La naissance de la médecine sociale [1977]. En *Dits et écrits. II. 1976-1988* (pp. 207-228). Gallimard.
- Franco, S., Nunes, E., Breilh, J. y Laurell, A. (eds.). (1991). *Debates en medicina social*. Organización Panamericana de la Salud y Asociación Latinoamericana de Medicina Social.
- Elden, S. (27 de abril de 2020). Historicizing Foucault: Stuart Elden on Tracing Foucault's Ideas from Discipline and Punish to the History of Sexuality. *Journal of the History of Ideas*. <https://jhiblog.org/2020/04/27/historicizing-foucault-stuart-elden-on-tracing-foucaults-ideas-from-discipline-and-punish-to-the-history-of-sexuality/?fbclid=IwAR3ZmMcCxxkLJX4omWAJ5Hkyx9d1aBuYb-MiuUErTCzWuZqk6C6NtQk4Qx-oU>
- Lepe-Carrión, P. (2019). Crisis de gubernamentalidad en Chile: contra la expropiación financiera y el orden público económico. *Kalagatos, Revista de Filosofía*, 16(3), 1-33.
- Lorenzini, D. (2 de abril de 2020). Biopolitics in the Time of Coronavirus. *Critical Inquiry*. https://critinq.wordpress.com/2020/04/02/biopolitics-in-the-time-of-coronavirus/?fbclid=IwAR1zC_Ob_4ABGMN3GZboW5wnWd9gO2v3pL8h-lQIj-f2m-4hEIRsnxiAkwqE
- Rodrigues, H. (2016). *Ensaio sobre Michel Foucault no Brasil. Presença, efeitos, ressonâncias*. Lamparina.
- Rosen, G. (1980). *Da polícia médica á medicina social*. Graal.
- Sigerist, H. (1987). *Hitos en la historia de la salud pública*. Siglo XXI.

OTRO MUNDO, ¿BAJO QUÉ LÓGICA? INDIVIDUALISMO O HUMANIDAD

Pablo Bilyk (La Plata, Argentina)

No es posible aventurar el devenir de los impactos y hechos sociales que marcarán a nuestros pueblos luego de la traumática situación que estamos atravesando. Sin embargo, es necesario analizar las encrucijadas que se abrirán en un momento tan dinámico a partir de nuestros paradigmas: el pensamiento crítico, el análisis histórico-social y el posicionamiento político en el campo nacional/popular, que entiende la construcción de un Estado democrático como la única posibilidad para lograr umbrales de humanidad en un mundo donde la hegemonía propone indiferencia individualista y consumismo.

La situación es inédita, en un mundo que ya venía atravesando un momento de transformación y deterioro acelerado. Un factor biológico pone en grave crisis el funcionamiento de una globalización que propagó el virus a gran velocidad a través de los aviones. La medida más efectiva es el aislamiento y el momento es ahora. Los Estados nación deben intervenir con políticas sanitarias urgentes para evitar escenarios de catástrofe. Deben tomarse las medidas necesarias de aislamiento y lograr la conciencia ciudadana para afrontar una situación que demanda, y demandará aún más en los meses que siguen, un compromiso colectivo.

El factor común es el miedo, elemento fundante de nuestras civilizaciones. La tradición hobbesiana continúa haciéndose presente para interpretar cada gran proceso histórico. Es imposible la humanidad sin comunidad y, al mismo tiempo, en ese encuentro lxs humanxs somos un riesgo para nosotrxs mismxs (hombre lobo del hombre). La coyuntura actual ratifica que sin comunidad no es posible la vida, y más aún ante una pandemia.

De un modo novedoso se nos presenta una amenaza conocida: la otredad. Somos lxs otrxs el riesgo sanitario del contagio extendido, pero en este caso no se trata de

diferencias culturales. Nos pone en riesgo lo que nos define en primera instancia: la especie humana y nuestra vida en comunidad. Es la comunidad la que a partir de su conciencia y organización puede contribuir a una menor circulación social del virus. Por supuesto, este argumento fue tomado por los gobiernos de derecha para imponer toques de queda y militarización; como siempre, una respuesta desde la represión.

Ante este escenario, son los Estados nación los que tienen que asumir la protección de su población a través de sus políticas sanitarias, económicas y sociales. Si bien el aislamiento es la acción más efectiva, su implementación pone en evidencia las tensiones sociales y cómo sus resoluciones históricas permiten afrontar de modos diferentes la crisis sanitaria. Con la particularidad de que la desidia y las falencias (en el sistema sanitario, de seguridad social, etc.) producen una evidencia que en este momento es inocultable: los números de muertes diarias, acumuladas; los gráficos y los cuerpos; los cuerpos que se trasladan en largas filas de camiones con ataúdes en Bérgamo (Italia); las fosas comunes de Estados Unidos; los cuerpos en las calles y los ataúdes de cartón en Guayaquil (Ecuador); la *nuda vida* (Agamben, 1998).

Cada sistema sanitario, cada ciudad y cada familia se encuentran afrontando esta situación con las herramientas que tienen, las discusiones que cada sociedad logró saldar —o no—, el lugar de los derechos expresado en el derecho a la salud, fundamentalmente, y la capacidad empática de sentir el dolor del otro.

Sobrevivimos a un ordenamiento global que destaca su eficiencia en producir exclusión y muerte; ocultándola, volviéndonos indiferentes, entreteniéndonos y sojuzgándonos bajo la certeza de que este mundo es así y no hay otro camino. El triunfo del capital y su imposición absolutista como el único sistema político-económico viable ha simplificado con prepotencia ese triunfo, razón por la que se explica el crecimiento de una ambición desmesurada que lleva a que las brechas de desigualdad sean aún mayores en un mundo globalizado e hiperfinancierizado. Es tiempo de evidenciar —una vez más— el autoritarismo del capital. En esta ocasión tenemos una oportunidad para que esa denuncia se vuelva una causa común mayor.

Mark Fisher (2016) plantea su tesis sobre el realismo capitalista como una forma de complejizar el concepto de posmodernidad, entendiendo que esta categoría fue acuñada en un momento inicial de la hegemonía neoliberal. En 1980, cuando Fredric Jameson formuló su definición sobre posmodernidad, todavía existían alternativas al capitalismo. Hoy, sostendrá Fisher (2016, p. 30), «el capitalismo ocupa sin fisuras el horizonte de lo pensable» y, por lo tanto, es el gran constructor de las subjetividades de nuestra época.

Allí radica la particularidad del «realismo capitalista», un ideario individualista y competitivo que atraviesa todas las experiencias contemporáneas, «cubriendo el horizonte de lo pensable y obturando la capacidad de imaginar un nuevo escenario

cultural y sociopolítico» (Fisher, 2016, p. 2). El real capitalismo, el capitalismo que se oculta detrás de las promesas de libertad e igualdad, es el mismo que tiene un proyecto deshumanizador que pone al lucro por encima de todo y lleva el nombre de neoliberalismo (Ciappina, 2019).

El capitalismo es todo menos un orden natural inevitable y eficiente. La precarización del trabajo, la intensificación de la cultura del consumo, la expansión de la burocracia y de los mecanismos de control social, la gerencialización de la política, la mercantilización de la educación y el aumento de padecimientos mentales como el estrés, la depresión y los desórdenes de atención se muestran bajo esta perspectiva ya no como «errores honestos» de un sistema que tiende al bien común, sino como dispositivos orientados a bloquear toda capacidad colectiva de transformación (Fisher, 2016, p. 2).

Hoy en día la derecha continental ataca a los gobiernos que decidieron priorizar la vida de sus ciudadanos aduciendo que se trata de un ataque a las libertades individuales (Fundación Internacional para la Libertad, 2020). En el mismo pronunciamiento, omiten mencionar la situación descontrolada de Brasil, Ecuador y EE. UU., así como el Gobierno de facto de Añez en Bolivia.

La libertad es esa gran ilusión construida por el liberalismo. Una promesa incumplida que logra naturalizarse ante la aplastante realidad capitalista y el trabajo cotidiano de medios concentrados que definen los temas de conversación preponderantes para nuestros pueblos.

En estas condiciones históricas se desata una pandemia que genera un *shock* global en el modo de organización capitalista neoliberal. Una economía basada en la circulación (lo más libre posible) para el consumo. La economía entra en una crisis imposible de homologar con experiencias anteriores; el petróleo llegó a cotizar en negativo ante la incapacidad de almacenar el crudo, producto del freno a la economía.

Mientras tanto, las plataformas de contenidos audiovisuales están entre las pocas industrias que en este momento tienen un crecimiento en sus acciones. Netflix es un caso paradigmático; sus usuarios aumentaron en 15.8 millones, por encima de los 8.2 millones esperados. Esta plataforma, que se encuentra a la cabeza de un cambio estructural en los modos de consumo cultural, con gran participación en sus contenidos, estrenó el 20 de marzo de 2020 la serie documental *Tiger King*, que causó furor en estas semanas de pandemia.

El recorrido por la vida de Joe Exotic, extravagante dueño de un zoológico de felinos en Oklahoma (EE. UU.), devela una trama extendida de «fanáticos» de la cría de grandes animales que tiene múltiples derivaciones. Pero en esta ocasión nos interesa detenernos en un aspecto de la idiosincrasia estadounidense que la serie permite

visualizar: las libertades individuales. La libertad que le permite a Joe Exotic tener una manada de tigres más allá de los derechos animales, laborales y humanos que se vulneran. Por su libertad individual, el individuo es amo del planeta.

Se trata de la libertad que la derecha neoliberal reclama contra las medidas sanitarias científicamente probadas como la mejor acción ante la pandemia. La libertad entendida como la libertad del capital para continuar con su rueda de especulación y explotación. La imposición de las condiciones del más fuerte. Muestras de esas miserias se vieron con el robo de insumos médicos escasos entre las naciones cuando la situación comenzó a descontrolarse.

En la misma línea, puede verse el rol de la figura del presidente como punto fundamental ante la incertidumbre del *shock* global. El presidencialismo es una de las marcas culturales de nuestro tiempo, y se evidenció en la centralidad que adquirieron estos representantes en la definición y comunicación de las medidas sociales, político-económicas y sanitarias que tomaron. Presidencialismo unido al importante rol que, aun con sus debilitamientos, conservan los Estados en la protección y supervivencia de la especie.

En el análisis de las acciones de los primeros mandatarios podríamos escudriñar las políticas llevadas adelante por cada Estado. Aquí es necesario analizar la particularidad —nuevamente— de Cuba y sus «médicos cubanos». Con una amenaza global, la isla bloqueada ha dado una muestra de solidaridad y humanidad al mundo. Sus médicos son recibidos con aplausos en todos los continentes.

Asimismo, resuena el discurso de Fidel Castro en las escalinatas de la Facultad de Derecho de la UBA en 2003, cuando asistió a la asunción de Néstor Kirchner:

Decenas de miles de médicos cubanos han prestado servicio internacionalista en los lugares más apartados e inhóspitos. Siempre dije que nunca realizaríamos ataques preventivos contra ningún oscuro rincón del mundo, pero que en cambio nuestro país será capaz de enviar los médicos que se necesiten a los más oscuros rincones del mundo. Médicos y no bombas.

La pandemia no llegó, sino que es producto de este mundo hiperexploitado del capitalismo financiero. El antecedente epidemiológico es el de la peste negra (1347-1353), que derivó en el fin de la Edad Media. Como consecuencia de aquella pandemia se estima que murió alrededor del 40 % de la población europea (Federici, 2015). Una de sus consecuencias fue la valorización de la fuerza de trabajo: los siervos se rebelaron, se negaron a pagar tributos, e incluso se equiparó el salario de mujeres y hombres. Plantea Federici que esto borró siglos de degradación y sumisión.

No intentamos apelar a una esperanza boba —descontextualizada—, sino a la voluntad de la política y a nuestro compromiso con la humanidad y con el planeta. La

situación excepcional mueve las estructuras y evidencia los hilos. Se mueve el realismo capitalista que se jacta de un poder absoluto. La situación nos interpela y desafía a cada unx de nosotrxs. Particularmente la educación se ve desafiada y evidencia su importancia. Si existe alguna posibilidad de que esta situación permita el retorno de algún nivel de humanidad será gracias a un salto pedagógico y, por lo tanto, amoroso. Como en otros hechos determinantes de la historia, la humanidad se enfrenta al desafío de reelaborar su realidad.

Referencias

- Agamben, G. (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-Textos.
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2018). Populismo y retorno neoliberal. Algunas reflexiones tardías sobre el kirchnerismo y tempranas sobre el macrismo. *Ecuador Debate*, (104), 67-81.
- Castro, F. (2003). Un mundo mejor es posible, Fidel Castro en la Facultad de Derecho. [Archivo de video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=oQ27euE4jPQ>
- Ciappina, C. (2019). *América Latina en disputa: gobiernos de los pueblos o neoliberalismo*. Prueba de Galera.
- Federici, S. (2015). *Calibán y la bruja: mujeres cuerpo y acumulación originaria*. Tinta Limón.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista: ¿no hay alternativa?* Caja Negra.
- Fundación Internacional para la Libertad (2020). Manifiesto FIL. <https://fundacion-fil.org/manifiesto-fil/>
- Hobbes, T. [1651] (2014). *Leviatan: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Fondo de Cultura Económica.
- Saintout, F. (2013). *Los jóvenes en la Argentina: desde una epistemología de la esperanza*. Universidad Nacional de Quilmes.

PANDEMIA Y SEGURIDAD INTERNACIONAL: LA AMENAZA QUE SUBESTIMAMOS

Gonzalo Montaner Peralta (Santiago, Chile)

El paciente cero

En la víspera del Año Nuevo occidental de 2020, la oficina local de la Organización Mundial de la Salud (OMS) de China informó sobre el primer caso de una neumonía desconocida, detectado en la ciudad de Wuhan, en la provincia de Hubei. Cuatro días después, en la misma región, ya se habían registrado cuarenta y cuatro casos y, luego de ocho jornadas, las autoridades nacionales de salud chinas informaron que la neumonía era causada por un nuevo tipo de coronavirus denominado 2019-nCoV. Tiempo después, organismos científicos lo rotularon SARS-CoV-2 (*severe acute respiratory syndrome coronavirus 2*), causante de la enfermedad covid-19 (World Health Organization, 2020).

En las siguientes semanas se registraron personas afectadas por el nuevo virus en Tailandia, Japón y Corea de Sur, y así siguió su propagación por una decena de países hasta llegar a otros continentes. Los medios de comunicación y las autoridades gubernamentales monitorearon la crisis pensando en que lograría ser detenida, tal como ocurrió con el SARS, el H1N1 o el ébola. Pero no fue así. El 11 de marzo de 2020, la OMS decretó estado de pandemia; el mundo sufría un virus global y mortal, y no contaba con las herramientas para enfrentar la emergencia sanitaria. No había, ni hay hasta hoy, vacuna.

Al momento de escribir este artículo, es difícil dar cifras exactas o definitivas, debido a que hora tras hora aumentan los contagiados y las personas fallecidas por covid-19, pero los cálculos son y serán devastadores, transformándola en una de las peores crisis de salud en los últimos cien años. Se trata de una emergencia global que

tendrá efectos dramáticos en todo el mundo y cuyo alcance ni siquiera pueden dimensionar los Estados del hemisferio sur, algunos de los cuales tienen los índices de salud más negativos, debido a que no cuentan con la infraestructura ni los insumos adecuados para hacer frente a una pandemia que podría dejar millones de muertos y a algunos países en una franca situación de ingobernabilidad, afectando a la seguridad internacional.

Las alertas a la seguridad internacional

Durante todo 2019, al menos diez informes y reportes de organismos internacionales de gran relevancia entregaron alertas y advertencias sobre una pandemia respiratoria de grandes proporciones, que amenazaría al mundo con millones de muertos y serios estragos para la economía del orbe y, con ello, para la seguridad internacional.

La OMS, que depende de Naciones Unidas; instituciones científicas vinculadas al Banco Mundial, como la Junta de Vigilancia Mundial de la Preparación (Global Preparedness Monitoring Board [GPMB]); ONG, como la Fundación Bill y Melinda Gates; la Universidad Johns Hopkins, un referente en materia de salud global; servicios de inteligencia, y el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, entre otras instituciones y organizaciones de varios países desarrollados, contaban con información clave sobre lo que se venía. Todos advirtieron con sendos documentos elaborados por los más destacados especialistas y científicos, y todos concluían lo mismo: el planeta enfrentaría una pandemia letal. Sin embargo, no quisimos ver ni escuchar.

Dentro de las alertas más relevantes de 2019 estaba el informe de la GPMB, patrocinado por el Banco Mundial y la OMS, que en su texto *A World at Risk* concluía que entre cincuenta y ochenta millones de personas podían fallecer a causa de epidemias o pandemias en todo el mundo. Esta evidencia venía precedida por las estimaciones elaboradas, en 2017, por los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC) de los Estados Unidos, la OMS e instituciones asociadas para la salud mundial, que señalaron que entre trescientas y seiscientas mil personas podían morir producto de enfermedades vinculadas a la gripe estacional como la influenza, principalmente en los países más pobres o con debilidad en los sistemas de salud pública.

En este cuadro es importante aclarar que el caso de la influenza se da en una lógica de epidemia (efectos locales) y no de pandemia (efectos regionales o globales). A diferencia de la influenza, el SARS-CoV-2 se ha transformado en una emergencia global —calificada de esa manera por la OMS— y aún no se logra desarrollar una vacuna que permita contener la enfermedad que provoca.

Por eso, ante este panorama, podemos hacer algunas preguntas básicas en términos generales, con los antecedentes disponibles y puestos sobre la mesa: ¿en la

mayoría de los países se tomaron en cuenta las alertas? No. ¿Se aplicaron para esta emergencia planes y estrategias globales, locales y regionales? No. ¿Fue un tema prioritario a nivel global? No. ¿Se previó la situación para enfrentar esta pandemia con infraestructura crítica e insumos médicos? No. ¿Se tomó en cuenta seriamente la opinión de la comunidad científica y de los especialistas? No. ¿Se consideró el informe del Banco Mundial? No. ¿Se analizó el asunto como un tema de seguridad internacional? No. Claramente, de este examen, que surge de una observación de la realidad en que vivimos, se puede estimar que quienes componen la seguridad internacional, principalmente, Estados y organismos internacionales no vinculados a la salud, subestimaron la amenaza de la pandemia del coronavirus.

Por lo mismo, es importante indicar que por seguridad internacional —que se enmarca en el campo de los estudios internacionales— se entiende la seguridad colectiva que adoptan los Estados y organismos internacionales para enfrentar amenazas, sus percepciones y sus riesgos. Todos estos elementos tienen condiciones y efectos transnacionales, regionales y nacionales. Es por este motivo que la vinculación entre seguridad y pandemia toma en la actualidad una relevancia que antes no había tenido, debido a que su tratamiento estaba circunscrito principalmente a las instituciones y organismos de salud, que eran los principales actores.

Analizando el catastrófico escenario actual, generado en todo el mundo por el covid-19, se observa que sus secuelas han sido multidimensionales, es decir, han repercutido en distintos sectores de los Estados o sociedades, como salud, seguridad, comercio, relaciones sociales y cultura. Es por ello que las pandemias debieron haber recibido la atención y el estudio necesarios para catalogarlas como un grave riesgo que amenaza, incluso, la sobrevivencia de la humanidad.

En definitiva, el riesgo no fue ponderado adecuadamente. Es más, los Estados han tendido a subvalorar esta amenaza y a no darle la gravitación que merece, ya que las estrategias y los planes de algunos organismos internacionales o centros de estudios, y también de algunos países del hemisferio norte, no fueron suficientes o, por razones principalmente económicas y políticas, no fueron implementados. Y en las naciones del otro lado del mundo, donde se ubica gran parte de los Estados subdesarrollados y no desarrollados, simplemente no era prioridad.

Pandemia y seguridad

Las pandemias no han sido tratadas desde una perspectiva de seguridad como un asunto de relevancia. Siempre se han considerado a partir de un enfoque de salud, con sus alertas y evaluaciones respectivas, pero no desde el de la seguridad internacional y lo que significa para el mundo un riesgo de destrucción total, al nivel de un armagedón nuclear.

En definitiva, la tensión del análisis se produce ante la escasa preponderancia que han tenido las pandemias en los asuntos de seguridad, en comparación con otras amenazas y riesgos, como el terrorismo o las armas de destrucción masiva, y los terremotos o el cambio climático.

Las pandemias inciden determinantemente en materias de seguridad y pueden llegar a transformarse en graves crisis de gobernanza para los Estados que componen el sistema internacional. Sin embargo, han sido minimizadas debido a que han estado bajo el alero de conceptos como la seguridad humana y la seguridad sanitaria, o dentro de la temática de las armas de destrucción masiva, sin tener, pese a la evidencia, un tratamiento o atención como materia específica.

De hecho, el concepto de seguridad sanitaria global o internacional, que podría considerarse parte del esquema de seguridad internacional, quedó en entredicho o no permite abarcar la problemática actual, ya que debió asumir intempestivamente una crisis que fue considerada como no prioritaria dentro del ámbito de amenazas esenciales.

La cooperación de doble juego y las pandemias

Luego de una década en que la agenda internacional estuvo dominada por los temas de seguridad y terrorismo producto del accionar de Al Qaeda y el Estado Islámico en todo el mundo, en 2011 el presidente estadounidense Barak Obama lanzó un plan en el ámbito de la seguridad sanitaria global denominado The Global Health Security Agenda (GHSA) para enfrentar los desafíos que implicaban las epidemias y pandemias. Sin embargo, pese a los esfuerzos del Gobierno estadounidense, la iniciativa solo quedó plasmada en un documento que poco o nada de obligatorio y vinculante tenía. Pese a advertir la amenaza que se venía para el sistema internacional, los resultados fueron modestos.

En este caso, al igual que en otros, la mayoría de los países volvieron a mostrar más una voluntad pasiva que una cooperación concreta. Para describir esta situación se aplica el concepto de «cooperación de doble juego»:¹ mientras los Estados firmaban sendos documentos y declaraciones llenas de planes y estrategias que había que asumir e implementar, los países poco y nada hicieron a la hora de impulsar acciones concretas. No hubo resultados más allá de exhibir una voluntad netamente declarativa, lo cual —claramente— no permitió generar esquemas de contención para enfrentar crisis de salud globales como la pandemia que actualmente estamos viviendo.

¹ El concepto «cooperación de doble juego» fue propuesto en el libro *Están con nosotros o con los terroristas* (Montaner Peralta, 2020).

Conclusión

Con los antecedentes expuestos, podemos plantear que estamos ante un fracaso de la comunidad internacional debido a que, pese a contar con una fuerte evidencia y señales concretas sobre una pandemia con resultados catastróficos, la amenaza fue subestimada, dejando abierto un escenario altamente complejo para la sobrevivencia de la humanidad, que lleva a replantearse cómo se tratan y analizan las amenazas para la seguridad internacional y, por defecto, para el sistema internacional.

En tiempos globalizados y globalizantes, el negacionismo y la falta de entendimiento de los problemas urgentes en materia de seguridad internacional en la toma de decisiones de los actuales gobernantes mundiales y de algunos organismos internacionales hacen que, frente a asuntos tan vitales, simplemente no estemos preparados. Por ello, la pandemia del coronavirus tiene en jaque al planeta y la sola posibilidad de que pueda ser jaque mate da cuenta de que la mayoría no quiso ver la amenaza que se venía.

Referencias

- Global Preparedness Monitoring Board (2019). *A World at Risk*. https://apps.who.int/gpmb/assets/annual_report/GPMB_annualreport_2019.pdf
- Montaner Peralta, G. (2020). *Están con nosotros o con los terroristas. El efecto Al Qaeda y la guerra de Iraq en América Latina*. Ariadna Ediciones.
- World Health Organization (21 de enero de 2020). Novel Coronavirus (2019-nCoV) Situation Report-1. <https://www.who.int/docs/default-source/coronaviruse/situation-reports/20200121-sitrep-1-2019-ncov.pdf>

EL VIRUS SE CORONA EN LA TECNOLOGÍA

Ricardo Viscardi (Montevideo, Uruguay)

*Querido Roberto, ni «biología» ni «política» son términos
determinados con precisión hoy en día.*

*De hecho, diría lo contrario. Es por eso que no
me gusta su ensamblaje.*

Respuesta de Jean-Luc Nancy a Roberto Esposito

Campañas de la ambigüedad

Se desarrolla con marcado vigor periodístico, en razón de la epidemia de covid-19, una campaña sustentada en elementos de orden científico, que intenta promover entre la población las mejores conductas preventivas. Son numerosos los artículos desarrollados por académicos destinados a divulgar, sobre la base de la información disponible, el conocimiento alcanzado acerca del coronavirus, la prevención del contagio o las proyecciones estadísticas del desarrollo de la epidemia.

Estas campañas se enmarcan en disposiciones jurídico-políticas de tipo gubernamental que conllevan una carga política específica, en particular, la eventualidad de cuarentena obligatoria, inicialmente reclamada por algunos sectores académicos. La divulgación periodística de sustento académico debe tolerar, asimismo, publicar en medios masivos que conllevan un anclaje de opinión política, así como las pautas con gravitación económica, la publicidad estatal o empresarial. No existe, por consiguiente, campaña «científica» que se pueda poner al margen de las desviaciones relativas que le impone cada contexto particular.

Otro tanto vale, con sentido inverso, para quienes denuncian cierta complicidad entre la información sanitaria y los intereses estratégicos de la gran prensa, los gobiernos

y la OMS. Para corroborar la manipulación política o la tergiversación periodística de la información acerca de la epidemia, debe recurrirse al argumento de una distorsión interesada del conocimiento, que no puede sostenerse sin la debida información científica fidedigna. Un caso característico de tal «denuncia fundada en la ciencia» lo provee la comparación entre el número de fallecidos en epidemias pasadas de gripe A y el número de fallecidos por coronavirus (Aymat, 2020).

La ambigüedad argumental que se instala en el conjunto de las intervenciones mediáticas, tanto en aquellas que favorecen la alarma pública como en las que la desacreditan, parece desconocer una ambigüedad aún más notoria: ¿por qué denominamos «virus» tanto al vector de una afección respiratoria como al agente de un desorden informático?

La ambigüedad de «vida»

Hasta no hace mucho tiempo, e incluso en nuestros días ocasionalmente, se escuchaba decir «la vida demostrará que...». «Vida» no es aquí un término estrictamente biológico, en cuanto para esa expresión «vida» significa, por igual, tanto lo que somos somáticamente como lo que elaboramos ideológicamente. La clave de la concepción de «vida» en tal uso no es el sentido biológico o el político por separado (ni el económico o el periodístico, etc.), sino la totalización del sentido. El sentido que adquiere esa «vida» es uno y engloba al conjunto de la existencia humana.

La explicación de esta ambigüedad ha sido magistralmente aportada por Canguilhem (1981).¹ La noción de «vida» se inscribe en la de «organismo» a partir de la búsqueda de un criterio para explicar la autoconservación y la autorregulación de los cuerpos. En la perspectiva de una autorregulación sostenida en los decretos insondables de la divinidad, la noción de «organismo» de Aristóteles es recuperada por Leibniz y sus contemporáneos, para explicar la existencia que se sostiene a sí misma en razón del orden que la provee. «Vida» designa, desde entonces, un orden que es capaz de manifestarse, *per se*, en la regularidad de la autorregulación y autoconservación (tanto en lo orgánico-biológico como en lo orgánico-político, sobre todo, cuando lo uno refuerza a lo otro).

Incluso cuando, nos dice Canguilhem, este orden acepta con Darwin una «anomalía menor» bajo la forma de «variación» (1981, p. 131), que lo transforma en el proceso evolutivo para llevarlo a un estadio superior de adaptación, permanece la idea de una autorregulación que sostiene el orden en su conjunto. Cuando llegado el siglo xx, la identificación entre vida, biología y orden debe admitir, para explicar

¹ Cito la versión original, pero existe traducción al español: Canguilhem, G. (2005). *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida: nuevos estudios de historia y de filosofía de las ciencias*. Amorrortu.

las determinaciones básicas de los signos vitales, la supeditación conceptual de la biología a la física y la química, la significación de «vida» se transfiere a los intercambios con el exterior (Canguilhem, 1981, p. 134). La regulación de la vida pasa a depender, por consiguiente, de las condiciones de existencia de los cuerpos, que en nuestro tiempo determina la tecnología.

El «eslabón perdido» de la tecnología: Darwin

Una vez que la biología se encuentra subsumida en la determinación biofísica y bioquímica de la vida, se transforma la propia significación del término «vida». La autoconservación y autorregulación de cada cuerpo que, según señala Canguilhem, desde la antigüedad vinculó la biología a la medicina (1981, p. 123), pasa a depender del contexto que lo inscribe en condiciones de desarrollo. Se puede, desde entonces, determinar relativamente lo que es «vida» o lo que es «muerte», a partir de la regulación del contexto público de existencia de los cuerpos y no tal cual lo entendió tradicionalmente la medicina, en razón de un devenir autosostenido de cada ser vivo.

Conviene traer a colación, al respecto, la significación que otorga Foucault a la figura de Oppenheimer, que en tanto el creador de la bomba atómica se convierte, en el texto del analista del panoptismo, en el emblema de la sustitución del «intelectual universal» (es decir, el «intelectual orgánico» —«tribuno o literato», dice Foucault— que se debe a un «sujeto-pueblo») por «el experto con poder sobre la vida y la muerte». Este emblema del paso del intelectual al experto subraya de inmediato la sustitución de la ciencia por la tecnología, así como la del soberano por el tecnólogo (que connota, como designio programático, el rótulo «ciencia y tecnología») (Foucault, 1997).

El texto de Foucault ubica el surgimiento de ese «experto» en un entramado anterior a la Segunda Guerra Mundial y lo vincula a dos contextos: por un lado, la figura de Darwin y los evolucionistas posdarwinistas, que relaciona con una incorporación literaria confusa por parte de Zola, mientras que destaca, por otro lado, el debate entre los «teóricos del socialismo» y «los teóricos de la relatividad» (Foucault, 1997, p. 456).

Un saber «específico» (el del físico atómico, por ejemplo) pasa a determinar lo que es «vida», en cuanto la disuasión nuclear gobierna las condiciones de desarrollo de la «vida», en tanto que «exterior geopolítico» de los cuerpos. Otro tanto podría decirse de la «psico-biología», que, a través de la estructura fisiológica del cerebro, determina estados de conciencia a partir de «neurotransmisores». Se trata de un saber específico, pero su especificidad condiciona el mismo desarrollo de la «vida», no como potencial inherente a las reglas propias de un cuerpo, que asimismo proveen su autoconservación, sino por el contrario, como intervención farmacológica capaz de determinar estados de conciencia.

Esta sustitución del intelectual orgánico por el experto con poder sobre la vida y la muerte explica, asimismo, por qué ha entrado en desuso la expresión que mancomunaba lo biológico y lo político como partes de un único todo, con destinación ineluctable: «la vida demostrará que...»; la vida no demuestra, es demostrada.

Catástrofe emprendedurista: el virus como contenido

La naturaleza (y su ordenamiento inmanente) se ve «subsana», en un universo de demiurgos tecnológicos, por el «emprendedurismo», en tanto se potencia la gestión empresarial por medio de la instalación de condiciones programadas de existencia. Un buen ejemplo lo provee la figura socioprofesional del «desarrollador», programador de *software* que habilita, conjeturalmente y por adelantado, intercambios subjetivos que no preexisten al artefacto que les da lugar. Ilustra tal «desarrollo» una «aplicación» que se destina, con propósitos sanitarios, a sustituir la presencia del público en las ferias vecinales. Creada días atrás en el Uruguay, esta aplicación posibilita que los clientes reciban a domicilio las compras feriales, para evitar el contagio que favorece la concentración de público.

Pero ¿no requiere tal «desarrollo» de esta *app* sanitaria, a su vez, el «desarrollo» previo del coronavirus? En efecto, aunque el virus no provenga del laboratorio y sí se haya generado en el mercado de animales de Wuhan (ciudad caracterizada por constituir un «polo tecnológico» en China), la «realidad aumentada» en la pantalla requiere la «ciudad virtual» y la escena de la vida «a distancia». Desde el mismo paradigma que se predica como panacea (ahora sanitaria, para contrarrestar la pandemia) del desarrollo comunitario «virtual», habrá que asumir una de dos lecturas de la catástrofe de Wuhan: o entender que la «realidad aumentada» enroló al virus como efecto de la redundancia de costumbres que acelera o entender que la sinergia mediática que potencia la integración mundial ha propiciado la veloz incorporación del coronavirus. En ninguna de las dos lecturas que habilita la perspectiva del emprendedurismo, el virus deja de coronarse en la tecnología. De ahí, quizá, su ambigüedad entre la informática y la biología.

Referencias

- Aymat, J. (22 de marzo de 2020). La histeria interminable. *Diario de Tierra*. <http://diariodetierra.com/la-histeria-interminable/>
- Canguilhem, G. (1981). *Idéologie et rationalité*. Vrin.
- Foucault, M. (1997). Verdad y poder. En J. A. Nicolas y M. J. Frápolli (coords.), *Teorías de la verdad en el siglo xx* (pp. 454-455). Tecnos.

DESCONEXIÓN EN TIEMPOS DE CRISIS PANDÉMICA¹

Claudio Andrés Maldonado Rivera (Temuco, Chile)

Ante el estado de catástrofe sanitaria generado por la expansión del coronavirus, la respuesta inmediata de los gobiernos y organismos internacionales ha sido desplegar una serie de medidas cuyo fin, nos señalan, es reducir las tasas de contagio y mortandad de la población mundial. No obstante, la propagación del covid-19 ha superado todos los esfuerzos desplegados. Somos testigos de un proceso de necrosis social que se expande por diversos rincones del planeta, afectando con mayor fuerza a aquellas colectividades a las cuales el sistema de mando cuestiona o niega su condición de humanidad. Y es que, en tiempos de crisis pandémica, las desigualdades estructurales y los mecanismos de exclusión se expresan con toda su vehemencia. No es de extrañar que en Estados Unidos sean los afroamericanos y los latinos migrantes los sectores más afectados con esta situación. Sus muertes parecen encontrar una sola explicación: la letalidad del virus que nos acecha. Bien sabemos que ello no es así. La condena que recae en sus cuerpos y subjetividades se escribió hace siglos. La llegada del coronavirus solo ha dejado en evidencia las fisuras de una aldea planetaria construida en desmedro de la dignidad humana.

Es por ello, entre otros motivos, que no podemos reducir el análisis de la crisis planetaria en curso a su carácter epidemiológico. Aunque los estudios que lo hacen son de absoluta relevancia, para comprender el fenómeno en toda su complejidad se requiere una lectura multidimensional que, sin pretensiones de dar respuestas definitivas y esquemas de futuro respecto al porvenir de la humanidad —ya sea como

¹ Las reflexiones que aquí se esbozan tienen directa relación con las discusiones desarrolladas en el marco del proyecto Fondecyt n.º 1190286, del cual el autor es investigador responsable.

proyección de un modelo sociopolítico basado en la solidaridad y el resguardo del bien común o como hiperbolización de los actuales procesos de individualización, vigilancia y mercantilización—, ofrezca reflexiones que tributen a una comprensión holística y crítica respecto a los modos de funcionamiento que definen a la sociedad global en este momento de crisis. Una crisis, cabe señalar, que no es efecto del virus que se inició en Wuhan a fines de 2019. Soy de la idea de que la crisis es constitutiva del sistema mundo moderno-colonial-capitalista-patriarcal. Pues, seamos claros, el covid-19 no es la causa de una crisis. Lo que está en crisis es un modelo de racionalidad mercantil e instrumental que desde su génesis ha devastado la existencia humana de millones de personas.

Bajo estos términos, me propongo desarrollar algunas reflexiones respecto a un factor que me parece central discutir dentro de las variantes en que la crisis se revela ante nuestros ojos. Se trata de un ámbito que adquiere relevancia en el marco de una estructura social de carácter global que, a decir de Castells (2009), se define a partir de las redes de interconectividad digital facilitadas por las tecnologías de información y comunicación de la era microelectrónica. Lo que quiero abordar son las relaciones entre pandemia, política y desconectividad tecnológica desde la premisa de que la administración de la vida y las conductas de las poblaciones en las sociedades contemporáneas está intrínsecamente ligada a un tipo de racionalidad que, aventurándonos e intentado explicar muy brevemente, podemos denominar razón tecnogubernamental.

Nadie puede desconocer que, a partir de las funciones, usos y valorizaciones asignadas a las tecnologías y redes de interactividad digital, una serie de mutaciones se han experimentado en términos estructurales, las cuales han impactado tanto en los niveles molares de la sociedad como en los quehaceres moleculares que en el día a día efectuamos las y los comunes. En otras palabras, experimentamos una tecnologización de la existencia humana en su conjunto. Ahora bien, este proceso no está exento de problemas, los cuales se han dejado evidenciar con absoluta claridad en el escenario de catástrofe vinculado al covid-19.

Dentro de las medidas de resguardo decretadas por las autoridades, la cuarentena ha sido una de las más importantes. Hemos debido desplazarnos de nuestros lugares de interacción habitual hacia los límites de nuestros hogares, confinamiento que trajo consigo una serie de cambios en nuestra cotidianeidad. Como acción complementaria, instituciones de diversa índole construyen un discurso que promueve el mantenimiento del quehacer social a través de la conectividad digital. Las tecnologías de información y comunicación conectadas a la red de internet pasan a constituirse en dispositivos fundamentales para sostener el funcionamiento económico, político y social en el marco del neoliberalismo reinante.

Lo anterior deja en evidencia el frenesí tecnológico que caracteriza a la era digital, el cual parece obviar las nuevas brechas que el tecnodesarrollismo trae consigo. Como bien señala García Canclini (2004), el papel decisivo que adquieren las tecnologías en la configuración de la aldea global posiciona a la desconectividad como un nuevo mecanismo de exclusión de las poblaciones, imbricándose a los procesos de desigualdad de clases y a la diferenciación/jerarquización identitaria ya existentes desde los orígenes del capitalismo global.

Pensar la desconexión tecnológica en el estado de crisis pandémica no solo se refiere al aseguramiento del acceso a las redes de interactividad digital por parte de los sectores vulnerados por la matriz colonial-capitalista, lo cual se traduciría en una mera actualización de los principios rectores del difusionismo que desde mediados del siglo xx se han ido consolidando como parte de un relato redentor y mitológico respecto al vínculo entre tecnologías y desarrollo social. Es importante enfatizar que lo que está en juego es un modelo de gestión de las poblaciones basado en el control de la vida de quienes tienen el privilegio de conectarse y quienes no, lo que permite elaborar una suerte de redefinición del apotegma «hacer vivir y dejar morir» que Foucault propuso para comprender las formas de gubernamentalidad biopolítica (2000). En el escenario tecnosocial un inusitado apotegma parece estar emergiendo, el cual puede ser enunciado como «vivir conectado o morir desconectado». Por tanto, en plena crisis pandémica no solo estamos al acecho mortuorio del covid-19. Una vasta población mundial, los pobres y racializados de siempre, son también víctimas de una necropolítica digital producto de la imposibilidad de conexión a los sistemas de interactividad que sostienen el funcionamiento de la sociedad red.

Para Foucault (2006), la gubernamentalidad es el conjunto de procedimientos, tácticas, saberes y cálculos que apuntan a la conducción de las poblaciones con el fin de regular y controlar la vida en su conjunto, un quehacer biopolítico que hemos visto desplegado a propósito de la gestión administrativa de los gobiernos en atención a la pandemia generada por el coronavirus. Ahora bien, siguiendo los aportes de Esposito (2011) en relación con la biopolítica, cabe preguntarse qué rol cumple la *téchne* en el binomio vida/política, entendiendo que, al estar la vida intervenida por la política, la primera pierde su estatuto meramente biológico, dada la intromisión de una serie de tecnologías en los modos de ser en sociedad. La administración de la vida requiere ser pensada, para el autor, incluyendo a la técnica como un tercer término que dé cuenta de los procedimientos que en la actualidad inciden en los modos en que se gobierna a la vida en su totalidad. De ahí, entonces, que sea posible vislumbrar la emergencia de una tecnogubernamentalidad cuyo propósito es el diseño y control de subjetividades por medio de la gestión del «capital informacional» (Hamelink, 2000) de los ciudadanos, lo cual se traduce en una clasificación ontológica de los seres humanos

a partir del valor que se asigna a sus capacidades técnicas, económicas y cognitivas, en tanto dimensiones que posibilitan la conexión/desconexión de los usuarios a las tecnologías, flujos de información y redes de interactividad que definen la estructura de la sociedad teledirigida.

Quienes estando en cuarentena tenemos la posibilidad de acceder a tecnologías y redes digitales nos hemos convertido en una especie de «elite telemática», al poder mantener en curso diversas funciones de nuestra vida social. Sin embargo, sostengo, el privilegio de la conectividad no tiene tanto que ver con el resguardo de la vida como con el funcionamiento de aquello que Brown (2017) define como «razón neoliberal». No somos parte de una casta de conectados, somos, actualizando a Marx (2005), el «ejército post-industrial de reserva a disposición del capital», siempre que entendamos que la continuidad de nuestras prácticas laborales, académicas y de consumo mediadas por las tecnologías digitales son las que permiten que el sistema mantenga, de algún u otro modo, su perdurabilidad en contextos de crisis. Mientras tanto, los desconectados, los desplazados del sistema mundo moderno, pueden seguir a la espera de las múltiples muertes que conspiran sobre sus cuerpos, siendo el covid-19 solo una de tantas otras.

Referencias

- Brown, W. (2017). *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo*. Mal Paso.
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza.
- García-Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Gedisa.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- . (2006). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica.
- Esposito, R. (2011). *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Amorrortu.
- Hamelink, C. (2000). *The Ethics of Cyberspace*. Sage.
- Marx, K. (2005). *El capital*, tomo I, vol. 3. Siglo XXI.

LAS AUDIENCIAS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Brenda M. Focás (Buenos Aires, Argentina)

Consumir información forma parte de nuestra cultura y colabora en mantener el equilibrio en las sociedades: fomenta conversaciones, permite conocer sobre otras realidades, tiene un rol pedagógico y promueve ciertas gratificaciones. Sin embargo, estas cualidades cambian cuando la agenda mediática está hegemonizada por un solo tema y, más aún, si ese tópico se vincula con riesgos de salud pública.

En estos días de confinamiento y pandemia la información que recibimos sobre el covid-19 se canaliza casi exclusivamente por los medios de comunicación y las redes sociales. Las métricas de audiencia evidencian un incremento del encendido de la televisión, en especial de los canales de noticias, así como de lecturas de portales digitales. Si sumamos a esto el aumento del tráfico de datos en las redes sociales, donde el tema es *trending topic* desde hace varias semanas, los videos y audios reenviados por Whatsapp y las conversaciones virtuales que mantenemos a diario, podemos afirmar, sin duda, que estamos atravesando un escenario de omnipresencia mediática.

Ahora bien, ¿cuánta información sobre el coronavirus somos capaces de soportar como audiencias? ¿Cuánta capacidad de negociación y de resistencia, en términos de Hall, podemos mantener frente a un tema que nos interpela por completo?

Los procesos de recepción de las noticias tienen principalmente dos dimensiones, una cognitiva, y otra emocional/afectiva, que surgen cuando miramos, leemos, en fin, consumimos información. Cuando las noticias tienen componentes de violencia y/o riesgos, el motor emocional se intensifica en una serie de sentimientos subjetivos. Esto se vincula con que los riesgos no se expresan siempre como cálculos de probabilidades, sino también como experiencias de incertidumbre.

En términos comunicacionales, asistimos a un fenómeno peculiar determinado por un proceso de sobreinformación y desinformación a la vez, lo que podría llevar a las audiencias a experimentar sentimientos de angustia, riesgo y temor. A principio de los años setenta, Stanley Cohen propuso el concepto de pánico moral para describir las sensaciones que emergen frente a la ocurrencia de determinados tipos de fenómenos y las representaciones mediáticas que se construyen en torno a ellos. Según Cohen (1972), para que un caso de pánico moral sea exitoso, se necesita un enemigo adecuado y un consenso acerca de que no se trata de un problema aislado, sino de una problemática que compete a toda la sociedad, ya que puede suceder en cualquier lado.

El Observatorio de Medios de la Universidad Nacional de Cuyo (2020), que analiza diez portales digitales argentinos, constata que el covid-19 acaparó el 91.3 % de la atención mediática desde el decreto de aislamiento y muestra que el 68.3 % de las notas promueve riesgos o temor, mientras que el 71.1 % presenta la necesidad de acciones urgentes. Sin embargo, solo cuatro de cada diez notas aportan información útil sobre medidas de prevención o modos de resolución de las eventualidades cotidianas asociadas al confinamiento.

Distintos trabajos de recepción de noticias muestran que las audiencias no responden indefectiblemente con temor a este tipo de información, sino que también surgen otros sentimientos recurrentes como enojo, tristeza, depresión y hasta risa. La exposición constante a noticias de riesgo y miedos profundizan sensaciones de victimización, malestar y vulnerabilidad personal. Los medios promueven así una victimización indirecta, es decir, la percepción de que podemos ser las próximas víctimas, en este caso, de un virus. El límite entre el miedo representado y el miedo experimentado se vuelve difuso. Incluso la proliferación de memes, videos y bromas equilibran la dimensión emocional (provocan risas), pero no logran apartarnos de la omnipresencia del mismo tema.

Para Roger Silverstone (1996), la información se mueve en una articulación dialéctica entre el entretenimiento, la angustia y la seguridad, entre la función de tranquilizar y la de impactar, mediando entre la amenaza, el riesgo y el peligro.

Ahora bien, las teorías de los medios todopoderosos han sido desmitificadas a lo largo de décadas de estudios de comunicación, y distintas investigaciones muestran que las audiencias son críticas sobre los consumos mediáticos. Sin embargo, esa mirada vuelve a ponerse en cuestión sobre un tema en el que nuestras percepciones se configuran casi exclusivamente por las construcciones de las noticias y la (des) información que circula por las redes. El aislamiento nos ha alejado de lo que en la academia se conoce como «consonancia intersubjetiva», es decir, la posibilidad de contraponer lo que vemos en las pantallas con el acontecer circundante. Los medios se tornan así mucho más poderosos de lo que querríamos admitir, porque nos proponen una «verdad» casi incontestable.

Dosificar el consumo de información sobre el coronavirus, volver a los contratos de lectura con ciertos medios (no mirar noticias de todos lados, de forma episódica y fragmentaria), dedicar solo un momento del día a informarse y chequear las fuentes de información son algunas de las prácticas que debemos mantener como audiencias en tiempos de crisis sanitarias.

Referencias

- Cohen, S. (1972). *Folk Devils and Moral Panics: The Creation of the Mods and Rockers*. MacGibbon & Kee.
- Observatorio de Medios de la Universidad Nacional de Cuyo (2020). [Archivo de video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=xtWIZCN26Hc&feature=youtu.be>
- Silverstone, R. y Hirsch, E. (1996). *Los efectos de la nueva comunicación. El consumo de la moderna tecnología en el hogar y en la familia*. Bosch.

LA DESINFORMACIÓN COMO ACCIÓN INTENCIONAL ANTE LA PANDEMIA DEL COVID-19

Karla Lara Laguna (Managua, Nicaragua)

En estos tiempos en los que hay muchas ansiedades por parte de la población, una de las funciones más importantes es la transmisión de información veraz, legítima y respaldada.

José Miguel Cruz

La desinformación se vincula en el lenguaje político a «la manipulación de los medios, al control de la información en beneficio de intereses políticos o económicos y a las estrategias de gobiernos, partidos o grandes empresas para engañar a la opinión pública» (Rodríguez, 2018, p. 232). Es, en definitiva, un fenómeno intencionado mediante el cual el emisor busca un beneficio que alcanza muchas veces como consecuencia del abuso de poder.

Las épocas de crisis son caldos de cultivo perfectos para la desinformación y en un país como Nicaragua, que desde el 18 de abril de 2018 experimenta una crisis sociopolítica, es más fácil generar un clima de alarma a partir de información falsa o manipulada.

La rebelión contra el Gobierno de Daniel Ortega ha dejado un rechazo generalizado hacia las instituciones del Estado, sobre todo hacia la Policía Nacional y el Ministerio de Salud (Minsa). Fue este último el que durante 2018 se negó a brindar atención de emergencia a las víctimas que protestaban, despidió a médicos generales y especialistas por atender a pacientes opositores, y en el contexto de la actual pandemia destituyó a la ministra de Salud sin informar las razones, además de participar en concentraciones masivas¹ y visitas casa a casa para «informar sobre la situación real del Covid-19 en nuestro país» (El 19 Digital, 2020).

¹ En Nicaragua el Gobierno realizó una marcha denominada «Amor en tiempos del covid-19». Véase Miranda (2020).

El descontento de la población ante un sistema de salud negligente fue evidenciado en el último sondeo realizado por la empresa Cid Gallup (2020). Ante la pregunta sobre si la población tiene confianza en la política pública del Gobierno para hacer frente a la crisis de salud por covid-19, el 57 % respondió que nada y el 11 % que poco, lo cual pone al Gobierno de Daniel Ortega en desventaja ante el fundamento número uno de la Organización Panamericana de la Salud (OPS) y la Organización Mundial de la Salud (OMS) para la comunicación de riesgos ante el covid-19: confianza y credibilidad.

La comunicación de riesgos, según la *Guía para líderes* de la OPS,² pone énfasis en la necesidad de que las autoridades de todos los países actúen con velocidad e inspiren confianza en la ciudadanía: «En los momentos de crisis, se insta a los líderes a que den una respuesta rápida, sentida y confiable. El público quiere saber qué se conoce, qué se está haciendo y lo que ellos pueden o deben hacer» (OPS, 2020, párr. 3).

El Gobierno de Nicaragua, a diferencia de los gobiernos de la región centroamericana, se ha caracterizado por emitir su comunicación de forma tardía, poco confiable e incluso negligente, debido a que ha descatado las recomendaciones clave de las principales instituciones de salud a nivel regional y mundial, además de contradecir su propio *Protocolo de preparación y respuesta ante el riesgo de introducción de virus coronavirus (covid-19)* (Minsa, 2020). En este documento institucional se compromete, entre otras acciones, a «proporcionar información periódica a los diferentes medios de comunicación sobre la evolución del nuevo coronavirus y las medidas que el país está implementando» (p. 28). Sin embargo, la única información que transmiten los medios oficialistas³ es el número de casos positivos, casos en seguimiento y fallecidos.

A diferencia de lo que recomienda la OPS, en Nicaragua nunca se ha mencionado el lugar de origen de los casos, cómo fueron contagiados ni cuáles son los riesgos para el personal de salud⁴ o para la comunidad y, salvo los que han sido filtrados por médicos independientes, no se informa dónde residen las personas contagiadas, lo cual hace imposible que la población conozca si está o no en una situación de riesgo frente al coronavirus.

2 En febrero de 2020 la OPS compartió con los gobiernos de América Latina una guía con orientaciones para comunicar sobre el coronavirus. El Gobierno de Nicaragua desde que se declaró la pandemia se ha caracterizado por no seguir este modelo.

3 En Nicaragua la prensa independiente denomina «medios oficialistas» a los diferentes medios de comunicación social administrados y controlados por la familia Ortega Murillo. En esta clasificación se incluye al canal estatal (Canal 6), que, si bien no hay certeza de que haya sido privatizado, sigue la línea editorial de la familia presidencial. Véase Rothsschuh (2017).

4 Grupos de médicos independientes han externado preocupación por las condiciones de los trabajadores de la salud pública en Nicaragua, pues consideran que el Ministerio de Salud no ha tomado las medidas necesarias para garantizar su seguridad. Véase Ríos (2020).

Otro compromiso no asumido por el Gobierno de Nicaragua y que está plasmado en su protocolo de respuesta ante la pandemia (Minsa, 2020) indica: «Capacitar a comunicadores de los Silais [sistemas locales de atención integral en salud] y periodistas de los diferentes medios de comunicación sobre los que se sabe y se desconoce sobre 2019-nCoV; así como las medidas de prevención, a fin de asegurar que los mensajes sean coherentes en todos los niveles» (p. 28).

Todas estas acciones incumplidas secundan, como menciona Rodríguez (2018), «la desinformación como falta de verdad» (p. 236), puesto que, aunque se escribe para evidenciar que existe una respuesta eficaz, lo cierto es que ningún/a periodista independiente ha sido llamado/a a tales procesos de formación.

La lista de recomendaciones no acatadas por el Gobierno o contradictorias con su propio plan de respuesta es extensa e incluye la falta de información oportuna del sistema de salud a la población y a su personal,⁵ la ausencia de material de protección para el personal de salud que realiza visitas casa a casa, la intimidación a las niñas y niños que no asistan a clases presenciales en los colegios públicos⁶ y, sobre todo, la incoherencia de invitar a la población a reunirse masivamente cuando el presidente y la vicepresidenta del país no salen de su residencia. Ahí toman las medidas de confinamiento junto con sus familiares, que trabajan en empresas privadas producto del beneficio generado por el petróleo venezolano y tienen a sus hijos/as y nietos/as en colegios privados, donde reciben clases virtuales, por lo que no se exponen al virus como el resto de la población.

Muchos analistas políticos y económicos coinciden en que el Gobierno de Ortega muestra mayor interés en mantener activa la economía que en atender la amenaza de la pandemia. Por ello, no es de extrañar que en sus acciones comunicativas el mensaje sea que los ingresos están por encima de las vidas de los ciudadanos,⁷ algo que no es propio de este contexto. Al respecto, Cruz (2020) en el *webinar El impacto político del covid-19 en Centroamérica* recuerda:

En Nicaragua desde antes de la pandemia ya había un control del flujo de la información. Nicaragua no ha cerrado sus fronteras, pero está promoviendo movilizaciones,

5 El Gobierno de Nicaragua no brindó información sobre el coronavirus a la población, incluso después de haber sido declarado oficialmente como una pandemia. Véase Munguía y Bow (2020).

6 Véase EFE (2020).

7 El presidente Daniel Ortega, luego de treinta y cuatro días de ausencia, realizó una comparecencia pública el 15 de abril de 2020, a través de medios oficialistas, en la cual además de repetir lo que ya habían comunicado la vicepresidenta, Rosario Murillo, y el secretario del Ministerio de Salud, minimizó el riesgo de la pandemia: «Hemos estado librando la batalla desde que fue decretada la pandemia. Desde el 11 de marzo hasta el 15 de abril en Nicaragua tenemos reportados 1237 personas fallecidas, de ellos solo uno por coronavirus. Los demás por cáncer, diabetes, accidentes de tránsito, suicidios y otros» (Canal 4, 2020).

está promoviendo que la gente se reúna y no es posible, según lo que dice la epidemiología, que solamente haya 10 casos. Eso tiene que ver claramente con el control de la información que ya existía antes de la pandemia y se expresó en el ahogo de la mayoría de medios independientes en Nicaragua.

El mal manejo de la situación por parte de todo el aparato estatal deja en evidencia la precaria situación de vigilancia epidemiológica en el país, lo que sumado a la falta de información, es decir, desinformación intencionada, representa un mayor riesgo ante un posible brote.⁸ El principal problema de la falta de información transparente y oportuna radica en que el 60 % de la población de Nicaragua accede a la salud a través del servicio público,⁹ que, al no ser un sistema confiable, disminuye las posibilidades de que la gente vaya a los hospitales o centros de salud.

El reto que enfrentan los medios de comunicación independientes ante la falta de información o la manipulación de los datos es seguir informando a partir de investigaciones serias, transparentes y verificadas. Tanto para las y los periodistas nicaragüenses como para la ciudadanía, queda aferrarse más que nunca a la pertenencia a esa «aldea global» que nos anticipó McLuhan (1985):

La familia humana vive hoy en las condiciones de «aldea global». Vivimos en un consreñido espacio único, en el que resuenan los tambores de la tribu. Por ello, la preocupación actual por lo «primitivo» es tan banal como la preocupación del siglo XIX por el progreso, y tan ajena a nuestros problemas (p. 45).

A medida que se despejan las dudas sobre el tratamiento del covid-19 y se publican avances concluyentes, la población nicaragüense se enfrenta a medias verdades. En este país donde la desinformación estatal se impone, la gran certeza es que la principal amenaza no es precisamente el coronavirus.¹⁰

8 La directora de la OPS, Carissa Etienne, expresó preocupación ante la falta de medidas del Gobierno de Daniel Ortega: «La OPS ha estado preocupada por la respuesta al covid-19 que se ve en Nicaragua. Nos preocupa la falta de distanciamiento social, la convocatoria de reuniones masivas» (BBC, 2020).

9 El último informe de la OPS (2006) referente al análisis de la situación de salud en Nicaragua estima la cobertura de atención del Minsa (60 %), el Instituto Nicaragüense de Seguridad Social (7.7 % afiliados y familiares), la Gobernación y el Ejército (8 %) y las instituciones privadas (4 %), y añade que gran parte de la población complementa los servicios del Minsa con servicios privados y de ONG.

10 Hasta el 29 de abril de 2020 el Ministerio de Salud de Nicaragua registraba trece personas contagiadas y tres fallecidas, según un informe de la OMS (2020).

Referencias

- BBC (16 de abril de 2020). Coronavirus. El presidente Daniel Ortega reaparece en público en Nicaragua tras 34 días de ausencia y defiende su cuestionada estrategia frente a la pandemia. *BBC*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-52304009>
- Canal 4 (15 de abril de 2020). Mensaje del presidente comandante Daniel Ortega al pueblo de Nicaragua. [Archivo de video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=vYYLXYQ-sb4>
- Cid Gallup (2020). *Percepción ciudadana. Coyuntura covid-19*. http://www.cidgallup.com/uploads/virtual_library/book_files/book_1589402442000.pdf
- Cruz, J. M. (2020, 23 de abril). *El impacto político del covid-19 en Centroamérica*. <https://global.gotowebinar.com/join/993690636980660750/593745609>
- EFE (20 abril de 2020). Nicaragua reanuda las clases en medio de la pandemia del coronavirus. *EFE*. <https://www.efe.com/efe/america/sociedad/nicaragua-reanuda-las-clases-en-medio-de-la-pandemia-del-coronavirus/20000013-4226197>
- El 19 Digital (24 de marzo de 2020). Gobierno Sandinista visita casa a casa para llevar mensaje sobre el covid-19 a las familias del Caribe Norte. *El 19 Digital*. <https://www.el19digital.com/articulos/ver/titulo:101657-gobierno-sandinista-visita-casa-a-casa-para-llevar-mensaje-sobre-el-covid-19-a-las-familias-del-caribe-norte>
- McLuhan, M. (1985). *La galaxia Gutenberg. Génesis del homo typographicus*. Planeta de Agostini.
- Minsa (2020). *Protocolo de preparación y respuesta ante el riesgo de introducción de virus coronavirus (covid-19). Febrero-2020*. Ministerio de Salud de Nicaragua.
- Miranda, W. (14 de marzo de 2020). «Amor en tiempos del covid-19»: el Gobierno de Nicaragua responde al virus con una marcha política. *Univisión*. <https://www.univision.com/noticias/america-latina/amor-en-tiempos-del-covid-19-el-gobierno-de-nicaragua-responde-al-virus-con-una-marcha-politica>
- Munguía, I. y Bow, J. (12 de marzo de 2020). Silencio estatal debilita prevención ante coronavirus. *Confidencial*. <https://confidencial.com.ni/silencio-del-gobierno-debilita-prevencion-ante-coronavirus-en-nicaragua/>
- OMS (2020). Informes de situación de la enfermedad por coronavirus (covid-2019). <https://www.who.int/emergencias/diseases/novel-coronavirus-2019/situation-reports>
- OPS (2006). Análisis de situación de salud y recomendaciones para el desarrollo sanitario de Nicaragua. https://www.paho.org/nic/index.php?option=com_docman&view=download&alias=270-nicaragua-asis-2006&category_slug=publicaciones-anteriores&Itemid=235

- OPS (2020). *Covid-19: Orientaciones para comunicar sobre la enfermedad por el coronavirus 2019. Guía para líderes*. <https://www.paho.org/es/documentos/covid-19-orientaciones-para-comunicar-sobre-enfermedad-por-coronavirus-2019>
- Ríos, F. (23 de abril de 2020). Condiciones del personal de salud nicaragüense ante el Covid-19 preocupa a gremiales de médicos independientes. *Radio Universidad*. <http://radiouniversidad.uca.edu.ni/condiciones-del-personal-de-salud-nicaragüense-ante-el-covid-19-preocupa-a-gremiales-de-medicos-independientes/>
- Rodríguez, R. (2018). Fundamentos del concepto de desinformación como práctica manipuladora en la comunicación política y las relaciones internacionales. *Historia y Comunicación Social*, 23(1), 231-244.
- Rothschuh, G. (19 de noviembre de 2017). ¿Se privatizó Canal 6? *Confidencial*. <https://confidencial.com.ni/se-privatizo-canal-6/>

«AUNQUE LOS SUEÑOS SE ME ROMPAN EN PEDAZOS». O LA CURSILERÍA QUE CONTAGIA EL CORONAVIRUS

María Angulo Egea y Berta Jiménez Luesma (Zaragoza, España)

La cursilería puede ser congénita o adquirirse por contagio, venía más o menos a sugerir el escritor andaluz Ramón Ortega y Frías en su novela decimonónica de «costumbres ridículas», *La gente cursi* (1872). Infectadas por esta pandemia estética, derivada del confinamiento al que nos someten nuestros gobernantes para frenar la crisis sanitaria, nos dejamos envolver hace unos días por la «cadeneta» insufrible de *e-mails* que apelan a mandar un poema «tú que sí eres enrollada» (como comentaba en Facebook la profesora de Literatura María Ángeles Naval).

Contagiadas, buscamos un poema o sentencia que nos gustase y se lo enviamos a ese desconocido que nos habían asignado. Acto seguido reenviamos la versión renovada del *e-mail* a diez amigas y familiares (está claro que queríamos ser enrolladas) para que ahora fuéramos nosotras quienes recibiéramos los poemas de otros y de otras.

La cursilería es una enfermedad de origen público, afirmaba también el novelista andaluz. Era evidente que no íbamos a recibir poema alguno salvo que alguna de nuestras amistades se viera atacada por un brote de cursilería semejante al nuestro. Este zarandeo pragmático y virtual provocó nuestra caída en lo real y sonrojó al tiempo que activó el radar detector de cursilerías ajenas y propias. ¿Por qué queríamos de pronto recibir poemas de desconocidos? ¿A qué comunidad estábamos invocando?

Desde que entramos en el siglo XXI y abandonamos la «sociedad de masas» para adentrarnos en la «sociedad red», tal como la define el ministro de Universidades español, el sociólogo Manuel Castells, la cursilería también se ha digitalizado, como todas nosotras, internautas proactivas en las redes sociales. La emocionalidad social que embarga a Facebook, Instagram, Twitter y demás redes también incluye a los

medios de comunicación y destila cursilería descontrolada. Pero ya lo hemos dicho: la cursilería es de origen público, social. No hay remedio. Y siempre hay cerca una clasista como nosotras para recordártelo, para señalar la insensatez y el desclasamiento que esconde lo cursi, como aducía la periodista Margarita Rivière (1992).

Se trata de un problema estético, de una transgresión. No es una tragedia, pero su viralización ha contribuido a un proceso de normalización quizá preocupante, o tal vez solo molesto. Un proceso de infantilización que en tiempos de «vidas apantalladas», como define a estos meses enfermos de confinamiento por el covid-19 el profesor Daniel H. Cabrera (2020), se ha hecho exponencial y ha creado una comunidad virtual y física apabullante. Asistimos entusiastas a una diversidad de acciones, que sublimamos y convertimos en símbolos de identificación y reconocimiento. Este «nosotros» se construye, en gran parte, gracias al discurso bélico: los héroes (los trabajadores y trabajadoras que ponen el cuerpo) luchan para destruir y matar al enemigo común (el virus) y nosotros somos esos cómplices imprescindibles para ganar esta batalla.

Primero llegaron los balcones y sus aplausos de las 8:00 p. m. Según la particularidad del vecindario, animosos y prolongados, formato juerga y equipo de sonido en mano, o discretos, decantados por un homenaje serio. En esta vida nunca se aplaude en vano, aunque no todos los aplausos sean iguales: está el de ovación, el que sucede al final de un concierto, de una función o en un entreacto; también el sarcástico, de choques lentos de desaprobación, suficiente con dar cuatro palmas pobres; y está el de los balcones, el del coronavirus, el del confinamiento, el *slow clap*, traducido al español como *aplauzo americano* (y no en vano). *In crescendo*, comienza poco a poco, irregular. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... veinte, veintiuno. Y explota convirtiéndose en algo enorme. Nace de la conmoción, tiene un cariz épico y es una de las tácticas lacrimógenas de los finales *made in Hollywood*. Este momento del día es la única cita inamovible del encierro, y la vivimos con euforia y emotividad. ¿Es cursi que lllore en mi balcón? Bueno, si consideramos que *salir al balcón* implica ya un privilegio de clase (no inundan los informativos con videos de personas aplaudiendo en angostos patios interiores) y que *las cursiladas* «surgieron como cualidad del comportamiento burgués» (Tierno Galván, 1952, p. 91), nos podemos ir haciendo a la idea de la respuesta.

Esos aplausos los sentimos como una fusión comunitaria, aunque unos aplauden al personal sanitario, otros también a los *riders* y otros hasta al millonario fundador del imperio textil Inditex, Amancio Ortega. Lo creemos un momento sincero, genuino y precioso... pero lo copiamos de Italia. También nos quedamos con la iniciativa «Todo va a salir bien» —y su arcoíris de rotulador— promovida por redes sociales con el hashtag #AndráTuttoBene, porque «la imitación es una propiedad inherente

de lo cursi» y es desde ahí, desde la copia, desde donde surge (Chadez, 2018, p. 52). Está pensada para los más pequeños, pero admitámoslo: a los adultos también nos sirve; aunque intuyamos que muy bien no va a salir, que va a morir gente querida y que pronto nos ahogará una nueva crisis económica, lo hacemos nuestro. Olvidamos que el arcoíris sale después de la lluvia, y aquí ni siquiera ha comenzado la tormenta. Es que... ¡es tan tierno!

Más tarde fueron las videollamadas. No importaba que en los 365 días de 2019 no hubieses ni wasapeado a las amigas que viven en el extranjero, o que hiciese siglos que el Skype —ahora relevado por Zoom— no formase parte de tus aplicaciones. En cuestión de dos días, todos y todas necesitábamos vernos las caras, #conectar, #compartir y #crear unas relaciones de todo menos naturales en cuanto a formato y comunicaciones. La encarnación de lo inauténtico que tan humorísticamente ha plasmado Paul B. Preciado (2020):

Cada día, a las 8:30 de la tarde [...] respondo a la llamada por videoconferencia con mis padres [...]. Antes del coronavirus, nos hablábamos una vez cada dos meses, por las ocasiones importantes, las fiestas, los cumpleaños. Pero ahora, la llamada diaria se ha vuelto una bomba de oxígeno. Eso es lo que dice mi madre, que siempre ha tenido talento para el melodrama.

En el mundo virtual la expresión de lo cursi no acabó con la cadena de *e-mails*, es más, aunque aún no lo sabíamos, no había hecho más que empezar. Aparecieron los *challenges*: «Publica una foto de tu juventud y etiqueta a cinco amigos», «@quiensea te reta a publicar la canción que te hace reír, la que empieza por la letra de tu nombre, la que te hace llorar, la primera que bailarás cuando acabe el confinamiento...». Y si nadie te etiqueta, no hay problema, porque *motu proprio* compartiremos nuestras sábanas arrugadas acompañadas de un texto romántico pero oscuro sobre lo duro que es este aislamiento, sobre que nos hacemos pedazos, pero saldremos adelante («todo va a salir bien», al fin y al cabo). O la última foto que tenemos en la calle. O una fotografía sobre la historia del hospital con final feliz.

Y, por último, un himno: «Resistiré». Una canción de 1988, del renacido Dúo Dinámico. Un grupo del denominado «pop español» de los sesenta franquistas, con letras cantarinas, inofensivas y blanquitas como «Quince años tiene mi amor» o «Guardiamarina soy». Este sencillo, como se decía entonces, del disco *En forma* (todo muy significativo para unos cantantes que regresaban tras casi dieciséis años fuera de los escenarios) los introdujo nuevamente en el panorama musical español. Se trataba de una última concesión nostálgica, porque la cursilería ochentera la encarnaba el grupo Mecano, como subrayó Grace Morales (2013), «un pop de línea clara, repleto

de canciones pegadizas» como «la herramienta perfecta para ambientar esa parcela amable, moderna y de confort que muchos querían edificar sobre un espacio gris, atrasado y taciturno» (en Rodríguez, 2014).

El poder de esta canción trasnochada supo verlo antes que nadie el director Pedro Almodóvar, emblema de una cinematografía de estética *kitsch* deslumbrante, al emplear el tema en la secuencia final de su película *Átame* en 1990. Es una escena preciosa e intencionalmente cursi. Un pastiche *kitsch* de melodrama sentimentaloides atravesado por comedia «a la española», en la que Antonio Banderas y Loles León cantan «Resistiré», al tiempo que suena la música en el radiocasete del coche que conduce Victoria Abril. Un canto a la resistencia de estas tres vidas ancilares que cierra un filme aún más controvertido para este 2020 que hace treinta años. En fin, un himno cursi se ha convertido en España en el grito de la resistencia contra el coronavirus que entonan miles de ciudadanos con independencia de su sexo, clase, ideología o religión, quizá ese es el problema. Un himno de supervivencia que pone de relieve el lado humano y doloroso que alberga lo cursi. «Esa estética del pobre con aspiraciones», como concretaba Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949) en su serie de «Definiciones para una estética de lo cursi» publicada en los años veinte del siglo pasado (en Enrigue, 2001). Lo cursi en su mejor versión rebelde, de inocencia vitalista y afán innovador, desde su mayor deseo de mejora y «aunque los sueños se [nos] rompan en pedazos».

Referencias

- Cabrera, D. H. (2020). Vidas apantalladas ante una pandemia en *streaming* global. En R. Browne y C. del Valle (eds.), *Covid-19. La comunicación en tiempos de pandemia* (pp. 209-211). Ediciones Universidad de la Frontera.
- Chadez, R. (2018). *Epistemología de lo cursi. Género, sexualidad, identidad y nación en el mundo hispano XIX-XXI* (tesis doctoral). University of Houston. <https://uh-ir.tdl.org/handle/10657/4056>
- Enrigue, Á. (30 de septiembre de 2001). Notas para una historia de lo cursi. *Letras Libres*. <https://www.letraslibres.com/mexico/notas-una-historia-lo-cursi>.
- Morales, G. (2013). *Mecano 82. La construcción del mayor fenómeno pop español*. Lengua de Trapo.
- Ortega Frías, R. (1872). *La gente cursi. Novela de costumbres ridículas*. Urbano Marini Editor. <https://freeditorial.com/es/books/la-gente-cursi>
- Preciado, P. B. (2020). La imposible dedicatoria. *Revista de la Universidad de México*. Dossier de abril. *Diario de una pandemia*. <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/607650ac-1a60-4ac8-a1d9-d2f9a2730ff6/la-imposible-dedicatoria>

- Rivière, M. (1992). *Lo cursi o el poder de la moda*. Espasa-Calpe
- Rodríguez, A. (14 de enero de 2014). La fuerza de lo cursi. *Letras Libres*. <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/la-fuerza-lo-cursi>
- Tierno Galván, E. (1952). Aparición y desarrollo de nuevas perspectivas de valoración social en el siglo XXI: lo cursi. *Revista de Estudios Políticos*, (62), 85-106. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2128062>

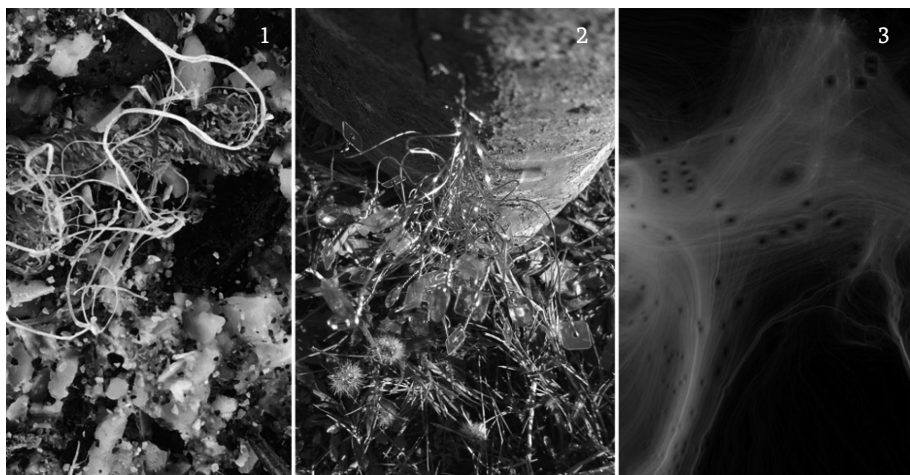
LO INERTE

Iván Flores Arancibia (Valdivia, Chile)

Por más inédita que nos parezca la actual imagen del mundo, lo que estamos viviendo se ha venido desarrollando desde hace tiempo en cámara lenta. No es que el virus, el parásito, hubiera infectado un día al mundo, como si el mundo se hubiera dejado habitar, de pronto, por un intruso. No había un mundo interior del capital antes de la infección. El parásito estaba antes de que pudiéramos hablar de historia. Y, sobre todo, estará después de la historia. La *economía parasitaria* se desplazaría espectralmente como el movimiento de nuestra historia. Se desplazaría como una intrusión originaria que inscribiría en el cuerpo de lo viviente el rastro a la vez indestructible y frágil, inerte y no muerto, de un tercero.

Aunque el parásito no tiene edad (Derrida, 1967; Serres, 1980), su impacto en los discursos se puede datar históricamente. Contemporáneo a la revuelta de la representación en la pintura moderna, la trascendencia se recostó sobre un remolino horizontal descentrado. Lo que empezó a contar bajo nuestros pies, como en un cuadro de Pollock, era una suerte de *plan de consistencia* (Deleuze y Guattari, 1980), conformado por lógicas transductivas, inervaciones, simbiosis o evoluciones paralelas; un campo intrascendente, es decir, sin trascendencia, definido por la contaminación y la polución de lo viviente, el contagio y la infección de los códigos. Antes de que las circunstancias nos obligaran a «aprender del virus», el régimen de los signos ya había mutado hacia un régimen *tecnoviral*. «Todo lo que en la ultramodernidad era signo en la posmodernidad se convierte en *hipervirus*» (Land, 2012). La lógica viral, el contagio entre lo viviente y lo artificial, lo humano y lo no humano, el cuerpo y las prótesis, la naturaleza y lo plástico, se transformó en lógica cultural (Bardini, 2006). No se trataba, desde luego, de un efecto metafórico. El espacio de captura de códigos

que hace *rizoma* en la heterogeneidad es «la abolición de toda metáfora: todo lo que consiste es Real» (Deleuze y Guattari, 1980). O, como escribirá Derrida (1992), la *metarretórica* que prescribe el paso del virus biológico al lenguaje supone la estructura parasitaria del lenguaje en general. En el origen, es la contaminación del origen. La historia comienza con el parásito, es decir, con la infección de lo mismo por lo otro. De la roca *plastiglomerada* a la atmósfera inalámbrica, nuestra realidad es una tecnosfera parasitaria.



1. Roca plastiglomerada. 2. Román, M. J. (2020). *Historia natural de los materiales*. 3. Fischer, E. (2014). Tweetnetworks Map.

Luego de la primera oleada del hipervirus, que materializó la emergencia del neoliberalismo y el éxtasis de la comunicación, el hipervirus retorna. Pero los datos son distintos. El parásito, decía Michel Serres en un libro escrito en las sombras del SIDA, es el átomo de nuestras relaciones. No interfiere los cuerpos sino sus mediaciones. Es un activador de diferencias. El reciente libro de Emanuele Coccia (2020), escrito antes de la actual pandemia, reproduce, también como parásito, el imaginario del virus como potencia relacional: «El virus es la forma en que el futuro existe en el presente», la forma de una metamorfosis incesante. La actual infección, sin embargo, cae en un mundo en extinción. Ciertamente no dejamos de preguntarnos por los efectos futuros de la aceleración tecnológica. Pero hay algo que, dentro del discurso sobre el parásito como activador de transformaciones, parece omitirse: que a veces el virus no trabaja por su sobrevivencia. Si aceptamos la intrusión originaria del parásito, escribía Derrida (1992), no solo aceptamos en el corazón de lo viviente la división de su unidad y su apertura al futuro, sino el rastro mortal de un tercero como estructura

no-relacional, es decir, la estructura de algo que no se abre al futuro. El tercero como eso que no trabaja en el mantenimiento de su medio. Lo que nos espanta del virus es la propagación de su doble lógica: no solo el avance de encuentros mutantes entre los cuerpos, sino el avance de una mutación sin sobrevivencia. En un mundo que está a punto de extinguirse, la gestión de la actual pandemia no responde únicamente al confinamiento transitorio, sino que es un ensayo general de hibernación sin futuro. Mientras no consideremos la dinámica maliciosa del virus como parte de la vida humana; mientras no pensemos en esta temporalidad que trabaja para no mantenerse (Colebrook, 2014), ese tercero inerte y no muerto, no abordaremos un futuro que ya no es el nuestro.

Un tercero inerte y no muerto. ¿Qué sería eso? Sin los *medios* para llevar a cabo sus planes, sin el *aparato* necesario para *copiar* o *traducir*, escribía François Jacob (1970, p. 280), «el virus no es más que un *objeto inerte*, como una *cinta* fuera de la *grabadora*». Fuera de otro cuerpo, el virus no puede ser. No puede ocurrir. No puede persistir o durar fuera de los elementos de una relación. ¿Qué temporalidad es ese tiempo que no perdura pero que saca de quicio al tiempo del mundo? Se trata, sin duda, de una temporalidad no humana. De otro tiempo dentro del tiempo de la continuidad orgánica de la vida humana. Es tal vez esa temporalidad que no trabaja en el mantenimiento de lo que consideramos vivo, esta modalidad codificada del parásito *justamente cuando opera sin un medio, cuando no está en relación con otro cuerpo*, y particularmente cuando no está en relación con el cuerpo humano, lo que nos inquieta. Nos inquieta porque está más dentro de nosotros que nosotros mismos; está *detrás*, nos precede, y *adelante*, nos anticipa, como una pavorosa temporalidad *estática*.

La actual pandemia sedimenta en nuestras pantallas dos imágenes que colapsan entre sí: la imagen de lo inhumano y la de lo poshumano. La imagen de todo ese ámbito microbiológico, aparentemente inerte pero en devenir, cuya metafórica permea nuestros discursos bajo la lógica de un plano de consistencia maquínico donde la vida humana está excluida; y la imagen de todo ese ámbito de la tecnoesfera, aparentemente inerte pero en el porvenir, que permea nuestros discursos sobre el futuro y donde la vida humana está excluida. La imagen que nos espera al final del mundo —ese mundo de fósiles técnicos que ya han parasitado nuestros cuerpos— es, en realidad, el comienzo del mundo —ese mundo de objetos inertes que todavía no parasitan nuestros cuerpos—. Choque catastrófico de imágenes en cámara lenta. Sería justamente eso dejado a la suerte de lo inerte —lo que para Aristóteles era lo impensado entre la $\eta\eta\upsilon$ y el $\beta\iota\omicron\varsigma$, el instrumento inanimado— lo que constituiría la historicidad del mundo. No podemos concebir el mundo sin la organización de la materia inerte. La historicidad de la «vida» no puede imaginarse sin la intrusión originaria,

sin la tecnicidad originaria, de un tercero. Pero ese suplemento *es ya el parásito* (Derrida, 1967). La lógica de lo viviente alcanza su historicidad por medio de un tercero, inerte y no muerto, que continúa infectando por sí mismo más allá de nosotros.

Si desplazamos por un segundo la sombría imagen del mundo; si movemos el efecto de contemporaneidad, puede ser que el principal problema no se encuentre en la aceleración tecnológica donde podemos confirmar la lógica del contagio medial. Puede ser que el problema se encuentre en el movimiento en cámara lenta de lo que permanece aparentemente inerte y no muerto, y que, sin embargo, continúa contagiando sin futuro. Parásitos inertes y no muertos, desechos y fósiles, cañerías y cables, baterías y pantallas, lo «no muerto de una historia de los medios» (Parikka, 2015, p. 145), que es también una historia de extinción del mundo. *Inerte como una cinta fuera de la grabadora*, el virus que inquieta es el que contagia sin relación, el que infecta sin futuro, y que no cesa de hacer rizoma con el mundo creando un suplemento de mundo en el que estamos ausentes.

Mientras no consideremos esta dinámica maliciosa del virus como parte de la vida humana; mientras no pensemos en esta temporalidad que trabaja para no mantenerse (Colebrook, 2014), ese tercero inerte y no muerto, no abordaremos un futuro que ya no es el nuestro. Porque la pandemia no solo avanza con encuentros mutantes entre los cuerpos; no solo avanza interfiriendo las mediaciones y las relaciones. Avanza con una mutación sin sobrevivencia. Mirar la extinción del medio de propagación del virus ¿no nos confirma ahí mismo donde nos excluye, en la medida que estamos confinados en el tiempo de extinción de nuestro medio? La gestión de la actual pandemia ¿no tiene el aspecto de un ensayo general de hibernación sin futuro? ¿Un ensayo para habitar en un suplemento de mundo en el mundo? No podríamos pensar la realidad sin la economía parasitaria. Pero es en esa misma realidad donde estamos soñando la inexistencia de lo humano.

Referencias

- Bardini, T. (2006). Hypervirus: A clinical report. *CTheory*, (tdo31). <http://www.ctheory.net/articles.aspx?id=504>
- Coccia, E. (2020). *Métamorphoses*. Payot & Rivages.
- Colebrook, C. (2014). *Death of the PostHuman*. Open Humanities Press.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1980). *Mille Plateaux. Capitalisme et schizophrénie*. Les Éditions de Minuit.
- Derrida, J. (1967). *De la grammatologie*. Les Éditions de Minuit.
- . (1992). *Points du suspension*. Galilée.
- Jacob, F. (1970). *La logique du vivant*. Gallimard.

Land, N. (2012). *Fanged Noumena. Collected Writings 1987-2007*. Urbanomic.
Parikka, J. (2015). *A Geology of Media*. The University of Minnesota Press.
Serres, M. (1980). *Le parasite*. Grasset.

SOCIEDAD DE RIESGO Y CULTURA PÚBLICA¹

Francisco Sierra Caballero (Sevilla, España)

Del COP25 al covid-19, la lógica de representación espectral de este capitalismo del apocalipsis opera, en su fase terminal, por abreviaturas, secretos algoritmos y formas opacas que ocultan los dispositivos reales y concretos de dominación, empezando por las operaciones de *lawfare* y, con mayor incidencia, cosas de la guerra de baja intensidad, del *warfare*. Por ello es difícilmente aceptable la necesidad de una política de comunicación de salud pública. En la cultura de la libertad de empresa informativa, salvo rescatar con cargo al fisco los medios privados en dificultades, la apuesta por una otra lógica de la mediación social es inconcebible. Pero he aquí que la pandemia pone en cuarentena la función informativa, no solo por la alarma social que ha generado, sino por las veleidades interpretativas de opinadores y gacetilleros de dudosa fiabilidad que ahora reclaman la intervención del Estado en un *tour de force* muy propio, como demuestra la historia, del pánico neoliberal. Es lo que podemos calificar como la mediatización y dialéctica del botín y la salud pública que tiene lugar normalmente en momentos de crisis extrema e inestabilidad social. Ahora, con la situación de alerta y emergencia sociosanitaria, cabe además hacer en nuestro tiempo otras lecturas pensando a largo plazo y en profundidad el acontecer que, cabe decir, en modo alguno va a cambiar nuestras vidas, pues la recurrencia de la lógica implícita en esta situación viene de largo.

Desde que Ulrich Beck advirtiera que en las sociedades complejas, en la era de la globalización y la conectividad total, hemos de aprender a gestionar la «sociedad

¹ Este artículo fue publicado en *laU. Revista de Cultura y pensamiento*. <https://la-u.org/medios-virales-en-tiempos-de-covid-19-cultura-publica-en-la-sociedad-del-riesgo/>

de riesgo», un incremento de la incertidumbre y las amenazas planetarias que trascienden las tradicionales fronteras y los espacios territoriales viene marcando la agenda pública sin que la teoría y la práctica de la acción política hayan madurado en sus lógicas de reflexividad y proyección constatada esta nueva dinámica de reproducción. En este escenario, los medios de comunicación cumplen un papel crucial en las formas de gobierno y articulación social, pues pueden contribuir a representar adecuadamente los riesgos y amenazas reales y concretos, además de identificar las alternativas y soluciones para un control social democrático de pandemias como la que vivimos. Si, como analizara el sociólogo alemán, las constantes de una sociedad sometida a fuertes riesgos y a procesos de individualización radical debilitan las formas de equilibrio y reproducción de la vida en común, el papel difusor de pánico moral o salud pública de las noticias de catástrofes ecológicas, crisis financieras, terrorismo o conflictos bélicos son factores determinantes en la construcción de los horizontes de progreso y exigen, por lo mismo, una decidida intervención política en consecuencia. Así, si analizamos la crisis del coronavirus en términos de cultura pública y democracia social, observamos que en países como España, con déficits notorios en la construcción del Estado y marcados por una historia de absolutismo y negación del dominio público, la crisis epidemiológica cuestiona aspectos sustanciales del modelo de gobierno que conviene considerar en detalle. Entre otros problemas de fondo, cabe destacar, cuando menos, cuatro ejes de discusión que resultan estratégicos en la actual coyuntura histórica desde el punto de vista de la acción política institucional:

1. *La planificación centralizada y la coordinación territorial.* La necesaria descentralización de las políticas públicas que ha demostrado, como lo hace la ciencia regional, ser más adecuada para el desarrollo y crecimiento autónomo conforme a las necesidades locales ha demostrado ser ineficaz en momentos de crisis como la del coronavirus. Y no viene al caso aquí señalar la diferencia entre China e Italia, sino más bien, por el contrario, pensar en la dificultad que países federales como Alemania o España encuentran a la hora de responder diligentemente ante una crisis humanitaria. Si trasladamos este problema del Estado nación a proyectos de soberanía compartida como la Unión Europea, la cuestión resulta más delicada, si cabe, y vuelve a situar en la agenda de discusión el reto de definir una integración política con clara delimitación de competencias, no solo de forma exclusivamente subsidiaria, sino también de forma proactiva en respuesta a retos sistémicos como el cambio climático o la llamada cuarta revolución industrial. Experiencias analizadas, como las políticas culturales o de asistencia social en grandes naciones como Brasil, ilustran la importancia de la coordinación

interterritorial y la existencia de un sistema de planificación democrática con capacidad de maniobra para acometer problemas de emergencia nacional y/o estructurales como las crisis virales, sean de salud o las cada vez más habituales de carácter financiero.

2. *La política de seguridad y el control democrático.* Las crisis de emergencia por catástrofes o repuntes epidemiológicos exigen reformular la doctrina dominante de seguridad pública, comenzando por trascender la visión estadounidense de la seguridad como el arte de la guerra por un concepto de seguridad como red de apoyo mutuo ante las amenazas, en virtud de la necesaria solidaridad y cooperación ante epidemias como la soledad y el abandono de los sectores vulnerables, los primeros en sufrir las catástrofes, como se pudo comprobar con el huracán Katrina en Nueva Orleans. La amenaza de la guerra bacteriológica, a todas luces más que inminente, y las tensiones de guerra económica y ciberguerra entre Washington y Pekín dibujan además un escenario poco o nada proclive a la cultura de paz y la coexistencia pacífica, máxime cuando, coincidiendo con el coronavirus, se ejecutan maniobras como Defender Europa 20, con una clara voluntad militar y de alcanzar los objetivos políticos estratégicos de la Casa Blanca por otros medios. El recurso a armas biológicas y la doctrina de guerra total no es, por otra parte, nada nuevo. Recordemos las acciones imperialistas del Departamento de Estado contra Cuba (dengue, fiebre porcina, sabotaje de cultivos) o la exportación de armamento con la construcción de la red de terrorismo internacional más amplia en la historia del mundo por parte del complejo industrial-militar del Pentágono, tal y como revelara en sus investigaciones Edward Herman (1999). En este sentido, considerando la filosofía de la OTAN, que la Unión Europea asume acríticamente, todo análisis de las políticas públicas en nuestro tiempo debe asumir, desde una perspectiva democrática, las tesis que impugnan la biopolítica contemporánea por la criminalización de las formas de resistencia de la ciudadanía que vienen desplegándose con especial intensidad desde la década de los ochenta a lo largo y ancho del mundo. La gestión de la crisis representa en este sentido el fin de los límites y la regulación del Estado social y democrático de derecho ante la exigencia de expansión del espacio vital de reproducción y acumulación del capital financiero internacional, imponiendo, como sostenemos a modo de hipótesis, el estado de excepción como regla, frente a toda contractualidad o legitimación democrática. Entre la forma y la fuerza, entre la regla y la excepción, entre la cooperación y la desconfianza, entre la transparencia y la ocultación, la sociedad de vigilancia, apunta Mattelart, sitúa poco a poco a la multitud como potencialmente sospechosa y nos convierte en intocables, criminales, potenciales terroristas o

apátridas de un régimen que, conforme a su racionalidad, tiende a excluir a toda la ciudadanía universal.

El estado de excepción, en el que la *nuda vida* era, a la vez, excluida del orden jurídico y apresada en él, constituía en verdad, en su separación misma, el fundamento oculto sobre el que reposaba todo el sistema político. Cuando sus fronteras se desvanecen y se hacen indeterminadas, la *nuda vida* que allí habitaba queda liberada en la ciudad y pasa a ser a la vez el sujeto y el objeto del ordenamiento político y de sus conflictos, el lugar único tanto de la organización del poder estatal como de la emancipación de él (Agamben 1998, p. 19).

3. *La regulación del sistema financiero.* La relevancia de la pandemia no solo es la vulnerabilidad de la vida humana, ni el alcance global de toda situación de emergencia o catástrofe por venir, sino singularmente la fragilidad del sistema económico internacional. De hecho, esta crisis nos muestra una forma ya habitual de producción de valor. Cuando hablamos de la acumulación por desposesión no es solo una lógica que evidencia el recurso a los bonos basura o las preferentes para mantener la tasa de beneficio, o procesos como la supresión del derecho a la ciudad con las intensivas dinámicas de gentrificación y segregación espacial, sino sobre todo la artificial dinámica de producción de procesos especulativos con las guerras o las crisis humanitarias que hacen posible las operaciones de Wall Street basadas en el principio *no man's land* por el que se suspenden los derechos fundamentales, imperando la ley del más fuerte y la lógica darwinista de selección natural, conforme a la lectura del liberalismo radical, más allá o al margen de la ley, en un proceso que empezó con la información confidencial y las filtraciones interesadas en la era Reagan y hoy ha evolucionado hacia la planificación de macroeventos mediáticos con los consabidos efectos sobre cotización, deuda pública y desarrollo de sustanciosos beneficios de los amos del muro financiero. La crisis bursátil del año 2000, con la vertiginosa caída del valor de las nuevas empresas puntocom, y sus secuelas de cierres, absorciones y despidos masivos hasta 2003, puso en evidencia por vez primera, tras dos décadas de neoliberalismo, un sistema financiero que hace posible la descapitalización de pequeños y medianos ahorradores en beneficio de los grandes tiburones del mercado de valores, mientras en los medios periodísticos se construía una imagen esplendorosa e irreal del turbocapitalismo que tendía a promocionar el libre juego de la economía casino. La experiencia, sin embargo, no habría de sorprender a los críticos de la llamada nueva economía. Pues, históricamente, la lógica especulativa del capitalismo ficción venía jugando sus cartas en perjuicio de los pequeños inversionistas sin información privilegiada desde hacía

dos décadas, por más que la Dama de Hierro quisiera convencer a la humanidad de las ventajas sociales del capitalismo popular. Tal y como demostraron algunos tribunales de justicia en EE. UU. en varios recursos anteriores al descalabro y explosión de la burbuja de las empresas puntocom, el recurso habitual a prácticas ilegales de ocultación y doble contabilidad de los herederos de la Moral Majority tiende a ser favorecida por una mediación periodística *espectacularizante* que, con su apelación al enriquecimiento rápido y el discurso de la innovación, propia de la lógica de la destrucción creativa, acelera el proceso de circulación sin límites ni fiscalización del Estado mientras se ocultan a la opinión pública las consecuencias de las decisiones bursátiles, y el valor real de las operaciones, emplazados como están los públicos a participar activamente del capitalismo ficción en lo que Habermas denomina la opinión pública por aclamación. Ejemplos de esta doble articulación de apertura y cierre, de efecto llamada y demostración, de ocultación y publicidad sesgada del mercado son de hecho muy comunes en nuestros días, como también el uso de la información privilegiada. Recordemos aquí el caso de France Telecom y su sospechosa privatización, cuestionada por la Autoridad de los Mercados Financieros gala, ante la evidencia de movimientos accionariales y transacciones previas a la negociación de la teleoperadora francesa por el que se cedía más del 10 % del capital público a grupos privados. Hoy estas operaciones orquestadas en la oscuridad se despliegan también con la extensión del pánico moral administrado a través de la propaganda del miedo. La ruptura de la confianza es impulsada como una estrategia de control que se inicia con cualquier catástrofe o acontecimiento de impacto (como en el caso de esta pandemia) y continúa con la velada amenaza de la destrucción total de la economía si no se aceptan las medidas de «austeridad». De esta forma, la domesticación de la economía monetaria, en el sentido de Peter Sloterdijk, tiene lugar con un discurso de *agitprop* y terror en torno a los efectos previsibles de una negativa a aceptar la ley de hierro del capital rentista. Y dado que existe una relación inversamente proporcional entre anomalías en el flujo y circulación del capital financiero internacional, y el control democrático de escrutinio público, el discurso del miedo, el pesimismo de los dividendos y los mensajes catastrofistas cumplen una función de desmovilización y aceptación de la quiebra del sistema público en beneficio de la apropiación privada.

La instauración de este sistema hegemónico de dominación espectacular ha supuesto, como consecuencia, una mudanza social tan profunda que, lógicamente ha transformado el arte del gobierno. Hoy la banalización de la guerra como instrumento ético de las viejas naciones imperiales es reactualizada desde una cultura mediática diferente, en la que la «pantalla total» que coloniza los medios de vida adquiere una relevancia insospechada: la de representar la fuerza del

poder hegemónico, la de reproducir la potencia de la soberanía, sobrecodificando la capacidad del imperio de garantizar policialmente el orden al servicio del derecho y la paz, alterando las condiciones de organización y planeación de la acción política. Así, si Clausewitz hizo célebre la distinción entre táctica, como empleo de la fuerza en combate para alcanzar la victoria, y estrategia, como el empleo de las victorias a fin de alcanzar los objetivos de la guerra, hoy la solución de continuidad entre una y otra es prácticamente indiscernible en la definición de la escalada de intensidad, baja o alta, de los conflictos, al punto de que toda la vida social aparece como un problema estratégico de seguridad pública, en una concepción de la guerra, representada en los medios, total y prolongada, pensada incluso como la anticipación calculada de previsible puntos de intervención conforme a lo que Debord denomina «lo espectacular integrado» (1999, p. 99). Así, la sofisticación tecnológica y la pregnancia de una retórica de escenificación militar espectacularizada, característica de los sistemas imperiales, envuelven hoy los discursos económicos, informacionales y bélicos de la aldea global. En esta operación, el discurso espectacular es un discurso terrorista:

La sociedad del espectáculo manda utilizando una antigua arma. Hobbes reconoció tiempo atrás que a los efectos de una dominación adecuada la pasión más efectiva es el miedo. Para Hobbes, es el miedo el que conduce a y asegura el orden social, y aún hoy el miedo es el mecanismo primario de control que inunda la sociedad del espectáculo. Aunque el espectáculo parece funcionar mediante el deseo y el placer (deseo de mercancías y placer de consumo), lo hace en verdad mediante la comunicación del miedo —es decir, el espectáculo crea formas de deseos y placer que están íntimamente asociadas al miedo— (Negri y Hardt, 2000, p. 157).

De esta manera, la construcción noticiosa del pánico moral de las multitudes impulsada por la prensa valida la hipótesis de Klein sobre la doctrina del *shock* como pérdida de sensibilidad y conciencia de la situación real vivida. Del Chile de Pinochet a la guerra de Irak, pasando por los conflictos de los profesionales del silencio, las ideas de Milton Friedman cobran actualidad en una situación de estado de emergencia en el que, como critica Agamben (1998), la excepción es la norma y la mediación informativa una comunicación del pavor orientada a reproducir la narrativa estática del neoliberalismo, esto es, el aislamiento físico, psicológico y, claro está, político contra las medidas impuestas de expropiación (Klein, 2007). Frente a esta lógica devastadora del capital rentista, es precisa la lucha democrática por la información, comenzando por las redes digitales. De acuerdo con Pierre Lévy, la transparencia financiera ciberdemocrática exige: 1) luchar contra la corrupción

impulsando medidas y soluciones de control presupuestario por la función pública; 2) inspirar la confianza de los ciudadanos; 3) implicar a la ciudadanía en la administración de la prosperidad definiendo otra comunicación del riesgo y la dinámica económica en lo que debería ser una política que pase de lo reactivo a lo proactivo, especialmente pensando en los agentes implicados en la mediación de los abusos especulativos, a saber: poderes públicos, periodistas, agencias reguladoras y sociedad civil (Lévy, 2002, p. 154).

4. *La cultura pública y la solidaridad.* La pandemia proclamada por la OMS pone en crisis además el sistema internacional de Naciones Unidas, crecientemente privatizado a través de ONG, al igual que las actuales formas de cooperación bilaterales en la geopolítica internacional, lo que pone en cuestión la necesaria salvaguardia de los bienes comunes y el dominio público. Si en el ámbito del Estado nación la crisis sanitaria apunta en dirección al alcance y consistencia de la cultura pública, el problema de la fraternidad en la democracia neoliberal nos obliga a repensar la solidaridad internacional entre los pueblos y gobiernos desde nuevas bases distintas a las que han prevalecido desde la primera década del desarrollo auspiciada por la ONU. Más allá del ejemplo de China con respecto a Italia o la medicina cubana colaborando con potencias tradicionalmente empecinadas en su dominación colonial, esta crisis pone en evidencia la necesidad no tanto de refundar el capitalismo como de reorganizar el sistema internacional si se ha de garantizar la vida en el planeta. Las enseñanzas de la URSS en luchas cruciales en su tiempo contra la viruela o, en la actualidad, el modelo reconocido como más consistente de Cuba o China ponen el acento en la salud preventiva, más que en el arte de la guerra, a partir del principio de cooperación y solidaridad, cuestionando el pogromo ordoliberal sobre la sanidad o los servicios públicos como gasto, justamente más que cuestionable si observamos en lo concreto el caso contrafáctico de Estados Unidos e Inglaterra, previsiblemente las potencias que se verán más perjudicadas por esta crisis por las políticas que rigen en ambos países desde Thatcher y Ronald Reagan. En otras palabras, y como nos enseñara la antropología materialista, la grieta que agranda esta crisis es la inviabilidad de la política de la *pleonexia* y la necesaria vindicación de lo común, como también de nociones al uso del decrecimiento como la política de sobriedad, frente al colapso de las redes de dependencia que han dominado por décadas en las relaciones internacionales con el neoliberalismo.

Para resumir y a modo de conclusión, como en otros momentos de crisis y bifurcación histórica, la pregunta, por impertinente, que conviene formular, siempre intempestivamente, como corresponde a una visión materialista, es quiénes se

benefician de la pandemia. El neoliberalismo sabemos que fue impuesto en Chile con terrorismo de Estado: de Pinochet a Piñera. Y también somos conscientes de que la viralidad de las noticias engrasan la cuenta de resultados de los medios mercantilistas. He ahí la prueba de Trump y el *Washington Post*. La explotación total requiere hoy, por otra parte, de la guerra híbrida, y de las pandemias globales por las dificultades del capital acumulado de realizarse en esta fase especulativa y rentista. Por otra parte, ya conocemos las lecciones de Thomas Hobbes. Esto es, este tiempo de emergencia es propio de la doctrina de seguridad total por encima de toda veleidad informativa. Pero empresas como ABC vindican el papel de los medios como el principal antídoto frente al pánico del caos informativo y de las redes virales que proliferan con bulos de diverso tipo. Una falsedad más a la que nos tienen acostumbrados. Más aún, cuando en la propia página, al lado de esta autopromoción infundada el diario de extrema derecha aconseja suscribirse por solo 9.99 euros al mes en la plataforma Kiosko y Más para seguir la actualidad de manera personalizada, una prueba, en fin, del algodón de la prensa mercantilista en momentos de crisis. Añadamos a este razonamiento que hace tiempo, quizá desde la primera guerra del Golfo, sabemos que la superioridad informativa es prescriptiva del orden y lógica del control social. Y que terror y valor son del mismo campo semántico en el capitalismo zombi que vivimos. La lógica vampírica del capital, como bien ilustrara nuestro poeta en Nueva York, no para de acumular cadáveres, al tiempo que despliega una calculada política de terrorismo informativo para que, por encima de todo, nadie mire a Wall Street. Paradojas de la toxicidad de nuestro tiempo, mientras en el reino de España, con tanta saturación informativa sobre el coronavirus, la peor plaga que asola el país, el virus de la corona, sigue sin ser acometida por la espiral del disimulo gracias a los medios del régimen que ocultan o desplazan el foco de interés sobre paraísos fiscales e impunidad de la monarquía del mismo modo que antaño los tribunales protegieron al hombre fuerte del Banco de Santander. Todo, en suma, es una cuestión de botín. Pero, hoy como ayer, atentos al contagio y al arte de la imitación. Una lección está clara en esta crisis, como en otras experiencias anteriores, la deriva del contagio, natural o virtual, no es solo programable por la industria cultural. Es también una cultura de la emboscada de las multitudes. La historia así lo demuestra.

Referencias

- Agamben, G. (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-Textos.
- Debord, G. (1999). *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Anagrama.
- Herman, E. (1999). *The Real Terror Network: Terrorism in Fact and Propaganda*. South End Press.

Negri, A. y Hardt, M. (2000). *Imperio*. Debate.

Klein, N. (2007). *La doctrina del shock*. Paidós.

Lévy, P. (2002). *Ciberdemocracia. Ensayo de filosofía política*. Editorial UOC.

**DE LA EXCLUSIVIDAD DE LOS «OTROS» A UN «NOSOTROS»
INCLUSIVO: APUNTES PARA PENSAR Y SOBREPASAR LAS NARRATIVAS
DE IDENTIDAD Y ALTERIDAD EN TIEMPOS DE COVID-19**

Eduardo Gallegos Krause (Temuco, Chile)

*Prender conocer la propia imagen se convierte en una
búsqueda enloquecida, agotadora (nunca se consigue), análoga
al empecinamiento del que quiere saber si tiene razón al estar celoso.*

Roland Barthes

A partir de los estudios culturales de los años ochenta y noventa aparece como un lugar común el hecho de que los procesos de construcción de identidad social se articulan en torno a las fronteras de significación que son capaces de distinguir entre un «otros» y un «nosotros» (Solórzano-Thompson y Rivera-Garza, 2009; Rabinovich, 2009; Hall, 2003, 2010). En esta lógica de la diferencia es donde se funda el sustrato sociohistórico e ideológico para pensar la identidad en términos de cultura propia y cultura ajena, que ineludiblemente operan como formas propias de las culturas políticas que comenzaron a construir Estados nación o a imaginar comunidades desde fines del siglo XVIII (Anderson, 1993).

El marcado acento excluyente-exclusivista ha encontrado un campo fértil para florecer en la retórica política de líderes conservadores y reaccionarios en la forma de discursos de recuperación de una época mejor del tipo «Make America great again» o la salida de proyectos inclusivo-comunitarios por cálculos egoístas y celos agotadores que buscan la univocidad de lo propio (léase Brexit, por ejemplo). Estas vienen a ser muestras de una política nativista que exagera el nosotros en oposición a los otros (Jones *et. al.*, 2019; Botelho, 2016).

La actual contingencia sanitaria mundial también ofrece la oportunidad para que estos discursos de lo que algunos llaman «diferencia radical» salgan del estado

de latencia en el que parecen encontrarse generalmente, y hallen una nueva excusa para situar a los otros en oposición al nosotros. Esto, que debería suponer dinámicas de cooperación y empatía por tratarse de algo que nos afecta a todos de manera global —por eso el nombre de *pandemia*—, termina siendo el dispositivo ubicuo para la antipatía y la competencia enfermiza por supuestos valores nacionales.

En los Países Bajos, donde residí algunos meses, cuando comenzó la crisis sanitaria un encargado regional de Salud dijo en la televisión pública como justificación para no cerrar escuelas por las consecuencias del covid-19 que los italianos adhieren menos a las medidas de higiene que los neerlandeses y que, por eso, en los Países Bajos no era necesario tomar mayores medidas (NU.nl, 2020). La política sanitaria en ese momento se estaba basando en la ficción nacionalista de una identidad pulcra; un nosotros higiénico, mejor que los otros sucios. La tragicómica declaración del burócrata tuvo lugar en un programa que paradójicamente se titulaba *Hechos y fábulas en torno al coronavirus*.

A las pocas horas vi una publicación en Instagram de una chilena casada con un neerlandés que decía algo así como: «Qué bueno que los holandeses ahora se estén lavando las manos, porque antes no se las lavaban ni después de ir al baño». La batalla por el capital simbólico, y la distinción entre limpieza y suciedad (Bourdieu, 1993), hacía que en ese momento los que se consideraban limpios frente a otros fueran luego tildados de sucios. Nadie siquiera se preguntaba por aquellos que no tienen el capital material básico para la higiene: agua potable y jabón. El caso es que en la búsqueda de la identidad aparece ineludiblemente la narrativa de otro que no es como nosotros, donde las condiciones materiales son uno de los tantos mecanismos que fundan la distinción.

Otro ejemplo. Bolsonaro, el huevo de la serpiente Trump, dijo que «el brasileño no se contagia, salta a una alcantarilla y no le pasa nada» (*El Mostrador*, 2020). Se conjugan de manera contradictoria en la retórica del exmilitar la supuesta superioridad del país-continente latinoamericano con la reproducción poscolonial/neoimperial de la suciedad y de la degradación latina; esa que se encuentra en la supuesta raíz de los problemas de los «países sucios», como Italia, Francia y España. Qué decir de sus antiguas colonias.

Se trata entonces de señalar el carácter de tal o cual región para rastrear el origen de la suciedad o la debilidad, y lo mismo opera con la antítesis de esos valores. Se combinan así sinécdoque y metáfora como tropos discursivos asociados a topologías definidas; los lugares viles y poco higiénicos. Según Hayden White (1978), uno de los máximos exponentes de la reflexión epistemológica narrativista en los Estados Unidos, la degradación retórica del otro cultural opera como mecanismo de autodefinition positiva en tiempos de crisis. David Spurr (2013) rastrea en tanto el tropo retórico de la degradación como parte de los discursos imperialistas que se reproducen hasta bien entrado el siglo xx en la prensa.

«Seguí comiendo perro, seguirás siendo un virus, mientras q hacen sufrir a esos animales que sufran ustedes también». Así versa un mensaje en Twitter dirigido a una persona china (Velásquez y Radovic, 2020). Durante la peste negra se acusó a mujeres de haberse acostado con el diablo y ser la causa del azote en la Europa tardomedieval; ellas fueron quemadas por brujería. Los chivos expiatorios de nuestros tiempos modernos y secularizados no son ya los que no comparten la misma religión (aunque también), sino los otros que no comparten las mismas normas culinarias y de higiene, y que tienen formas culturales distintas. Así, una extrema xenofobia se ha manifestado hacia la población asiática identificada como la fuente del problema. Del mismo modo que en los noventa se estigmatizó a un continente entero, África, por ser la fuente del sida como expresión epítomica y sintomática de la depravación no occidental, hoy se hace lo propio con países asiáticos, sobre todo China.

En esta dinámica lo humano se (con)funde con lo biológico, generando una suerte de patología demográfica. De ahí que la respuesta de muchas personas asiáticas en Twitter haya sido el marcador #NoSoyUnVirus (Oliveres, 2020). Precisamente, la naturaleza global del mismo virus nos propone una superación del espacio de los «otros» y de «nosotros». La enfermedad pasa entonces de ser endémica a epidémica, reproduciendo la distinción entre locales y migrantes. Finalmente, el carácter pandémico del virus termina anulando todas las distinciones posibles. Pero el virus en este sentido parece ser más inteligente que nosotros.

Razón tiene entonces el esloveno Slavoj Žižek cuando señaló en una entrevista que la pandemia pone de manifiesto la necesidad política de la coordinación y la colaboración global: «Se acabó lo de EE. UU. (o quién sea) primero» (RT, 2020); se acabó la dicotomía nosotros vs. los otros, podría leerse. Pero ahí está el interés egoísta y exclusivo de Donald Trump, tratando de asegurar una vacuna para los estadounidenses por la que estaba dispuesto a pagar un billón de dólares (*The Guardian*, 2020). ¿Cómo escapar entonces de las narrativas excluyentes nosotros/otros? ¿Cómo generar una inclusividad sana y respetuosa del otro?

El filósofo Tzvetan Todorov, un búlgaro disidente de la URSS que buscó asilo en Francia, y que por lo tanto supo vivir en la tensión permanente de lo propio y lo ajeno, o entre la identidad y la alteridad, propuso hace algunos años un sugerente análisis que ha sido relegado a un segundo plano por las elites intelectuales. Todorov señaló que al entrar en contacto con un «otro» se lo puede considerar diferente o igual. Si es diferente será superior o inferior al «nosotros» que lo percibe; si es igual se le negará su particularidad. Por lo tanto, esta dinámica de igualdad o diferencia opera siempre de manera violenta (Todorov, 2003, 2007).

Todorov encontró una respuesta para salir de la dicotomía propio/ajeno en la literatura de Goethe, donde, según él, se abogaría por reconocer en las obras particulares

y en cada cultura particular elementos comunes a todos, o sea, lo universal. En la práctica y en nuestra condición planetaria enferma —figurada y literalmente— esto se traduce en una suerte de espacio entremedio del «nosotros» y los «otros» (Todorov, 1986).

Dejar de preguntarse por la univocidad de lo propio en ese espacio definido como lo idéntico (identidad) y pasar a vivir con el otro supone la alteración constante de nuestras dinámicas de encuentro (la alteridad). Una intercultura donde se es y no se es al mismo tiempo, como espacio dialéctico que permite salir de los límites del yo y el otro. Ya no Goethe, sino que otro literato, el Nobel mexicano Octavio Paz (1982), se refirió precisamente a esa forma compleja de relacionarnos con otros: «La comprensión de los otros es un ideal contradictorio: nos pide cambiar sin cambiar, ser otro sin dejar de ser nosotros mismos».

Referencias

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Botelho, T. (2016). A implosão anunciada do Partido Republicano: Populismo americano em tempo de incerteza. *Relações Internacionais* (R:I), (51), 43-56.
- El Mostrador. (17 de marzo de 2020). «El brasileño no se contagia»: Bolsonaro enciende los ánimos con polémicas declaraciones sobre la pandemia del covid-19. *El Mostrador*. <https://www.elmostrador.cl/noticias/2020/03/27/el-brasilen-no-se-contagia-bolsonaro-enciende-los-animos-con-polemicas-declaraciones-sobre-la-pandemia-del-covid-19/>
- Hall, S. (2003). ¿Quién necesita «identidad»? En S. Hall y P. du Gay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural* (pp. 13-39). Amorrortu.
- . (2010). Etnicidad: identidad y diferencia. En E. Restrepo, C. Walsh y V. Vich (eds.), *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (pp. 339-348). Envió Editores.
- Jones, D., Bruyneel, K. y Medina, W. (2019). North Atlantic Perspectives: A Forum on Stuart Hall's The Fateful Triangle: Race, Ethnicity, Nation, Part I. *Contexto Internacional*, 41(2), 431-448. <https://doi.org/10.1590/s0102-8529.2019410200011>
- NU.nl (14 de marzo de 2020). GGD-directeur over scholen: Situatie Nederland onvergelijkbaar met Italië. *NU.nl*. <https://www.nu.nl/coronavirus/6037551/ggd-directeur-over-scholen-situatie-nederland-onvergelijkbaar-met-italie.html>
- Oliveres, V. (14 de febrero de 2020). #NoSoyUnVirus: iniciativas que sensibilizan sobre el coronavirus en Barcelona. *Catalunya Plural*. <https://catalunyaplural.cat/es/nosoyunvirus-iniciativas-que-sensibilizan-sobre-el-coronavirus-en-barcelona/>

- Paz, O. (1982). Hablar y decir, leer y contemplar. *Vuelta*, (63), 5-11.
- Rabinovich, S. (2009) Alteridad. En M. Szurmuk y R. McKee (coords.) *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* (pp. 41-44). Siglo XXI.
- RT (31 de marzo de 2020). Slavoj Žižek: «El coronavirus nos obliga a elegir entre el comunismo global o la ley de la jungla». RT. <https://actualidad.rt.com/actualidad/348318-slavoj-zizek-coronavirus-comunismo-jungla>
- Solórzano-Thompson, N. y Rivera-Garza, C. (2009) Identidad. En M. Szurmuk y R. McKee (coords.), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* (pp. 138-144). Siglo XXI.
- Spurr, D. (2013). *La retórica del imperio*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- The Guardian (16 de marzo de 2020). Coronavirus: anger in Germany at report Trump seeking exclusive vaccine deal. *The Guardian*. https://www.theguardian.com/world/2020/mar/16/not-for-sale-anger-in-germany-at-report-trump-seeking-exclusive-coronavirus-vaccine-deal?CMP=Share_iOSApp_Other
- Todorov, T. (1986). Le croisement des cultures. *Communications*, (43), 5-26.
- . (2003). *La conquista de América: el problema del otro*. Siglo XXI.
- . (2007). *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*. Siglo XXI.
- Velásquez, F. y Radovic, P. (22 de marzo de 2020). Xenofobia en tiempos de crisis: «Me escupieron porque pensaban que tenía coronavirus». *La Tercera*. <https://www.latercera.com/la-tercera-domingo/noticia/xenofobia-en-tiempos-de-crisis-me-escupieron-porque-pensaban-que-tenia-coronavirus/2XBVYQUBT5AIFLSAIFEGKXNUBI/>
- White, H. (1978). *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Johns Hopkins University Press.

PANDEMIA, MEDIOS Y RIESGO

Nadia Koziner, Natalia Aruguete y Esteban Zunino (Buenos Aires/Mendoza, Argentina)

La irrupción inesperada del covid-19 y su denominación como pandemia por parte de la Organización Mundial de la Salud implicaron una discontinuidad radical en el devenir de la realidad global. La rápida propagación del virus en todo el mundo y el colapso de los sistemas sanitarios de varios países de Asia y Europa llevaron a los gobiernos a disponer el cierre de sus fronteras y a implementar medidas drásticas, como la suspensión de la mayoría de las actividades consideradas no esenciales y el aislamiento de su población, ante la escasez de medicamentos para prevenir o curar la enfermedad causada por él. Súbitamente, los números de personas infectadas y fallecidas pasaron a ser las noticias más esperadas del día y el tema ocupó los primeros lugares de las agendas de todos los medios de comunicación.

El coronavirus es un ejemplo perfecto de lo que Suzanne Staggenborg (en Pride, 1995) denominó «evento crítico». Es decir, un acontecimiento contextualmente dramático cuyo significado general radica en el impacto que tiene tanto en la atención pública como en las elites políticas y en la percepción generalizada de que es necesario accionar de modo urgente. La autora identifica seis tipos de eventos críticos que reclaman definiciones colectivas que les den sentido: 1) eventos socioeconómicos y políticos de gran escala, como las depresiones económicas y las guerras; 2) desastres naturales y epidemias; 3) accidentes graves causados por errores humanos, como derrames de petróleo; 4) enfrentamientos personales alrededor de patrones de dominación; 5) iniciativas estratégicas de un movimiento o un contramovimiento con el objetivo de instalar socialmente sus demandas; y 6) resultados de políticas públicas, sobre todo cuando se trata de respuestas oficiales a las acciones colectivas de un movimiento social o contramovimiento. Aunque podría encuadrarse claramente en

el segundo tipo, la gravedad de los asuntos derivados de la pandemia y la escala de las consecuencias para la situación socioeconómica de la gran mayoría de los países permite clasificarla también en el primero.

Más allá de la categorización, lo cierto es que la temprana definición de la pandemia como un evento crítico para la Argentina habilitó al Gobierno a actuar tempranamente y a dictar el aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO), asesorado por un comité de médicos/as expertos/as en infectología y epidemiología. Ello permitió ralentizar el ritmo de avance de la enfermedad al tiempo que se procuraba acondicionar el sistema sanitario nacional para recibir a las personas que requirieran internación.

En ese contexto, los medios de comunicación han cobrado renovada importancia en la definición de la situación que le da sentidos a la pandemia. Los asuntos que tratan como noticia, los actores a quienes legitiman como fuentes autorizadas, y las causas, consecuencias y respuestas que proponen para detener el avance del virus colaboran con la construcción de los encuadres que circulan socialmente. En primer lugar, el confinamiento forzado trajo consigo un considerable aumento en el consumo de información que tuvo su correlato en un incremento inusitado de la producción informativa ligada al tema. Según el Observatorio de Medios de la Universidad Nacional de Cuyo (2020), durante las primeras cinco semanas de confinamiento, nueve de cada diez noticias que se publicaron en los principales medios digitales argentinos fueron sobre el covid-19. Este porcentaje, si bien mostró algunas bajas en las semanas subsiguientes, nunca se ubicó por debajo del 70 % de las notas publicadas. Por primera vez en años, además, se registró un incremento en el encendido de la televisión: el *rating* de los noticieros y las señales de noticias de cable creció significativamente durante las primeras semanas de aislamiento. Con una agenda mediática cooptada por la evolución de la pandemia, ello dio cuenta del interés de los públicos por este asunto.

En segundo lugar, la definición de la situación que predominó en los medios fue inicialmente coherente con la que sostuvo el Poder Ejecutivo Nacional, sobre todo, respecto de las prescripciones morales para hacer frente al avance del virus: «Quedate en casa» se repitió como mantra en cada programa de televisión. Si bien es habitual que en las noticias predominen las fuentes oficiales —lo que da cuenta de una relación estable entre política y medios—, más del 70 % de las fuentes consultadas por los periodistas en las noticias sobre covid-19 desde los inicios de la pandemia fueron funcionarios públicos, principalmente del Gobierno nacional, quienes intentaron promover un encuadre sanitario de la situación basado en los datos oficiales y en las prescripciones de epidemiólogos y expertos. No obstante, estas recomendaciones que, en buena medida, fueron retomadas por conductores, columnistas y médicos/as invitados/as no siempre estuvieron acompañadas por un tratamiento responsable del

asunto. Por el contrario, la excesiva atención puesta en historias individuales, tanto como nota de color cuanto para emitir sanciones a ciertas conductas desviadas de la norma, fue en desmedro de un tratamiento estructural y contextualizado del fenómeno, que aportara información socialmente relevante para prevenir el avance del virus y evitar, a la vez, sembrar pánico en la población. Concretamente, solo cuatro de cada diez noticias brindaron información útil para prevenir la enfermedad, para la circulación por el espacio público o para la gestión de la vida cotidiana. En el resto de la cobertura predominó un enfoque dramático tendiente a explotar una dimensión emocional del conflicto que encontró aceptación en el consumo.

Salvar vidas o evitar una crisis económica

Los conceptos y términos específicos utilizados para presentar encuadres en competencia (*competing frames*) pueden propagarse comunicacionalmente a partir de los efectos que obtengan sobre el juicio y la elección de un individuo. Las consideraciones acerca de las causas y el tratamiento de una situación problemática están íntimamente relacionadas con la forma en la cual las personas piensan acerca de la responsabilidad (Iyengar, 1990).

Según Entman (2004), los encuadres mediáticos definen efectos o condiciones como problemáticas, identifican sus agentes causales al atribuir responsabilidades, transmiten un juicio moral y promueven un remedio o emiten un pronóstico. Desde la teoría prospectiva (Tversky y Kahneman, 1981), se asume que un «encuadre de decisión» (*decision frame*) encauza las elecciones que tomamos alrededor de distintas alternativas después de evaluar las potenciales probabilidades y consecuencias de los actos implicados, así como las responsabilidades atribuidas a los actores involucrados desde un sustrato moral, que estructura universos dicotómicos en los que se ubican el bien y el mal, los beneficios y los perjuicios de seguir una determinada acción. En general, los encuadres de decisión que ofrecen una ganancia segura, aunque modesta, evidencian nuestra aversión al riesgo. Si, en cambio, las opciones incluyen una pérdida clara, optaremos por asumirlo.

Cuando el marco interpretativo de un problema de decisión enunciado coincide con los esquemas habituales del interlocutor, las palabras e imágenes que articula dicho mensaje se vuelven notables, comprensibles, memorables y emocionalmente resonantes.

La perspectiva del *framing* es productiva para comprender la evolución que ha tenido la definición de la situación en torno al covid-19. El impacto económico de la pandemia constituyó un tópico relevante desde los inicios, en parte, debido a que el tratamiento de los asuntos de interés público con foco en las consecuencias económicas

que acarrear es un patrón recurrente en las noticias. Así, la preocupación económica derivada de la pandemia está presente en ocho de cada diez notas de opinión en los principales diarios del país, lo que refuerza el encuadre general que impregna esta problemática en los medios argentinos.

Transcurridos más de dos meses de aislamiento, vuelve a cobrar fuerza la dicotomía entre salud y economía, con un nuevo componente: la libertad individual. En ese marco tuvieron lugar manifestaciones públicas con reclamos que apuntaban al Gobierno de la Nación, al cual se responsabilizaba por la restricción a la libertad individual y la retracción de la actividad económica, causadas por la cuarentena. Aunque con baja concurrencia, esas protestas contaron con amplia cobertura en los medios de comunicación.

En un escenario que comienza a activar una polarización que parecía puesta en suspenso, los encuadres en competencia —salvar vidas versus evitar una crisis económica— reeditan la influencia de las identidades políticas (Iyengar y Westwood, 2015) como predictoras de los sentimientos de temor extendidos en la población.

Un estudio realizado en Argentina (Aruguete y Calvo, 2020) muestra cómo distintos encuadres mediáticos pueden alterar las percepciones de los votantes. Concretamente, los oficialistas observan mayores riesgos sanitarios y menores riesgos laborales que los votantes opositores. Estas percepciones se alinean con los discursos de líderes políticos oficialistas y opositores, tanto de aquellos que han priorizado la respuesta sanitaria (pro gobierno) como de quienes critican los costos económicos de la cuarentena (oposición).

Otro hallazgo interesante apunta a la reacción de las personas a estos encuadres. La propensión a compartir información es mayor cuando los mensajes muestran a los partidos políticos colaborando entre sí para definir políticas integrales de manera conjunta (una expresión elocuente en Argentina podría ser «cerrar la grieta») que frente a mensajes negativos en los que se observan críticas y acusaciones entre rivales («en lugar de tomar deuda hubieran invertido en hospitales»).

Más aún, los mensajes despolarizantes logran reducir las diferencias interpartidarias en percepciones de riesgo. En definitiva, no solo las preferencias políticas y percepciones de riesgo sanitario y laboral varían entre partidos, sino que, además, son susceptibles de ser modificadas por distintos encuadres políticos.

El proceso de mediatización del covid-19 tiene aristas que merecen ser investigadas por tratarse de una situación inédita para la historia de la humanidad. En el marco de un proceso que permanece abierto, se sucedieron diferentes etapas en las que la visión sanitarista y la económica quedaron enfrentadas con distinta intensidad. Hoy parece nacer una nueva variante de la polarización política en Argentina: el dilema estructural entre «realzar» el rol del Estado (para salvarnos entre todos)

y «recuperar» la libertad (para lograr una salida individual a la crisis). La discusión queda abierta e invita a una reflexión sobre el papel de las instituciones estatales, su capacidad regulatoria de la vida individual y su contribución a la garantía de derechos esenciales como la salud. En tanto, la misma discusión nos lleva a repensar la relación entre Estado y libertad en el marco de esos derechos básicos que, como queda claro cuando las muertes se cuentan por millares, van mucho más allá de la decisión individual sobre la circulación y la reproducción económica. Máxime frente a un suceso que, como nunca, expone las limitaciones del capital para asegurar un sostenimiento equitativo y digno de la existencia humana.

Referencias

- Aruguete, N. y Calvo, E. (2020). Coronavirus en Argentina: Polarización partidaria, encuadres mediáticos y temor al riesgo. *Revista Saap*. En prensa.
- Entman, R. M. (2004). *Projection of power. Framing News, Public Opinion and U.S. Foreign Policy* (pp. 1-28). The University of Chicago Press.
- Iyengar, S. (1990). Framing Responsibility for Political Issues: The Case of Poverty. *Political Behavior*, 12(1), 19-40.
- Iyengar, S. y Westwood, S. J. (2015). Fear and Loathing Across Party Lines: New Evidence on Group Polarization. *American Journal of Political Science*, 59(3), 690-707.
- Observatorio de Medios de la Universidad Nacional de Cuyo (2020). [Archivo de video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=xtWlZCN26Hc&feature=youtu.be>
- Pride, R. A. (1995). How Activists and Media Frame Social Problems: Critical Events Versus Performance Trends for Schools. *Political Communication*, 12(1), 5-26.
- Tversky, A. y Kahneman, D. (1981). The Framing of Decisions and the Psychology of Choice. *Science*, 211(4481), 453-458.

LA PESTE DE LOS RICOS¹

Roberto Follari (Mendoza, Argentina)

Una decepción: la producida por los grandes intelectuales ante la pandemia inesperada. En vez de pensar la singularidad, casi todos han reencontrado lo mismo de siempre, lo que ya afirmaban antes. En vez de indagar ante una situación que nos conmueve hasta el límite, repiten impávidos lo ya pensado. Así, Agamben «descubre» el estado de excepción sobre el que escribió hace casi dos décadas, Žižek encuentra el «virus revolucionario» que redimirá súbitamente al comunismo (verdadero delirio) y Byung-Chul Han hallará por enésima vez que el sistema todo lo puede y lo absorbe. Miseria de los intelectuales.

En Argentina, la derecha privatista calló durante semanas, desorientada ante la evidencia de que solo el Estado protege en circunstancias extremas. Pero ya salió del armario: ahora encontró que «la economía está muy mal». Vaya novedad, como si en medio de un incendio los objetos no se quemaran. Y recomiendan «sabiamente» mover la producción, aunque se mueran más personas por el virus. Primero los números, después la vida. Justo cuando la pandemia produce un párate a la concepción de crecimiento indefinido sobre la cual se edifica planetariamente el capitalismo.

Pero hay otro aspecto destacable en todo esto, y que ha sido menos dicho. Solo lo lanzó —pero luego se calló ante las críticas— el por otras razones objetado gobernador de Jujuy, Gerardo Morales. Y es que estamos, en la Argentina, ante una enfermedad de «los de arriba» de la sociedad.

No es que los de abajo no se vayan a contagiar: por el contrario, tienen más posibilidades de hacerlo debido a razones que van desde el hacinamiento en sus viviendas

1 Este artículo fue publicado en *Unidiversidad*. <http://www.unidiversidad.com.ar/la-pest-de-los-ricos>

hasta la necesidad de ir a trabajar o subirse al transporte público. Tampoco es que la aparición del virus en China se diera entre las clases altas de ese pobladísimo país.

Lo que decimos es que la enfermedad ha sido traída a la Argentina por los que tienen dinero. Los que viajan —o podemos viajar— en avión o hacen cruceros marítimos. La enfermedad se hubiera quedado en Europa si los viajeros no la hubieran traído. Y los más pobres no van a Europa.

Poco se dice, pero es así. Las clases acomodadas —que incluyen a los que hoy golpean cacerolas antigubernistas— son el vehículo de esta peste que los más pobres reciben sin tener que ver, siendo que son los más golpeados, porque disponen de peores condiciones sanitarias.

Ellos son los «negros de mierda», los humillados por los insultos clasistas. Los «vagos, borrachos», los «choriplaneros», los que no quieren trabajar, los que viven de «mis» impuestos, según la leyenda familiar de un importante sector de la clase media. Esa clase media que en Argentina ha vivido de subsidios en transporte, salud y educación toda la vida, pero no lo advierte ni reconoce. Y que menos aún percibe que los grandes empresarios han estatizado pérdidas siempre, fundiendo al Estado con fugas de capital, coimas para obtener prebendas, paso de sus deudas al erario y subsidios millonarios, como el que Macri cedió a Techint en Vaca Muerta.

¿Reconocen los sectores medios y altos su responsabilidad histórica para con la enfermedad? No, seguramente. ¿Y qué insultos no merecerán de parte de aquellos que van a la enfermedad y a la muerte por un virus que los de arriba les han traído?

Paradojas de la historia. Esta pandemia que todo lo trastoca ojalá obligue a algunos a reaprender sobre sus habituales denuestos, prejuicios y desprecios contra sectores de la sociedad a los cuales, ahora, han perjudicado enorme y mortalmente.

Referencias

- Agamben, G. et al. (2020). *Sopa de Wuhan: Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia*. ASPO.
- Grimson, A. (dir.) (2020). *El futuro después del covid-19*. Argentina Futura.

TAREAS PENDIENTES Y DESAFÍOS PARA LA EDUCACIÓN VIRTUAL EN TIEMPOS DE CRISIS SANITARIA

José Miguel Burgos B. (Valparaíso, Chile)

Nos encontramos en un momento histórico peculiar, tanto por las consecuencias de una pandemia global como por los efectos de un estallido social que resonó también en forma global, trayendo consigo una excepcionalidad que, por su extensión en el tiempo, se ha convertido en la norma.

Estos fenómenos parecen haber precipitado a su vez transformaciones sociales profundas, que interpelan a un modelo económico de mercado que antepone la acumulación del capital al bienestar común y agudiza las desigualdades sociales, generando exclusión y pobreza.

La educación en Chile no ha estado exenta de estos cambios. La crisis que hoy transitamos fue precedida por un movimiento estudiantil que denunciaba el lucro y exigía el acceso y ejercicio de sus derechos, ya en 2011.

En estos tiempos surreales que nos toca vivir, para quienes trabajamos en el campo docente, acostumbrados a contar el tiempo en semestres, estos últimos dos han ocasionado convulsiones importantes en nuestro quehacer, proponiendo importantes desafíos en términos técnicos y pedagógicos, como la educación en modalidad virtual, que nos llaman a redoblar los esfuerzos y sacar lo mejor del repertorio de habilidades pedagógicas.

Si bien la ruta a la digitalización de los procesos académicos y formativos ya había dado saltos significativos a comienzos de siglo, con el desarrollo de plataformas de educación virtual, herederas a su vez de los experimentos radiales y audiovisuales de educación a distancia de mediados del siglo xx,¹ este proceso se ha visto acelerado en Chile como causa de la contingencia.

¹ Mario Barajas (2000) avizora el proceso de transformación de la educación desde fines del siglo xx e identifica las tendencias que hoy podemos ver de manifiesto.

El primer hecho que configura este escenario corresponde a las medidas de excepcionalidad que se tomaron para finalizar el año 2019, después del estallido social. Las masivas movilizaciones que a nivel nacional paralizaron prácticamente todos los centros educativos obligaron a las autoridades universitarias a tomar medidas extraordinarias para garantizar el cumplimiento de los procesos académicos y el retorno a la normalidad, entre ellas, la realización de clases y evaluaciones en plataformas digitales.

El segundo hecho que, sin duda, marca un punto de inflexión en el rumbo de la transformación digital de la educación chilena ha sido el confinamiento forzado por la pandemia de covid-19, que ha obligado a todos los sectores productivos a adaptar sus estrategias para sobrellevar la crisis sanitaria, las limitaciones y la incertidumbre que esta provoca en todos los niveles.

Para los establecimientos de educación terciaria, esto significó retomar las medidas excepcionales del semestre anterior y agilizar la capacitación de los docentes en el uso de las plataformas, en la generación de contenidos y en la adaptación de las evaluaciones al ya no tan nuevo entorno digital.

En este contexto, algunos centros educacionales, como los pertenecientes a la red de Laureate International Universities, donde me desempeñé como docente, echaron mano a sus desarrollos e infraestructura digital para continuar sus funciones en forma virtual. Sin embargo, aun con experiencia y preparación, los estudiantes acusaron deficiencias en el manejo de las plataformas, el formato de las clases y las políticas de evaluación, dejando al descubierto las necesidades insatisfechas de la transformación digital en el ámbito educativo.

Además, los usuarios reportaron saturación, intermitencia o colapso de las aulas virtuales, y problemas de conectividad y deficiencia en el traspaso de contenidos, lo que ha provocado malestar en los alumnos, que continúan pagando sus aranceles con más o menos beneficios, pero sin acceso a los múltiples servicios que prestan los centros de estudios, como bibliotecas, laboratorios, talleres y recursos tecnológicos para quienes no disponen de ellos en sus hogares.

Otra faceta de la demanda estudiantil se relaciona con que la adaptación de las metodologías pedagógicas al entorno virtual se ha traducido en un traspaso de la carga hacia el estudiante, que debe realizar actividades por su cuenta, fuera del horario de clases y muchas veces sin recibir retroalimentación de sus pares ni del profesor, lo que ocasiona frustración y una sensación de abandono.

Es evidente que el proceso de aprendizaje en forma virtual tiene potencialidades y ventajas, sin embargo, la transición abrupta y la implementación algo improvisada de medidas excepcionales en medio de la crisis social, que se convirtieron en la norma durante la crisis sanitaria, hicieron notar las falencias y atrasos del sistema educativo en su versión *online*.

De parte de los docentes, la demanda quedó marcada por una sobrecarga en el volumen de trabajo, el abuso de los recursos tecnológicos del profesorado y un proceso de capacitación, también *online*, que nos introdujo de golpe en la transformación digital.

Para los docentes jóvenes, afines a este tipo de ambientes, el impacto no ha sido tan duro y han logrado adaptar sus habilidades al aula virtual. Sin embargo, para otros, ajenos al mundo digital, esto ha representado un desafío que muchas veces no han logrado salvar, quedando excluidos del sistema.

Todo esto ha estado sucediendo en la trastienda de un proceso de mayor alcance que viene a representar una etapa de crisis del modelo neoliberal de administración de la educación, que requiere del compromiso de todos los actores sociales para transitar a nuevos estadios, una vez superado este momento de emergencia.

Este proceso de metamorfosis propone diversos desafíos para docentes, estudiantes, directivos y también para el Estado, que hasta ahora se ha desmarcado de esta tarea, dejando en manos del mercado y de las propias familias el trabajo de la formación profesional.

Para el mundo docente, lo más urgente ha sido la adaptación de los programas y las planificaciones a las nuevas plataformas y sus normas de funcionamiento, que ha implicado forzar los materiales y las guías de trabajo, así como las actividades prácticas y las metodologías de enseñanza, que se han ido implementando a la rápida para responder a las disposiciones de la autoridad y a la demanda de los estudiantes.

Para el estudiante, el confinamiento representa un doble obstáculo. Por una parte, significa limitantes para la socialización y el desenvolvimiento en su comunidad o entorno cercano; por otra, lo obliga a crear un espacio de trabajo en su hábitat, el que muchas veces no dispone de condiciones adecuadas para la concentración y la participación en clase mediante el uso de un computador o dispositivo móvil.²

En este aspecto, la crisis que vivimos hoy ha develado la desigualdad estructural que genera el sistema socioeconómico neoliberal. Mientras algunos estudiantes, más integrados y con acceso a recursos tecnológicos y una buena conexión a internet, se adaptan fácilmente, sus compañeros, en condiciones más precarias, intentan seguir el ritmo de la clase desde sus teléfonos, o bien se ausentan por no disponer de lo necesario para estudiar en forma virtual.

En la práctica, la disposición de los recursos tecnológicos resulta un obstáculo que no ha sido considerado por la política de respuesta a la emergencia de las instituciones educativas. La suposición errada de que cada estudiante tiene acceso a una conexión a internet y los requerimientos ambientales adecuados para el proceso de

2 Sobre este problema, véase el artículo de Bellei y Muñoz (2020).

aprendizaje³ ha repercutido en bajos niveles de asistencia sincrónica⁴ y bajo rendimiento en las evaluaciones, lo que termina en muchos casos con el abandono del curso y de la carrera.

El nuevo escenario que se abre a partir de esta contingencia global nos llama a reflexionar, primero, sobre el modelo de educación que queremos y el rol que se le debe asignar socialmente; segundo, en torno a las necesidades de la formación profesional en el nuevo contexto; y tercero, sobre las competencias digitales que deben desarrollar alumnos y docentes de cara al futuro.

Del mismo modo, es necesario incentivar la revisión crítica de los planes lectivos, los materiales de estudio, las evaluaciones y toda la infraestructura curricular que, antes de la crisis, ya había comenzado a quedar obsoleta.

Junto con ello, debemos pensar en la disposición de infraestructura digital y la generación de las capacidades para operarla, integrando en el proceso de capacitación docente la reflexión sobre las dificultades del proceso de la enseñanza-aprendizaje en contextos digitales, y pensando en ambientes precarios o de confinamiento, como los del caso actual.

Por último, es relevante hacernos, nuevamente, la pregunta por la calidad de la educación que estamos proveyendo a nuestros jóvenes frente al incierto panorama que dispone el futuro inmediato.

El compromiso que los docentes debemos adquirir requiere de resiliencia y capacidad de adaptación como recursos de sobrevivencia que se ponen en juego ante los cambios que estamos experimentando.

Escuchar al estudiante, aun a través de la pantalla, entender sus necesidades y sus contextos, es parte del deber pedagógico de actuar y vivir la empatía, y pone a prueba la comunicación efectiva como habilidad docente, para hacer primar el bienestar y desarrollo del alumno por sobre cualquier parámetro de rendimiento académico en tiempos de crisis.

Referencias

Barajas, M. (2000). La educación mediada por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación al final del siglo xx. <http://www.ub.edu/prometheus21/articulos/educ.pdf>

3 Al respecto, se pueden consultar los datos y la opinión de algunos especialistas en el artículo de Martínez (2020).

4 Esto es, la clase transmitida en directo por el docente, vía Zoom, o usando las plataformas que cada centro de estudios disponga. En el caso de la red de Laureate en Chile, se trata de Blackboard Collaborate, que se encuentra en funcionamiento desde 2014.

- Bellei, C. y Muñoz, G. (8 de abril de 2020). La casa no es una escuela: propuestas de política educativa en tiempos de pandemia. *Ciper*. <https://ciperchile.cl/2020/04/08/la-casa-no-es-una-escuela-propuestas-de-politica-educativa-en-tiempos-de-pandemia/>
- Martínez, R. (6 de abril de 2020). Los dilemas de la ‘zoomificación’ de la educación superior chilena. *Interferencia*. <https://interferencia.cl/articulos/los-dilemas-de-la-zoomificacion-de-la-educacion-superior-chilena>

¿TODO SEGUIRÁ IGUAL?

Lorenzo Vilches (Barcelona, España)

¿Será el covid-19 la oportunidad para cambiar las cosas que no funcionan? ¿Deberemos esperar otra pandemia o un Chernóbil global para cambiar las cosas? Son preguntas que expertos y legos se hacen hoy en el día a día de las noticias que nos llegan sobre las diferentes crisis económicas y sociales que sobrevendrán durante la pospandemia.

Entre las deficiencias estructurales que esta pandemia está dejando dramáticamente al descubierto se halla el sistema educativo que ha tenido que enfrentarse al cierre de escuelas, colegios y universidades. El parón de la actividad humana por el confinamiento generalizado ha llevado a primera página las debilidades del sistema educativo edificado sobre pilares que han demostrado ser obsoletos frente a una crisis mundial como la que nos afecta en estos momentos. Y ha mostrado una evidencia, la necesidad de recurrir a las tecnologías digitales como alternativa de la educación presencial. Por cierto, llamamos tecnologías digitales y no *nuevas tecnologías* a una migración digital que ya está disponible desde hace por lo menos treinta años.

Una directiva de una gran firma norteamericana contaba que el teletrabajo se había introducido eficazmente en todas las áreas de su empresa, pero que la dirección había considerado muy importante verse las caras presencialmente, por lo que se había fijado un día de reunión física a la semana. Así que ella cogía su automóvil el día fijado y llegaba a su empresa después de dos horas y media de viaje. La reunión cara a cara duraba una hora. Luego partía para volver a casa después de viajar otras dos horas y media. Una jornada entera empleada para una reunión que podría haberse realizado vía telemática.

El confinamiento generalizado ha puesto sobre el tapete la necesidad de la enseñanza vía telemática. Se trata de una demanda educativa y social que se ha

presentado de golpe en todos los países, sin dejar más tiempo para dudas ni elusión de responsabilidades ante la urgencia de implementarla.

El coronavirus podría alargar su efecto más allá de los próximos meses. En el futuro no pueden descartarse nuevas crisis que obliguen a cambiar temporalmente y de forma radical nuestro estilo de vida y nuestras rutinas de trabajo y enseñanza. Pero también porque el sistema actual de costes y derroche de recursos no puede permitir más postergaciones.

Más allá de la urgencia puntual de estos días, los costes de la educación son enormes y seguirán aumentando con la demanda sostenida de acceso universal a la educación. El sistema educativo actual requiere grandes inversiones en infraestructura y servicios, formidables movimientos de recursos técnicos y humanos, que suponen un esfuerzo que los ni Estados ni las familias podrán permitirse a largo plazo.

La construcción y el mantenimiento de los edificios que albergan las actividades de enseñanza e investigación requieren ingentes costes que se ven aumentados con las exigencias de sostenibilidad ambiental actuales. Se hace cada vez más urgente dotar a los centros de los servicios mínimos de habitabilidad, ergonomía y funcionalidad. Por no hablar de la necesidad de equiparlos con laboratorios y bibliotecas adecuados para la investigación.

Los docentes y los investigadores están mal pagados en casi todo el mundo, salvo alguna excepción. Liberar recursos económicos de grandes inversiones de infraestructura podría servir para mejorar notablemente la política de emolumentos de docentes e investigadores, así como destinar nuevos recursos para becas, intercambios internacionales, bibliotecas y dotaciones científicas.

El coste del transporte diario y masivo de estudiantes supone otra gran inversión pública y privada, y una carga excesiva para las familias que deben asegurar la presencia de sus hijos en los centros educativos durante diez o más meses al año. Pero el coste en horas y el estrés diario por el tráfico intenso de las ciudades o por las distancias que han de recorrer los estudiantes de zonas distantes es otra carga a soportar durante todo el periodo de estudios. Por no hablar de los costes de alquiler de viviendas o residencias de los docentes y estudiantes provenientes de zonas sin universidades.

El sistema educativo actual es insostenible por mucho tiempo más. Los hechos recientes debieran bastar para pensar en la necesidad urgente de implementar un nuevo sistema educacional basado en los recursos digitales como alternativa de la enseñanza tradicional. Entretanto, el discurso sobre la brecha digital ha sido un pretexto para no tomar decisiones que no tienen que ver con las tecnologías, sino con el acceso universal de los ciudadanos a la educación. Y, para ello, las becas y las ayudas

sociales a las familias sin recursos deben formar parte de la hoja de ruta de todos los gobiernos.

Además de los costes económicos, ¿cuánto vale el más importante de todos los factores: el aprovechamiento y los resultados de los recursos de profesores y estudiantes?

En primer lugar, los medios de enseñanza: está por demostrarse que una clase presencial, salvo en las materias prácticas, esté mejor aprovechada que la lectura de un libro (en papel o en pantalla) o la exposición personalizada de una clase virtual con todo tipo de apoyo informático interactivo de fuentes y enlaces *online*.

Las instalaciones y dotaciones para el estudio como las bibliotecas son espacios privilegiados que en muchos lugares están infrautilizados en relación con su oferta. Es un hecho que muchos estudiantes usan las bibliotecas como espacio de estudio y acceso a las redes digitales. Mientras, aumentan en forma exponencial los recursos *online* de revistas especializadas internacionales y libros en formato digital. Actualmente ya existen millones de artículos y contenidos didácticos gratis en internet. Dentro de unos años la disponibilidad de bibliotecas virtuales será universal gracias a las inversiones de los Estados y la aportación privada.

Los estudiantes podrán recibir docencia con clases virtuales, y ahorrarse el desplazamiento diario al centro educativo con la consiguiente economía de tiempo para invertirlo en su formación personal, la confección de trabajos y las reuniones o seminarios con sus compañeros de estudio.

La presencia física, «el contacto con la gente», en la universidad no va a desaparecer. El tiempo destinado a las clases presenciales se convertirá en tiempo útil pero deslocalizado para recibir los contenidos en forma personalizada en la computadora o el móvil, para asistir a seminarios sectoriales y laboratorios de prácticas con la guía del profesor, o para acudir a las entrevistas tutoriales con los docentes. Esto redundará en una mejor y personal administración del tiempo restante para trabajar; para dedicarse a una actividad extra como el deporte, la música, la creación audiovisual o el ocio, o para realizar actividades de solidaridad comunitarias.

Un profesor que se desempeña en turnos diurnos y vespertinos debe, con una frecuencia más habitual de la que creemos, repetir la misma materia en varios cursos. Ese tiempo repetitivo podría emplearlo en su formación, la investigación o la atención personalizada a los alumnos. Un profesor de baja médica, o que se ausenta porque debe desplazarse a otra ciudad para investigar, no necesita ser reemplazado por otro docente, puesto que sus clases pueden estar programadas y haber sido grabadas con anterioridad. Incluso puede preguntar o responder cuestiones puntuales desde cualquier lugar, gracias a su portátil. La universidad es algo más que dar y recibir clases.

Ustedes dirán: todo eso ya lo sabemos. Entonces ¿estamos de acuerdo en que así están las cosas y en que podrían ser de otra manera? Con una pregunta semejante despedía yo mi conferencia de clausura en un lejano Congreso de Alaic (Santa Cruz, 2002), cuyo tema era el mismo que el de este artículo. Desde entonces hasta ahora, en Latinoamérica y en España, han soplado verdaderos huracanes de cuestionamiento del papel de la universidad en el mundo de hoy. Las universidades han resistido hasta aquí, y en forma desigual, a los embates económicos y políticos, y a todo tipo de ciclo-génesis explosivas que desestabilizan su función en la sociedad de la globalización.

¿Cuánto tiempo más podrán resistir las universidades confinadas en un modelo de enseñanza a todas luces obsoleto y de incierta sostenibilidad?

Ante el coronavirus, no hay ninguna medida práctica que podamos aprender de la experiencia anterior, pero sí que hay lecciones útiles al respecto de cosas que debemos cambiar.

REFLEXIONES SOBRE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA Y EL DISCURSO DE DERECHA EN EL CONTEXTO DE LA PANDEMIA

Mauricio Esteban Alarcón Silva (Temuco, Chile)

Introducción

Somos testigos de un hito de alcance global, una pandemia cuya magnitud conocemos a través de la información que nos proporcionan los medios masivos de comunicación. El discurso oficialista, que diariamente nos entrega reportes, datos de nuevos contagiados, hospitalizados, muertos y «recuperados», se encuentra con el contrapunto en tiempo real: ciudadanos y medios alternativos que en las redes sociales siguen mostrando una realidad que difiere de las versiones de los medios hegemónicos. En Chile, la pandemia llega en un momento histórico particular, cuando la polarización ideológica muestra expresiones cada vez más extremas. La movilización social iniciada en octubre de 2019 y el suspendido plebiscito para resolver el cambio constitucional constituyen el contexto sociocomunicativo de circulación del discurso político. En medio de la pandemia, el distanciamiento social, los temores asociados a los reales riesgos de contagio y la inseguridad por el devenir económico parecen haber generado un paréntesis; sin embargo, una imagen nos lleva a una conclusión distinta. Más allá de las posibles interpretaciones, el contenido discursivo de una fotografía de la máxima autoridad nacional en la denominada plaza de la Dignidad, epicentro de la movilización social en Chile, en medio de la pandemia es un ejemplo de la extensión del discurso ideológico de la derecha en el contexto de la crisis sanitaria.

Comunicación política en medio de la pandemia

Cuando Tedros Adhanom, director general de la OMS, declaró el 11 de marzo de 2020 el covid-19 una pandemia global, Chile comenzaba formalmente una campaña electoral que correspondía quizá al primer fruto significativo de la movilización social iniciada en octubre de 2019, esto es, la posibilidad de decidir sobre las bases normativas y estructurales del modelo de sociedad en que deseamos vivir. La forma, un plebiscito que se realizaría el 26 de abril de 2020, plantearía dos preguntas: la primera, «¿quiere usted una nueva constitución?», contendría las alternativas «apruebo» o «rechazo», mientras que la segunda, «¿qué tipo de órgano debiera redactar la nueva constitución?», podría ser respondida eligiendo «convención mixta constitucional» o «convención constitucional». Como era de esperar, el plebiscito fue postergado para el mes de octubre del presente año. Pero el hecho es que la pandemia se ubica sociohistóricamente en medio de un progresivo proceso de polarización ideológica, producto del cuestionamiento al alma de la sociedad chilena, cuya matriz cultural ha sido impregnada con valores propios del neoliberalismo (Araujo, 2017). Esta polarización se expresa tanto en la opción que aprueba el cambio constitucional como en la que lo rechaza, y renueva la vieja díada derecha e izquierda. Recordando a Bobbio (1995), vivimos un reverdecimiento del árbol de las ideologías. Al respecto cabe preguntarse: ¿cómo se hace presente en el discurso político esa polarización ideológica en un contexto de crisis sociosanitaria, donde el discurso de la derecha gobernante tiene en los medios de comunicación hegemónicos su voz oficial, frente a un desigual contrapunto comunicacional de los medios alternativos, como efecto de las propias medidas de contención y distanciamiento social? Ahora, si sumamos a lo anterior una voz opositora débil y disgregada, incapaz de dar muestras de unidad, el escenario que queda es el actuar discursivo de un gobierno de derecha en su máxima expresión.

Preguntarse sobre la circulación hegemónica de un discurso de derecha en el contexto del manejo comunicacional frente a una crisis sanitaria como la generada por el coronavirus es también preguntarse por una práctica social particular, como es la práctica política. Del Valle (2020) argumenta sobre las diversas corrientes que relacionan la comunicación y la política, y concluye que la confluencia y dependencia entre ambos campos es necesaria. En tal sentido, la comunicación política es un campo interdisciplinario, que en el contexto de una sociedad democrática permite poner en juego la capacidad de entendimiento comunicativo, en permanente tensión entre el poder, el conflicto, la estabilidad y el cambio social. Aunque usualmente se ha asociado a un ámbito de interacción especializado, con un núcleo primario vinculado a un espacio de disputa por el poder, mediante el concepto de desplazamiento discursivo, Gallardo (2018) amplía la noción de comunicación política hacia grupos secundarios, como los ciudadanos y los movimientos sociales.

¿Qué tienen en común los discursos de la derecha?

Para el caso chileno, Farre (2017) destaca la influencia del discurso de la ultraderecha en la conformación del lenguaje de la derecha y en el núcleo del modelo institucional y socioeconómico del Chile actual, evidenciando la forma en que los lenguajes hegemónicos de la derecha se han investido bajo los marcos retóricos e ideológicos de la extrema derecha. Por su parte, Wodak (2015) sintetiza en dos características centrales el discurso de los partidos populistas de derecha: la «política del miedo» y la «arrogancia de la ignorancia». La primera se refiere a la instrumentalización de ciertos grupos o acciones que pueden constituirse en una amenaza para el «nosotros nación» (Wodak, 2015, p. 2), como la primera línea, los estudiantes y el movimiento mapuche del sur de Chile, en el contexto del estallido social. En la pandemia, la política del miedo se disputa entre los riesgos reales de una expansión de contagios que debe ser abordada con medidas radicales de distanciamiento social y la posibilidad de afectar «más allá de lo necesario» la productividad del país. El discurso por tanto se orienta a dar estabilidad y «administrar esa tensión», con cuarentenas estratégicas, focalizadas espacial y temporalmente, tal como ha señalado el Ministerio de Salud.

La segunda característica, la arrogancia de la ignorancia, «apela al sentido común y al antiintelectualismo» (Wodak, 2015, p. 2). En este punto encontramos el más variado espectro de contenidos discursivos, desde la necesidad de un carné o certificado de alta (cuestionado por la OMS) y una definición de recuperado muerto no contagiante (también cuestionado por expertos internacionales) hasta políticas de «protección al empleo» basadas en términos de contrato con el uso de seguros aportados por los propios empleados y subvencionados por el Estado (es decir, más bien instrumentos de protección al empleador).

Otro elemento presente en la comunicación política dice relación con la «oportunidad» de posicionamiento electoral de ciertas figuras de la derecha, situación que podría vulnerar el principio de pluralismo en la televisión. Al respecto, un estudio de Conecta Media muestra el número de apariciones de alcaldes de derecha en los programas matinales de televisión abierta, entre el 1 de marzo y el 8 de abril: el alcalde de Las Condes, Joaquín Lavín, aparece 101 veces, seguido de Rodolfo Carter (54 veces), Evelyn Matthei (52 veces), Felipe Alessandri (47 veces) y Cathy Barriga (40 veces). Todos muy lejos del primer alcalde de oposición en la lista, Daniel Jadue, que aparece 19 veces.

Finalmente, un elemento que ha llamado profundamente la atención es la auto-complacencia por la labor realizada. En la línea de marcar una diferencia ideológica vinculada a la «gestión de la pandemia», se ha generado una inusual disputa por casos de coronavirus con países vecinos. En respuesta a una conferencia del presidente

argentino Alberto Fernández, el Gobierno chileno elaboró un documento denominado «Coronavirus: Chile versus Argentina», que muestra nuestra superioridad en la realización de testeos para detectar la enfermedad: 4228 test por millón de habitantes frente a los 435 con que cuenta Argentina.

Consideraciones finales

En medio de la crisis sanitaria más grande de los últimos cien años, observamos con estupor en Chile (y también en algunas de las naciones más afectadas, como Estados Unidos, Italia y Brasil), sin complejos y en su estado más puro, el ejercicio del poder político mediante prácticas que reproducen, cual manual de procedimientos, un discurso ideológico que no solo es expresión de una coalición de derecha gobernante, sino además de un momento crítico de la historia política del país. Nos tocó vivir esta pandemia en medio de la crisis de legitimidad de un gobierno asediado por la movilización social más amplia vivida en Chile desde el retorno de la democracia, con casi cinco meses de protestas callejeras que claman por superar los abusos y la desigualdad social extrema.

Referencias

- Araujo, K. (2017). Sujeto y neoliberalismo en Chile: rechazos y apegos. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. <http://journals.openedition.org/nuevomundo/70649>
- Bobbio, N. (1995). *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Taurus.
- Del Valle, C. (2020). Political Communication. En O. Kaltmeier, A. Tittor, D. Hawkins y E. Rohland (eds.), *The Routledge Handbook to the Political Economy and Governance of the Americas* (pp. 458-462). Routledge Taylor & Francis Group.
- Farre, J. (2017). The Rhetoric of the Extreme in the Chilean far Right. *Hallazgos*, 14(27), 19-41.
- Gallardo, B. (2018). El análisis del discurso político: género y metodologías. En C. Llamas Saiz (coord.), *Discurso político y desplazamientos discursivos*. Ediciones Universidad de Navarra.
- Wodak, R. (2015). *The Politics of Fear. What Right-Wing Populist Discourses Mean*. Sage.

COVID-19: DEL FANTASMA AUTORITARIO DEL ENEMIGO INTERNO A LA BIOPOLÍTICA DEL DISTANCIAMIENTO SOCIAL¹

Felip Gascón i Martín y Lorena Godoy Peña (Valparaíso, Chile)

*Lo que está en juego es histórico.
O los gobernantes les imponen su estado de excepción o
ustedes inventan el suyo.
O se vinculan a las verdades que están saliendo a la luz o
ponen su cabeza en el filo del verdugo.
Escuelita Zapatista*

En estos tiempos de pandemia mundial por la expansión del coronavirus, nuestra cotidianeidad se está viendo profundamente afectada, y no solamente por la crisis sociosanitaria que atraviesa nuestra América en su conjunto. Sentimientos de miedo, angustia y rabia se mezclan en esta nueva ecología de las comunicaciones, a través de la cual experimentamos y padecemos los efectos de esta sociedad del riesgo en la dosificación virtual de la otra pandemia: infoxicación, *fake news*, teletrabajo, zoomismo, educación virtual *online*, entre otras.

Por eso, abordar el caso de Chile, adalid del modelo neoliberal, resulta especialmente significativo si lo contextualizamos en la rebelión popular iniciada el 18 de octubre de 2019, y que eufemísticamente fuentes mediáticas afines a la gubernamentalidad tildaron de «estallido social», como estrategia de negación y clausura de un proceso de resistencia contra el modelo que, por lo menos, viene intensificando sus hitos políticos desde principios de siglo, a partir de un nuevo ciclo de protesta social. Este proceso se caracteriza por nuevas formas de acción colectiva y la emergencia de movimientos sociales de nuevo tipo, mejor alfabetizados comunicacionalmente

1 Este artículo fue publicado en *El Ciudadano*. <https://www.elciudadano.com/columnas/covid-19-del-fantas->

en la defensa de sus derechos humanos y sociales, y con más capacidad de articulación entre las luchas territoriales del Wallmapu, los movimientos por la defensa del agua, contra la contaminación en las tildadas «zonas de sacrificio», el derecho a la educación y a la comunicación como bienes públicos en contra del lucro, no + AFP, vivienda digna y un largo etcétera, que trató de cristalizarse en el movimiento por una asamblea constituyente (AC).

Dichos procesos de movilización han sido sistemáticamente criminalizados y reprimidos desde el discurso bélico de la autoridad, a través de la mediósfera dominante, declarando abiertamente la guerra contra un «enemigo poderoso», desplegando con toda su crudeza el monopolio de la violencia estatal, no solo simbólica sino también material, a través de la acción descontrolada de las fuerzas policiales, la implantación del estado de excepción con toque de queda, la ocupación de las calles por las fuerzas armadas y la sistemática violación de los derechos humanos. Al respecto, el Instituto Nacional de Derechos Humanos (2019), en su *Informe anual sobre la situación de los derechos humanos en el contexto de la crisis social*, constataba la existencia de 23 muertes ocurridas durante el estado de emergencia; 11 179 personas heridas, entre ellas 254 niños, niñas y adolescentes; 347 personas con heridas oculares, entre ellas 21 mutiladas por estallido ocular o pérdida irreversible de la visión; 809 víctimas de violencia sexual, entre ellas 13 niños o adolescentes, 14 niñas o adolescentes, 3 personas de la diversidad sexual, 2 mujeres embarazadas y 1 persona con discapacidad; y 568 víctimas de tortura, tratos crueles, inhumanos o degradantes. Pero desde la publicación de ese informe el número de víctimas ha seguido creciendo, incluso en el grave contexto de pandemia que vivimos.

De esta forma, la metáfora criminal del «enemigo interno», impuesta a sangre y fuego por la filosofía de la seguridad nacional en el discurso autoritario y en la práctica sistemática de violación de los derechos humanos durante la dictadura civil-militar, se ha ido reformulando vertiginosamente, aliándose ahora con la pandemia viral. De ello dan cuenta los cerca de 2500 manifestantes encarcelados durante la revuelta popular, a quienes, bajo la imputación de diversos delitos justificados por la ley antibarricadas y anticapucha, se les aplican medidas cautelares considerándolos «un peligro para la sociedad». Al efecto, cabe entenderlos como otras víctimas de la pandemia autoritaria —apodada popularmente como Piñeravirus—, presos políticos sometidos a encarcelamiento preventivo ilegal, que excede con creces el tiempo de investigación de noventa días, sometidos a un castigo ejemplificante y expuestos a un posible contagio de covid-19, ante el hacinamiento carcelario nacional y sus nulas condiciones de prevención sanitaria.

De esta forma, el fantasma de la dictadura se refuerza y el virus se personifica desde la biopolítica del «distanciamiento social», «la cuarentena selectiva» y la

«nueva normalidad» que se pretende imponer, fortaleciendo aún más la evidencia de las desigualdades sociales, la estigmatización mediática y la represión directa de los grupos en resistencia. Y, por qué no decirlo, agravando la separación y el enfrentamiento de clases, en un país cuya historia de larga duración y su racionalidad política han estado marcadas por las políticas de exclusión, fragmentación social y segregación urbana propias de estructuras de pensamiento colonial, patriarcal y clasista.

¿Cómo podríamos aceptar esa «nueva normalidad» con la que pretenden justificar el privilegio clasista de la productividad y su internalizada/internacionalizada imagen país por sobre la vida y las condiciones de una vida digna para todos y todas? Mientras una minoría goza de su histórico e individualista distanciamiento social, gracias a la privatización de los derechos sociales básicos y la apropiación de los bienes comunes, la mayoría de la población sufre en el paradójico despojo de lo público, donde la escasez y la estrechez son la unidad de medida. Hacinamiento en los espacios domésticos, en los guetos verticales, en los servicios públicos, en el transporte y en los centros de salud, además de falta de acceso a los test PCR o a los implementos de protección sanitaria básicos. Distanciamiento sí, pero temporal, en el acceso a resultados y tratamientos oportunos contra el covid-19.

El distanciamiento social evidencia la administración biopolítica y su camaleónico devenir necropolítico: ¿quién tiene el derecho de vivir y a quién se deja morir? Porque la pérdida o flexibilidad del empleo, la reducción salarial, el consumo de fondos previsionales y de cesantía representan el castigo contra quienes asumieron la defensa del derecho a la vida digna. En ese contexto, no resulta nada paradójica la evidencia biopolítica que justifica la apertura de los grandes *mall*, con concentraciones de consumidores superiores a las mil personas, al tiempo que se reprime violentamente toda manifestación en las calles de más de cincuenta participantes, como ocurrió en la conmemoración de este 1 de mayo, Día Internacional de las Trabajadoras y los Trabajadores, en que fueron detenidos ilegalmente dirigentes sociales y comunicadores en el ejercicio de su labor profesional, siendo retenidos algunos en celdas policiales hasta el día siguiente, sin protección sanitaria alguna.

Mientras tanto, en este recorte histórico al que asistimos, la eminente deconstrucción de los discursos bélicos e individualistas del neoliberalismo nos abre a la emergencia de un proceso de solidaridad, ya no tan subterráneo, que se organiza en territorios en defensa de la vida, mediante experiencias de comunicación y educación comunitaria, de economía social y solidaria, donde nos cuidamos entre todas y todos, y resistimos frente a la pandemia neoliberal «hasta que la dignidad se haga costumbre».

Y para cerrar, parafraseando un mensaje zapatista que circula en las redes, la aberración de la «normalidad» es precisamente delegar en otros nuestra alimentación, nuestra protección, nuestra comunicación educativa y nuestra capacidad de

cuidar de las condiciones de vida... una verdadera locura. Porque, como planteara el destacado pensador latinoamericano Hugo Zemelman, estamos tejiendo espacios de realidad historizados, que enrostran a la «academia de lo dado», desde su pensar teórico, la siguiente interrogante: ¿cuáles podrían ser los supuestos teórico-metodológicos centrales que guíen esta apuesta en la senda de una epistemología de la presencia, del presente potencial o de la conciencia histórica?

Referencias

Instituto Nacional de Derechos Humanos (2019). *Informe anual sobre la situación de los derechos humanos en Chile en el contexto de la crisis social (17 de octubre-30 de noviembre 2019)*. <https://bibliotecadigital.indh.cl/bitstream/handle/123456789/1701/Informe%20Final-2019.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

PANDEMIA E INMIGRACIÓN: LA PROFUNDIZACIÓN DE LA DIFERENCIA

Marcela Vera Urra (Valdivia, Chile)

La pandemia nos hace reflexionar acerca de sus efectos en el funcionamiento de nuestra sociedad. Claramente no nos enfrentamos solo a un problema sanitario, sino también a escenarios críticos que por el momento se visualizan en forma secundaria, pero que a futuro proyectan nuestro mundo en una situación extremadamente complicada.

Naturalmente, la salud, la educación y la pobreza forman parte de las preocupaciones fundamentales y de las líneas editoriales que copan progresivamente nuestras conversaciones y los discursos de las autoridades. Sin embargo, un tema que también hay que tener presente es cómo cambiará la forma de relacionarnos con los otros y en particular con los migrantes que han llegado a los distintos países buscando mejores posibilidades de vida. En ese sentido, cabe tener presente que algunos autores señalan que no solo están cambiando las interrelaciones, sino también cómo interactuamos con nuestro propio cuerpo (Žižek, 2020).

Durante el último tiempo hemos visto que los procesos migratorios han generado nuevas formas de relación orientadas en muchas ocasiones hacia la intolerancia, el racismo y la xenofobia. Tenemos un ejemplo cercano: durante el clímax de la pandemia hemos sido testigos de cómo los vecinos han tratado a los haitianos contagiados con coronavirus en algunos sectores de Santiago y de las precarias condiciones en las que sobreviven, hacinados y sin los recursos mínimos para subsistir. Ese es solo uno de los casos que conocemos.

Además, junto con la decisión del Gobierno chileno de autorizar que los médicos extranjeros trabajen en establecimientos de salud sin haber rendido o aprobado el Eunacom, ha reflatado entre los dirigentes gremiales el eterno intento de frenar su ingreso al sistema de salud nacional, esta vez sin atender al complejo estado sanitario que nos aflige.

Ambos ejemplos dan cuenta de que nuevamente el prejuicio, el estigma, la segregación y la discriminación basados en la nacionalidad, la raza, la etnicidad, el género, la edad, la clase o la condición física se han hecho presentes y se instalan en ámbitos tan diversos de nuestra sociedad, como los cités o ciertas profesiones selectas. Ideas como que los «inmigrantes traen enfermedades» o que, «frente a una crisis económica, Chile tiene que asegurar primero los puestos de trabajo para los chilenos» se mantienen, fortaleciendo la idea de que debemos cerrar las puertas a los inmigrantes (Stefoni, 2020).

En la misma línea y en el transcurso de las últimas semanas, en países como Estados Unidos se han realizado cambios notorios en el sistema de inmigración, aduciendo la pandemia como causa esencial de las restricciones. Se ha señalado que se garantizará que los estadounidenses desempleados de todos los orígenes sean los primeros en la fila de empleos a medida que la economía de ese país reabra. Su presidente indicó que incluso se preservarán los recursos de atención médica para pacientes estadounidenses y que se está trabajando en una vacuna exclusiva para ellos: «Tenemos que cuidar a nuestros pacientes, tenemos que cuidar a nuestros grandes trabajadores estadounidenses. Y eso es lo que estamos haciendo», dijo Donald Trump (en Álvarez, 2020). No cabe duda de que este discurso fortalece la idea de la diferenciación, mediante un lenguaje en que el ejercicio material del poder evidencia una violencia institucional hacia el otro.

Pensar que los Estados deben resguardar el trabajo de los nacionales por sobre el de los extranjeros es desconocer la historia de nuestro mundo y la participación que ellos han tenido en el desarrollo de todos los países. En particular, de acuerdo con el estudio *Una mirada multidimensional de la inmigración en Chile*, un impacto inmediato de la inmigración se observa en el mercado laboral, pues, según la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, en 2006 los inmigrantes representaban el 1.3 % de la fuerza laboral y, en 2017, el 6.9 % (Aninat y Vergara, 2019). Así, su aporte en la generación de empleo es indiscutible; solo hay que mirar a nuestro alrededor y ver la gran cantidad de negocios y rubros en los que se desempeñan: comercio mayorista y minorista, restaurantes y hoteles, empresas de seguros y establecimientos financieros (Aninat y Vergara, 2019). Se trata en muchos casos de profesionales calificados que, sin duda, son un aporte notable a la dinamización de nuestra economía.

Sin embargo, según Follert (2017) existe en el imaginario colectivo la idea de que los migrantes hacen las tareas que los chilenos no quieren hacer, dado que ya no les son rentables ni atractivas. Esta segmentación crea el estigma de que la población inmigrante es relegada a las labores menos deseadas, reconocidas por los bajos salarios, las condiciones laborales precarias, el estancamiento profesional, la permanente inestabilidad laboral y de renta, una alta rotación de trabajadores y un escaso prestigio social.

Cabe tener en cuenta que, a nivel mundial, en medio de la pandemia y en los lugares donde más se los necesita, los inmigrantes están trabajando para frenar la propagación del covid-19. De acuerdo con los registros del Center for Migration Studies of New York (CMS), los inmigrantes representan el 16 % de todos los trabajadores de la salud en los Estados Unidos. El informe da cuenta, además, de que 19.8 millones de inmigrantes trabajan en sectores de «infraestructura crítica esencial», según lo definido por el Departamento de Seguridad Nacional de ese país.

El informe establece en sus proyecciones que estos trabajadores migrantes van a ser imprescindibles para la recuperación de una economía que está en desarme. Su labor es esencial, pero sus condiciones son precarias, según el CMS.

Nuestro país debe mirar al resto del mundo antes de tomar decisiones. Estamos ante un escenario delicado que seguramente se irá complicando en la medida en que vayamos adaptándonos a la nueva realidad social y económica que se nos avecina. Es en este contexto donde nuestros legisladores se preparan para estudiar la ley de migración. Esperemos que el coronavirus no se utilice para promover un imaginario de racismo, una creciente xenofobia e incluso el comienzo de un peligroso nacionalismo, tal como se está evidenciando en otros países de la región.

Referencias

- Aninat, I. y Vergara, R. (eds.) (2019). *Inmigración en Chile. Una mirada multidimensional*. CEP y Fondo de Cultura Económica.
- Álvarez, P. (23 de abril de 2020). Nuevo decreto de Trump sobre inmigración: esto es lo que contempla la medida. *CNN*. <https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/23/nuevo-decreto-de-trump-sobre-inmigracion-esto-es-lo-que-contempla-la-medida/>
- Follert, S. (2017). *De la segregación cultural a la inclusión productiva: migración haitiana en Chile, el caso de la población La Victoria (2006-2016)* (tesis de licenciatura). Universidad de Chile.
- Kerwin, D., Nicholson, M., Alulema, D. y Warren, R. (2020). *US Foreign-Born Essential Workers by Status and State, and the Global Pandemic*. Center for Migration Studies.
- Stefoni, C. (8 de mayo de 2020). Migraciones y covid. Una relación peligrosa para el proyecto de ley. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/opinion/noticia/migraciones-y-covid-una-relacion-peligrosa-para-el-proyecto-de-ley/ANVFIOWD4N-GJVC6ELE3P7QUNQY/>
- Žižek, S. (2020). Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de *Kill Bill* y podría conducir a la reinención del comunismo. En G. Agamben *et al.*, *Sopa de Wuhan: Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia* (pp. 21-28). ASPO.

COMUNICACIÓN EN MODO ONLINE. LA SILLA MUSICAL DEL TELETRABAJO Y LA TELEDUCACIÓN EN TIEMPOS DEL COVID-19

Bárbara Klett (Valdivia, Chile)

Con tanto espanto había entrado esta tribulación en el pecho de los hombres y de las mujeres, que un hermano abandonaba al otro y el tío al sobrino y la hermana al hermano, y muchas veces la mujer a su marido, y lo que mayor cosa es y casi increíble, los padres y las madres evitaban visitar y atender a los hijos como si no fuesen suyos.

Boccaccio

En el marco de la situación actual producto del covid-19 y la cuarentena, tanto obligatoria como sugerida, que hoy vive prácticamente la totalidad de nuestro territorio, aparece la invitación a trabajar bajo el imperio de las herramientas *online*. Teletrabajo y sala virtual de clases son las palabras mágicas de estos últimos meses.

En este ecosistema diverso, competitivo y dinámico, debemos instalar un nuevo foco, el de la «educación domiciliaria», enseñanza-aprendizaje en que no solo constituye un desafío cautivar y coaptar la atención de los y las estudiantes, sino también hacerla lo suficientemente comprensible para que sea útil.

Al hablar de «coaptar», me refiero al hecho de que se compite con muchos otros estímulos, focos, tareas, situaciones, singularidades y domesticidades. En esa tensión nos movemos y pareciera que está siendo la forma en la cual se hace «como que el mundo sigue en la normalidad conocida».

Cuando pensábamos que lo habíamos vivido todo, cuando creíamos que existían pocas cosas que nos iban a sorprender, nos encontramos con una pandemia, sí, una *pandemia* de esas que la historia nos contó, pero que en nuestro inconsciente nunca tuvieron cabida, pues solo eran relatos de un pasado con precariedad científica. Quizá lo más valioso de ser testigos de lo que mañana será historia es que podemos

decir con propiedad que la precariedad de hoy no es necesariamente científica, sino económica, social, relacional y ambiental. Y de seguro, tal como ocurrió en otros momentos, esta precariedad corre el riesgo de arrasar con todo, transformando la vida y la forma de vincularse entre las personas. Pues bien, en eso estamos, viviendo, siendo testigos vivientes de un momento que de seguro estará en los anales de la historia de la humanidad. No quiero parecer alarmante ni negativa en demasía, pero cada día me pregunto qué nacerá de todo esto, qué tipo de seres humanos y sociedad emergerán de esta pandemia. ¿Qué puede nacer de estar guardados, distanciados, escondiéndonos, sin tocar ni dejar que nos toquen, manteniendo una distancia física que luego se torna emocional?

Si la peste negra mató a un tercio de la población mundial, si se necesitaron entre ochenta y ciento cincuenta años para que la población europea se pudiese recuperar de la devastación que provocó, ¿qué ocurrirá con nosotros? ¿Cuánto necesitaremos para «recuperarnos»? ¿quiénes seremos después de «recuperarnos»? ¿nos miraremos desde proximidad del *face to face*, nos tocaremos, nos abrazaremos? ¿Qué pasará con la docencia y con ese oficio de aproximarse y de compartir en un espacio llamado sala?, ¿nos asustaremos?, ¿querremos continuar con la distancia?, ¿sentiremos al otro y a la otra, el y la estudiante, como un potencial enemigo que me puede contagiar?

Mi temor es que habitemos un empujón que nada tenga que ver con la felicidad y la alegría del reencuentro, sino con la incertidumbre, el miedo, la inseguridad, la impotencia y la rabia. Debemos enfrentar no solo nuestras historias, sino también nuestros quehaceres profesionales sin otro mandato que el de regresar a la «normalidad», al hacerse cargo y al deber ser.

Hoy hice una de mis clases habituales, *online*, una clase llena de sorpresas, pero de esas que no te ayudan a coaptar la atención de tus estudiantes. Se me cortó el internet, se me pixeló la pantalla, algunos estudiantes se quedaron sin señal, otros fueron invadidos en sus espacios por ruidosas actividades familiares, etc. Mil cosas ocurrieron mientras intentaba comunicarme. Ellos y ellas haciendo esfuerzos por escucharme, y yo intentando sortear esa barrera invisible pero concreta de la distancia física. Así pasaron los minutos y las dos horas de trabajo. Y mientras estaba en eso, entre aprendizaje y aprendizaje, reflexionaba sobre lo que estábamos viviendo en ambos lados de la pantalla, lo que había después de mí y después de ellos, en nuestros contextos. Ruidos, sonidos familiares y hogareños, gritos y llamados, sonidos desconocidos, otros fáciles de reconocer; en fin, actividades lejanas, pero muy lejanas, a lo que debía estar ocurriendo ahí... En ese ir y venir intenso y propio de la invasión descontextualizada, pensaba: ¿será importante para mis estudiantes lo que intento compartirles?, ¿será esta la prioridad en sus vidas y en la mía? Tengo la impresión de que no. Si me conecto desde la empatía, puedo reconocer que a través de la pantalla solo estaba fluyendo el deber ser y no el querer ser.

Para relacionarnos en tanto seres humanos, ser empáticos es un desafío primordial en la comunicación interpersonal, una «relación directa y mutua con el otro a través de la cual los sujetos e individuos se reconocen en su esencia de persona y se relacionan en función de su bien común» (Romeu, 2015, p. 193). Me pregunto si en esta forma de relacionarnos, dada la dinámica paralela que ocurre en esta docencia *online*, existe este reconocimiento de las necesidades, tanto emocionales como de aprendizaje, tanto de nuestros y nuestras estudiantes como de los y las docentes. Seamos honestos, la empatía no fluye por osmosis; mi experiencia me muestra que no está ocurriendo ni en la educación *online* ni en el teletrabajo, y no porque *sea online*, sino porque *es online en un contexto de pandemia*.

Si bien es cierto que tanto el teletrabajo como la teleducación son actividades nobles que se hacen cargo de necesidades importantes, como la comunicación y el sostenimiento de vínculos en este pensar la vida desde la distancia, también revelan los problemas socioeconómicos y la desigualdad profunda que hay en nuestra Latinoamérica. Esta pandemia puso, sin lugar a dudas, en evidencia las dolorosas brechas que existen en su vasto y diverso territorio. Un continente donde, según la Cepal (2019), alrededor del 30 % de los latinoamericanos viven en la pobreza y alrededor del 40 % de la población ocupada recibe ingresos laborales inferiores al salario mínimo establecido por su país; donde las familias habitan, en el caso puntual de Chile, en espacios muchas veces menores a 47 metros cuadrados, donde alrededor de 77 000 familias viven hacinadas y donde en un 6,5 % de las viviendas totales hay un grado de hacinamiento (Palacios, Silva y Vergara, 2020). Nos quieren productivos, sin duda, pero la pregunta aquí es si podrá haber teletrabajo y teleducación en estas condiciones. O sea, nuevamente tenemos medidas que solo aumentarán las desigualdades para quienes no tienen la posibilidad de trabajar y estudiar en formato *online*, aunque pongan todo su esfuerzo en hacerlo.

Un ejemplo simple y que seguramente se repite en muchos hogares: una casa con una familia de clase media (para no utilizar una situación aún más dolorosa) constituida por dos cuidadores que trabajan y dos hijos o hijas que estudian; dos en teletrabajo y dos en teleducación. Las preguntas que inmediatamente nacen son: ¿cómo lo hacen?, ¿cómo resuelven las prioridades?, ¿cómo sortean la presión de la presencia *online* si todo el grupo familiar está convocado? ¿Será la silla musical, ese juego infantil de ganarle a otros un asiento cuando hay un número de sillas menor que el de participantes, la fórmula para lograr que todos tengan la posibilidad de conectarse en ese hogar? ¿Cómo resuelven la brecha tecnológica, la conectividad, y el acceso a un internet de calidad, al equipamiento necesario y a los celulares o computadores?, ¿cómo? Y no hemos hablado de los campamentos, dolorosa realidad en Chile y el resto de América Latina. Ahí no hay teletrabajo, hay cesantía. No hay teleducación, hay una escolaridad precarizada.

Finalmente, no podemos dejar de mencionar que esta pandemia, además de evidenciar precariedades económicas y sociales, también ha generado trastornos de los estados emocionales, con evidentes cuadros de crisis de ansiedad, miedos, angustias y un considerable aumento de la violencia. La directora del Departamento de Salud Mental y Abuso de sustancias de la OMS, Dévora Kestel, señala que entre un 3 % y 4 % de la población podrá sufrir trastornos severos; entre un 15 % y un 20 %, trastornos leves a moderados, y el porcentaje restante se verá expuesto a un fuerte estrés psicosocial no patológico. Aquí volvemos a preguntarnos si es posible que exista teletrabajo y teleducación en estas condiciones. Tengo la percepción de que lo único que ocurre en los hogares es una necesidad imperiosa de desconectarse de lo que se está viviendo, escapar de esa realidad escondida pero que hoy se evidencia con fuerza y sin pudor. Salir a caminar, abrazar a quienes se pueda abrazar, a quien nunca se tuvo el tiempo de abrazar lo suficiente. Pero somos obedientes. Nos quieren ocupados y productivos, así que se inicia el día y se inicia ese mundo paralelo en el que nos sentamos frente a un computador, hacemos lo que tenemos que hacer, y luego rogamos por que ninguna persona de los nuestros esté enferma y no nos sintamos vulnerables ante esta pandemia que nos acecha.

Amo enseñar y aprender junto a los y las estudiantes; me interesa observar y observarme en la forma en que se van construyendo las relaciones, cómo se van desarrollando en el fluir de la comunicación, tanto en el aula como fuera de ella. Cada día me maravillo por cada momento en que logro descubrir chispas de entusiasmo en mí y en mis estudiantes. Pero para ello necesito que estén dispuestos y dispuestas, livianos y livianas, sin miedo, sin temores, con curiosidad e inquietudes, con preguntas e interpelaciones; así me impulsan a ser cada día mejor en lo que hago, a compartir mi experiencia y mis conocimientos para juntos construir el entramado de redes de conversaciones que sustentan nuestra relación docente-estudiante.

Referencias

- Romeu, V. (2015). Hacia una teoría personalista de la comunicación interpersonal. *Question*, 1(48), 188-198.
- Cepal (15 de enero de 2019). Comunicado de prensa. Cepal. <https://www.cepal.org/es/comunicados/la-pobreza-america-latina-se-mantuvo-estable-2017-pero-aumento-la-pobreza-extrema>
- Palacios, P., Silva, G. y Vergara, F. (23 de marzo de 2020). Viviendas hacinadas y campamentos: dos rostros de la desigualdad frente al covid-19. *Ciper*. <https://ciperchile.cl/2020/03/26/viviendas-hacinadas-y-campamentos-dos-rostros-de-la-desigualdad-frente-al-covid-19/>

Kestel, D. (19 de abril de 2020). Habrá que atender la salud mental de la gente en todos los sitios: trabajo, colegios, centros sociales... *El País*. https://elpais.com/sociedad/2020-04-19/habra-que-atender-la-salud-mental-de-la-gente-en-todos-los-sitios-trabajo-colegios-centros-sociales.html?ssm=TW_CC

MIEDOCRACIA EN CHILE

Claudio Salinas y Hans Stange (Santiago, Chile)

1. Más allá de las consideraciones médicas, la epidemia de coronavirus ha visto desplegarse en Chile y el resto del mundo una serie de medidas políticas y económicas que anuncian un giro autoritario en las «democracias» occidentales, rompiendo con total transparencia su diferencia con regímenes dictatoriales bajo la extorsión: «la única manera de que sobrevivan es perdiendo derechos y libertades». Y, como hemos aprendido a vivir con miedo permanente ante un «enemigo implacable» (los violentistas, los manifestantes, ahora el covid-19), preferimos confinarnos y evitar contactos que supongan establecer relaciones sociales. La gestión del miedo es la clave que le permitiría al Gobierno —un poco ingenuamente— desarticular toda movilización social. Como se lee en la presentación del libro de Boucheron (2016): «El miedo es alimentado por un trabajo político» (p. 20).

2. Varios textos, sin embargo, anuncian este giro autoritario. Por una parte, la implementación de medidas de excepción que, sin que nos demos cuenta, se transforman en herramientas permanentes del Gobierno y van sustituyendo poco a poco la soberanía popular sobre la que reside, en teoría, la democracia. En la práctica, mediante los estados de excepción nos transformamos cada vez más en «sociedades de control» (Agamben, 2005; Deleuze, 2006).

Por otra parte, el exceso de medidas «inmunitarias» invocadas para defender la sociedad (de los terroristas, de los fundamentalistas, de los delincuentes, de los virus, de todos los «otros») hacen que la vida en comunidad sea, paradójicamente, imposible: todos nos volvemos vigías y objetos de la vigilancia de los otros, desvaneciendo la confianza y la posibilidad de lo político (Esposito, 2005). Las propias autoridades nos

instan a que delatemos a quienes incumplen la cuarentena, como si fuéramos parte de la novela de Orwell, en la que los hijos pueden delatar a sus padres cuando se desvían de lo prescrito por el Gran Hermano.

3. Probablemente, no hay mejor metáfora de esta pesadilla política que se avecina que la expresión «nueva normalidad». Se trata de una expresión que integra en sus consecuencias algo como una «pasión restauradora» (Entel, 2007). Pero ¿restauradora de qué? Desde el imaginario gubernamental, lo que se restauraría es un cierto orden anterior a una crisis de proporciones (que empuja por otro estado de cosas), que se concibe como el único posible y deseable para nuestras sociedades demoliberales. Ese orden previo al «estallido» y a la «pandemia» no es otro que el que ha imperado hace ya más de cuarenta años en Chile, y que se ha caracterizado por la docilidad de la población, una precarización extrema del empleo, el endeudamiento generalizado, los cárteles económicos, y la privatización total de la seguridad social, entre otras muchas características.

La pasión restauradora de este giro autoritario es palpable en el despliegue de los medios de comunicación, sobre todo los televisivos que, como si estuviésemos en un *déjà vu* ochentero, nos muestran a políticos y políticas que celebran la entrega asistencialista de canastas con mercadería en las poblaciones más carenciadas de Santiago, donde las personas están imposibilitadas de volver a trabajar en sus empleos informales por la cuarentena total decretada en la capital de Chile. Como si los políticos y políticas no fueran parte del problema, los medios los retratan como personas comunes y corrientes que se entristecen ante la desgracia ajena y dan recetas básicas de prácticas caritativas.

Ese es el orden anterior al estallido de octubre de 2019, que moros y cristianos del sistema político chileno se niegan a abandonar y, más bien, intentan replantear como una suerte de máquina del tiempo en la que don Francisco organizaba las campañas ante una tragedia natural o social bajo el rótulo de «Chile ayuda a Chile», en el que cómodamente la solidaridad encubría el desgano —o la aversión— de la política.

4. En Chile, la epidemia llega justo en medio de una revuelta social que ha visto confirmadas en las necias acciones del Gobierno sus demandas. La mezcla de ineptitud y mala fe de las autoridades es una señal de la claridad con que las manifestaciones de octubre de 2019 *intuyeron* el fin del ciclo político actual:

La demora del Gobierno en adoptar medidas como las cuarentenas, con el fin de no detener la actividad económica. Mientras las grandes actividades industriales (minería, forestal, transporte, importaciones, banca) forzaron a miles de trabajadores a seguir en sus puestos aun cuando sus actividades no son necesarias para la

subsistencia, las políticas gubernamentales se han mostrado dispuestas a sacrificar el pequeño comercio interno, que provee más de la mitad de los puestos de trabajo, aunque contribuye a menos de un tercio del PIB, que se encuentra capturado en manos de la minoría enriquecida por la estructura económica del país.

El polémico manejo de las cifras y la información. La crisis de confianza en las autoridades y los expertos se ha manifestado en la sospecha generalizada acerca del ocultamiento de las cifras reales de contagiados, de fallecidos y de recuperados por la pandemia. No sabemos si el manejo de la información es errado, pero aun si no lo fuera, nadie lo creería. Esto repercute también en la reticencia a seguir las indicaciones del Gobierno respecto a las medidas de seguridad y abastecimiento.

La centralización de la «gestión» de la epidemia. La otra cara de la moneda de la desconfianza es el férreo manejo de la crisis por parte del Gobierno. El Colegio Médico, los municipios y otras organizaciones sociales han exigido no ser solo informados de las medidas de «control» de la epidemia, sino también participar de su diseño, sintomatizando una de las quejas fundamentales del movimiento social de 2019: la falta de participación real en la producción de la vida política nacional.

El papel subsidiario del Estado. Las medidas económicas para paliar la crisis —compensar los salarios perdidos de los trabajadores con los fondos de sus propios seguros de cesantía, inyectar capital a las pymes a través de créditos bancarios, etc.— señalan dos cosas: a) que no hay en el Estado un criterio ni margen de acción en el campo de una política social; y b) que tampoco podría haberla, puesto que se trata de un Estado subsidiario del gran capital, reducido al mínimo, que no puede apalancar la actividad social o económica sin endeudarse, cosa a la que claramente no está dispuesto.

5. Sin embargo, la epidemia ha abierto también la puerta para que, en lugar de ver materializadas las demandas de la ciudadanía organizada, la sociedad venidera se hunda aún más en las constricciones de un giro autoritario travestido de defensa de la democracia y erigido bajo un único principio: el miedo. ¿Cómo no sentirse asustado por la pandemia, la hambruna y la precariedad que se han develado trágicamente? ¿Cómo no tener miedo si los «boinas negras» con sus fusiles recorren la ciudad? Y, por el contrario, ¿cómo no atemorizarse ante el manejo de la crisis por este Estado?

Las restricciones. La «nueva normalidad» invocada en varios países, incluido Chile, se trata en esencia de una normalidad bajo estrictas restricciones de movilización y de reunión, así como de transformaciones en las modalidades de contrato laboral, de asignación de recursos públicos, de incentivos al retiro de capital y de vigilancia permanente de todos sobre todos. «Chile cambió» rezaba una consigna de la movilización de octubre de 2019: lo hará, pero en la dirección contraria, naturalizando una nueva cotidianidad de la vigilancia y la precaución.

Mayor concentración y desigualdad. Es esperable que de la pandemia y la recesión económica salgan fortalecidas las empresas de gran capital. Las restricciones cotidianas afectarán, por otra parte, principalmente al mercado doméstico y el pequeño comercio. Monopolios más grandes, a la vez que incrementos en la pobreza y la cesantía son escenarios que ya hemos conocido en el pasado y que son el caldo de cultivo para populismos autoritarios y carismáticos. Pero el covid-19 y las movilizaciones sociales de octubre no son la causa mayor de nuestros miedos; más bien, son la expresión de que nuestra versión neoliberal del capitalismo es la que ha provocado este escenario mediado por la pandemia —y no al revés, como se esfuerzan en afirmar los restauradores del orden anterior—.

La atomización de la vida cotidiana. El miedo al contagio ha replegado a las masas movilizadas de la protesta, pero también ha desafectado los vínculos barriales, laborales y hasta familiares. El miedo no desaparecerá, así que es posible también que parte de la «nueva normalidad» consista en reforzar un discurso que naturalice y aliente el teletrabajo, la «distancia social» y la virtualidad, a la vez que estigmatice la protesta, el encuentro y la acción colectiva.

La inmunización. Mientras nos escondemos del coronavirus en nuestras casas o donde podamos, el Gobierno lleva adelante una serie de medidas legislativas que regularán estas nuevas restricciones y consagrarán cierto grado de impunidad futura. En nombre de la emergencia y la seguridad, se le arrebatarán al «pueblo soberano» las últimas libertades públicas y personales que le quedaban, algunas de las cuales recién habían sido reconquistadas hace menos de un año.

6. Varios deberemos responder como responsables por este giro autoritario, no solo la clase dirigente y la elite empresarial, que han actuado como el principal aliado de la pandemia: también la complaciente «intelectualidad» del país y los medios de comunicación con su connivencia. Pero, como las fuerzas históricas ya se han echado a andar —aunque aún no al punto de hacer caer la versión neoliberal del capitalismo—, también veremos cambios que necesariamente deban matizar, al menos, este capitalismo salvaje. No es posible que esta clase política pueda mantener su hegemonía por el solo giro autoritario, tal como demuestran muchos procesos históricos.

7. ¿Cómo enfrentaremos esta fase de recesión económica y restricción política? La reactivación de las lógicas comunitarias parece indispensable. Pero ¿cómo insistir en la necesidad de controles y regulaciones al mercado en un escenario en el que lo más razonable parecerá impulsar el mercado desregulado para retomar las tasas de crecimiento de años anteriores? ¿Qué pasará con la discusión constitucional, interrumpida por la epidemia? ¿Cómo nos sentiremos cuando, en un tiempo más, todo parezca

resuelto, pero se encuentre, en verdad, peor que antes? Por el momento, un horizonte transformador en el sentido que quisiésemos se ve muy lejano. Pero, pensamos, es imposible mantener una dominación solo con la gestión del miedo. Mientras tanto, tendremos que seguir viendo en los medios una mezcla de rostros restauradores mostrando su caridad, y desentendiéndose de los problemas estructurales, cruzados con las preguntas anodinas y melodramáticas de los presentadores conmovidos porque han descubierto, de un día para otro, que hay demasiada pobreza en el «jaguar» de América Latina.

Referencias

- Agamben, G. (2005). *Estado de excepción*. Adriana Hidalgo.
- Boucheron, P. y Corey, R. (2016). *El miedo*. Capital Intelectual.
- Deleuze, G. (2006). Post-scriptum sobre las sociedades de control. *Polis*, (13). <http://journals.openedition.org/polis/5509>
- Entel, A. (2007). *La ciudad y los miedos. La pasión restauradora*. La Crujía Ediciones.
- Esposito, R. (2005). *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Amorrortu.

NO HAY ESCUELA: LA EDUCACIÓN CHILENA REPRUEBA EN EDUCOMUNICACIÓN

Martha Vidal-Sepúlveda (Valdivia, Chile)

No hay escuela, se nos agotó el proyecto educativo moderno que permitía la conformación de la subjetividad pedagógica (Corea, 2004). Hasta ahora, los establecimientos educativos apuntaban a preservar las condiciones estructurales y dialógicas que les eran favorables para la práctica docente. Ejemplo de ello es la resistencia, por miedo, desconocimiento o desgano, a la integración apropiada de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) tanto en la práctica pedagógica dentro del aula como en la administración de los centros educativos. La integración de las TIC es, normalmente, producto de una moda pasajera o la búsqueda de la eficiencia neoliberal, no un mecanismo de liberación y autonomía de los aprendices que les permita abordar la complejidad de la sociedad red.

El Estado chileno ha establecido propuestas basales para la integración de las TIC en la educación. Hace ya casi treinta años la red Enlaces prometía conectar a todas las escuelas subvencionadas a través de su red, enfocada en acortar la «brecha digital», vista como la gran amenaza para el desarrollo del país. Hoy, la mayor parte de la red subvencionada cuenta con conexión a internet en sus laboratorios, centros CRA y salas de profesores, aunque con diferencias significativas en la transmisión de datos y actualización del equipamiento, y con una cobertura que alcanza solo para dos horas semanales por estudiante (Ministerio de Educación [Mineduc], 2019). Pero, a pesar de los diferentes programas nacionales, como Simce TIC (2011) y el Nuevo Marco de Competencias TIC (2013), en la larga trayectoria de la inclusión de TIC en la educación chilena, el énfasis ha estado en el equipamiento, la conexión y las habilidades de uso, no en la transformación efectiva del sistema educativo.

Por lo tanto, la educomunicación propuesta desde los programas del Mineduc se instalaba en un paradigma tecnológico que promovía prácticas acríticas e instrumentales (Aparici, 2010) y no la acción educomunicativa dialógica, cuya naturaleza es colaborativa y participativa, con un proceso de aprendizaje creativo y transformador, en el cual la tecnología no es un fin, sino una forma de mediación, que busca la libertad y la autonomía de los educandos (Coslado, 2012). Por consiguiente, se impone una perspectiva neoliberal que relega a las TIC a un uso instrumental, con escaso desarrollo de habilidades educomunicativas, sin una integración efectiva en el currículo ni en las prácticas de aula. La Agencia de Calidad de la Educación (2018) reconoce que uno de los grandes desafíos de la educación chilena es la incorporación de la tecnología en el contexto escolar, definiendo espacios de uso y de regulación, en el cual cada colegio determine sus políticas de uso de acuerdo a su contexto, haciéndose cargo de sus dificultades. Sin embargo, la formación en competencias TIC depende de un sistema centralizado que no incorpora el enfoque territorial, ya que selecciona mediante proyectos a los colegios que postulan a los concursos ofertados, aplicando criterios mercantiles como eficiencia o productividad. Por lo tanto, su cobertura se limita a los colegios que cuentan con equipos directivos capacitados e interesados en elaborar un proyecto competitivo, y con sostenedores que aceptan cofinanciar y/o ejecutar dichos proyectos.

Actualmente, la emergencia mundial por covid-19 y el cierre obligatorio de los colegios a nivel nacional han situado a la comunicación y las TIC como protagonistas para asegurar el «derecho a la educación», lo que ha evidenciado la desigualdad en equipamiento y habilidades tecnológicas, la pérdida del control por parte de los educadores, la brecha comunicativa entre educadores y estudiantes, y la falta de autonomía y libertad de los educandos en la construcción de sus aprendizajes. Nuestra realidad se impone: a pesar de décadas de anuncios y proyectos de conectividad, no hemos logrado disminuir la «brecha de acceso». La mayor parte de los estudiantes chilenos no tienen computador y/o conexión a internet en sus hogares y el 77% se conecta mediante un celular con acceso a internet (Agencia de Calidad de la Educación, 2018). Además, los sectores más vulnerables y los más aislados no están «iluminados» y habitan en territorios de abandono, alejados de la oportunidad de participar de la red global. Por otra parte, los estudiantes que cuentan con conectividad sacan ventaja en el desarrollo progresivo de habilidades digitales acríticas. Su participación en ambientes de aprendizaje ubicuo les facilita adaptarse de mejor forma a la educación virtual, son jóvenes que consumen información mediante motores de búsqueda, construyen y participan de comunidades digitales, y se divierten y comunican en el entorno virtual (Scolari, 2016). Es decir, son, al menos, usuarios eficientes de las plataformas virtuales.

La comunicación ya era difícil en el ambiente controlado que proporcionaban los centros educativos, pero ante la emergencia aumenta la brecha comunicativa por el incremento en los grados de libertad, la heterogeneidad de tecnologías y la diversidad de estrategias comunicativas de todos los actores del proceso educativo. Para Castells (en Scolari, 2016), esta brecha «tecnocultural» es crítica para las profesoras y profesores, los que en su mayoría no tienen formación ni experiencia en educación virtual y se encuentran, dialógicamente, alejados de sus educandos. La emergencia los ha obligado a elaborar adecuaciones curriculares y solucionar problemas de equipamiento tecnológico sin un proceso de adaptación. Sabemos que «la eficacia de los procesos de enseñanza-aprendizaje está condicionada en buena medida por la eficiencia comunicativa de los educadores y educadoras» (Ferrés, 2008, p. 65), pero su nula o carente alfabetización digital repercute directamente en la eficacia del proceso de comunicación con sus estudiantes. En consecuencia, la miope propuesta de alfabetización digital en Chile ha mostrado su incapacidad para dar respuesta al aseguramiento del derecho a la educación en las condiciones impuestas por la emergencia sanitaria.

La educación chilena necesita un proyecto educomunicacional que reconozca la necesidad de un estudiante protagonista de su propio aprendizaje con habilidades que le permitan comunicarse en entornos virtuales, pero también «la formación del sentido crítico, inteligente, frente a los procesos comunicativos y sus mensajes para descubrir los valores culturales propios y la verdad» (Aparici, 2010, p. 9). En este sentido, la educomunicación en profesores y estudiantes permite aprovechar todas las posibilidades de aprendizaje disponibles, incluyendo las prácticas colaborativas y participativas de aprendizaje informal en las redes, las que permiten acortar la distancia entre los usos cotidianos de la tecnología y la recreación de los mismos en el aula (Buckingham, 2008). En contraste, los establecimientos escolares chilenos, y también las instituciones de educación superior, que durante esta pandemia imparten sus clases en plataformas virtuales se apoyan, principalmente, en la videoconferencia y las clases grabadas en plataformas como Youtube, en tanto sucedáneos de la presencialidad, y su mayor desafío docente pareciera ser que los alumnos no copien durante las pruebas, apostando por el uso obligatorio de la cámara, limitando el tiempo de respuesta, prohibiendo el uso de auriculares y otras medidas restrictivas que manifiestan una ilusoria idea de control.

La pandemia de covid-19 expone la manifiesta desigualdad de la educación chilena. Actualmente, muchos niños y niñas no están recibiendo clases, y otros han visto disminuida su calidad, lo que ha restringido el acceso y la calidad del «derecho a la educación» de los más vulnerables. Mientras los colegios particulares disponen de plataformas virtuales para impartir educación síncrona y asíncrona, un currículo

adaptado al proceso de aprendizaje virtual, estudiantes con acceso de calidad a internet y docentes capacitados en el uso de la tecnología, en los colegios públicos y subvencionados coexisten diferentes realidades: una minoría que se acerca a las condiciones de los colegios particulares; otros que, sin experiencia, pero con alumnos y profesores conectados se aventuran en clases síncronas con herramientas gratuitas de video conferencia; otros tantos que se comunican mediante herramientas asíncronas (correo electrónico, drive, etc.); y otros con niños y niñas desconectados, pertenecientes a territorios desplazados por la pobreza o el aislamiento que dependen de la voluntad y vocación de sus docentes para recibir material de apoyo impreso en sus hogares, sin la necesaria mediación del educador. Y son precisamente estos colegios los que más necesitan el contacto con sus estudiantes, para quienes la escuela es mucho más que un lugar para aprender y tres comidas diarias que aseguren una nutrición adecuada. La escuela es también su lugar de contención, de cuidado y de conexión a la red global. Por lo tanto, mientras esperamos el retorno a las aulas, la educación chilena reprueba en tecnología y comunicación.

En conclusión, el aprendizaje en el contexto de la emergencia sanitaria amplía las desigualdades, tanto por la infraestructura tecnológica disponible como por las escasas habilidades educomunicativas de sus profesores y estudiantes. Es urgente refundar la escuela, fortaleciendo la educomunicación para sentar bases que reduzcan la brecha tecnocultural y permitan a los profesores y educandos comunicarse libremente, para acordar la puesta en común de una nueva subjetividad pedagógica.

Referencias

- Agencia de Calidad de la Educación (2018). Resultados Simce revelan pocos avances en la última década y grandes desafíos en media. <https://www.agenciaeducacion.cl/noticias/resultados-simce-revelan-avances-la-ultima-decada-grandes-desafios-media/>
- Aparici, R. (2010). *Educomunicación: más allá del 2.0*. Gedisa.
- Buckingham, D. (2008). *Más allá de la tecnología. Aprendizaje infantil en la era de la cultura digital*. Manantial.
- Corea, C. (2004). Pedagogía y comunicación en la era del aburrimiento. En C. Corea e I. Lewcovicz, *Pedagogía del aburrido*. Paidós.
- Coslado, Á. B. (2012). Educomunicación: desarrollo, enfoques y desafíos en un mundo interconectado. *Foro de Educación*, 10(14), 157-175.
- Enlaces (s.f.). Resultados. <http://www.enlaces.cl/evaluacion-de-habilidades-tic/simce-2013/resultados/>

- Ferrés, J. (2008). *La educación como industria del deseo. Un nuevo estilo comunicativo*. Gedisa.
- Ministerio de Educación (2019). Aulas Conectadas 2019. <http://innovacion.mineduc.cl/aulas-conectadas-2019/>
- Scolari, C. A. (2016). Alfabetismo transmedia: estrategias de aprendizaje informal y competencias mediáticas en la nueva ecología de la comunicación. *Telos*, (193), 12-23.

MINERÍA A CASA CERRADA: LOS DESAFÍOS DEL ESPACIO PÚBLICO

Daniel Badenes (La Plata, Argentina)

Con la expansión de las plataformas digitales, de un tiempo a esta parte se instaló una metáfora para nombrar los procesos de obtención y procesamiento de grandes volúmenes de información que orientan decisiones políticas y económicas: «minería de datos». La expresión es acertada en cuanto señala el carácter *extractivo* de la actividad (basada en la recolección permanente y no siempre consentida de datos sobre nuestras vidas) y su enorme rentabilidad (las Gafam tienen más poder económico que los viejos barones del oro, la plata y el estaño). Pero hay una radical diferencia con la minería tradicional: mientras aquella tiende a agotar su materia prima de forma irreversible, la minería de datos no socava, sino que multiplica. Trabaja en minas que no se gastan, sino que se expanden día a día, con el aporte de dóciles voluntarios: nosotrxs, usuarias y usuarios de redes sociales, tarjetas de crédito, servicios de transporte y sistemas de seguridad. Claro: no tenemos una imagen que nos exhiba con crudeza ese negocio como la fotografía aérea de una cantera a cielo abierto. La minería de datos es silenciosa y poco visible.

Una pregunta que me obsesiona desde el inicio de las medidas de aislamiento preventivo frente al covid-19 es cuánto hemos expandido esos depósitos de datos en estas semanas. Virtualizamos la educación y adoptamos formas de teletrabajo. Multiplicamos las compras, las operaciones bancarias y los trámites estatales en la red. Adherimos a sistemas de pago digital que antes rehusábamos y cada vez más compramos por *apps* de *delivery*. Incluso vehiculizamos el lazo social más cercano y cotidiano, la familia y lxs amigxs, por videollamadas en plataformas cuyos términos y condiciones casi nunca leemos.

Un meme que circuló los primeros días de cuarentena mostraba a Fred Jones (el personaje de Scooby-Doo) a punto de descubrir a un enmascarado: *¿quién estará detrás de la máscara del covid-19?* Cuando lo destapa, aparece el logotipo de Zoom, la empresa de videoconferencias que pasó de 10 millones de usuarios en 2019 a más de 200 millones a fines de marzo de 2020.

No evoco ese chiste para abonar ninguna teoría conspirativa sobre el nuevo coronavirus, sino para señalar que indudablemente entre los pocos beneficiados económicos están, además de las productoras de insumos para la protección sanitaria, un grupo de megaempresas digitales que concentran la mayor parte del tráfico de una internet que no es ni horizontal ni abierta como alguna vez se la imaginó. Una red de la que el acecho del virus nos volvió absolutamente dependientes: se convirtió en un *servicio esencial* y así comenzaron a reconocerlo muchos Estados (tímidamente, cuando frenaron los cortes por falta de pago; más decididos, al retomar planes de conectividad. Incluso hay quienes imaginan formas de prestación pública para universalizar el servicio).

Aunque todavía en América Latina y el Caribe cuatro de cada diez personas no tienen acceso regular ni de buena calidad,¹ no parece lejano un mundo en que la conectividad a internet sea considerada un derecho. Las lógicas de gobierno y de rentabilidad de estos tiempos permiten predecir que ni las administraciones estatales ni las corporaciones se opondrán a esa meta. Por el contrario, el capitalismo de plataformas y los gobiernos cibervigilantes tienden a convertir a la red en más que un derecho: se vuelve, de hecho, una obligación. *Debemos tener internet para trabajar, para consumir, para educarnos.* Y quien no esté conectadx sospechosx es.

La ultraconectividad de esta pandemia hace pensar entonces que actualmente la proyección de un orden más justo en materia infocomunicacional no se basa en postular un *derecho a internet*, sino *derechos en internet*. En otras palabras, preguntarnos a qué internet tenemos derecho.

Necesitamos, por ejemplo, un internet sin censuras. La coyuntura del covid-19 nos expuso de forma notable a las posibilidades de la censura privada. Durante la pandemia, las empresas de redes sociales, en lugar de apostar al tan mentado *teletrabajo*, directamente licenciaron a sus empleados dedicados al control de contenidos. Delegaron su tarea en algoritmos. ¡La censura se volvió automática! Un bot decide sobre la moralidad o la veracidad de las publicaciones, lo que llevó a la restricción indebida de contenidos, incluso de medios periodísticos.

Puede debatirse cuál es la mejor forma de regular estas plataformas, pero con la experiencia del covid-19 ya no está en discusión que lo que pasa en esas redes constituye un

1 Según datos del Índice CAF, solo el 54.4 % de la población accede regularmente a internet (Observatorio del Ecosistema Digital en América Latina y el Caribe, 2017).

nuevo *espacio público*, y que el respeto a los derechos humanos, entre ellos la libertad de expresión, no debe serle ajeno. Y parte de ese debate implica poner en cuestión los alcances del *copyright*, sobre todo en situaciones en las que se convierte en una excusa para la censura. En definitiva, es tiempo de incorporar la información y la comunicación en el horizonte de los bienes comunes.

A su vez, creo que al pensar la censura de las redes debiéramos nombrar no solo al contenido «bajado» de la red, sino también al encorsetamiento (basado en la «mina» de nuestros propios datos) de las redes que solo nos muestran a nuestros pares y que nos dicen lo que ya sabemos o lo que queremos ver. Es decir, el *espacio público* que hoy construye Facebook no se asemeja a una ciudad, sino más bien a un condominio o urbanización privada. Si la diversidad y el pluralismo son los principios rectores de un orden deseado, esa compartimentación de nuestra experiencia virtual es otro de los problemas de nuestro tiempo.

La agenda, por supuesto, es mucho más amplia. Es necesario repensar y organizarnos para garantizar un gobierno democrático, multilateral y transparente de internet; apostar a la soberanía tecnológica de los distintos Estados y comunidades; legislar el «derecho a la desconexión» para evitar que el teletrabajo se convierta en esclavitud a distancia; hacer todo lo que sea por que la red sea un lugar para las diversidades y no para las desigualdades.

Otro tema clave, en tiempos en que los datos valen más que el petróleo, es la protección de la privacidad. Ignacio Ramonet (2020) definió al covid-19 como «la primera enfermedad global contra la que se lucha digitalmente». Sin duda, un legado que nos dejará esta pandemia es una expansión de formas de cibervigilancia de la que no reniegan empresas ni gobiernos, y sobre las que ni siquiera ha habido voces de alerta de la sociedad civil, con excepción de algunos intelectuales y organizaciones especializadas en la temática. En Argentina, quienes fueron habilitadxs para salir de su casa deben instalar una *app* (CuidAR) que accede a la geolocalización y otros datos personales. De un modo más taxativo y abarcador, ese fue el camino de las medidas preventivas que siguieron, con bastante éxito, países del sudeste asiático. Pero la prevención sobre la base del *big data*, el día de mañana (o el de hoy) puede convertirse en la represión sobre la base del *big data*. ¿Quién define los límites entre cuidado y vigilancia?

En *El declive del hombre público* (1976), Richard Sennett caracterizaba a la ciudad como «un asentamiento humano en el que los extraños tienen probabilidades de conocerse» (p. 39). Ahora recorreremos *desde casa* otros espacios «públicos», identificados por nuestro IP y *logins* obligatorios que enriquecen la nueva minería, mientras nos preguntamos cuándo y cómo será volver afuera. ¿Habrá un futuro donde la civilidad vuelva a definirse por la posibilidad del anonimato?

Referencias

Observatorio del Ecosistema Digital en América Latina y el Caribe (2017). https://www.caf.com/app_tic/#es/home

Ramonet, I. (29 de abril de 2020). Coronavirus: La pandemia y el sistema-mundo. *Página/12*. <https://www.pagina12.com.ar/262989-coronavirus-la-pandemia-y-el-sistema-mundo>

Sennett, R. (1976). *The Fall of Public Man*. Penguin Books.

CORONAVIRUS Y POSMODERNISMO

Antonio Sánchez Jiménez (Neuchâtel, Suiza)

En el último cuarto del siglo xx, una serie de textos anunciaba el comienzo de una nueva etapa en la historia de las ideas y de la literatura: el posmodernismo. Particularmente célebres se hicieron los postulados de François Lyotard, quien en *La condition postmoderne* (1979) define una estética escéptica, que desconfía de cualquier pensamiento universalizante, esto es, de cualquier intento de explicar el mundo de modo rígido. Lyotard definió esos intentos como *métarécits* (metarrelatos) y contó entre ellos a la religión, el marxismo y, sobre todo, la modernidad, es decir, la fe en la razón y el progreso de la humanidad. En oposición a estos metarrelatos, los posmodernos serían relativistas, gente refractaria a la seriedad y a todo tipo de jerarquías, lo que se traduce en uno de sus rasgos de estilo más llamativos: la mezcla libre y desenfadada de elementos de baja y alta cultura, orientales y occidentales, que combina el cómic y Homero, el pop y Balzac, el budismo y la ecología. Desde el pensamiento marxista, autores como Fredric Jameson (1989) definieron el posmodernismo como la lógica cultural del capitalismo avanzado, que, al colocar a un mismo nivel toda ideología, imposibilitaba la acción y mantenía la propia.

En teoría, el posmodernismo define la cultura occidental desde los años setenta, jarro de agua fría sobre el idealismo de la década previa. La crisis del petróleo (1973) y la caída del muro de Berlín (1989) y la Unión Soviética (1991) serían hitos en este fenómeno que ha poblado la filosofía de pensamiento líquido (pragmático, particular y autoescéptico), desconfiado ante los viejos binomios naturaleza/cultura, sujeto/realidad, oralidad/escritura, alta/baja cultura, que habrían pasado a convertirse en dinosaurios modernos. En literatura, estas propuestas se reflejarían en obras desenfadadas, individualistas, a menudo autorreferentes. *Il nome della rosa*, de Umberto Eco,

la narrativa de Enrique Vila-Matas, Leonardo Padura y Enrique Serna, o la poesía de Luis Alberto de Cuenca serían ejemplos de esta tendencia, con sus mezclas de *best seller* y reflexión estética, autorreferencialidad y autoficción, telenovela y Picasso.

Si nos centramos en la literatura hispánica, surgirá enseguida la duda acerca de la validez de estos presupuestos. Parece que la España de la transición y, luego, la movida, etc., entraría sin mayores dificultades en este panorama. Pero ¿y Latinoamérica? ¿Pudo la literatura latinoamericana mantenerse al margen de las atrocidades que golpearon al continente, también en los años setenta, noventa, etc.? ¿Es, por ejemplo, posmoderna la literatura que denuncia la violencia colombiana (como la de Fernando Vallejo)? Podría discutirse, pero en tiempos del coronavirus interesa más preguntarse si ese movimiento ha periclitado. O al menos cómo lo ha transformado la actual pandemia.

Examinemos, al respecto, las conexiones (y posibilidades) de la relación entre el coronavirus y la literatura, y luego, para acabar, dos casos recientes: la polémica sobre Galdós y el realismo, y la concesión del Premio Nadal de narrativa 2020.

Al comenzar la crisis, en marzo de 2020, sorprendía con qué frecuencia se recurría a referencias literarias para procesar la realidad de la pandemia. Muy posmodernamente, esta se comparaba con el *Decamerón* o el apocalipsis zombi y, en general, se subrayaba el parecido de los hechos con la narrativa fantástica, género tan en boga en los primeros años del siglo XXI. Estas referencias llaman nuestra atención sobre uno de los usos de la ficción (crear escenarios verosímiles; situaciones que no han pasado, pero que podrían pasar). Pero, sobre todo, nos hacen preguntarnos cómo será la literatura tras la crisis, tanto la que elija retratarla como la que opere bajo su influencia.

En este momento, las posibilidades son varias, pero todo parece indicar que pasarán por un abandono del distanciamiento posmoderno en favor de una literatura más *engagée*. En cuanto al tipo de compromiso, los medios de comunicación han propuesto una perspectiva rosada. Claramente, no se podrá seguir viviendo (y escribiendo) igual tras el coronavirus, pues esta pandemia nos ha mostrado lo ridículo de las soluciones aislacionistas (Johnson, Trump) y la extensión, ya inescapablemente somática, de la globalización. No podemos ignorar lo que sucede al otro lado del planeta, porque corremos el riesgo de que nos infecte en cuestión de semanas. Además, el mundo está sufriendo un trauma global, tal vez por primera vez en la historia: desde Wuhan hasta Buenos Aires se repiten las historias de gente confinada, nostálgica de paseos, contactos humanos o vuelta a la ya quimérica vida normal. Tras el virus (¿durante el eterno virus?) todos tendremos un punto de referencia común, al que ya estamos dando respuestas comunes: pensemos en el torrente de memes sobre los danzantes ghaneses. Del coronavirus saldremos sabiendo que estamos juntos y que, por tanto, juntos, y sin escepticismo ni reticencia posmodernos, debemos afrontar tanto la tragedia del virus como las innumerables tragedias del planeta.

Sin embargo, estas promesas tienen algo de engañoso, pues no ocultan que, aunque el coronavirus será una referencia común, no hemos pasado la prueba en igualdad de condiciones. Por solo remitirnos a las condiciones económicas (evidentemente, no es lo mismo haber sufrido una muerte en la familia que haber leído sobre ella), no es igual estar confinado en un chalet de quinientos (o mil) metros cuadrados que en una villa miseria; no es igual sufrir las restricciones con seguridad económica (rentas, pensión, sueldo de funcionario) que con la incertidumbre de un negocio al borde de la quiebra o, peor, con la certeza de la ruina y el hambre. Es decir, el compromiso de la cultura y la literatura poscoronavirus podría ser no de benevolencia, sino de desconfianza. Desconfianza del prójimo como fuente de contagio o como rival ante los recursos que fueren (desde el célebre papel higiénico a los medicamentos o comida), como ocurrió en los primeros días de pánico. Desconfianza, o más bien odio generacional y de clase, hacia el culpable de nuestra ruina: contra el viejo por cuya salud sacrifico mi economía y futuro, y contra el rico que pide libertades individuales desde la seguridad (o extorsión) económica. La literatura posvirus podría ser de compromiso furibundo. Y los escritores podrían enfrentarse a amenazantes llamadas a la acción en un mundo agresivo y polarizado: como en los años treinta del siglo xx, quizá en la década que va a abrirse resultará difícil escribir sin odio.

En cualquier caso, la literatura escéptica del posmodernismo parece tener las horas contadas. De hecho, ¿hasta qué punto no podría ser esta pandemia un hito más o menos artificialmente impuesto en un proceso abierto tiempo atrás, de modo análogo a como la pérdida de Cuba se usó en España para nombrar a una generación y unas preocupaciones que ya existían antes de 1898? Lo cierto es que desde hace unos años asoma una serie de problemas ante los que parece inadmisibles acogerse a la polvorienta excusa de los metarrelatos, como el feminismo (el acoso sexual, la violencia en pareja) y la ecología (el calentamiento global). En literatura, la respuesta ante esos problemas es el compromiso.

Dos síntomas de que la cuestión del compromiso literario preocupaba en España justo en los meses previos al virus son la polémica sobre el papel de Galdós en el canon literario y el Premio Nadal de Ana Merino.

En febrero de 2020, el novelista Javier Cercas escribía en *El País* contra el gran escritor del siglo xix español, comparándolo desfavorablemente con narradores extranjeros muy variopintos y, sobre todo, criticando la toma de posición ética de sus narradores. Cercas contó con algunas adhesiones sonadas (la de Javier Marías, quien ponderaba una tradición de excelencia anglosajona), pero también con la oposición de otro novelista español, Antonio Muñoz Molina, que en un artículo publicado en *El País* el 14 de febrero encomiaba a Galdós, precisamente, por su compromiso, que llevaba implícita una «pasión por la libertad y la justicia». El propio Muñoz Molina

volvía a pronunciarse sobre el compromiso unas semanas más tarde en *El País*, el 27 de marzo, durante lo peor de la crisis en España. Ahí hablaría de una «inmisericorde realidad», de que «no estamos para bromas» y, más explícitamente para el tema que nos interesa, de que «las artes se pueden permitir el lujo del ensimismamiento»: el virus parecía haber surgido para darle la razón a Galdós.

De modo semejante, el fallo del Premio Nadal (uno de los más prestigiosos en narrativa española) el 6 de enero de 2020 en favor de *El mapa de los afectos*, de Ana Merino, semeja corroborar esta impresión. La novela está en las antípodas de la distancia y su autora, en otros aspectos tan posmoderna, afirmaba en *El País* el día después que «la literatura es bondad».

En suma, ¿estamos en puertas de un nuevo realismo y un nuevo compromiso? En ese supuesto, ¿forzaremos la cronología para hacer del coronavirus el detonante, más que el representante, del cambio? ¿Será el coronavirus el tiro de gracia del posmodernismo? Si es el caso, saludemos al realismo, incluso al compromiso, mientras respete la libertad del que elija mantener la distancia o incluso, ¿por qué no?, recluirse en la torre de marfil y proclamar que la literatura no es bondad, sino belleza.

Referencias

- Cercas, J. (9 de febrero de 2020). Galdós. *El País*. https://elpais.com/elpais/2020/02/03/eps/1580728376_032115.html
- Jameson, F. (1989). *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Duke University Press.
- Liotard, F. (1979). *La condition postmoderne*. Les Éditions de Minuit.
- Merino, A. (7 de enero de 2020). «Si dejamos de leer vamos a dejar de reflexionar». *El País*. https://elpais.com/cultura/2020/01/07/actualidad/1578407226_917533.html
- Muñoz Molina, A. (14 de febrero de 2020). En defensa de Galdós. *El País*. https://elpais.com/cultura/2020/02/11/babelia/1581440075_111186.html
- . (27 de marzo de 2020). Las cosas como son. *El País*. https://elpais.com/cultura/2020/03/26/babelia/1585241644_036608.html

DOMESTICAR LA MEMORIA

Diego Olivares Jansana (Temuco, Chile)

En mayo de 2020 la librería y editorial boliviana Illa organizó tres jornadas para reflexionar acerca de los archivos familiares, el álbum fotográfico y las historias que se cuentan desde lo cotidiano. La glosa de la invitación en su página de Facebook señala que «parte de nuestra historia personal se guarda en cajas, está organizada en álbumes u oculta entre archivos que ahora son reencontrados gracias al tiempo en casa que nos ha regalado la cuarentena» (Illa Ediciones, 2020).

Igual que Illa, muchas instituciones dedicadas al resguardo patrimonial en distintas partes del mundo propiciaron diálogos para entender su función en medio de esta crisis y, de la mano, analizar el espacio que reclaman los archivos domésticos que se producen o redescubren en los rincones privados del confinamiento forzoso. Enganchado de la mirada hacia el interior de los acervos institucionales —bibliotecas, museos, archivos— vino el llamado a compartir el patrimonio familiar y exponer la memoria privada. Abrir las cajas y dejarlo salir.

La irrupción de este pasado preservado lejos de los centros habilitados para esta función y, en palabras de la investigadora argentina Ludmila da Silva Catela (2002), su obstinación mnemotécnica marca las fronteras de aquellas preguntas que se imponen, inevitablemente, hoy: ¿quién documentará esta crisis?, ¿cómo preservar los productos que recordarán la pandemia del coronavirus de 2020?, ¿qué se guarda y qué se olvida?

El asedio del patrimonio en tiempos de crisis

El pensador francés François Hartog, entrevistado en Valparaíso a fines de 2013 por el historiador Pablo Aravena Núñez (2014), señala que «el patrimonio fundamentalmente

es un concepto para períodos de crisis» (p. 234). Hartog tira de esa línea e indica que cuando la humanidad enfrenta la idea de desaparecer, de un fin próximo, se ve invadida por el deseo de preservar para instalar ante la catástrofe puntos de referencia firmes. El francés incorpora esta mirada sobre el patrimonio como idea esencial de lo que él describe como régimen de historicidad presentista, donde, en algún sentido, el pasado ha desaparecido y el futuro es una sombra amenazante (Aravena Núñez, 2014, p. 234).

Una reflexión parecida propone el historiador español Ignacio González-Varas Ibáñez (2014) al referirse a la obsesión memorialista de estos tiempos. Para él, la preocupación por la conservación institucional del pasado es algo propio del mundo contemporáneo (González-Varas Ibáñez, 2014, p. 17). La modernidad y su violencia, los cambios radicales y su agitación habrían instalado en Occidente el deber colectivo y público por preservar la memoria. El patrimonio, entonces, sería consustancial a la idea de crisis. Esa es la paradoja sobre la que se apoya.

Durante esta pandemia hemos visto, como decíamos, una persistente invitación a revisar artefactos de memoria. A los llamados descritos podemos sumar el asedio de archivos e instituciones que enfrentan las dificultades prácticas de esta crisis echando mano a sus anaqueles. Así, por un lado, los museos canónicos del mundo dejan recorrer sus pasillos mediante producciones 3D a cualquier persona conectada a internet; por otro, los canales de televisión han puesto en pantalla miles de piezas de sus archivos con sorprendente éxito de audiencia. El diario *El País*, en su versión digital del 20 de junio de 2020, publicó una nota titulada «Cómo la nostalgia invadió la televisión», donde se describe este fenómeno como «la mejor forma de suplir la falta de series, concursos y retransmisiones deportivas, casi todo paralizado o pospuesto por la crisis sanitaria», y se deja flotando una idea que retomaremos en la parte final de este ensayo: «Sin duda, la pandemia de 2020 será uno de los acontecimientos históricos mejor documentados y archivados de la historia de la televisión» (Ruiz de Elvira, 2020).

También en el diario *El País*, esta vez en su versión digital del 30 de abril de 2020, se publicó una nota titulada «El segundo esplendor del metraje encontrado». En el texto se describe este tipo de archivos como piezas donde «nadie pretende contar nada, sino solo fijar un instante precioso rescatado del fondo de una vida» (Pron, 2020). Acá se analiza el comportamiento de usuarios de redes sociales ante desafíos como #babyfacechallenge, #tenyearschallenge o #20yearchallenge, donde se propone a los cibernautas a publicar fotos de su infancia y juventud. Según el medio, en este ejercicio se mezclarían el afán de figuración personal, el sentido de comunidad y «la promesa de que un día volveremos a mirar el futuro con inocencia y arrogancia infantiles» (Pron, 2020).

Estando o no de acuerdo con las proyecciones y nociones de archivo en ambas notas de *El País*, podemos concordar en que indudablemente algo se ha activado en torno a las memorias domésticas y su potencial narrativo sobre lo que estamos viviendo. Nos parece, entonces, que lejos de suponer el comportamiento que estos archivos tendrán en el futuro, conviene observar su linaje y su trayectoria hasta acá, buscando ahí las señas de lo que podremos reclamarles cuando se cuente esta pandemia. Y, tal vez, más relevante, convenga atisbar la manera en que las instituciones abocadas a la conservación, resguardo, restauración y divulgación del patrimonio, en cualquiera de sus formas, organizarán los registros construidos en medio de la crisis provocada por el covid-19.

Tensión acervo-memoria

La historiadora chilena Olga Ruiz (2017) ha desarrollado profusamente la idea de memoria en la historia reciente del Cono Sur latinoamericano, centrándose en los relatos de posdictadura en Chile y Argentina. Ruiz ahonda en la relación de los testificantes con sus experiencias traumáticas, señalando que «en el plano individual hay olvidos y silencios que responden al deseo de no transmitir los sufrimientos; de ahí que muchos sobrevivientes guarden en secreto sus experiencias dolorosas» (Ruiz, 53). Tomados de esta reflexión, cabe preguntarse si los relatos salidos de esta crisis se comportan tal como las memorias —individuales o colectivas— que se erigen como algunos de los materiales con los que se fabrica nuestra historia reciente. La aparente puerilidad que se atribuye a las bullentes narrativas que invaden las redes sociales podría tener esa criba: qué se dice y qué se calla.

Pensando en eso, podemos interrogarnos acerca de qué ocurre cuando una catástrofe es de baja intensidad y se produce en sitios clausurados que no nos golpean la mirada de súbito. No hay bombardeos ni cuerpos mutilados en las calles. No hay ruido ni humo que nos recuerden el riesgo que vivimos todos al mismo tiempo. Sabemos que hay peligro afuera, pero no vemos balizas ni oímos sirenas que tornen inapelable ese vértigo colectivo. El escritor alemán Winfried Sebald (2003), en *Sobre la historia natural de la destrucción*, habla de las ciudades alemanas bombardeadas durante la Segunda Guerra Mundial y el imperativo que esa catástrofe significó para los sobrevivientes de ese fuego cruzado entre la debacle nazi y el castigo aliado. Sebald habla del trabajo de remover escombros, de reorganizar la vida y de la exigencia de producir para instalar una nueva realidad sin historia y con ello silenciar lo que había pasado (2003, p. 19). El cineasta experimental Jonas Mekas (2017), nacido en Lituania y radicado en EE. UU. incorpora otra mirada testimonial a la catástrofe de la que escribe Sebald. Mekas, junto con su hermano, atraviesa Alemania justo cuando

los aliados bombardean enclaves civiles como señal de advertencia hacia Hitler. Sin escapatoria, y luchando día a día por sobrevivir, abre un diario donde narra sus reflexiones cotidianas. Necesita registrar para enfrentar lo que está viviendo en tierras ajenas. Muchos años después publica esos textos en *Ningún lugar adonde ir* y habla de la vergüenza que le provoca dedicar tanto espacio a escribir sobre la comida en medio del horror (Mekas, 2017, p. 190).

Los relatos de hoy, ya sea en forma de posteos, memes, nuevas oralidades, textos académicos o cómo sea que se materialicen, volverán a enfrentarse a sus vergüenzas y sus valores cuando sean organizados lejos de su espacio tiempo de origen. En ese desanclaje, sospechamos, se producirá una tensión que los productores anónimos ni siquiera pueden —podemos— sospechar. Los relatos se jerarquizarán, se agruparán según las necesidades y marcos conceptuales de un curador y, obligatoriamente, serán dotados de una nueva forma para ser expuestos. En la archivística moderna se habla del principio de procedencia como eje rector del trabajo con materiales cuyo origen es personal, individual, documentos que no han sido producidos por instituciones formales ni pensados para ser depositados de cara al futuro. En palabras de Philippe Artières y Dominique Kalifa (2013), «mientras muchos consideran que los escritos autobiográficos y los archivos personales mantienen con lo verídico una relación siempre equívoca y que no pueden ser utilizados sino a título indicativo o ilustrativo; otros, a la inversa, ven en ellos un material privilegiado, a veces único, para aprehender “lo extraordinario”» (p. 8).

Con todo, sea cuál sea el uso que demos en el futuro a los relatos fabricados en medio del covid-19, las instituciones que hoy están organizándolos llevan la aparente ventaja de ser las que organicen su vastedad. Ahí el peligro. Como señalara la estadounidense Diana Taylor (2019), «sabemos que esa cosa es importante porque ha sido seleccionada para ser conservada en el archivo. No importa si fue hecha para ser guardada, copias al carbón de cartas, o incluso diarios o panfletos de una marcha de protesta cobran un estatus especial al entrar al archivo» (p. 54). A pesar de esto, siempre habrá intersticios donde proponer otras vidas para los archivos personales, y las comunidades, presentes y futuras, tienen la dura misión de supervisar estos tránsitos.

Respecto de lo anterior, y siguiendo el hilo de la idea de desanclaje, Ludmila da Silva Catela (2002) plantea una interesante reflexión en torno a los protagonistas anónimos de los acervos que vuelven a aparecer, de la mano de investigadores e instituciones *ad hoc*, muchos años después. En «El mundo de los archivos» desarrolla la idea de dislocación a partir de la experiencia de una comunidad de indígenas de la Guayana Francesa que descubre las fotografías del viaje forzoso de sus antepasados a París cien años atrás. Esta comunidad reclama el derecho a usar estas imágenes

en la conmemoración que preparan para recordar el viaje de sus familiares. Ante la negativa de la Fototeca francesa se abrió un debate acerca de la propiedad de los acervos, su valor patrimonial, su rango documental, su carga de memoria e identidad. Da Silva Catela (2002) se detiene en las tensiones entre los «dueños» de los acervos y los «dueños» de la memoria, es decir, entre las instituciones especializadas en la preservación de documentos y patrimonio, junto con su carga de valores que pretenden ser universales, y las comunidades que fueron registradas en un pasado inalcanzable.

Quiénes serán los cronistas de esta crisis

Jonas Mekas, inobjetablemente y solo apelando a un contrato fiduciario con lo que narró el lituano, estuvo en la Alemania bombardeada y cuando leemos sus relatos no sospechamos de ninguna otra trampa más que la de su subjetividad. Aquí se cumple la clásica cadena de salir, ver, volver y contar. Pero ¿cómo se narra una crisis cuando no se puede salir para contar? O, volviendo a la nota de *El País* y su optimismo al sentenciar que «la pandemia de 2020 será uno de los acontecimientos históricos mejor documentados y archivados de la historia de la televisión», podemos instalar la incertidumbre acerca del espacio de mediación donde se negocian el adentro y el afuera de esta crisis. Y, como nunca, el adentro y el afuera es la casa y la calle, es lo público y lo privado, es lo individual y lo colectivo. Hay, quizá, un afuera contado y un adentro vivido. La idea planteada por la argentina Elizabeth Jelin (2016) de que estas dos esferas sociales están demarcadas, de que los tiempos y los espacios están marcados por el «salir a trabajar» y lo doméstico y familiar (p. 45), se torna hoy difusa. El lugar desde donde relatamos esta pandemia parece ser nuestro lugar de habitación, nuestra casa, tenga la forma que tenga. Somos narradores puertas adentro, con todo lo que eso signifique, sin que lo sepamos aún, y hay un cerrojo en la frontera que describe Leonor Arfuch (2016) al referirse a la «densidad semiótica del umbral, que separa el reino —femenino— de la domesticidad del mundo exterior, de esa indiferenciación de lo público, lo multifacético, de esa nueva entidad amenazadora, la calle —la multitud— que encontraría en la urbe su expresión más acabada» (p. 224).

Referencias

- Aravena Núñez, P. (2014). François Hartog: La historia en un tiempo catastrófico. *Cuadernos de Historia*, (41), 227-234.
- Arfuch, L. (2016). *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Prometeo.
- Artières, P. y Kalifa, D. (2013). El historiador y los archivos personales: paso a paso. *Políticas de la Memoria*, (13), 7-11.

- Ruiz, O. (2017). Un acercamiento a los estudios de la memoria social: conceptos y perspectivas analíticas. En Á. Bello, Y. González, P. Rubilar y O. Ruiz (eds.). *Historias y memorias. Diálogos desde una perspectiva interdisciplinaria* (pp. 51-69). Ediciones Universidad de la Frontera.
- Da Silva Catela, L. (2002). *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*. Siglo XXI.
- Illa Ediciones (10 de mayo de 2020). Inicio [página de Facebook]. Facebook. <https://www.facebook.com/illa.ediciones/videos/284501602709053/>
- González-Varas Ibáñez, I. (2014). *Las ruinas de la memoria*. Siglo XXI.
- Jelin, E. (2016). *Pan y afectos*. Fondo de Cultura Económica.
- Mekas, J. (2017). *Ningún lugar adonde ir*. Caja Negra.
- Pron, P. (2 de mayo de 2020). El segundo esplendor del metraje encontrado. *El País*. https://elpais.com/cultura/2020/04/30/babelia/1588234133_688206.html?fbclid=IwAR1UplvF7-3lR9hoIN-wKyIET_2aBZ5hScB7bpkoQN15NdsQjXookTIYWgo
- Ruiz de Elvira, Á. (20 de junio de 2020). Cómo la nostalgia invadió la televisión. *El País*. <https://elpais.com/television/2020-06-20/como-la-nostalgia-invadio-la-television.html?fbclid=IwAR2OoZVfKMaEAXeK-X-bIcG8CCewIS8GKxF8MXn4NkyC-JqY2KSqYOP7H4qo>
- Sebal, W. (2003). *Sobre la historia natural de la destrucción*. Anagrama.
- Taylor, D. (2019). Archivos digitales. En MUAC y Ex Teresa Arte Actual (coord.), *Archivos fuera de lugar. Desbordes discursivos, expositivos y autorales del documento* (pp. 39-46). Taller de Ediciones Económicas.

PARTE II

-VIRUS. EXPERIMENTACIONES EN TORNO A LA PANDEMIA

EL VALOR DE LA COMUNICACIÓN EN LOS TIEMPOS DEL COVID-19

Toumader Chakour (Kenitra, Marruecos)

Introducción

La pandemia de coronavirus es la crisis de salud global que define nuestro tiempo y el mayor desafío que hemos enfrentado desde la Segunda Guerra Mundial (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2020). Cada país se encuentra ante la obligación de tomar medidas «correctas» en todos los ámbitos para contener la epidemia y preservar la vida de su población. Tanto las informaciones que proporcionan los científicos y expertos en la materia como las decisiones que toman los políticos para gestionar la crisis deben ser, evidentemente, comunicadas a la opinión pública. La comunicación se considera uno de los factores clave en la gestión de esta crisis.

La infoxicación¹ y las *fake news* caracterizan considerablemente este periodo convulsivo de alerta sanitaria en que vivimos. Recibimos constantemente una enorme cantidad de noticias de diferentes fuentes informativas que, a veces, son verdaderas y, otras, son menos exactas, por no decir falsas. La buena comunicación se concibe como elemento imprescindible a la hora de informar al receptor. De lo contrario, una situación de emergencia puede agravarse con el mal manejo de la información. El objetivo de este artículo es ofrecer una panorámica general sobre la comunicación en los tiempos de la pandemia y formular una propuesta sobre cómo debería ser una comunicación en tiempos de crisis.

¹ Es un neologismo acuñado por Alfons Cornella, especialista en información, para aludir a la sobrecarga de información, como acrónimo de intoxicación por información.

1. Covid-19. El «polémico» estado de la cuestión

La comunidad científica continúa investigando los orígenes del nuevo coronavirus sin que, al día de hoy, se conozcan los resultados iniciales. La Organización Mundial de la Salud (2020), tras su investigación preliminar sobre el origen del brote en la ciudad china de Wuhan, estima que la venta de animales salvajes para el consumo, especialmente el murciélago, es la hipótesis más viable para determinar de dónde surgió el llamado «paciente cero» que inició la cadena de contagio. Sin embargo, según la prensa de Estados Unidos, los políticos de ese país insisten en que hay muchas probabilidades de que el SARS-CoV-2 haya sido fabricado en un laboratorio de Wuhan que ha trabajado justamente con coronavirus para elevar su capacidad médico-científica y responder con más velocidad ante nuevos brotes y mutaciones. Se insiste en que el paciente cero trabajaba en el laboratorio del Instituto de Virología de Wuhan y fue este mismo empleado el que contagió a otros en esa comunidad, a pesar de que aún no han surgido pruebas concluyentes de ello (*The Washington Post*, 2020).

Sean cuales fueran las razones que han condicionado la aparición y expansión del virus, lo cierto es que el covid-19 ha provocado una auténtica crisis sanitaria, un problema económico, una sobredosis de histeria consumista acaparadora, un previsible déficit social de calma, un intenso foco en los portavoces institucionales y comportamientosseudoperiodísticos sensacionalistas inconcebibles, entre otros retos, dificultades y peticiones. Los laboratorios y los científicos siguen indagando sobre los factores que han condicionado esta crisis. De hecho, se están llevando a cabo infinitas investigaciones para llegar a soluciones adecuadas y eficientes. Transmitir día a día las noticias relacionadas con el tema requiere apoyarse en una comunicación clara, veraz y sólida.

2. Gestión comunicacional de la crisis por covid-19 y sus impactos emocionales

Hacer comunicación en situaciones de calamidad o pandemia tiene que tomar en cuenta que el ambiente social está dominado por una sensación de vulnerabilidad, producto de la incertidumbre provocada por las circunstancias actuales que desequilibran y ponen en peligro la vida cotidiana. El resultado de esta situación contribuye a la construcción de «un estado social de excepción, en el que la combinación de una pandemia de constitución poco conocida, que se enlaza con una situación de anomia individual y colectiva, hacen más difíciles las soluciones» (Contreras Baspineiro, 2020).

La comunicación, en estos contextos, debe contribuir a la construcción y la determinación de soluciones pertinentes. Esta disciplina, en palabras de A. Contreras Baspineiro (2020), articula fronteras entre «el mundo individual y social; entre los espacios público y privado, entre el pasado el presente y el futuro; y entre distintos campos

como la salud, la espiritualidad y la protección social». Desempeña, pues, un papel importante tanto en las fases de previsión, como en las de prevención y las de solución. En estas circunstancias de desequilibrio social, la comunicación suele tener también una dimensión *educativa*, cumpliendo un rol informativo crítico, orientador, y totalmente realista y transparente. Las vías de difusión de las informaciones suelen ser, por lo general, los medios de comunicación, las redes sociales, los blogs, etc.

Desafortunadamente, la comunicación cumple parcialmente con estos objetivos. La mayoría de la población no acaba de entender las informaciones que se les proporcionan; son largas, repetitivas y no provocan más que miedo y alarma social. Se tiende a la *dramatización* excesiva de las noticias que aparecen cargadas con tintes sensacionalistas. Esto se refleja en diferentes niveles textuales del discurso mediático (Van Dijk, 2003), tanto a nivel macroestructural (imágenes chocantes, titulares alarmantes) como a nivel microestructural (léxico sensacionalista, metáforas dramatizadoras, estructuras sintácticas manipuladoras, etc.). De hecho, ante la expansión del coronavirus y la avalancha de información, la Asociación Española de Comunicación Científica (2020) recuerda a los periodistas especializados que es fundamental que la opinión pública conozca los hechos relevantes sobre esta crisis sanitaria y que los medios de comunicación aborden un tema tan sensible evitando contagiar el alarmismo y el miedo.

3. Comunicación en tiempos de la pandemia. Propuestas y sugerencias

Si entendemos que la crisis es una situación complicada, excepcional, inesperada, urgente y perjudicial, las acciones que debemos tomar en materia de comunicación pasan, en primer lugar, por definir que los mensajes sean *claros, ciertos y oportunos*. Lo más importante de la comunicación en situaciones de crisis es preservar la credibilidad de quien comunica. Si esta se pierde, no habrá forma de recuperarla. Por eso, la transparencia en el manejo de los datos y de la información debe ser absoluta y, por esto también, cuando no se hallen datos o se carezca de información suficiente para responder a la opinión pública hay que explicitarlo. Es imprescindible, asimismo, la claridad para explicar las medidas que se adoptan. No hay lugar para improvisaciones que se presten a confusión. Tampoco hay espacio para insultos y confrontaciones. Al interior de las organizaciones, es recomendable utilizar una única vía de comunicación, necesariamente diaria. De esta forma, todos los colaboradores esperarán esa comunicación para informarse de las últimas decisiones y/o medidas implantadas. Es probable que las decisiones vayan cambiando con el desarrollo de las investigaciones acerca del virus, la legislación y las guías técnicas. Habrá que subrayar dichos cambios. Aquellas acciones que afecten organizativamente a un departamento se emitirán por otras vías para no generar confusión.

Conclusión

En definitiva, las crisis, independientemente de su magnitud y naturaleza, provocan impactos emocionales, sobre todo cuando tienen efectos sobre la vida, la salud y la sobrevivencia económica. De todas las maneras posibles hay que evitar contribuir a la incertidumbre y el pánico, sin que esto signifique ocultamiento de información. Los comunicantes de las noticias relacionadas con la pandemia de coronavirus deben ser claros, precisos, objetivos y eficientes a la hora de transmitir los mensajes.

Referencias

- Asociación Española de Comunicación Científica (11 de marzo de 2020). Consejos para informar sobre el nuevo coronavirus. <https://www.aecomunicacioncientifica.org/consejos-para-informar-sobre-el-coronavirus/>
- Contreras Baspineiro, A. (2020). La comunicación en tiempos del coronavirus. *SIGNIS ALC*. <http://signisalc.org/noticias/articulos/23-03-2020/la-comunicacion-en-tiempos-del-coronavirus>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2020). *Covid-19: la pandemia. La humanidad necesita liderazgo y solidaridad para vencer al coronavirus*. <https://www.undp.org/content/undp/es/home/coronavirus.html>
- Organización Mundial de la Salud (2020). <https://www.who.int/es/>
- The Washington Post (8 de abril de 2020). Coronavirus *The Washington Post*. <https://www.washingtonpost.com/coronavirus/>
- Van Dijk, T. A. (2003). *Ideología y discurso. Una introducción multidisciplinaria*. Ariel.

PANDEMIA Y LOS LÍMITES DE LA COMUNICACIÓN: EL CASO DE NAYIB BUKELE EN EL SALVADOR

Amparo Marroquín Parducci (San Salvador, El Salvador)

El Salvador es un pequeño país situado entre el norte y el sur de Latinoamérica. Escala obligada para algunos, en el viejo tiempo de viajes y aeropuertos. También ejemplo perfecto para hablar de los rituales de violencia y los exóticos excesos. Los titulares fueron durante mucho tiempo ocupados por jóvenes pandilleros, sus tatuajes y sus vínculos con el crimen organizado. Mucho más recientemente, El Salvador se volvió noticia por un joven empresario, nacido en 1981, que a los dieciocho años dirigió su primera empresa familiar y que ha sido propietario de la distribuidora de motocicletas Yamaha, además de mantener estrechos vínculos y negocios con empresas del ámbito de la publicidad. Nayib Bukele fue electo alcalde de dos municipios y, posteriormente, presidente de la república, en febrero de 2019.

Este presidente construyó su imagen desde el izquierdista partido FMLN, se desvinculó del mismo, cuestionó la corrupción de los dos partidos hegemónicos¹ y levantó un fenómeno político inédito a través de las redes sociales. Con promesas como derrotar a #LosMismosDeSiempre, pedir a los políticos que #DevuelvanLoRobado y recordar que #ElDineroAlcanzaCuandoNadieRoba, Bukele entró a la presidencia con la batalla de la comunicación ganada: más del 90 % de la población aprobó sus primeras gestiones y su estilo de gobierno, una mezcla de religiosidad (Menjívar, Ramírez y Marroquín, 2020), autoritarismo y farándula milenial que, a través del *big data* y el *marketing* político, ha conseguido mantener su apoyo.

¹ El Frente Farabundo Martí por la Liberación Nacional (FMLN), de izquierda, en el poder ejecutivo desde 2009 hasta 2019, y la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), de derecha, en el poder ejecutivo desde 1989 hasta 2009.

La hegemonía comunicacional enfrentó la primera crisis en noviembre de 2019 a partir de un problema de transparencia del director de Centros Penales, Osiris Luna, quien realizó un viaje a México en un *jet* privado sin que nadie supiera cómo se había financiado el vuelo. Un segundo acontecimiento que desgastó la aceptación del presidente ocurrió en enero de 2020 a raíz de una crisis en que distintos sectores de la población no tuvieron acceso a agua potable. El 3 de febrero de 2020, una investigación periodística ventiló que el viaje del director Luna fue financiado por Securitech Integral Security, una empresa multimillonaria, especializada en servicios de videovigilancia y cuestionada a raíz de una serie de contratos poco transparentes con el Gobierno priista de Enrique Peña Nieto (Arauz, 2020). Posteriormente, el Gobierno de Bukele inició una serie de ataques contra los diputados de la Asamblea Legislativa al no querer aprobar los préstamos que solicitaba para un plan de control territorial que terminaría —por fin— con la violencia de las pandillas. Los cuestionamientos y procedimientos burocráticos criticados por el presidente concluyeron en un incidente de militarización del Congreso y amenazas de un autogolpe que le habría permitido disolverlo. La opinión pública había situado su agenda en dicha discusión cuando la pandemia se instaló en el mundo globalizado.

El Salvador fue uno de los países con medidas más restrictivas durante la cuarentena y uno de los primeros en América Latina en cerrar fronteras y aplicar disposiciones para la prevención. A partir del 22 de marzo, se inició una cuarentena domiciliar absoluta y obligatoria. Sesenta días después, la popularidad del presidente Nayib Bukele mantuvo un nivel alto de aprobación: el 92.5 % de la población salvadoreña señaló que aprobaba su primer año de trabajo (Segura, 2020).

La apuesta por posicionarse en las redes sociales y el cuidado para deslegitimar cualquier oposición han sido algunos de sus puntos fuertes, y la pandemia parece haber fortalecido su imagen. Pero no quiero perderme entre los detalles anecdóticos de sus estrategias (¿o debo decir de su incomunicación?), sino ofrecer algunas reflexiones sobre los posibles límites, fronteras, márgenes o bordes de una comunicación que, como pocas, se fortalece con cada gesto.

La pregunta es si en su momento de mayor popularidad existen grietas que puedan desplazarse de la periferia al centro. Las grietas están, pero ¿van a crecer? ¿Hasta dónde alcanza la comunicación para prolongar un liderazgo? He aquí cinco hipótesis sobre esos quiebres en una comunicación que en tiempos de crisis ha resultado exitosa, pero al mismo tiempo frágil.

1. La comunicación alcanza cuando se enfrenta con la estructura

La comunicación construye una cohesión simbólica y, si bien muchos salvadoreños entienden que la cuarentena obligatoria es una realidad necesaria, esta comprensión se

resquebraja en la medida en que la situación económica se precariza. En El Salvador el futuro se anuncia sombrío. Los organismos internacionales (FMI, BM) calculan que el producto interno bruto de El Salvador va a decrecer aproximadamente -5 %. De acuerdo con el BM, esto implica que 66 000 hogares pasarán a sumarse a los ya 490 000 que viven en la pobreza (Alvarado, 2020). Las banderas blancas, que se han convertido en el símbolo global de la desesperación económica, la falta de alimentos y la imposibilidad de seguir, empiezan a mostrarse en distintos puntos del país. Mientras la empresa privada y las clases privilegiadas presionan por una apertura económica, el Gobierno vuelve a convocar la comunicación y el apoyo popular. Si la situación se agrava, es posible que tenga que recurrir al autoritarismo y la militarización para mantener unas medidas que hasta ahora gozan del consenso. Se verá en los próximos meses.

2. La comunicación alcanza, pero mejor si no hay presión extranjera

La comunicación que el Gobierno de Nayib Bukele utiliza está claramente dirigida a la sociedad salvadoreña, una sociedad que sistemáticamente ha venido construyendo a las pandillas como la gran otredad. Los integrantes de estas organizaciones son los responsables de los grandes males del país. El 27 de abril de 2020, el presidente anunció nuevas medidas extraordinarias en contra de las principales pandillas, culpabilizándolas de un alza de homicidios en plena pandemia. Las imágenes de los cuerpos tatuados, amontonados como mercadería vieja y hacinados, dieron con horror la vuelta al mundo. El presidente se pronunció: «De ahora en adelante todas las celdas de pandilleros de nuestro país permanecerán selladas, ya no se podrá ver afuera de la celda. Estarán adentro, en lo oscuro, con sus amigos de la otra pandilla». Si bien esta medida clásica de la *tolerancia cero* y del *manodurismo*, que todos los gobiernos desde la firma de los acuerdos de paz han ensayado como estrategia de *marketing* político, parece exitosa, al menos dos situaciones parecen estar esperando como profecías que denuncian el «mal cálculo» del gesto. Primero, la fuerte condena internacional y el llamado a que se respeten los derechos humanos de la población carcelaria han sido un golpe simbólico, pero que en un tiempo globalizado implica también un desgaste hacia adentro. Lo segundo es más complicado: la posibilidad de que la decisión de poner juntas a dos pandillas que históricamente han sido enemigas termine por devenir en un acuerdo a favor de sus propios intereses y en contra de la vida social salvadoreña. Esto es, que la Mara Salvatrucha (MS13), la Barrio 18, la Mao, la Máquina y otras pacten entre sí los mínimos necesarios para responder de manera conjunta a las acciones del Gobierno. Este sería, quizá, uno de los golpes más duros para Nayib Bukele y podría redundar en una crisis difícil de remontar (Papeleo, 2020).

3. La vieja política es desgaste y lastre para cualquiera

Todos los gobiernos de El Salvador han utilizado estrategias comunicativas recurrentes: desde la firma de los acuerdos de paz, en 1992, los políticos de turno se han prestado al juego de la manipulación de las emociones populares a través del temor a las pandillas, de la religiosidad que salva de las incertidumbres y del sistemático desprecio a los adversarios que son constantemente desacreditados. Con esto quiero decir que, en El Salvador, como en muchos lugares de Latinoamérica, la posverdad y las *fake news* han sido una constante en la arena política. Sin embargo, repetir que «ningún país tiene una mejor estrategia», falsear los logros en la adquisición de medicinas o proponer tratamientos no probados funciona cada vez menos. Un posible límite de la hegemonía comunicativa puede llegar de la mano de los líderes locales que se aproximen a la información de manera más crítica y alfabetizada; otro, de la mano de una narrativa científica que habíamos dejado de escuchar. El viejo principio atribuido a Goebbels de que «una mentira repetida cien veces se convierte en verdad» es cada vez menos cierto. La mentira desencadena rumores, confusión, temor, pero en la época del *fast check* puede terminar mal. Una mentira repetida cien veces te vuelve mentiroso. La guerra de troles termina agotando a buena parte de la población y, mientras algunos dan la batalla contra la #Fakecracia, muchos pueden desconectarse. Stuart Hall nos dijo en 1973 que existe la posibilidad de la recepción oposicional, esa que «destotaliza el mensaje en el código preferido para retotalizarlo en otro marco de referencia» (Stuart Hall en Maigret, 2005, p. 251).

4. El eterno problema de no entender de educomunicación

Quizá el problema central que puede hacer perder la hegemonía comunicacional a un gobierno que se ha construido sobre la base de ella sea el hecho de poner los cimientos del éxito en distintas estrategias de *marketing*: *marketing* por segmentación, la religión; *marketing* por posicionamiento, Dios y el pueblo; *neuromarketing*, estrategias de miedo, fidelización, «Jehová, a ti te pido», estrategias de goce; *big data* y emotividades, de nuevo Dios. Con su estrategia, el presidente Bukele ha seguido como el mejor alumno posible todas las recomendaciones de todos los manuales. Y lo ha conseguido. Sin embargo, este gran capital cultural y simbólico no ha sido utilizado para construir ciudadanía y comunidad. No existe una estrategia de educación para enfrentar la crisis. Las muchas crisis. El problema del *marketing* es que funciona cuando no estás en el poder: «Es obvia la dificultad de Bukele para terminar de hacer campaña. Es que la propaganda es un cobertor calentito y terso; nada que ver con la siempre arrugada colcha de la función pública, que si te cubres la cabeza te descubre

los pies» (Villalta, 2019). En el poder, la capacidad del equipo del presidente para construir consensos debe superar la tentación mercadológica para pensar en posibilidades de educomunicación, esa que no habla, sino que escucha. Que acompaña el caminar. La que no violenta, la que construye e invita. Esa que, como nos dijo Mario Kaplún «se cruza con compromiso y hace esquina con comunidad» (1998, p. 13).

5. El estallido de liderazgos

Esta es quizá la hipótesis más evidente. Un liderazgo de manual de comunicación puede sobrevivir en buena medida cuando en una sociedad existe una notable ausencia de liderazgo. Considero que los mejores aliados de Nayib Bukele son los políticos viejos, los partidos contrarios que durante años se han dedicado mucho más a cuidar sus prebendas que a construir democracia, institucionalidad y ciudadanía crítica. No puede existir un Nayib Bukele con 95 % de aprobación sin el saqueo sistemático y cínico de al menos los últimos cuatro proyectos del Ejecutivo (Francisco Flores y Elías Antonio Saca, presidentes de derecha acusados de corrupción; Mauricio Funes y Salvador Sánchez Cerén, acusado el primero y con funcionarios en investigación el segundo por sus manejos poco transparentes). La hegemonía de Twitter es tendencia cuando no hay nadie en la calle haciendo eco del sentir cotidiano.

¿Se puede fortalecer la hegemonía comunicacional a punta de manuales de *marketing*, *big data*, miedo y pandemia? Mi hipótesis central es que sí, sobre todo si se hace «con Dios en la mano» (que no sería lo mismo que «de la mano de Dios»). Considero que sin la obviedad de la quinta hipótesis y sin el surgimiento de un liderazgo distinto y distante del poder, habrá Bukele, pandillas, pandemias y Dios para mucho rato.

Referencias

- Alvarado, J. (25 de abril de 2020). La crisis del coronavirus golpeará más fuerte a los hogares urbanos. *El Faro*. https://elfaro.net/es/202004/el_salvador/24321/%E2%80%9CLa-crisis-del-coronavirus-golpear%C3%A1-m%C3%A1s-fuerte-a-los-hogares-urbanos%E2%80%9D.htm?st-full_text=all&tpl=11
- Arauz, S. (3 de febrero de 2020). Empresa mexicana de seguridad pagó el viaje a Osiris Luna. *El Faro*. https://elfaro.net/es/202002/el_salvador/23980/Empresa-mexicana-de-seguridad-pag%C3%B3-el-viaje-de-Osiris-Luna.htm
- Kaplún, G. (1998). Mario Kaplún, el viajero. *Chasqui*, (64), 9-14.
- Maigret, E. (2005). *Sociología de la comunicación y de los medios*. Fondo de Cultura Económica.

- Menjívar, J., Ramírez, S. y Marroquín, A. (2020). El presidente, el ungido. Nayib Bukele o la instalación de una fac(k)e-cracia creyente. En O. Rincón y M. Ponce (coords.), *Fakecracia. Memes y dioses en América Latina*. Biblos.
- Papeleo, C. (5 de mayo de 2020). El Salvador, las maras y el mal cálculo de Bukele. *Deutsche Welle*. <https://p.dw.com/p/3boNO>
- Segura, E. (24 de mayo de 2020). Bukele cierra su primer año de trabajo con alta aprobación. *La Prensa Gráfica*. <https://www.laprensagrafica.com/lpgdatos/Bukele-cierra-su-primer-ano-de-trabajo-con-alta-aprobacion-20200523-0072.html>
- Villalta, C. (15 de septiembre de 2019). Agrado. *La Prensa Gráfica*. <https://www.laprensagrafica.com/opinion/Agrado-20190914-0486.html>

CORONAVIRUS O EL DILEMA DE SALVAR LA VIDA O DIFERIR LA MUERTE¹

Carlos del Valle (Temuco, Chile)

De los modos de gobernar y los modelos económicos

No es necesario explicar que existe una relación entre la actual pandemia, los modos de gobernar y los modelos económicos. A esta altura, parece demasiado obvio.

No cabe duda de que una de las características de esta pandemia es su capacidad de sorprendernos constantemente a medida que vamos comprendiendo el comportamiento del virus y sus efectos en los pacientes, lo cual, evidentemente, no es una excusa para actuar de la manera como se ha hecho, es decir, con reacciones increíblemente tardías, ridículamente descriteriadas y hasta vergonzosamente ambiguas de quienes deben tomar las decisiones en los gobiernos.

Lo que, lamentablemente, ya no produce asombro es la forma en que esta pandemia pone en dramática evidencia las ideologías (modelos económico-políticos) que subyacen a los diferentes modos de gobernar, porque en sus discursos públicos los gobiernos hablan más de cómo sostener los mercados económico-productivos que de dar sostenibilidad a la vida. Luego, frente a las críticas, señalan que este es un falso dilema y que no se trata de optar entre la vida y la economía, cuando sabemos que estamos frente a regímenes biopolíticos que nos tienen acostumbrados a decisiones sobre quién vive y quién no, considerando racionalidades productivas. La pandemia es un escenario más.

¹ Este artículo fue publicado en *Verdad Digital*. <https://verdaddigital.cl/revista/7/#p=35>

A menor Estado de bienestar mayor malestar de la pandemia

Si el modelo de gobierno es neoliberal (y aquí no hablo de izquierdas, centros o derechas), la producción económica tenderá a ser priorizada por encima de la salud pública. Esto se traduce, principalmente, en respuestas tardías —para no detener la producción— o en una serie de consideraciones económicas previas a cualquier decisión. Es lo que sucede en países como Chile, Brasil, Ecuador y Estados Unidos, en los cuales se toma el pulso diario a la pandemia del mismo modo como se hace con los indicadores de la bolsa; de ser necesario, se manipulan las cifras, por ejemplo, no contando los fallecidos, contándolos como no contagiados o como recuperados y, si es necesario hilar más fino, está el recurso semántico: «morir de coronavirus no es lo mismo que morir con coronavirus».

En este sentido, si el modelo de gobierno es autoritario, la respuesta será mediante el terror, donde contagio y contagiados son el enemigo a aniquilar. La consigna es «odiamos al contagio y al contagiado».

Es suficientemente notorio que donde los gobiernos han enfrentado mejor esta crisis prevalecen dos características fundamentales —que, desafortunadamente, en Chile no tenemos—: un Estado de bienestar y dirigentes que actúan con sensatez y agilidad política, ya sea por convicción o por vergüenza. Por el contrario, esto es un bien escaso en los gobiernos donde el modelo de bienestar se ha debilitado casi completamente y ya no existe ni convicción ni vergüenza.

Salvar la vida y diferir la economía o salvar la economía y diferir la muerte

Por su parte, los llamados «gobiernos populistas» de América Latina parecen tener una ventaja en contingencias como estas, dado que actúan de manera inmediata con el foco en las personas y, como es habitual, difieren los asuntos económicos. Lo cierto es que aquí el dilema es más claro que nunca: salvamos la vida de la población y luego nos preocupamos de la economía o salvamos la economía y nos dedicamos a gestionar la muerte de las personas administrando los ciclos de contagio con cuarentenas a cuentagotas y medidas parciales y poco eficaces. Aunque los intelectuales conservadores (y ahora sí hablo de izquierdas, centros y derechas) suelen encontrar aquí un falso dilema, basados en principios como el bien común, la institucionalidad y los equilibrios económicos y políticos, más bien apelan a un imaginario sociocultural sobre el funcionamiento y la regulación de las instituciones, al cual es necesario añadir preguntas clave, como ¿según los intereses de qué grupos funcionan y regulan las instituciones?

Las evidencias parecen indicarnos que —a diferencia de lo profetizado por el modelo neoliberal centrado en el capital y la producción económica— dedicarse a amasar

fortunas con altos niveles de concentración de la riqueza es una enorme debilidad para enfrentar una crisis como esta. ¿Por qué? Porque el Estado se ve paulatinamente reducido para posibilitar la acción privada y privatizadora en los diferentes niveles de la sociedad (educación, sistema de pensiones y, obviamente, salud) y, por lo tanto, cuenta con escasas herramientas para intervenir de manera ágil y autónoma. Su dependencia constante del sector productivo empresarial no solo le resta rapidez, sino también libertad para tomar ciertas decisiones necesarias, como una eficaz cuarentena nacional y una intervención radical del sector privado de salud para lograr una mejor distribución de las posibilidades de vida y una mayor igualdad ante la muerte. Porque el problema no es la muerte, sino la desigualdad al morir.

[EL APOCALIPSIS DE LA POSMOSHANGAI DE CHILE]

Juan Carlos Olivares Toledo (Valdivia, Chile)

*The killer awoke before dawn, he put his boots on,
he took a face from the ancient gallery and he walked
on down the hall.*

Jim Morrison

[El *wekufe* capitalista/covid-19]

Una amenaza etérea sombrea la vía chilena al capitalismo —la Posmoshangai de Chile—, nuestra modernidad fallida, engendro & aparición, diferencia & desigualdad. Es nuestro octavo pasajero —Alien—, un invisible dispositivo de ARN de polaridad positiva coronado de capucha metilada & cola poliadenilada. Sus viriones no solo titilan & resplandecen en la juntura de los cuerpos & las aglomeraciones desplegadas al amparo de los rituales sociales —sean sagrados & profanos—, sino también en las superficies de los objetos, las paredes & los pasamanos. Ahí, agazapados, los *wekufe* capitalistas esperan el momento propicio para su emboscada infecta & poder así replicarse & replicarse. Es su búsqueda de inercia inflacionaria. Su brutal destino narcisista quiere perseverar *ad infinitum*, transformando nuestros cuerpos en vectores de propagación.

Originarios de Oriente, irrumpen sin anuncio a la realidad en el traslape de los modos de vida vernáculos & periféricos del capitalismo socialista & sus paradojas, ese espacio intrusivo de la naturaleza en las metrópolis, el rural/urbano donde el Estado aún no completa su tarea & perduran aún trazas del mundo anterior a la modernidad, relictos incluso anteriores a la revolución. Allí, fermentan & mutan en la

alteridad de esos otros & después de un largo viaje se depositan en nuestros cuerpos, transformándolos en Nostromo.

Entonces —desde la inmensidad & la lejanía ajena—, serán cuerpos burgueses & privilegiados [cuerpos magníficos, higienizados & olorosos] los encargados de transportarlo a los confines del mundo, a la cornisa maltrecha donde todavía se afirma Ciudad Gótica [Santiago de Chile] o a las otras, las precarias ciudades intermedias del Sur o del Norte & las de la costa. Así, al final de las vacaciones del verano local, vino volando en avión, *business/economy class*, veloz & ligero, a la velocidad del capital globalizado & desterritorializado, aterrizó en la mañana en Merino Benítez [en el océano de la Patagonia insular occidental, algunos cruceros navegando desde sus destinos de turismo exótico amagaron amenaza]. El covid-19 era un sujeto de itinerario rápido, casi instantáneo, la velocidad de la muerte en la época de los motores a reacción. *Arrival & departure*, el bello encanto de los viajeros & sus travesías.

En esos días, todavía se podía trazar su estela furiosa de *bicho* suelto —el *wekufe capitalista*— en la planimetría digital de la geografía & la estructura social de la república. Sin embargo, no hubo contención suficiente ni capaz para detener a la bestia invisible. Entonces, a semanas de su arribo, se desparramó al interior de casi toda la geografía & de segmentos considerables de nuestra estructura social. Ni siquiera la diversidad cultural pudo detener la propagación de su mortífero miasma. Se hizo popular & comunitario, patrimonial. Había comenzado el apocalipsis de la Posmoshangai de Chile, «Ave, Caesar, morituri te salutant» [en un país donde se profesa la heroicidad de hombres & mujeres frente a los desaciertos & descalabros de la naturaleza & sus fuerzas, este apocalipsis —seguramente— a las gentes les parece no ser el primero ni tampoco el último].

[Confinados]

En la praxis del combate al *wekufe*, aparece el confinamiento como medida esencial. No solo se confina el cuerpo & su posibilidad de desplazamiento, sino también se confinan —al menos— las presencias del rostro & las manos e incluso elementos esenciales a la interacción social & las dinámicas de socialización, sean la cercanía & la intimidad del «encontrarse» [en la «distancia social», los cuerpos pierden su capacidad de fundirse & se «enfrían»]. Así, los barrios se muestran desiertos, el rostro & sus expresiones desaparecen bajo una mascarilla informe & muda, la textura de la piel ha dejado de estar disponible & caricias & besos viven un inquietante exilio en la memoria, absoluto pretérito.

En otra perspectiva, el confinamiento muestra de manera brutal la desigualdad de la estructura social & segrega a clases sociales & comunidades diversas, impone

& aparta, ahonda la separación impuesta en el relacionamiento de clases según el canon cultural. En la Posmoshangai de Chile, una inmensa mayoría de gentes están absolutamente imposibilitadas de confinarse, sea voluntaria o involuntariamente, según el deseo o dictamen del Estado [en este último caso, el confinamiento aparece como dictadura]. Así, en el mero ejercicio de la voluntad & la propia iniciativa, solo se pueden segregar los contingentes burgueses de la estructura social. Los otros deberán disponer sus cuerpos a las fauces de la bestia, hundir sus cuerpos en la neblina contagiosa en donde habita Alien. Sin aviso previo & repletos de miedo, podrían ver como sus vidas se desgarran en la dentellada artera del bicho. Así, en ese cuerpo segregado & obligado, adentrarse en el mundo se ha transformado en una tarea atrevida e incierta: recorriendo los vericuetos & túneles de su matriz algorítmica, la muerte anda suelta, espanto & *crossroad*.

[El futuro ha muerto]

No obstante, el futuro no existe. Nosotros, los de la Posmoshangai de Chile, profesamos una creencia casi religiosa sobre su existencia, somos modernos & nuestra tierra prometida se encuentra allí, en el paraíso del mañana. En el proceso de socialización temprana, la mundovisión [*Weltanschauung*] de nuestro grupo cultural, cualquiera sea este, fija a fuego en nuestro imaginario cultural la idea de futuro, amarrando allí toda la existencia & el «sentido de la vida».

Sin embargo, la fatal & mortífera presencia del octavo pasajero & su cuchillo de proteínas listas al oficio de replicarse no solo viene a instalar en el imaginario de las gentes —con la colaboración del Estado & los agentes empresariales & políticos— la sospecha acerca de la eficacia & potencia de la idea de futuro, sino también amenaza provocar una ruptura del tiempo histórico [la idea de progreso & su consecuencia de bienestar según movilidad social & capacidad de acumulación capitalista], anunciando el apocalipsis de la Posmoshangai de Chile, el fin del proyecto moderno diseñado e implementado —desde los inicios de la dictadura militar— según el parecer & desempeño de la economía social de mercado con su tenue & sutil manifiesto de integrismo; la voluntariosa, transversal e interesada actividad de la «clase política» & la magnífica & voluntaria tentativa de muchos sujetos de cristalizarse en el paradisíaco territorio de la acumulación capitalista & prosperar allí, ascender en la estructura, administrar & dominar.

[Wekufe capitalista, futuro & confinamiento]

Evidentemente, en el confinamiento, la «emergencia sanitaria» a causa del *wekufe* capitalista se ha transformado en un dispositivo de control & propaganda según el

parecer de los gobiernos corporativos & la transnacional capitalista. Es un ejercicio globalizado de administración del tiempo, del desplazamiento & el acceso a los cuerpos, control & obediencia. Así, la idea de apocalipsis, no obstante ser un elemento mitológico & vernacular en el imaginario social de futuro, en la dinámica de la emergencia solo es otro rostro de ese dispositivo de «última generación» sustentado en el terror, doble giro del miedo, un *wekufe* mortífero & ruptura del futuro [el Estado es eficiente & eficaz haciendo su trabajo]. Es una máscara, una trampa, espejismo, artificio viral en estado replicante.

En alguno de nosotros —los vencidos—, el apocalipsis de la Posmoshangai de Chile, insaciable, se alimenta de nuestra fatiga & crónica desesperanza, eso de vivir anclados al presente, en el vacío & la nihilidad, una profunda & difícil ausencia de sentido. En otros —los más— se alimenta del miedo & del terror. Sin embargo, este *wekufe* capitalista, como toda mercancía & su *merchandising*, resulta alienante. El *bicho* nació mercancía & morirá en oferta, liquidación. Así, después de finalizada la emergencia sanitaria, todo será como si nada hubiera cambiado. Entonces, los chilenos & chilenas de la Posmoshangai de Chile volveremos a profesar esa heroicidad frente a la catástrofe. A la tumba, nos llevaremos nuestras banderas rotas.

FOTOGRAFÍA DE LA ANGUSTIA O EL NOMADISMO COMO APUESTA

Jonatan Alzuru Aponte (Valdivia, Chile)

El ambiente

Otro día. Otra mañana sin salir. La casa es el monasterio. Pero en la trapa no habita el silencio. La calle, la ciudad, el país, el mundo están en alboroto. Una algarabía se desplaza desde el exterior hasta el comedor, la cocina y la alcoba. Noticias de Alemania, España, Italia, Estados Unidos, la serie de Netflix, HBO, conciertos, obras de teatro, ofertas de estudios, poesías, humor flexible para todo gusto, centenares de películas y la oficina, todo licuado y a la mano. Nada se detiene. Ni en sábados ni en domingos ni a las ocho de la noche ni de madrugada; todo está en la línea sinuosa, desdibujada, del internet que ahora habita en la almohada de forma ininterrumpida.

En el ínterin, una bola gigantesca de psiquiatras, psicólogos clínicos y sociales, *coach* o los seguidores de Paulo Coelho nos indican el deber ser del encierro: «Elige un espacio para el trabajo; cámbiate de ropa, establece tu horario, haz ejercicio, juega juegos de mesa...». Pero... el pero es de magnitudes, porque las particularidades son como una rueda calidoscópica que no se detiene y se desplaza con independencia de los consejos y las buenas voluntades de los dos mil quinientos videos con canciones y mensajitos diarios que orientan para que la casa sea la oficina y también el gimnasio y la iglesia y el centro comercial y la calle y... ¡vaya mensaje! «Cómo se transforma en rápidas lecciones» la *polis* en el *oikos*, sin ninguna perturbación; porque la norma reza que todo debe continuar sin importar los kilos de estrés, las depresiones, porque en definitiva esas estupideces no cuentan en los valores macroeconómicos ni en los estándares de desarrollo ni en los criterios para cualificar una institución educativa como excelente. Aunque se joda el mundo, «sigue como si todo fuese igual»; «¡por

favor! Eso es lo normal y, si tienes algún problema, no te preocupes, la videoterapia e incluso la farmacológica también están a la mano del internet, para que puedas vivir como se debe en tiempos de pandemia». «¡No te rías! Anormal es deprimirse, paralizar, no producir; no transformar todo en positivo, no ser resiliente, no innovar... El país, el continente y el mundo requieren de tu voluntad, de tu capacidad para cambiar, con pastilla o sin pastilla, para transformar tu casa en el mundo... Sí, se puede. ¡Viva el progreso!».

¡No! La casa no es monasterio ni cárcel ni tampoco hogar... los conceptos y las nociones se desplazaron. Es como el vocablo «teléfono», nombre que alude al aparato con el cual solemos comunicarnos en el mundo contemporáneo; pero que quizá se denomina de esa forma por un resabio de los viejos tiempos (*tele*, lejos; *fono*, voz, sonido... teléfono: la voz que viene de lejos). Porque es cámara fotográfica, filmadora; un dispositivo para escribir, para grabar audios; es un aparato para diseñar, para realizar transacciones comerciales, bancarias, para divertirse y jugar... es tantas cosas a la vez, que el vocablo teléfono es un rasguño del siglo xx con relación al aparato que tenemos pegado a nuestras manos quince horas al día. En igual o mayor escala sucede con el vocablo «casa» en tiempos de pandemia. Se maximizó el aluvión de la massmediatización de la sociedad que caracteriza a la época contemporánea. Pero el trastocamiento fue tan dispar, tan acelerado, tan global y tan local que toda monserga sobre el acontecer se queda en un balbuceo siempre infeliz; incluyendo el intento de croquis narrativo realizado en mis primeras líneas.

En medio de ese mundo desplazado por el tsunami de transformaciones glocales, hay un grupo de seres que desean colocarse en la cresta; porque el saber, obviamente, está en las alturas. Los profetas y religiosos del mundo contemporáneo. Los que ocuparon el espacio de los monjes y de los sacerdotes de la antigüedad, los científicos sociales, los físicos de la sociedad, que tienen una especie de comunicación con el ordenador del espectáculo mundial nos explican lo que sucede y, casi como la reencarnación de Moisés, perciben lo que sucederá. Eso sí, cargados de argumentos, de cifras y barómetros, de biopolítica y numerología, para que los fieles a su palabra y a su revelación cuenten con las prácticas místicas propias de la predicación, la certeza del método, para que la verdad huelga a verdad sagrada. Y, desde esa teología matematizada, desde esa pasión recubierta de frialdad científica, en medio de la incertidumbre, dan a conocer las certezas a la humanidad para que todos se sientan seguros en la isla de la salvación o de la perdición, dependiendo de la teleología profesada.

Los gurú de nuevo cuño, posmodernos, poshumanistas, «posloquesea» transdisciplinados y complejos con la biblia fabricada en la tradición de las derechas o de las izquierdas, nos cuentan el nuevo mundo. ¡Claro! Sin la belleza y la delicadeza de las narraciones antiguas, como *Las mil y una noches* o las travesías del pueblo judío y las

parábolas de Jesús de Nazareth en la Biblia, o las cargadas de metáfora y realismo, como la ascunción de Remedios la Bella en *Cien años de soledad* o la picardía de Pierre Menard revisitando las aventuras del Quijote. ¡Pues, no!, se trata de ficciones más aburridas, menos coloridas y sin vocación metafórica. Eso también forma parte del paisaje.

¿La fotografía? El sonido de la angustia

Según la indicación a quienes escribimos en el presente libro, la labor consiste en reflexionar sobre la contingencia, «sacar una foto» del acontecer, cada quien desde su perspectiva, y quienes compilan nos dicen que el tema que nos cobija es la comunicación en tiempos de pandemia. Las fotos quizá sirven para mirarse, para recordar y comprobar el paso del tiempo o para mostrar un detalle en un paisaje. La fotografía es el arte de detallar lo que habitualmente pasamos inadvertido, que se ofrenda a la otredad, para compartir las miradas y aproximaciones de algún panorama o algún hecho que consideramos que vale la pena visitar en un tiempo posterior.

Me quedé pensando en el asunto de la foto y su vocación artística, lo que implica su realización para el artista, y recordé un fragmento de un escritor venezolano, miembro de la Academia de la Lengua, un poeta: Armando Rojas Guardia (2017), quien escribió, en su libro titulado *El deseo y el infinito*, lo siguiente:

Hace ya tiempo decidí, primero, otorgarle a mi discurso literario, en especial al ensayístico, un carácter testimonial y autoimplicativo (no es lo mismo enunciar «Dios existe» que afirmar «creo en Dios»); de esta forma mis palabras no se disparan hacia un platónico topos ouranos puramente ideativo, sino que gravitan en la órbita concreta de la experiencia, reconocible y tangible (pp. 181-182).

La decisión de Rojas Guardia tiene como fundamento una concepción epistemológica de raigambre nietzscheana. Es su río de fondo, donde no existe separación, más bien, identificación entre el pensar y la vida. Tal como sostiene Jaspers (1963) a propósito de Nietzsche:

El hecho de que el origen del conocimiento filosófico no se halle en la reflexión sobre un mero objeto o en la investigación de algo objetivo, sino en la identificación del pensar con la vida —de tal modo que el pensamiento surge de una conmoción del hombre entero— constituye, para la autoconciencia de Nietzsche, el carácter peculiar de su verdad (p. 539).

La manera en la que Nietzsche discute la cultura occidental, combatiendo la metafísica y la moral tradicional, no es más que un aspecto del modo que tiene de interrogarse sobre sí mismo (Klossowski, 1999, p. 83).

Desde ese carácter testimonial abordaré la fotografía literaria. Mi caos se inicia por todo aquello que ignoro. Desconozco el campo de la salud en términos generales y específicos. Por lo tanto, no puedo justipreciar las formas de abordaje de las políticas de salud pública para enfrentar la pandemia, porque carezco de criterios, en este caso científicos, para discernir si la acción de la cuarentena dinámica es más útil o no que la estable. De allí que no pueda elaborar ningún juicio relevante sobre las medidas adoptadas por un país en referencia a otros. Por sentido común, inferimos que las políticas en el campo de la salud pública tomadas por los diversos países del mundo residen en buscar el punto medio entre maximizar la salud de sus comunidades y minimizar los costos económicos en los distintos órdenes. Punto medio que es sumamente difícil conseguir porque lo óptimo para la salud es lo más terrible para la economía y viceversa. Por ello ha variado la toma de decisión en un mismo país, dependiendo de las nuevas informaciones sobre el virus y su realidad económica.

En ambos campos, tanto en el científico como en el económico, hay un margen elevado de incertidumbre. En el científico, por la novedad y el desconocimiento del comportamiento del virus, y en el económico, por la multiplicidad de variables a considerar en cada país. Por ejemplo, Chile recién tuvo un estallido social que impactó su desarrollo económico, y esa variable no es menor al considerar las medidas que debe tomar para enfrentar la pandemia. De allí que me parezca arriesgado emitir un juicio valorativo con algún tipo de sustento.

La ignorancia me conduce a asumir las medidas a partir de la buena fe y de la confianza política. Ahora bien, ¿de qué trata mi buena fe, viviendo en Chile? De asumir que el Gobierno está haciendo lo mejor posible para la vida en comunidad. Pero esa misma certeza debería (el «deber ser») tenerla con relación al Gobierno de Argentina, España, Italia, Estados Unidos y Venezuela. Menciono estos países, exclusivamente, porque mi familia directa —padres, hermanos, hijos— habita en ellos.

Pero ¿mantengo la misma postura con respecto a los distintos países? El deber ser lógico, argumentativo, no coincide con mi percepción cuando se trata de Venezuela, país donde residen miembros de mi familia extendida y directa, dos de los cuales se encuentran con enfermedades previas a la pandemia.

La diferencia de la recepción de las tomas de decisiones de Chile con relación a Venezuela reside en la información sociopolítica que poseo de mi país de origen. Un país con un liderazgo político en una pugna irreconciliable, no solo entre oposición y gobierno, sino entre los diversos y opuestos actores sociales y económicos, dentro de un sector y del otro. Con una crisis económica galopante, escasez de productos básicos

y una crisis energética profunda, en estos momentos Venezuela está produciendo la misma cantidad de petróleo o quizá menos que en los inicios del siglo xx. El combustible, que era uno de los rubros menos costosos (la gasolina era más barata que el agua), porque Venezuela estaba entre los principales países exportadores de hidrocarburos, está en escasez. Hoy día todas las refinerías están paralizadas y Venezuela se transformó en un país que importa el combustible. Por ello su valor aumentó y es actualmente uno de los más caros del mundo; solo es posible conseguirlo en el mercado negro, donde el precio depende de la voluntad del traficante y la desesperación del comprador. Aunado a lo anterior, los precios del petróleo han caído a niveles nunca vistos en la historia de los hidrocarburos desde que se abrió el mercado a futuro en 1983 (Egan, 2020).

Además, Venezuela sufrió recientemente la más grande diáspora de la historia de América (casi el doble de la población uruguaya), cercana a los cinco millones de personas. De esa migración, alrededor del 50 % fueron profesionales y pequeños, medianos y grandes empresarios. Su impacto descoyuntó las estructuras institucionales para enfrentar una situación como la pandemia.

Sin embargo, en términos de las cifras oficiales de toda Venezuela, según reporta el Gobierno el día en que escribo este artículo, hay 204 contagiados, 9 muertos y 111 recuperados (*La Nación*, 2020). Dichas cifras son incomparables con los datos proporcionados por Chile. Es tal la desproporción que, por ejemplo, la región de Magallanes, cuya cantidad de habitantes equivaldría a menos del 0.4 % de la población total venezolana, tiene un 145 % más de personas contagiadas, esto es, 501 personas infectadas y 6 muertos. El 16 de abril, el número de contagios reportados en Chile fue de 8807.

¿Por qué los datos de Venezuela no generan tranquilidad? Según el profesor Steve Hanke (2020), los datos proporcionados el 15 de abril son poco confiables y, por lo tanto, altamente sospechosos. La apreciación podría ponerse en duda y algunos expertos del Gobierno venezolano podrían contraargumentarla; pero allí no reside la causa de la pérdida de confianza. El problema se produjo cuando la vicepresidenta de la República Bolivariana de Venezuela, a partir de los datos publicados en Twitter por el profesor de la Universidad Johns Hopkins, construyó una *fake news* que ponía a Venezuela en el primer lugar entre los países de Latinoamérica que realizan más test por millón de habitantes, eliminando el comentario que ponía en duda la información (Rodríguez, 2020).

Tal vez, en otra circunstancia y con relación a otra situación, la falsificación de datos por parte del Gobierno podría transformarse en una bandera política, porque es sumamente grave la acción gubernamental. Y, efectivamente, opositores en las redes sociales así lo denunciaron. Pero esa oscuridad con relación a las políticas de

salud en Venezuela se ha transformado en la columna vertebral de mi angustia. Y, más allá de que me oponga al Gobierno venezolano, mi único deseo es que no fracase, porque las vidas de personas muy cercanas están en riesgo y la catástrofe para toda la población está a la vuelta de la esquina. Valga una acotación: con independencia de los reportes, es evidente que el sistema de salud no ha colapsado en Venezuela, porque no se ha generado una situación similar a la de Ecuador. Hasta el día de hoy, nadie ha denunciado que tiene un muerto en su casa y no lo puede trasladar.

Sin embargo, la duda, la angustia y el terror migran, se expanden como agua filtrándose por cada poro de mi cuerpo. Aunque no existe el nivel de opacidad de Venezuela en Chile, algunos expertos consideran que la curva no está aplanada en el país (Kiwi y González, 2020). La ignorancia, mi ignorancia, es directamente proporcional al miedo. Temo sufrir la enfermedad o que les suceda algo a mis seres queridos. Simultánea y paradójicamente, la seguridad de mis familiares al estar resguardados en sus casas los ha empobrecido de forma acelerada. Porque lo que sucede con los Estados y sus decisiones es la expresión macro de las vivencias en el ámbito micro. Y, en el caso nuestro, la afección se percibe al comprender lo siguiente: una familia en diáspora, migrante en distintos países, cuyos integrantes han perdido sus puestos de trabajo debido a la situación mundial no puede enviar la ayuda económica gracias a la cual sobreviven quienes se quedaron en Venezuela. De allí que tengamos una certeza: de prolongarse un par de meses la situación actual, el colapso es predecible. El deterioro económico de la familia, nuclear y extendida, tiene una pendiente similar a la de la pandemia. ¿Cómo ubicar el punto medio de las decisiones entre economía y salud en el ámbito micro?

No hay espacio, objetivamente, que nos pueda brindar un mínimo de seguridad a la colectividad familiar. La seguridad ontológica es solo una expresión lingüística. Quizá la imagen de época *líquida* de Bauman (2003) recoja lo que sucede; se derritieron los sólidos y se desbordaron como ríos indetenibles. La fotografía es una interrogación inmensa con un fondo oscuro.

La enseñanza o una narrativa sobre la fotografía

El signo que dibuja la situación, paradójicamente, nos conduce a un mundo de certezas propias de la condición humana que solemos olvidar. A saber: las contingencias que recaen sobre nuestro cuerpo, como las enfermedades y todo aquello que no depende de nuestra voluntad ni de nuestras acciones, la otredad y la buena o la mala fortuna, siempre son una incertidumbre.

El futuro, esa palabra que designa los hechos que vendrán, es una ficción. Los hechos futuros son proyecciones de lo que se ha vivido, pero lo que se experimentó

tampoco existe; el pasado dejó de existir. Pasado y futuro, dos nociones del tiempo que ningún ser habita, no tienen existencia. La vida transcurre siempre en presente. Los vocablos pasado y futuro son a lo sumo interpretaciones de asuntos inexistentes en el presente. El pasado es irreplicable, irrecuperable, y el futuro jamás se vive como se imagina, siempre es incierto. La única certeza que tenemos es el estricto presente y lo único sólido del futuro es la muerte.

Pero tal certeza de la condición humana no se debe a la pandemia ni a la mass-mediatización de la sociedad. Es lo propio de la vida, que pretendemos olvidar por el miedo que produce saberse sin el bastón del pasado para proyectar al futuro, y es entonces cuando sustituimos el miedo por mitos religiosos o científicos, oraciones o indicadores matemáticos. Lo que nos sucede con la pandemia es que estamos frente al espejo sin ningún dios ni ciencia que nos garantice el progreso ni la felicidad futura. Estamos desnudos. Lo único que tenemos es el presente.

Podemos transitar el presente sufriendo por ese mundo inexistente que está en el futuro; podemos vivir añorando lo pasado o poniendo la certeza en los otros. Pero tales acciones implican renunciar al único poder que se tiene: abordar el instante que se experimenta de la mejor manera posible.

Vivir el hoy como si mañana no existiera —porque de hecho no existe— es todo un reto epistemológico, un desafío que implica repensar la manera de asumir las contingencias. Hacer lo que depende de nosotros, en ese instante, con el mayor ejercicio de libertad, utilizando el análisis de lo pasado para extraer lo útil y tomar las decisiones en ese presente sin añorar ni el pasado ni imaginar el futuro, asumiendo las consecuencias para bien o para mal de lo decidido cada día. Sí, decisiones sin vocación de estabilidad futura, más bien, asumiendo como un dato fáctico la fragilidad de la existencia, su condición líquida. Tal apuesta vital no conducirá a la construcción de un sistema teórico. A lo sumo, se transformará en un ensayo, siempre renovado y distinto, endeble, de hacer de cada minuto del existir una vital experiencia del hacerse a sí mismo en comunión con la otredad.

La filosofía existencial que dibujamos *grosso modo* en clave de un trazo en un boceto, sin pretensiones en este contexto de fotografía nítida, sino más bien como una señal, no es una novedad en las tradiciones del pensamiento. Por el contrario, es una sabiduría antigua que fue el fundamento de la cultura grecorromana y fue transversal —como lo han mostrado Pierre Hadot (1998) y Michel Foucault (2004)— al estoicismo, el epicureísmo y el neoplatonismo, desde fines del siglo I a. C. hasta fines del siglo II d. C., dentro del Imperio romano.

Quizá en términos sociopolíticos, la pregunta sería: ¿una filosofía como la estoica podría servir para la dirección política de una sociedad en el mundo contemporáneo? Si apelamos a la reflexión de uno de los filósofos más importantes del pensamiento

político de la modernidad, que la tradición denomina realismo político, Maquiavelo, encontraremos que la fuente de su reflexión y a quien toma como ejemplo de buen gobernante es a Marco Aurelio; de allí que sea evidente que esa filosofía fue útil para el ejercicio del poder.

Y solo como un dato para recordar, reflexionar y repensar: gobernar el Imperio romano significaba dirigir toda Europa, el norte de África y parte de Asia. Además, las estructuras de las ciudades europeas tienen su origen en la romanización de sus territorios, y el soporte estructural del ejercicio político, las instituciones, las normas y el derecho contemporáneo tienen su genealogía en el derecho romano. Como expresa Enzo Del Bufalo (2015), a propósito de la *civitas* clásica romana: «El control del propio cuerpo y sus condiciones de vida es el fundamento de la soberanía individual, la justicia en tanto cohesión armónica debía, pues, fundarse en la preservación de los derechos individuales de manera compatible con el interés público» (p. 407).

En definitiva, durante siglos los ejercicios de poder, que devienen en la dinámica y configuración de lo que hoy conocemos como Occidente, no respondían a una ideología proyectada al futuro, y eso no significó que no se generara una estructura social cohesionada con vocación de permanencia. Por el contrario, seguimos bebiendo de sus fuentes y replicamos muchas prácticas aun desconociendo su origen.

Quizá es tiempo de mover el lente y percatarse de que es muy reciente la forma en que concebimos el ejercicio del poder y los modos de interpretar las acciones políticas, apenas desde fines del siglo XVIII. En las dos últimas centurias la política se territorializó en los espacios de las izquierdas y las derechas. Tal vez, la pandemia sería un acontecimiento que nos podría motivar a repensar los ejercicios del poder, asumiendo la fragilidad consustancial de la existencia.

Repensar la política, reactualizando la filosofía existencial antigua, tiene implicaciones teóricas, como la apuesta por el nomadismo político (Maffesoli, 2004). Esto significa, valga la imagen, la desubicación epistemológica de los campos que están a los lados del viejo muro de Berlín. Quedarse atrapado en el pensamiento geográfico de la política es la anulación del pensar. El nomadismo no supone renunciar a la confrontación contra las prácticas despóticas de los gobernantes; lo que supone es la lectura del acontecer descoyuntado de la religiosidad que ha implicado la pertenencia a las derechas y a las izquierdas con su mitología del progreso.

Utilizar el vocablo «religiosidad» para describir las prácticas políticas que se inscriben en la izquierda o la derecha (política territorializada) implica referirse a lo esencial de cómo se conforma la convivencia. En el mundo religioso, quien se incorpora a una comunidad desea imitar al maestro. Su excelencia de vida reside

en asumir para sí su espiritualidad y su carisma, porque es el observante de los preceptos y de las formas de concebir la vida del fundador de la comunidad. El buen maestro lo es porque trasmite de forma fiel la tradición, tanto en la teoría como en las prácticas de vida. Se reconocerá a quien pertenece a una comunidad religiosa porque vive a imagen y semejanza de su fundador. La voluntad y el ejercicio de quien dirige a la comunidad tiene por horizonte que el colectivo y el individuo formen una identidad tanto en las formas de pensar y de normarse como de vivir en general. La identidad y no la diferencia es la clave de la comunidad religiosa consolidada.

La ruptura con la identidad y la celebración de las diferencias implica en términos educativos que el discípulo se diferencie del maestro, pues la mayor virtud del maestro es no tener seguidores, tal como lo formula Nietzsche por boca de Zarathustra. En una comunidad que se configure a partir de identificaciones parciales, circunstanciales y momentáneas, sin ninguna pretensión de identidad, el valor fundamental y el espesor del ejercicio democrático será la diferencia.

Valga esta fotografía inconclusa, a distancia, no centrada y desenfocada de cómo estoy, cómo asumo y qué pienso en momentos de pandemia. La presento como una mariposa, casi imperceptible, en medio de la selva amazónica y, como dijo Jorge Luis Borges, en aquella narración titulada *Séneca en las orillas*, «le paso este clavel retinto al lector».

Referencias

- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Del Bufalo, E. (2015). *Roma: Historias y devenires del individuo*. Bid & Co.
- Egan, M. (20 de abril de 2020). «Pánico» en el mundo petrolero: el crudo llega a menos de US\$ 10 por barril, el precio más bajo desde que se abrió el comercio de futuros de petróleo en 1983. *CNN*. <https://cnnespanol.cnn.com/2020/04/20/panico-en-el-mundo-petrolero-el-crudo-se-desploma-un-10-por-barril/>
- Foucault, M. (2004). *La hermenéutica del sujeto*. Fondo de Cultura Económica.
- Hadot, P. (1998). *¿Qué es la filosofía antigua?* Fondo de Cultura Económica.
- Hanke, S. (15 de abril de 2020). [Tweet]. Twitter. https://twitter.com/steve_hanke/status/1250537901710028803?s=20
- Jaspers, K. (1963). *Nietzsche*. Sudamericana.
- Kiwi, M. y González, R. (17 de abril de 2020). Covid-19: Chile no está aplanando la curva, la perdimos de vista. *Prensa Uchile*. <https://www.uchile.cl/noticias/162613/covid-19-chile-no-esta-aplanando-la-curva-la-perdimos-de-vista>
- Klossowski, P. (1999). *Nietzsche y el círculo vicioso*. Altamira.

- La Nación (17 de abril de 2020). Coronavirus hoy en Venezuela: cuántos casos se registran al 17 de abril. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/coronavirus-hoy-en-venezuela-cuantos-casos-se-registran-al-17-de-abril-nid235215>
- Maffesoli, M. (2004). *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*. Fondo de Cultura Económica.
- Rojas Guardia, A. (2017). *El deseo y el infinito*. Seix Barral.

PARA USTED, ¿QUÉ SIGNIFICA ESTE VIRUS?¹

Carolina Rojas Flores (Santiago, Chile)

Las pandemias que tenía en mi imaginario eran las ficcionales (las históricas transitan a lo ficcional), entre ellas, la peste del olvido de García Márquez, la ceguera blanca de Saramago o los zombis de Netflix. Estas eran las aproximaciones más cercanas que tenía a contagios y confinamientos, todas ellas con la verosimilitud de la ficción que provoca asombro y miedo, limitados, eso sí, por la frontera que las separaba de la realidad. Escribo «separaba» porque hoy esa frontera se ha hecho porosa, borrosa, débil, y esto es lo que me parece interesante. Para poder darle sentido y entender lo que vivimos hoy, necesitamos de la experiencia propia o ajena. Nombrar lo nuevo para poder asirlo; de lo contrario, no existe.

Umberto Eco en su *Kant y el ornitorrinco* nos llevó a pensar en ello: ¿cómo damos significado a lo recién conocido?, ¿cuánto de la propia experiencia o de la ajena hay en nuestra «enciclopedia»? ¿cómo es que vamos armando nuestro conocimiento para entender lo nuevo? Si Marco Polo acuñó en su experiencia el primer encuentro con un rinoceronte como la visión de un unicornio fue porque era eso lo que conocía y lo que más se acercaba a lo que estaba conociendo. Entonces, ¿qué significado tiene para nosotros este virus que nos tiene paralizados? Para el oficialismo es el «enemigo invisible» (con un amplio uso y significado), para los más sensatos es lo que evidencia lo denunciado el 18 de octubre de 2019; unos piensan que es una conspiración mundial, otros que es una gripe más, y algunos creyentes que es un castigo divino. En fin, hay tantas lecturas como enciclopedias, y eso es lo peligroso.

1 Este artículo fue publicado en *Diario Uchile*. <https://radio.uchile.cl/2020/05/04/para-usted-que-significa-este-virus/>

Unificar un significado del virus y de la pandemia en tiempos de desconfianza es difícil, por lo que cruzar las débiles fronteras que nos separan del enemigo invisible dependerá de la idea que de este tengamos. Ahora, si le agregamos a esta sopa de murciélago otro pelo, como las variables socioeconómicas, y ajustamos el foco del panóptico para ver mejor dentro de cada celda, nos encontraremos con familias desprotegidas porque dependen del trabajo informal; con trabajadores y trabajadoras formales que dependen de la voluntad, justicia y solidaridad de sus empleadores para protegerse; con trabajadores independientes paralizados, y con familias monoparentales (mayoritariamente lideradas por mujeres) cuyas cabezas deben asumir múltiples roles en pocos metros cuadrados y en un espacio de tiempo irreal. Nos encontraremos con hacinamiento, con discriminación, con racismo, con pobreza y con extrema riqueza; nos encontraremos con helicópteros estacionados esperando algún capricho y con terrazas ávidas de creatividad. Encontraremos tanto y tanta diversidad que vuelvo a repasar mi imaginario de esta pandemia y me pregunto: ¿qué pasaría si en la carretera me encuentro con el signo de detención obligatoria PARE, pero con la palabra SIGA?

El mensaje es confuso, no hay un sentido común, lo que nos lleva a una peligrosa y arriesgada indefensión. Si el mensaje se transmitiera sin más interés que la protección de la vida y el valor de lo humano, con la claridad de la verdad o de la casi verdad, sin contradicciones y sin vaivenes, probablemente no ocurriría lo que pasa en las películas o en las novelas: que el virus se desata porque alguien traspasó la frontera.

DIARIO DE UNA CRISIS DESDE VALENCIA: COVID-19

Luis Veres (Valencia, España)

Regreso un viernes de Polonia, de Wroclaw. Es el 6 de marzo. El fin de semana lo paso intentando recuperar la rutina. Pero esa rutina ya se ha roto. No lo sabemos aún, pero se ha desvanecido un mundo y no se sabe hasta cuándo. Durante el viaje ya se hablaba del virus. En los aeropuertos se percibía su amenaza o el miedo a sufrir la enfermedad. Pocos orientales en los aeropuertos. Y muchas mascarillas. Todo parecía entonces una exageración.

El domingo 8 se producen en toda España manifestaciones por el Día de la Mujer Trabajadora. Hay discusiones sobre si se debe suspender la manifestación de Madrid, pero, finalmente, se autoriza: 120 000 personas. Ese día también hay partidos de fútbol, corridas de toros, cines y teatros abiertos, acontecimientos impensables solo dos o tres días después. El miércoles anterior muchos valencianos viajaron a Milán para ver un partido de fútbol: 85 000 personas. Milán está en el centro del foco del contagio y nadie impide ese partido por su impacto económico y por el rechazo de la población. Tampoco nadie impide nada por su impacto político.

El lunes 9 de marzo las noticias son preocupantes. El virus ha avanzado mucho en Italia, mientras que en China comienza a declinar, pero Italia es el problema. En Madrid hay ya 300 casos. Hacemos chistes sobre el virus. Las clases en Madrid se han suspendido en colegios y universidades por quince días. Y la gente se queja sobre qué va a hacer con los niños en casa y teniendo que ir al trabajo. Poca gente se pregunta sobre el imperativo de haber tomado esa medida, sobre su exigencia. Nadie es consciente de la magnitud del problema. Y la universidad sigue con las clases a pesar de que se confirma que hay una profesora infectada, y un alumno.

El martes 10 de marzo escucho que hay 400 casos en Madrid, un 30 % de crecimiento del contagio. Al día siguiente hay casi el doble. Ese porcentaje llegará al 38 %. Ese día voy a clase. Se nota el miedo en la atmósfera. Casualmente hablo del miedo y de la comunicación, el funcionalismo como corriente que predica las bondades de la comunicación. Hablo de H. G. Wells y de *La guerra de los mundos* emitida por Orson Wells el 30 de octubre de 1938. Sigo preocupado. Pensamos salir de viaje al día siguiente, el viernes. Me llegan noticias al móvil de que las playas de Castellón, y sobre todo de Valencia y Alicante, se han llenado de personas provenientes de Madrid que han decidido no respetar la recomendación de no viajar. A Murcia llega una persona que sabía que estaba enferma. El virus sigue creciendo en Italia, Francia, Alemania, Polonia. Toda Europa comienza a cerrar fronteras. A medio día la universidad decide interrumpir las clases *sine die*.

A partir de entonces el mundo cambió. Se habla de otro mundo, otra normalidad. Se habla de confinamiento, de encierro, de seguridad. Pienso en *El proceso* de Kafka, en *El Castillo*, en *La Peste* de Camus. Muy pocos vehículos en la calle. Estamos en estado de alarma. La gente solo acude a los supermercados donde toda la semana llevan produciéndose escenas de largas colas con estanterías vacías. La gente no respeta la recomendación de no salir de las casas. No se presagia nada bueno. El confinamiento ha empezado, pero esa noche aún hay gente que sale a tomar una copa, a despedirse de los amigos. Al día siguiente se decreta la prohibición de salir a la calle a cualquier cosa que no sea indispensable. Se puede sacar al perro. Es la suerte que tenemos. Es necesario guardar una distancia de un metro y se debe salir sin compañía. Hay miedo. Veinticinco siglos de racionalismo y hemos acabado encerrados en la madriguera como comadreja.

El silencio es brutal y ha bajado la contaminación. Se ha interrumpido la delincuencia, un 70 % menos de delitos. Se percibe el olor del azahar en los parques. Es marzo y la primavera se ha adelantado, Hay muy poco tráfico. Las calles y avenidas están vacías y no circulan casi coches. No hay autobuses escolares, no hay casi camiones. Ninguna moto. El silencio es tan evidente que se puede escuchar el trino de los pájaros; incluso se escucha el paso de algún viandante que pasea a su perro y el aleteo de una paloma que inicia el vuelo. Silencio, eso es lo que más llama la atención. La calle parece una película de ciencia ficción.

Después llegan los aplausos para los profesionales sanitarios desde los balcones de cada domicilio. Emocionante. Parece mentira que en la adversidad la gente se una en un objetivo común. Y llegan también las caceroladas de la oposición al Gobierno. Las cifras se suceden, 2490 afectados y 130 muertos, 15 recuperados. En Italia se habla de 1445 muertos, 175 más que el día anterior. En el Reino Unido ya hay 21 muertos y su presidente ha declarado que no va a tomar medidas de contención. Después Boris

Johnson acabará en la uci de un hospital de Londres. Las noticias sobre la crisis laboral son constantes, y pienso en la gente que vive en casas pequeñas, en quienes están con quien no quieren estar.

Los *fake* surgen todos los días. Sale la noticia falsa de que Pedro Duque, ministro de Ciencia y Tecnología, se había ido a pasar el fin de semana a Denia y que lo habían atendido en un hospital de allí. Falso. Sale un documento público manipulado, salen fotos falsas, declaraciones falsas impulsadas por la extrema derecha. Aquí hay quien se fue de cacería, mientras un petrolero se hundía en la costa gallega y nadie parece acordarse. Hay gente que no tiene reparos en mentir. Claro, lo hicieron durante cuarenta años. Pero ¿alguien con la cabeza en el sitio puede pensar que un ministro, con la que cae, se va de fin de semana desde Madrid a la costa? Eso, otros sí lo han hecho. En hospitales las ucis se colapsan. Un amigo médico me dice que hay veces que hay que elegir quién vive o muere. Pero ¿qué se puede hacer cuando hay que elegir y los casos están con un diagnóstico parecido? El que no elige nunca se equivoca. Es triste, pero hubo quien empezó a eliminar camas porque no eran necesarias, a paralizar la investigación y a recortar en conocimiento. Y de aquellos barros estos lodos. Me acuerdo de 2011 y 2012. ¿Ya no nos acordamos de los recortes? Gracias a la profesionalidad de la gente, en los hospitales, en la universidad, en la policía, en los colegios, en los supermercados, en el ejército, en el servicio de recogida de basura, en los medios de comunicación, en todos los puestos de la Administración, excepto en el terreno político, se siguió trabajando igual con menos medios. Y ahora tenemos el fango que se nos come.

Se repite la idea de un gobierno que reacciona tarde a los acontecimientos. Pero si el 2 de marzo se hubiera cerrado el país, suspendido las fallas, anulado la manifestación, suspendido el Erasmus, cerrado los comercios, bares y restaurantes, y cuarenta cosas más, se habría dicho: ¿todo eso por cuatro casos? No. Esto ha superado a China, Italia, Estados Unidos, Francia y los que quedan porque no ha sucedido nunca. Y ahora, como siempre, las sociedades buscan un chivo expiatorio para canalizar la frustración. El problema es que Italia no vio a China, España no vio a Italia, Francia no vio a España. Y Reino Unido no vio a Francia. Estados Unidos no vio a nadie y Trump recomendó beber lejía para matar al coronavirus con el resultado de más de 100 intoxicados.

Hoy se publica que España es el cuarto país que más ha recortado en Sanidad desde la crisis de 2008 junto con Italia, mientras que Reino Unido y Alemania han aumentado el presupuesto. Francia gasta un 41 % más y Alemania un 81 % más. En toda Europa hay más médicos y enfermeros que en España. Francia tiene el doble y Alemania el triple. Y lo mismo ocurre con las camas de hospital, incluso Italia tiene un 30 % más. Solo el Reino Unido tiene menos. En España ya el 14 % de los infectados

es personal sanitario. Siguen las quejas sobre la falta de material, la falta de test de contagio, de los resultados que tardan demasiado. También siguen llegando videos que difunden noticias falsas: desde enfermeros llorando hasta anuncios de bajada de sueldo para los funcionarios, lo cual visto desde hoy casi parece un chiste. Ayer hubo un ataque cibernético para paralizar todo el sistema informático de los hospitales. Patético. La estupidez es más difícil de vencer que la inteligencia, ha dicho Iñaki Gabilondo, y tiene razón. Cayetana Álvarez de Toledo aparece en la SER y niega los recortes del PP en Sanidad de la última década. La esquizofrenia empieza a extenderse y la amnesia y la idiotez. Un mal peor que el coronavirus. Por eso creo que, a partir de ahora, cuando se vea un despilfarro público, un edificio que no sirve para nada, fraudes, robos, apropiaciones indebidas, edificios prescindibles, viajes estúpidos, dietas desorbitadas, lujo y desmadre público, lo miraremos de otra manera, lo veremos como una nueva caída en el abismo, un empujón hacia la barbarie.

El 7 de abril el PP propone que los balcones se llenen de banderas. Parece que esa es la gran solución al problema, la bandera nacional, la bandera de España, en todos los balcones. Quim Torra dice que con la independencia de Cataluña esto se habría gestionado mejor. Vox, por su parte, se ha metido en un buen berenjenal. La manipulación de la foto de la Gran Vía madrileña que han llenado de ataúdes ha indignado a su autor. El fotógrafo, Ignacio Pereira, ha dicho que si gana la demanda dedicará el dinero a la Sanidad Pública.

Estamos ante la mayor crisis desde la Segunda Guerra Mundial y hay gente que parece que no se ha enterado todavía. Se habla de una caída del PIB de entre el 4 y el 8 % y de un horizonte de paro de entre los cuatro y los cinco millones. Es un escenario peor que el causado por el 11 de Septiembre de Nueva York y peor que la crisis causada por la banca tras la caída de Lehman Brothers. Y parece que hay muchos dirigentes a los que les da igual y lo que les preocupa es recuperar el poder.

Y lo que va quedando son cifras que duelen. 15 000 muertos en residencias, por ejemplo. Y al 29 de abril se reportan 24 275 muertos, 212 917 contagiados y 108 947 personas curadas. El 80 % de los fallecidos han sido ancianos. Me acuerdo del *Diario de la guerra del cerdo* de Adolfo Bioy Casares. Pero hay que pensar en el futuro y coger ánimo, hay que seguir y algún día, más pronto que tarde, el sol volverá a brillar, se abrirán las alamedas y volveremos de nuevo a ver los cruasanes en las cafeterías. Y que aprendamos la lección.

LA IMPORTANCIA DE LA COMUNICACIÓN ESTRATÉGICA EN SALUD EN TIEMPOS DE COVID-19

Miguel Ángel Carrasco (Paillaco, Chile)

Mientras escribo este ensayo, el ministro de Salud de Chile, Jaime Mañalich, es devorado por la prensa liberal y conservadora, por figuras con influencia en las redes sociales y por el poderoso Colegio Médico. La razón: explicó de tres maneras distintas la forma en que contabilizaron los casos contagiados por covid-19, generando confusión y una serie de críticas al manejo comunicacional del Gobierno.

Este no fue el primer desliz comunicacional de la cartera sanitaria en periodo de pandemia. En marzo fueron los alcaldes quienes presionaron para que suspendieran las clases, ante la inmovilidad del Ejecutivo; hubo semanas en que nadie entendía cuándo y con quién usar mascarillas (y cuáles eran las que servían), situación que se zanjó finalmente con un instructivo presidencial que ordenó usarlas a todos quienes transitaran por la vía pública. De antología es también la polémica que surgió en abril por la llegada de ventiladores mecánicos desde China, donación anunciada por el ministro Mañalich y desmentida por el mismo embajador asiático.

Es lógico concluir que pocos países estaban preparados para enfrentar una pandemia como la de covid-19, con una población sin inmunidad y países al borde del precipicio, como estaba Chile poco antes de la llegada de este «virus global». Sin embargo, existen Estados que han sorprendido por la forma en que han hecho *comunicación estratégica en salud*.

Un ejemplo es Finlandia, donde el Gobierno determinó que, para llegar a los jóvenes, que no leen la prensa tradicional, había que usar las redes sociales. Y, como los menores de treinta años son los principales vectores de la enfermedad, para mantener los contagios a raya recurrieron a mil quinientos *influencers*, quienes fueron

masificando los mensajes de prevención y autocuidado elaborados por una agencia especializada. Los resultados epidemiológicos fueron satisfactorios.

En Latinoamérica, específicamente en Argentina, se determinó centralizar la información a través de Whatsapp y Facebook, y crear una aplicación para móviles que informa de las medidas implementadas por el Gobierno e incluso permite chequear síntomas en caso de sospecha, permitiendo seleccionar la información difundida en las redes sociales y detectar de manera temprana la aparición de brotes de contagio.

Comunicación estratégica en salud

En un escenario de pandemia podemos entender la *comunicación estratégica en salud* como un proceso donde el Estado plantea sus objetivos, investiga el entorno, determina a qué público quiere llegar y establece los mejores medios para transmitir sus mensajes con efectividad, intentando medir la acción y los logros de forma cualitativa y/o cuantitativa.

Los medios de comunicación pueden influir en la forma en que perciben la realidad los ciudadanos de un país, orientando sus comportamientos a la disminución de los contagios virales, reduciendo la incertidumbre y mejorando la credibilidad de las instituciones públicas. Sin embargo, nuevos actores han comenzado a dominar la escena restando importancia a los medios tradicionales (televisión, diarios y radios) e incluso propagando mensajes con la misma rapidez que Facebook o Twitter, pero con un mayor grado de fidelización e influencia. Es la comunicación interpersonal del siglo XXI, donde un texto, meme o fotografía transmitida por Whatsapp es más efectivo que mil caracteres de un periódico o una cuña televisada de una autoridad.

Con los antecedentes expuestos, llama la atención el manejo comunicacional errático y desprolijo del Gobierno. Si los mejores vectores del covid-19 son los niños, jóvenes y adultos jóvenes (hasta los cuarenta años las complicaciones son del 0.2 %), ¿cuál fue el argumento técnico para decidir que las conferencias de prensa las realizaran altas autoridades gubernamentales, antes del mediodía, por televisión abierta, en horario de matinal, espacio que no es consumido por los sub-40? Alguien podría afirmar que la decisión fue adecuada porque a esa hora las dueñas de casa y los adultos mayores ven esos programas. Puede que sean entretenidos y una verdadera atracción para los alcaldes como Joaquín Lavín, pero no queda claro su rol educativo cuando presenciamos el mal uso de mascarillas y la inexistencia de la distancia social en las filas de los bancos, las cajas de compensación, los centros comerciales y los supermercados.

La encuesta Pulso Ciudadano correspondiente a la segunda quincena de abril posicionó a la presidenta del Colegio Médico, Izkia Siches, como la figura nacional con la

más alta aprobación ciudadana, alcanzando un 48.8 %. Muy lejos de ella, en el quinto lugar, con un 13.3 % de aprobación, aparecía el ministro Jaime Mañalich, que lideraba la mayoría de las conferencias de prensa sobre el avance y el impacto del covid-19 en la red asistencial. Este desgaste de los encargados de las vocerías del Ejecutivo, y la poca apertura para incorporar nuevos rostros más carismáticos e influyentes, puede explicar la sensación de inconsistencia del discurso oficialista.

Para ser justos, no toda la culpa la tiene el Gobierno. A nivel comunal los alcaldes pueden tener su cuota de responsabilidad en la confusión existente en torno al covid-19. Como médico y periodista, he constatado que algunos miembros de la comunidad están convencidos de que un niño tiene el mismo riesgo de morir por coronavirus que un adulto mayor y que los portales de sanitización —que lanzan agua con desinfectante a la intensidad de un espray sobre los autos— pueden ayudar a combatir el contagio de un virus que se transmite por gotas esparcidas por la tos y los estornudos.

La confusión ha llegado a tal punto que la alcaldesa de Paillaco, una ciudad ubicada en la región de Los Ríos, luego de cerrar los juegos infantiles en una población de viviendas cuyo promedio de superficie es de sesenta metros cuadrados, explicó su medida argumentando que «si su hijo o hija se enferma, se lo van a quitar, lo llevarán al hospital de Valdivia donde no van a poder ingresar a visitarlo y si se agrava, va a morir solo», lo cual dista de la realidad epidemiológica, que indica que las complicaciones para los niños de entre uno y diez años es extremadamente baja en relación con la de los mayores de sesenta.

A modo de conclusión

En época de pandemia la relación entre el Gobierno y las audiencias o públicos destinatarios debe manejarse con un enfoque de comunicación estratégica en salud, entendiendo que no es lo mismo informar un mensaje sanitario que comunicarlo. Para que exista comunicación debe existir una producción común de sentido, el receptor debe crear un significado del mensaje acorde con lo que quiso transmitir el emisor. Para que esto ocurra, es fundamental el contexto político, económico y cultural, además de una adecuada elección del vehículo comunicacional.

La comunicación estratégica en salud tiene un enfoque interpersonal, organizacional y masivo a través de los medios de comunicación tradicionales, las redes sociales y las aplicaciones como Whatsapp. En todo momento debe estar claro que NO se está transando un bien de consumo, sino empujando a las personas a tener conductas asertivas en torno al autocuidado y la solidaridad con los miembros de su comunidad.

Para el Estado, los beneficios de esta gestión estratégica de la comunicación en salud van desde aplanar la curva con amplia seguridad epidemiológica, como en Finlandia, hasta mantener tranquilo a un país ansioso y golpeado por los claroscuros de la economía, como Argentina.

UTOPIÁS DEL ENCIERRO

María Isabel Noreña (Bogotá, Colombia)

Lo que es posible es acoger, como cuando uno se enamora, la emergencia de una discontinuidad en nuestra experiencia y construir, a partir de la transformación de la sensibilidad que el encuentro con el otro ha creado, una nueva relación, un nuevo agenciamiento [...]. Nos enamoramos menos de la persona que del mundo posible que ella expresa.

Maurizio Lazzarato

Ante la situación de *un mundo en cuarentena* creo que la mirada debe estar ubicada en las experiencias; ahora más habitantes del planeta tenemos la posibilidad de ser conscientes de lo vivido en primera persona, no solo como espectadores. Por lo mismo, aquí pretendo reflexionar para tratar de comprender qué tanto está transformando la pandemia nuestro estilo de vida, desde la mirada de mujer, madre, comunicadora y profesora en temas de interculturalidad y ambiente.

Al reflexionar sobre estas transformaciones y vivencias con estudiantes, amigos y familiares, encuentro planteamientos concentrados en tres aspectos comunes: la posibilidad del reencuentro a pesar del distanciamiento, repensar nuestro estilo de vida y darle un respiro al planeta.

La posibilidad del reencuentro es paradójica, ya que en términos prácticos tuvimos que alejarnos y separarnos, pero esa distancia nos está permitiendo reconocernos tanto en nuestra subjetividad como con quienes compartimos el espacio del confinamiento y con quienes generamos estrategias para la cercanía virtual.

Como lo expresan en sus textos algunos jóvenes de las clases que acompañé este semestre:¹ «Me llama la atención cómo el encierro logró fortalecer esos lazos comunicativos, algo que para mí parecía imposible», «ahora nos estamos conociendo más, disfrutando actividades en familia», «hemos conversado y compartido pensamientos y experiencias que antes desconocíamos».

Los textos también expresan las preguntas que se hacen respecto del futuro: «Cuando se vuelva a las calles, el estudio y el trabajo, sentiremos temor al mantener contacto con otras personas», «¿qué consecuencias traerá en mí este aislamiento?», «las prácticas a futuro serán guiadas hacia un bien colectivo?».

Considerando que estas experiencias íntimas están cuestionando el concepto de *normalidad*, quiero ver que esta *fisura* en la cotidianidad puede potenciar respuestas diversas y transformadoras que nos lleven a cuestionar «lo anterior» a la pandemia como el único modelo de ser viable y correcto.

Estos aspectos me remontan a la discusión que tiempo atrás, a partir de Maurizio Lazzarato, me permitió creer en la esperanza del cambio: la comprensión de la filosofía de la diferencia que se enfrenta a la filosofía del sujeto, es decir, la utopía que considera la opción de «otros mundos posibles». No uno preconcebido y estructurado por dispositivos tradicionales como la sociedad, la familia y la escuela, reforzados por otros como la moda o los medios de comunicación, ese todo social «producido con la ayuda de una multiplicidad de singularidades, que actúan poco a poco unas sobre otras y propagan un hábito corporal o mental, ya sea lentamente, ya sea con la velocidad de difusión de un contagio viral, a través de la red formada por las mónadas» (Lazzarato, 2006, p. 60).

La filosofía de la diferencia es retomada por Lazzarato como acontecimiento creado por las propuestas de resistencia en contra de las fallas evidentes del sistema capitalista, la exclusión, la desigualdad y la injusticia, dándoles cabida a otros mundos posibles, a las experiencias y los actos que no buscan un solo fin, que no estaban uniformados ni preconcebidos, sino que solo abrían la posibilidad a partir de oponerse al orden establecido.

Pero ¿cómo enfrentarse a esa idea de orden? Boaventura de Sousa Santos menciona la necesidad de salir del *conocimiento regulación* hacia el *conocimiento emancipación*, y explica cómo estamos inmersos en un sistema que fortalece el primero en detrimento del segundo. El conocimiento regulación se construye en el desplazamiento del estado de ignorancia y caos al estado de conocimiento que asegura el orden; caos como la forma hegemónica de la ignorancia y orden como la forma hegemónica del saber, entramado que, según Santos, implica la recodificación de la solidaridad como

1 Estudiantes de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de Uniminuto (Bogotá).

caos y del colonialismo como orden. Es decir, normalizamos el individualismo al tildar las expresiones de solidaridad y los reclamos por justicia y coherencia como desorden social, cerrando las opciones al conocimiento emancipación.

Sin embargo, las diversas reflexiones de este tiempo de resguardo en el espacio que habitamos nos pueden estar invitando a ver esos otros mundos posibles y tejendo el camino hacia ese conocimiento denominado solidaridad, expresado en cuestionamientos sobre el estilo de vida basado en el consumismo y la visión utilitarista de la naturaleza.

Lo anterior se refleja en diversas expresiones generalizadas sobre las consecuencias de los efectos nocivos de nuestro estilo de vida, tanto para nosotros mismos como para el planeta. Frases como que la pandemia deja ver las consecuencias del modelo capitalista neoliberal, expresadas por los estudiantes que acompaño —«el egoísmo de la codicia y del deseo de poseer lo que más se pueda», «nos la pasábamos corriendo, no había tiempo para pensar en lo que estábamos haciendo», «no se extrañan los trancones ni demorarse dos horas en bus para llegar a casa» o «el virus somos los humanos», «el planeta logró darse el respiro que necesitaba», «miren cómo sin la acción del ser humano la tierra se regenera rápidamente»—, se suman a los innumerables videos de animales recorriendo ciudades y retomando sus rutas. También se han vuelto más comunes las críticas al modelo de producción, que, además de contaminar y concentrar capitales, no es justo para los trabajadores formales y aún menos para los informales: «Uno de los principales causantes de daños y maltratos a la naturaleza es el sector de producción», «gobierno y mercado siempre van tras acciones que generen más poder y ganancia, su objetivo es el desarrollo».

Estas posturas llevan a muchos a preguntarse: ¿esto servirá de lección para los sectores productivos y los gobiernos?, ¿seguiremos siendo los mismos egoístas de siempre o tomaremos conciencia y cambiaremos algunas acciones para no destruir el territorio en el que vivimos?, ¿cambiaremos la forma de ver el mundo? Asimismo, surgen iniciativas profesionales para pensar cómo aportar a esa conciencia sobre la situación actual y fomentar una transformación de las prácticas de lo individual en prácticas de lo colectivo.

Se trata de preguntas que no son particulares de este tiempo, pero que se han intensificado y potenciado en el sentido de salir de la normalización que habita en la filosofía del sujeto para pasar de la dicotomía posible/realización a la pareja creación de posibles/actualización; algo así como pasar de la realidad inmediata del deber ser a construir y crear. Así esta potenciación de lo deseado debe ser actualizada, en términos de la filosofía de la diferencia, debe ser experimentada bajo parámetros propios, singulares, no preestablecidos. Hace apenas unos meses, esta actualización existía únicamente para aquello que se sale de estos parámetros y

era leído como loco y utópico, pero un virus que nos afecta sin distinción de raza, nacionalidad, religión, ideología ni fronteras nos ha obligado o posibilitado crear nuevos horizontes.

En este punto vuelvo a Boaventura de Sousa Santos, quien a comienzos de este siglo nos planteó rutas hacia el conocimiento emancipación, plasmadas en el que denominó *mapa de estructura-acción de las sociedades capitalistas del sistema mundial*, desde la tesis de que «las sociedades capitalistas son constelaciones políticas, constituidas por seis modos básicos de producción de poder que se articulan de maneras específicas» (2003, p. 310). Estos modos generan seis formas autónomas de poder, a la vez que las constelaciones políticas generan seis modos de producción del derecho y las constelaciones epistemológicas son respectivamente constituidas por seis modos de producción de conocimiento, formas que se analizan en seis espacios estructurales donde se tejen las relaciones sociales y se generan las posibilidades de construcción de ese sentido común emancipador que se da a partir de unos paradigmas emergentes en las denominadas *luchas emancipatorias*, apuestas que se retoman a continuación como propuesta para comprender los agenciamientos que en esta crisis, como oportunidad, pueden (o no) llevar a la humanidad hacia la transformación.

Por una parte, las transiciones que, desde mi experiencia de confinamiento y con ayuda de las reflexiones expresadas por otros, considero que tienen mayor potencia corresponden a los espacios de lo doméstico y del mercado; por otra parte, los espacios que aún presentan más tensiones que relegan el cambio, denominados por el autor contradicción-competición, son los de la producción y la ciudadanía. A continuación, un breve análisis que queda abierto al debate.

ESPACIO	TENSIÓN CONTRADICCIÓN / COMPETICIÓN	PRÁCTICAS EN CUARENTENA	CREACIÓN DE POSIBLE SENTIDO COMÚN EMANCIPADOR	CONCLUSIONES
DOMÉSTICO	Familia patriarcal vs. comunidad doméstica alternativa.	Reorganización de tareas cotidianas, nuevos diálogos, reconocimiento del otro. Valoración de los saberes de diferentes generaciones, por ejemplo, los juegos e historias familiares de los mayores, y el manejo de tecnología de los más jóvenes.	Al propiciar un diálogo o debates sobre la autoridad y toma de decisiones se practica la democracia. Se motiva y valora la cooperación. Ante emociones poco exploradas, como la ansiedad y la soledad, se reconocen los aspectos afectivos y de salud mental.	Aunque no se generaliza este sentido emancipador, se dan cada día más experiencias de este tipo y se reconocen las prácticas que ya habían cambiado, pero no se habían aceptado.

MERCADO	Consumismo individualista vs. el de las necesidades humanas, satisfacción decente y consumo solidario.	Se ha procurado satisfacer las necesidades básicas y evitar el hambre, que en nuestras economías informales es real. Se han potenciado el trueque, las ventas directas sin intermediarios, un consumo más responsable y consciente.	Se ha abierto el debate sobre una renta básica para una vida digna, a partir de necesidades radicales y medios de satisfacción genuinos, y se ha dado una dinamización de oferta y demanda alternativa, que beneficia a los productores campesinos, por ejemplo.	Santos plantea que el Estado providencial debe procurar la experimentación de formas alternativas de consumo en igualdad de circunstancias, lo cual sabemos que sin corrupción es probable.
CIUDADANÍA	Democracia autoritaria vs. democracia radical (democratización global de las relaciones sociales basadas en la doble obligación política).	Ante la necesidad de distanciamiento se ha disminuido la movilización social que venía dándose en nuestro continente; por otra parte, los cambios en el espacio doméstico pueden ser una oportunidad para una transición aquí.	Se ha potenciado el sentido común regulador, ya que este virus implica disciplina social y por ende control, sumando además los estados de excepción.	Se puede esperar que la posibilidad de reflexionar sobre el sistema «normalizado» y sus consecuencias para el ser humano y el planeta posibiliten una ciudadanía radical.
PRODUCCIÓN	Expansionismo capitalista vs. ecosocialista.	Las cooperativas autogestionadas y redes de producción comunitaria se venían fortaleciendo y algunas en este momento se han beneficiado; sin embargo, la transformación del sistema de producción aún no es considerada por los empresarios y gobiernos.	Se debe lograr un «antiproduccionismo ecológico», el cual desde la industria ha tenido algunos ejemplos en lo micro. Lo que se gesta en este momento es la crítica de sectores de la población por las consecuencias para el planeta.	La vivencia de este confinamiento como una consecuencia de la visión antropocéntrica sobre el planeta puede ser la grieta necesaria para que como ciudadanos y consumidores logremos una conciencia colectiva y biocéntrica.

Cuadro adaptado de Santos (2003, p. 311).

Está en cada individuo y espacio agenciar uno u otro camino, entendiendo la agencia como «una capacidad para coordinar las acciones propias con otros y contra otros, para formar proyectos colectivos, para persuadir, para coaccionar, y para monitorear los efectos simultáneos de las acciones propias y de las de otros. Más aún el alcance de la agencia ejercida por personas individuales depende profundamente de sus posiciones en las organizaciones colectivas» (Sewell en Fuentes, 1999, p. 97).

Referencias

- Fuentes, R. (1999). Acercamientos socioculturales a la investigación de la comunicación, el gozne metodológico. En R. Mejía y S. Sandoval (coords.), *Tras las vetas de la investigación cualitativa* (pp. 78-100). ITESO.
- Lazzarato, M. (2006). *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Traficantes de Sueños.
- Santos, B. de S. (2003). *Crítica de la razón indolente: contra el desperdicio de la experiencia. Para un nuevo sentido común: la ciencia, el derecho y la política en la transición paradigmática*, vol. I. Desclée de Brouwer.

POR UNA POLÍTICA DEL ASCENSOR

Valeria Wagner (Ginebra, Suiza)

Me llega la propuesta de escribir una nota en torno a la comunicación en tiempos de pandemia justo cuando las autoridades suizas proponen un plan de desconfinamiento progresivo. La perspectiva del fin del estado de urgencia y del comienzo del después me genera sentimientos mixtos.

Alivio (porque mi familia y amigos están bien, porque podremos volver a una vida «normal»), miedo (a lo que será la nueva «normalidad», a los dispositivos de control que posiblemente se habrán generalizado, a las medidas para «relanzar» la economía, a la exacerbación de la polarización política, etc.), esperanza (de que los gobiernos hayan sacado algunas conclusiones obvias de esta crisis y de que las políticas ambientales y económicas cambien profundamente), rabia (¿era necesaria esta pandemia para que las autoridades reconocieran las urgencias ecológicas, económicas, sociales, políticas y sanitarias vinculadas a la globalización del capitalismo?), impotencia (¿qué puedo, qué podemos, hacer?, ¿y cómo?), decepción (inmersa en el teletrabajo, no pasé más tiempo con mis hijas y mi pareja, no escribí un libro, no pude acatar el mandato de autosuperación personal de mi clase sociocultural)...

A este estado de confusión se suma la saturación discursiva que genera la urgencia global en todos los medios. Consejos, advertencias, denuncias, análisis de especialistas (contradictorios muchos de ellos), relatos del confinamiento (¿un nuevo subgénero de la crónica?), críticas políticas y filosóficas... ¿qué más decir sobre lo que está pasando?, ¿y qué está pasando?

Me viene a la mente el eslogan de la Universidad de la Frontera, adjunto en algún mensaje proveniente de Chile: «Tu cuerpo es la frontera: quédate en casa». Las incertidumbres, paradojas y mandatos contradictorios que me atraviesan me hacen

pensar más bien que nuestros cuerpos (el plural es fundamental) son actualmente un campo de batalla —ideológica, biopolítica, afectiva, etc.—, que somos «carne de cañón», como los soldados del artículo de W. Benjamin que volvían «mudos» de la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial, sin poder articular sus experiencias, proyectarse en el futuro ni integrarse en algún relato histórico.

Sin embargo, más allá del ruido mediático, de la masa de información que recibimos cotidianamente, amarillista o de corte documental, científico o periodístico, circulan muchísimas bromas que a mi entender permiten reflexionar, no tanto sobre «qué» está pasando, sino sobre cómo posicionarnos al respecto. Podría citar, apoyándome en mi formación literaria, a M. M. Bajtín sobre el potencial «subversivo» de la risa, que familiariza, deshace jerarquías e invierte —efímeramente— las relaciones de poder. Pero mejor dar un ejemplo, que presupone la información científica de que uno de los síntomas de la enfermedad es la pérdida del olfato y la polémica en torno a la validez estratégica de hacerle test a toda la población: la broma es que, para saber si uno se ha contagiado, basta con tirarse un pedo —el que lo huele está sano, el que no, enfermo—. El que se ríe desmitifica el discurso de la autoridad científica y la legitimidad del poder político sobre nuestros cuerpos.

Alguien de mi edificio puso en el ascensor un falso afiche del Ministerio Federal de la Salud suizo, en el que se insta a la población a «salir» del capitalismo para «salvar» vidas en el futuro. La broma consiste en atribuirles a las autoridades federales un discurso anticapitalista (absurdistad) y en la parodia de las consignas oficiales. Pero se trata obviamente de una broma seria: la consigna remeda y transforma el consabido «quédate en casa» con que se mantiene a raya la pandemia a través del mundo. Sin cuestionar su validez en el presente, pone en evidencia el cortoplacismo de las políticas económicas, sociales y ambientales que a fin de cuentas produjeron esta situación previsible y predicha por muchos. Las recomendaciones más precisas del afiche retoman y desplazan las otras consignas oficiales: prohibición de la ganadería intensiva (en vez de prohibición de reuniones de más de cinco personas), prohibición de distancias superiores a mil km en el transporte de bienes de consumo (en vez de la distancia mínima de dos metros entre las personas), así como otras medidas para disminuir la circulación desenfrenada de mercancías, en lugar de confinar a las personas. En breve: controlar la economía en vez de controlar a la población.

El afiche generó cierta polémica en el grupo Whatsapp de habitantes. Alguien consideró que se trataba de un uso inapropiado de un espacio común para hacer política, pero resultó que la persona en cuestión había sido candidata municipal (de un partido neoliberal), y en su momento también se sirvió del espacio público para hacer campaña, con lo cual quedó desacreditada y finalmente se retiró del grupo y de la conversación. Me quedó pendiente preguntarle en qué sentido era «político» el

afiche, qué le molestó tanto en esta «campana» casera que hubiera llamado menos la atención sin su tentativa de censura. Sospecho que más que la orientación «ideológica» del afiche, fue el cuestionamiento cómico-serio de la moralización del confinamiento lo que le resultó perturbador.

Efectivamente, el mandato «quédate en casa: ¡salva vidas!» es fundamentalmente culpabilizante: quedarse en casa es moralmente correcto, hasta heroico, puesto que salva vidas, mientras que salir es inmoral, e incluso criminal. Centra la atención sobre la responsabilidad individual en la propagación de la pandemia, desviándola de las condiciones y circunstancias de su acontecer. Este desplazamiento de responsabilidades resulta más que familiar: es posible identificarlo en discursos sobre la protección ambiental, el comercio equitativo, etc., que interpelan a los individuos, instándolos a reparar en (¿con?) sus vidas un disfuncionamiento sistémico. La propuesta de «salir del capitalismo» (en vez de no salir de casa) lo resalta: no somos héroes, somos los peones que asumen en cuerpo propio las políticas económicas y ambientales de nuestros gobiernos. Y lo hacemos porque no tenemos opción: hay que respetar el confinamiento, que es la única medida que se nos propone en estas circunstancias. Así entiendo mejor la reacción del vecino: sin el barniz moral, se destaca la frustración política ante el confinamiento.

El afiche del ascensor me ayuda entonces a simpatizar con un/a cohabitante del edificio, y a concluir con más claridad: acepto confinarme, pero rechazo ser responsable por/de la pandemia, como rechazo toda una serie de discursos que reparten «equitativamente» el peso de las catástrofes actuales sobre los hombros de la gente, como se reparten las deudas nacionales entre las clases bajas y medias del país, o como se reparte la deuda ambiental, convenientemente «globalizada». ¿Y entonces qué? Sigo confinada, y llevaré máscara o desinfectante en el bolsillo durante mucho tiempo. Somos todos de facto responsables de lo que sucede, porque lo padecemos. Entonces queda por reivindicar el principio de la participación en la asignación de responsabilidades: cuanta más «participación» se le exige a la población para paliar urgencias, más se deberían desarrollar las estructuras participativas y consultativas ciudadanas en los procesos decisionales. Ante la perspectiva de un orden mundial poscovid-19, me parece aún más crucial reforzar las estructuras de participación en todos los niveles: en los barrios, las instituciones, las instancias gubernamentales, los bancos, los hospitales, etc.

¿Nos da esta responsabilidad forzada un sentido de comunidad? En un artículo publicado en *El País*, Paul Preciado (2020) califica las medidas de confinamiento (y trabajo) a domicilio de «prisión blanda», y argumenta que «la curación y la recuperación no pueden ser un simple gesto inmunológico negativo de retirada de lo social, de cierre de la comunidad. La curación y el cuidado solo pueden surgir de un proceso

de transformación política». Recomienda que nos desconectemos de los dispositivos de comunicación, esas «máquinas de biovigilancia y biocontrol», medios de «descolectivización», y que aprovechemos del encierro para imaginar una comunidad de vivientes, estudiando y aprendiendo de luchas pasadas. ¿Pero cómo articulamos la colectividad global sin los medios de comunicación que la desarticulan? Y ¿quién es el «nosotros» que presupone su propuesta? ¿Lo hay? Lo mismo puedo decir del «nosotros» que se infiltra en mi propio texto: ¿qué comparte con los habitantes de Manaos o de Ecuador? La constatación de que la pandemia pone en evidencia y agudiza todo tipo de desigualdades es ya moneda corriente. ¿Qué tipo de comunidad podría superarlas? ¿Qué objetivos e ideales podría crear esa comunidad futura, partiendo de condiciones de vida tan disímiles?

Estas preguntas no son retóricas. Se dice que la pandemia es la primera experiencia global o, mejor dicho, la primera experiencia de la globalización. El confinamiento, nuestra condición compartida. Yo diría que es una situación en la que la globalización de las desigualdades se ha visibilizado: hasta en los países «ricos» saltan a la vista las diferentes condiciones de confinamiento. Lo que genera comunidad es la participación en acciones, diálogos y proyectos concretos.

Cuando se declaró la pandemia en Ginebra, docentes y estudiantes de la universidad —edificio virtual si lo hay— se movilizaron para negociar con el rectorado y los decanatos las condiciones de prolongación de los contratos precarios, las modalidades de evaluación y docencia a distancia, etc. Una colega impulsó el lema «politicemos al virus»,¹ que ha guiado nuestras pequeñas campañas locales en la política universitaria. Algunos de los reclamos están cobrando amplitud nacional; el virus les abrió los ojos a muchos que no se sentían involucrados en las políticas académicas. No me cabe duda de que en este caso el confinamiento dio lugar a intercambios, reflexiones, cuestionamientos, reposicionamientos y expresiones de colectividad mucho más intensos que antes. Espero que este espacio colectivo sobreviva el fin de nuestras penas en la «prisión blanda» de nuestras casas. Espero que los ascensores mantengan su potencial transformador.

Referencias

Preciado, P. (3 de abril 2020). Aprendiendo del virus. *El País*. https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952_026489.html

1 Mathilde Matras, doctoranda en estudios rusos.

DESDE LA X HASTA LA ALFA, ¿CUÁL SE ADAPTARÁ MEJOR A LOS CAMBIOS ACTUALES?

Álex Inzunza Moraga y Andrés Inzunza Jaramillo (Valdivia, Chile)

Las generaciones y sus nombres es un tema del que se habla y se escribe constantemente. Ya sean los ciudadanos de a pie, los investigadores, los medios de comunicación o las redes sociales, todos, desde su particular perspectiva, tratan de entender y explicar sus características. Sobre todo ahora que el mundo está cambiando debido a la pandemia provocada por el covid-19.

¿Serán —o seremos— las personas de la generación x; de la generación y, también llamada milennial; de la generación z o centennial, o de la recientemente nombrada generación alfa quienes mejor se adapten a los cambios que estamos viviendo? Porque nuestra forma de relacionarnos, de comunicarnos, de aprender y aprehender se está transformando.

No cabe duda de que cada generación aporta cosas nuevas a las sociedades, lo que las hace únicas y especiales. Por ello también se deben diferenciar según los distintos países (las generaciones se comportan de forma relativamente distinta teniendo en consideración el componente geográfico), salvo las más jóvenes que, gracias a la globalización y el uso de las tecnologías para interactuar en redes sociales, son más parecidas e identificables como unidad.

Aunque no hay un acuerdo total, la expresión «generación x» se usa para describir a las personas nacidas aproximadamente entre 1965 y principios de los ochenta. Es la primera que comenzó a vivir con las «nuevas tecnologías» en su juventud, cambió los vinilos por el casete, usó el personal estéreo, y también los vio desaparecer junto con las cintas de video. Vivió la llegada del CD, el computador de escritorio y el arraigo de internet en la década de los noventa, por lo que actualmente algunos de sus miembros se resisten a utilizar tecnologías totalmente digitales. Y, según

explican algunos estudiosos, muchos prefieren las tiendas de discos y de casetes, pues los coleccionan. Son los *vintage*. Se trata de personas que experimentaron muchos cambios tecnológicos y, si bien usan internet, no les es imprescindible. De todas formas, se han adaptado a las nuevas preferencias tecnológicas, a las redes sociales y a su herramienta más reconocible, el iPhone o *smartphone*. Su rasgo característico es la irreverencia, explican algunos estudios, como los del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) en España.

Por su parte, la generación que le sigue es la más conocida, nombrada y muchas veces criticada. Son quienes nacieron entre 1981 y 1993 o incluso cerca del 2000: los mileniales. Según datos del INE, su rasgo característico es la frustración. Se la considera la primera generación totalmente global, en que todos los jóvenes se identifican con valores similares.

Un artículo de la BBC los califica como obsesionados con las redes sociales y las selfis. *Freelancers*, que están todo el tiempo frente a la pantalla del computador. *Instagramers*, *youtubers*, que todavía viven con sus padres. Muchos artículos los critican y los denominan «generación perdida» o «generación *smartphone*». Los tratan de superficiales, consumistas y de ser «la peor generación». «Los ‘millennials’ son la generación de adultos más diversa. Son también la generación más conectada», explican en la BBC. Son la generación que usa de manera natural las tecnologías de la información, porque las usaron desde su infancia tardía. Pero ¿y qué pasa con la comunicación?

La generación z, los *zoomers*, nacieron entre 1994 y 2010, y son la primera generación en tener internet a su completa disposición desde su primera niñez, gracias al advenimiento de la web durante la década del noventa. Son quienes han estado más expuestos a la tecnología en su educación y se han relacionado con medios digitales como teléfonos inteligentes, tabletas y portátiles en su ambiente diario. Son quienes tomarán el lugar de los mileniales, los posmileniales, y, como en todo proceso social o histórico, donde no podemos pensar que un periodo empieza cuando termina el anterior, ambas generaciones tienen algunos rasgos en común.

Finalmente, la más nueva es la generación compuesta en un 100 % por los llamados nativos digitales, quienes conocen el mundo a través de la tecnología. Algunos artículos los caracterizan como muy solitarios y señalan que viven dependiendo de los *smartphones*, las *tablets* y los *notebooks*, con una vida paralela en las redes sociales.

Según el estudio «Entendiendo a la generación alfa», son el grupo que nació desde 2010 en adelante y que jugará, aprenderá e interactuará de forma totalmente nueva. Estos niños nacieron en un momento en que los dispositivos electrónicos son cada vez más inteligentes, todo está conectado, y lo físico y lo digital se unen en un solo mundo. Conforme crezcan, las tecnologías que podían parecer nuevas o

extrañas formarán parte de sus vidas, de sus experiencias, actitudes y expectativas respecto al mundo que los rodea.

Como vemos, cada generación ha sido categorizada con algún nombre, nomenclatura o apodo a partir de consideraciones psicológicas, sociológicas o neurocientíficas que las definen, básicamente, por el uso de las tecnologías. Según estas descripciones, la generación más adaptada para vivir los cambios que nos exige la cuarentena en los distintos países podrían ser las últimas, ya que no extrañan el «comportamiento social». Para ellos, por ejemplo, las clases son cómodas a través de la pantalla.

Un estudiante universitario que cursa primer año este 2020 no conoce otra forma de clases que no sea utilizando una plataforma virtual. Para él es lo más natural. Y le permite mantener su «vida habitual». Pero ¿qué pasará cuando regrese la «normalidad» y deba integrarse a las clases presenciales?

Se vienen más cambios y, como ha ocurrido en tiempos anteriores, deberemos estar atentos para adaptarnos.

VIDA PRIVADA: LABORATORIO DE OTROS VIRUS

María Jesús Román Carreño (Valdivia, Chile)

Salté arriba del auto con los ojos casi abiertos para no ver la escena que marcaba un adiós definitivo. Tomé el volante con firmeza y lentamente avancé sobre la calle sintiendo que yo no era quien conducía y que el contacto de mis manos con el plástico era fantasía. Pero cuando giré a la izquierda, y el motor me exigió meter segunda, el cuerpo se me llenó de presente y entonces no pude evitar sentir la realidad de mi partida.

Me esperaban ochocientos cuarenta y ocho punto siete kilómetros por recorrer y la última vez que había conducido había sido en mi citroneta del siglo pasado, hacía más de diez años. En el avance, recordaba cada tanto el kilómetro cero de mi partida, con la sensación de tener el corazón disuelto entre las tripas vacías y tensas. En el camino, intentaba fijar el recuerdo en mi cuerpo de toda esa vida que abandoné con los ojos casi abiertos.

Un día de abril de 2019 imaginé mi futuro lleno de agua y bosques. En agosto de ese mismo año el futuro se hizo real, húmedo y frío. A ochocientos cuarenta y ocho punto siete kilómetros, ese norte que dejé quedaba vacío de mí, guardando el archivo de todas las historias que construí con el esfuerzo de una hormiga.

Llegué a Valdivia con la plena convicción de que mi vida cobraría un nuevo sentido y de que *todas las flores me acompañarían*, como sentenció una amiga. Y efectivamente ha sido así. Claro que ese «nuevo sentido» ha tenido varias acepciones que no coticé al momento de trasplantar una casa completa sobre un pequeño monte camino a Niebla, lugar de calce perfecto con mi ilusión de vivir en un lugar verde, frondoso, acuoso y distante del ruido, donde me autoconfiné entre flores amarillas.

Grosa aventura he tenido desde entonces, partiendo por el ajuste necesario del ritmo de un nuevo trabajo, que observé cautelosamente con mis dos ojos abiertos,

pero con la boca no tan cautelosamente cerrada. Seguí, con el no menos exigente ajuste de la vida nueva en reclusión, sobre el pequeño monte camino a Niebla. Yo, que siempre fui muy ciudadina, circulando por Santiago en bicicleta, me vi de un día para otro sobre un auto moderno, sudando como si anduviera en bicicleta, pero esta vez de pánico por la dosis mínima asegurada de una ronceada al día. Y luego en las noches ese calor pánico se convertía en pavor helado y negro. Después de varias semanas de levantarme y acostarme con inusitado nerviosismo, debo decir con orgullo que conquisté al espanto: el barro ya no era cáscara de plátano ni las noches fueron más gélidas ni oscuras.

Fue así como desde el 19 de agosto de 2019 comencé a vivir una vida autoexiliada. La casa sobre la colina me recibió en mi condición parasitaria, encerrándome en un cerco de árboles rojos y aguas tornasoles. Desde entonces, y a pesar de mi ímpetu, innumerables veces no he podido evadir la soledad, las novedades amargas, la tristeza y la sosegada melancolía. Otras tantas, la piel se me ha cubierto de angustia, de desolación y de miedo. Pero como la vida siempre te da y te quita, también estos días han estado matizados de abundantes alegrías, de ansiadas compañías nuevas, de revitalizantes reencuentros con amigxs, de descubrimientos gloriosos en mi trabajo creativo, de recuperadas comidas preparadas con mis manos, de vínculos ancestrales con la tierra que siempre es tan generosamente nutritiva. Así han sido mis días de ciudadina implantada en este otro territorio.

Este pequeño fragmento de mi vida no tiene ninguna relevancia y, sin embargo, es fundamental. El aislamiento que hemos sido obligados a cumplir nos ha devuelto la mirada, el cuerpo y la experiencia al mundo de lo íntimo, de lo privado, de lo particular y de lo doméstico. En esta obligatoriedad es donde cobra sentido mi relato, que hoy se prolonga, intensifica y reintegra en la experiencia global del confinamiento y de todas sus posibles historias.

El estado de retiro actual nos impide la posibilidad de escape, tanto del hogar como de nosotrxs mismxs. Y para qué nos vamos a ver la suerte entre gitanos, sabemos que cada tanto se nos hace imprescindible una salida de toma de oxígeno que ayude a descomprimir la ebullición que llevamos por dentro. Entonces, no arriesgo demasiado al afirmar que varixs de lxs lectorxs han habitado más de alguna de las emociones o estados mentales que antes describí.

Por otra esquina, en este momento excepcional es cuando los artefactos tecnológicos están cumpliendo la función de vincularnos relacionamente. Ahora, la experiencia social es sin cuerpo. Ahora, el cuerpo se ha reducido al retrato del rostro, plano y evanescente. Ahora, el cuerpo está en red, pero es más individual —lo que no es sinónimo de introspectivo—. Ahora, el cuerpo no transmite olores y se mueve con escasos gestos fuera de control. Ahora, el cuerpo parece ser apenas un rastro.

Ahora, el cuerpo a cuerpo dejó de ser un asunto de perogrullo para convertirse incluso en objeto de fantasías, que anhelamos transformar en carne mucho antes de dar el sí, *apruebo*.

Los dispositivos electrónicos son ahora más que nunca la ventana indiscreta que revela ciertas *escenas blancas* propias del ámbito doméstico, como cuando se está en plena reunión de Zoom y la audiencia que te observa ve también en último plano al integrante de la familia que se pasea con su primer café del día, o cuando sutilmente aparece el borde de la cama que el encuadre no alcanzó a ocultar, o cuando suenan las ollas en señal de que el tiempo de reunión virtual ha sido excesivo.

Este confinamiento también guarda para sí *escenas oscuras* que el intrincado mundo privado históricamente ha protegido en el silencio del hogar y que los dispositivos electrónicos no transmiten. Escuchamos diariamente la sugerencia de alejarse del peligro del afuera y olvidamos que en tantos casos lo único que se desea es correr velozmente de lo espeluznante del adentro; liberarse de esas realidades salvajes que no permiten siquiera ser nombradas. Ese silente hogar, contenedor de tanto abuso, es protegido por robustas paredes que desconocen riquezas o pobreza, porque acá la única moneda de cambio es la sumisión y la obediencia. Cuánta cantidad de palabra mal dicha, de gesto obsceno, de miradas irritadas por la rabia, de bocas sin sonido de consuelo. Tanto secreto violento se queda en esas *escenas oscuras*, sin estadística y sin remedio posible durante este encierro.

La vida privada, lugar de ángeles y demonios. En la optimista, me pongo a soñar en la posibilidad de que este sea el momento en que grandes paradigmas se deconstruyan realmente; en que el tiempo del progreso y la producción dé paso al tiempo de la desaceleración y la inacción; en que el tiempo de lo objetivo del reloj sea suplantado por el tiempo subjetivo de la imaginación; en que lo masculino se rinda a lo femenino; en que la competencia dé paso a la contemplación; en que el mundo de lo íntimo, de lo privado, de lo particular y de lo doméstico sea atendido en la dimensión que merece para que así nos acerquemos a ser lo que realmente somos: seres humanos.

SOBRE LA PANDEMIA, EL FUTURO Y UN CONGRESO QUE LO PIENSA

José Manuel Rodríguez (Temuco, Chile)

La modernidad se obsesiona con el futuro. Ya lo sabía Paul Klee cuando pintó el ángel que vuela hacia adelante, que mira fijamente hacia adelante y que, en más de un sentido, nos recuerda a los protagonistas de «La autopista del sur», ese cuento increíble de Cortázar que termina así: «Sin que ya se supiera bien por qué tanto apuro, por qué esa carrera en la noche entre autos desconocidos donde nadie sabía nada de los otros, donde todo el mundo miraba fijamente hacia adelante, exclusivamente hacia adelante». Esta forma de mirar acarrea varios problemas. Para el caso del ángel es no ver nada de lo que se deja atrás. Y eso, anota Benjamin, son solo escombros, montañas de escombros.

También podría ser una metáfora de la modernidad un tren sin frenos, a alta velocidad, directo hacia ninguna parte. Otra posibilidad es comparar nuestra era con un crucero que surca los bellos océanos, donde la gente disfruta y piensa en el mañana, mientras desde el barco caen toneladas de excrementos a esos mismos mares.

En el área académica, de la cual nos corresponde hablar, la obsesión por el tiempo impenetrable alcanzó su clímax con un promocionado encuentro multinacional de carácter permanente denominado Congreso Futuro. La instancia, en un acto de gentileza, en ciertas oportunidades se desplaza desde el centro, para el caso Santiago de Chile, hacia la periferia. Así le tocó pasar por nuestra ciudad.

Dada esta circunstancia, asistimos a una conferencia que se inició con una pregunta formidable: ¿dónde estará la humanidad en cien millones de años más? El público quedó unos momentos paralogizado, luego estallaron los aplausos. Así andaba la «ciencia» de vanguardia hasta que llegó la muerte coronada de virus. Solo eso, un organismo nanométrico, paralogizó al planeta, ha matado a miles de personas y generó, por ahora, un enorme cambio en el modo de vivir.

El organismo en cuestión también transformó al Congreso. Así lo supimos hoy cuando visitamos su página web: está llena de *tweets* alusivos a la tragedia (importante: el futuro se comunica por *tweet*). Leamos uno: «Apelamos al comportamiento y compromiso que tenemos como ciudadanía ante la #pandemia #Covid19 que afecta a gran parte del mundo».¹

Lo interesante, lo extraordinario, es que las problemáticas ya no están en remotas fechas ulteriores, sino en el aquí y en el ahora, tal como se marca en el verbo «afecta». Ya las cosas no nos afectarán, nos afectan hoy mismo.

Evidentemente, si es que por algún instante estas notas merecen la atención de los futuristas, como se denominan a sí mismos en la web, dirán que nada entendemos de su maravillosa obra, de sus inteligentes discusiones y, por sobre todo, de la importancia que dan al presente. La verdad es que, si les interesase el aquí y el ahora, el encuentro se llamaría precisamente así, Presente.

Ahora, arriesgamos una opinión: la obsesión por el futuro que proclaman es, antes de todo, muy discutible. ¿O acaso alguien podría creer que las elites piensan en ello? Pareciera evidente que no es así, pues la importancia del futuro, enseña el neoliberalismo desatado que preside a nuestra cultura, es saber cuánto más se puede obtener, alcanzar, en el ejercicio del año. No invento nada, el Congreso destaca con orgullo a miembros que han sido incluidos por Forbes en sus *rankings*. Para estar allí, no es necesario pensar en fechas remotas, es evidente.

Todo este asunto me hace recordar a Bukowski. El viejo Hank anota que no cuesta nada escribir bellezas después de almorzar filete con ensaladas y vino tinto; lo difícil es escribir con el estómago vacío. Si extrapolamos esta frase podríamos anotar que nada costaba pensar en fechas remotas durante el cenit de la modernidad, o tardomodernidad, momento en que los aviones andaban para todos lados, en que los futbolistas costaban cien millones de euros, en que había fondos suficientes para organizar encuentros donde se discutía en qué se iban a entretener, durante el largo viaje, los afortunados y afortunadas que irían en los primeros cruceros estelares rumbo a Marte.

Ahora que tenemos «el estómago vacío» notamos, sin sorpresa, que nadie anda preocupado del enorme mañana, incluido el congreso que nos ocupa, pues un diminuto virus lo sitúa ante la única certeza que ofrece el futuro: la muerte.

1 <https://twitter.com/i/web/status/1247179019315003393>

INTUIR EN CUADRITOS

Omar Rincón (Bogotá, Colombia)

Esta COSA. Las comunidades indígenas invitan a no nombrarlo, porque si se nombra se lo atrae. Nombrar produce realidades, siempre. Lo llaman «el bicho». Yo digo la COSA. La COSA nos debería obligar a la valentía del silencio, a la belleza de callarse. «Lo hemos dicho veces, tantas veces y recién ahora sabemos que no sabemos nada», poetiza Caparrós (2020).

Aunque los cuerpos y la vida estén en modo *parking*, la mente está a millón, está excedida, como dice Baricco (2020) —el escritor de *Seda* (una historia en modo Instagram pero de 1996) y el ensayista de *The Game* (2019)—, para comprender la lógica de la revolución digital. Ante la velocidad de la mente y la lentitud de la vida, hay que llenarse de paciencia y atención, de estoicismo, como comenta Carrión (2020), el ensayista más *cooltural*.

Y como vivimos en la piel digital y habitamos cuerpos digitales creando un *communitas* digital, se crea un pensamiento en cuadritos, en fragmentos, en pantallitas... hemos devenido seres de 4 por 6 cm. En esa vida débil, frágil y efímera surge un pensar de cositas, pequeñeces, miniaturas, cuadritos. Y este quiere ser un ensayito en modo cuadritos.

2020. *El año que no existió*. Los dueños de nuestros tiempos y destinos: nuestro capitalismo, nuestros políticos, nuestros empresarios quieren ya pasar la página de este año y borrarlo de la historia universal. Ya viven en el 2021. Borran el 2020. Y conectan el 19 con el 21. Y todo seguirá igual. Nada ha pasado. Nada debe cambiar. El fútbol fue genial: la Eurocopa y la Copa América pasaron al 2021 en los inicios de marzo. Para los dueños del mundo, nada ha pasado: un pequeño choque del capitalismo, nada más.

Estamos mal de gobernantes. Nos tocó en suerte Trump, que cree que los gringos saben poner muertos en sus guerras. Este nuevo terrorismo no sabemos cuál es, pero se lo combate y se muere como héroes. Y Bolsonaro (Brasil), que cree que es un asunto religioso y Dios está con él. Y Bukele (El Salvador), que habla con Dios, se va a Marte y regresa para generar espectáculo matando jóvenes pandilleros. AMLO (México), que está cerca del pueblo y lejos del virus en un populismo negacionista. Lenin (Ecuador), que se desapareció en su ideología de la silla de ruedas y ve los cadáveres de Guayaquil como una *fake news* de Correa. Duque (Colombia), que cada día cambia de parecer, decreto y medida, mientras siguen matando líderes sociales. Piñera (Chile), que cree que los militares lo van a salvar de la historia y de las marchas. Lacalle (Uruguay), que aprovecha la *cosa* para vender al país con 502 decretos de emergencia sanitaria. Y podría seguir: Johnson (UK), Sánchez (España), Macron (Francia)... Estos políticos no son líderes, en su mediocridad agradecen a la *cosa* que les permite tener «un horizonte» de gobierno. Sin la *cosa* sus precariedades y mal gobiernos serían visibles. En medio de tanta mediocridad, el presidente de la Argentina, Aníbal Fernández, es un ídolo. La Argentina siempre en contravía, gracias al pueblo argentino que no les tocó con Macri.

Perrocracia. Y triunfó el *mascotismo*. Esa ideología de poner a los animales domésticos por encima de los humanos desechables. Y en el *mascotismo* está la dictadura del perro. El perro puede salir y puede salir varias veces a la calle. El perro es el rey. El perro además puede llevar amigos, sacar a pasear a humanoides en versiones diversas. Un perro puede pasear al día a toda la familia. Y los que no queremos perros, nos jodimos. Los perros están por encima de los niños y los seres humanos. ¡Qué vida tan perra la de los humanos!

La sociedad está quebrada. Estamos rotos. Estamos habitando un trauma. Y eso no se resuelve con nueva *erismo* ni con buena *ondismo*. No es ser optimista y pensar que de esta salimos. Es que no sabemos. Habitamos una desazón, esa de no saber nada. Esperamos poco: poder salir a la calle, tener algo que comer, lograr un abrazo, respirar y caminar, tan poco como un beso, tanto como un querer, demasiado como sexo real. Y se la pasan hablando de la *cosa* y la economía. ¿Y nosotros, esos que somos humanos? Somos solo una preocupación en cuanto consumidores. Para salir de este trauma requerimos otra historieta, una que responda a otro ecosistema de necesidades y esperanzas. Ya aprendimos que se puede vivir con poco, que hay que salirse del consumismo. Pero si huimos de ahí se quiebra la economía y otra vez seremos los malos: siempre somos los malos, menos cuando hay elecciones, que somos los bellos.

Una sociedad otra. Unos se imaginan el fin del capitalismo. Eso no va a pasar. Si algo ha demostrado el capitalismo es que se reinventa siempre y siempre acoge

toda vanguardia, idea, crisis, virus y los convierte en negocio de los que tengan capital. Ahora será capitalismo «ecosistémico» y «mafioambiental». Otros dicen que ganamos una «conciencia ecosistémica», y es verdad, pero de eso no vivimos, mañana tenemos que comer y queremos un poco de capitalismo para nosotros. Tal vez, donde sí puede haber una revuelta es en que vamos a gozar como nunca los cuerpos, nos vamos a querer más cuerpo a cuerpo, aprendimos que somos el cuerpo que habitamos. Y que un cuerpo es sus afectos, sus broncas, sus bailantas, sus sonrisas. Y que para que los cuerpos sean felices, alegres y contraculturales deben estar con otros cuerpos, formando un común. Tal vez regresemos a lo tribal de cuerpos, afectos, comunalidad que celebra la alegría de estar juntos, una espiritualidad de estar con otros. Tal vez.

La diversidad murió. El valor cultural mejor habitado del siglo XXI era la diversidad cultural. Había periodismos, músicas, librerías, teatros, *performances* en el margen que desde ahí celebraban la independencia y las maneras otras de crear y actuaban el diálogo intercultural. Esos, nosotros los pequeñitos con experimentos e ilusiones, nos quebramos. Los grandes de la tecnología, de la economía, de los mono y oligopolios, los grandes medios, los grandes del entretenimiento, los grandes de la cultura... aguantan. Tienen el capital. Dominan el mercado. Bienvenidos a la unicultura. Los pequeños, independientes y disidentes; los que buscaban la belleza, jugaban a las ideas, imaginaban humanismos... esos desaparecerán. Y los dinosaurios no desaparecerán.

Los inteligentes. Hay muchos muy inteligentes pensando. Unos dicen vivamos sin tecnologías digitales, sin celulares, sin conexiones, sin redes: regresemos o reinventemos desde y en lo humano. ¿De verdad, él o ella lo van a hacer para dar el ejemplo? ¿Humanamente les podemos pedir el sacrificio a los de abajo, otra vez? Otros dicen que esto es el fracaso del capitalismo (que lo es) y piden otra matriz productiva. ¿De verdad? ¿Alguien los oye, alguien del poder se entera? ¿A quién hablan? ¿Y cómo es esa matriz productiva otra?, ¿nos hará felices a todos, o solo a los biempensantes clasedieros con contrato académico o editorial asegurado? Otros proponen «abrazar nuestra vulnerabilidad». Y es verdad, abracémosla, pero con empleo, vivienda digna, salud, educación, agua y vida; primero lo primero. Otra vez los que hablamos desde el privilegio pidiéndoles a los otros que hagan lo imposible. Para lo fácil, nosotros los que habitamos el privilegio.

La virtualidad es un mito. Los vendeuhúmos de tecnología nos prometieron esta vida en cuadritos y desde casa, y se imaginaron un mundo feliz sin derechos laborales, sin jornadas de trabajo, con productividad al máximo, donde cada uno es un empresario, un emprendedor y un innovador. Y eso fue comprado en el mundo mundial por

derechas e izquierdas. Pues, esta cosa lo logró. Y fuimos y vimos y no nos gustó. El chamullo que más se cayó fue el de la educación, que decía que los jóvenes vivían en mundos digitales de redes, aplicaciones y videojuegos. Y que allí había que educar. Y fuimos y nos dimos cuenta de que los nativos digitales habitan su mar para su vida íntima, para divertirse y ritualizar sus subjetividades, no para educarse. Para eso, prefieren eso viejo llamado escuela, colegio, universidad: eso jurásico llamado encuentros, cuerpos, joda, baile, sexo, música, drogas y amistad. Volvimos a recordar que a los niños, adolescentes, jóvenes y mayores les gusta ir a esos sitios jurásicos, pero no les gusta entrar a clase. Eureka, la educación es socialización, encuentro, rituales... no educación virtual. La época educativa es para vivirla a *full* y marcar el cuerpo, no para estudiar. Estudiar es el peaje. Y así ha sido siempre.

Se cayó el internet. Solo nos quedamos nosotros, la guerra, si hay, es contra uno, contra el ciudadano... Y desde abajo y con la gente y en el territorio podremos rebelarnos e inmunizarnos ante el sistema porque, como dice Patricia, el virus es el sistema. Los cuadritos pueden seguir. Ud. los puede escribir. Y serán mejores. Y es que no sabemos. O mejor, lo que sabemos lo sabemos entre todos.

Referencias

- Baricco, A. (16 de marzo de 2020). En A. Baricco y J. Carrión, *Humanidad aumentada*. CCCB. [Archivo de video]. <https://www.cccb.org/es/multimedia/videos/alessandro-baricco-y-jorge-carrion/233356>
- Caparrós, M. (5 de abril de 2020). Viruses, marzo 31. *Revista de la Universidad de México, Especial: Diario de la pandemia*. <https://www.revistadelauniversidad.mx/articulos/4d2731f3-3b24-46a1-9cff-8866b16bdof4/viruses-marzo-31>
- Carrión, J. (26 de abril de 2020). Cómo seguir siendo ciudadanos del mundo. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/es/2020/04/26/espanol/opinion/coronavirus-paciencia.html>

VIDAS APANTALLADAS ANTE UNA PANDEMIA EN STREAMING GLOBAL

Daniel H. Cabrera (Zaragoza, España)

Un fantasma viral recorre el mundo y, por primera vez en la historia de la humanidad, se lo transmite en vivo y en directo. Como si se tratara de un evento deportivo mundial, la gripe sucede al instante y en exclusiva en todos los medios del planeta. La transmisión se caracteriza por las cifras y los listados. Números de confinados (casi media humanidad), de contagiados, internados, muertos, de hospitales, mascarillas y camas. Listados de países, de síntomas, de medidas gubernamentales. Datos y visualizaciones que estimulan la ansiedad de los espectadores confinados indefinidamente.

Confinar, de *con-finis*, se refiere al límite común de un terreno, es decir, se refiere a la vecindad. Confinamiento significa marcar una línea que separa pero que, por eso mismo, también une. La línea señala el encierro, lo privado, o sea, lo que se priva, lo que despoja de los otros. El confinamiento de estos días nos privatiza de estar corporalmente con otros. De los espacios comunes, de los bares, de las terrazas de primavera en el hemisferio norte, del sol de los parques en el otoño del Sur y, sobre todo, de los besos y abrazos de los que amamos. Sin embargo, a una mayoría no los ha llevado al aislamiento (convertirnos en islas) porque había otro modo de encontrarse: redes sociales digitales, *streaming*, teletrabajo, educación *online*. Allí nos encontramos, dialogamos, escuchamos conciertos, visitamos museos, jugamos y vemos películas.

La pandemia está demarcando de manera profiláctica el espacio de las interacciones corporales y el espacio de las interacciones apantalladas, es decir, relaciones protegidas por las pantallas (de móviles, *tablets*, ordenadores y televisores). Después de años de discursos antidispositivos electrónicos, parece que las pantallas se han revelado como un modo saludable de interacción para el trabajo, la educación, el entretenimiento y la comunicación. Estamos sobreviviendo mediante la demarcación

de la línea que separa y segrega los nuevos espacios digitales. Millones de usuarios en todo el mundo arrojados a la piscina digital están aprendiendo y experimentando la vida apantallada. Cuando la tormenta pase y se retiren las aguas del diluvio quedará una sociedad fuertemente mediatizada y, con seguridad, los agentes económicos aprovecharán para apostar de manera definitiva por el trabajo, la educación y el entretenimiento «tele» (a distancia), «móvil» (deslocalizado), «online» (mediante redes) y «digital» (con lenguaje de *software*).

La demarcación entre el peligroso afuera de la interacción corporal y el adentro seguro de la interacción apantallada parece que no está siendo suficiente. Hace falta una sensación de gentes vecinadas y parece que ese es el principal efecto del reconocimiento a los sanitarios. Mientras aplaudimos a los sanitarios nos afirmamos como comunidad. Los balcones se han convertido en espacios de reivindicación de la presencia física de las gentes. Un testimonio de la corporalidad frente a las proyecciones lumínicas de las pantallas. Balcones transformados en espacio público o, como diría H. Arendt, en espacios de aparición en medio de la oscuridad de la amenaza.

La demarcación entre la interacción corporal y la apantallada tiene entre sus puntos débiles la desigualdad dentro de las sociedades y la desigualdad entre regiones del norte-sur global. Mientras en Europa el acceso a internet parece disponible para todos, en Latinoamérica una familia destina en torno al 10 % de sus ingresos mensuales a los gastos de conectividad. La tecnología capitalista es colonizadora y solo puede instalarse de manera sostenible con la participación y mediación de un Estado social fuerte. Justamente uno de los aprendizajes políticos de estos días es la necesidad de un Estado responsable de sus ciudadanos frente a los intereses del mercado. Con todas las improvisaciones, ensayos y errores, el Estado es mucho más eficaz, eficiente y justo que la mano invisible privatizadora y neoliberal.

Otra situación increíble de una humanidad confinada es que está produciendo una ingente cantidad de datos para empresas privadas y gobiernos. Datos producidos por las aplicaciones, las webs, las redes sociales, las plataformas. Todos los ciudadanos producen información digital cada vez que buscan y eligen una película, que dan «me gusta», que entran y navegan en una aplicación o una página web; se envían datos durante todo el recorrido como si transmitieran un videojuego en el que el usuario camina por los laberintos de sus opciones; se generan datos cuando se sale con el móvil por la calle (aunque esté apagado el GPS), datos de los horarios en que se producen las conexiones, con qué páginas/aplicaciones, personas y geograffias se producen los intercambios. La pandemia ha logrado que millones de ciudadanos del mundo, los que pueden, funcionen como ratas encerradas produciendo una inmensidad de información totalmente gratuita para, por ejemplo, Google, Amazon, Facebook (e Instagram), Apple y Netflix.

La producción de datos revela el hecho de que entre «los servicios esenciales» de las sociedades, los gobiernos han puesto a las telecomunicaciones y las redes informáticas, reconociendo que el servicio de internet es esencial, como la electricidad, como el agua. Plantearse que los soportes y transmisores (cables, fibras ópticas, satélites) son esenciales lleva a plantearse la comunicación, también la digital, como un derecho para todos.

El estado de excepción que implica una cuarentena llama la atención sobre una ética del cuidado del otro. El confinamiento pone de relieve el cuidarnos y el cuidar a los otros. Aun así, como en toda nueva demarcación queda un afuera: las víctimas de violencia de género, los ancianos, los pobres, los enfermos. No es fácil imaginar el cuidado de las mujeres que están encerradas con un maltratador ni la protección del caminar de los que no tienen casa, o cuya casa es una chabola sin servicios, o de los que no tienen seguro médico. Sin embargo, la situación más simbólica de la necesidad del cuidado del otro son los miles de ancianos que estos días mueren en soledad. Ellos sí, aislados. Solos. Sin una mano que les dé el último apretón familiar para acompañarlos en su despedida. Las pantallas no llegan, no llegaron a cubrirlos.

Confinar también se relaciona con «afinidad», el afín, el que comparte límites, sentimientos, pareceres. La pantalla tiene un riesgo muy peligroso: la falta de empatía. Que se nos caiga una lágrima por ver a los niños que mueren de hambre o por los inmigrantes ahogados en el Mediterráneo no significa hacer algo por ellos. La empatía pertenece al orden de la corporalidad y será un desafío poder desarrollarla en el nuevo mundo mediatizado que se consolida definitivamente con esta pandemia. La capacidad de identificarse con alguien y compartir sus sentimientos necesita interacción corporal, gestos y miradas, tonos y escucha, olfato y olores, abrazos y tacto, el gusto y los besos. La empatía es irrupción rítmica de lo real, del latido, de la respiración, de los pasos. En una conversación cara a cara, todo el otro habla con todo mi ser. La conversación nos presenta vulnerables. Como dice S. Turkle, cuando estamos plenamente presentes ante otros aprendemos a escuchar y a conversar espontáneamente sin objetivos que alcanzar, solo por el gozo del encuentro, de la escucha y del ser escuchado. Sin contagio no hay empatía. Estar conectados —a través de las redes técnicas— no es estar implicados en las vidas de los otros.

¿NOS ZOOMEAMOS UN CAFÉ? O LA ZOOMIZACIÓN DE NUESTRAS VIDAS¹

Rodrigo Browne (Valdivia, Chile)

Hoy, a comienzos de 2020, cuando el fantasma de la pandemia no respeta ni credos ni cultos ni límites estado-nacionales, estamos reducidos a los abrazos y besos no presenciales, a través de nuevos y variados dispositivos que —hace dos semanas— la gran mayoría de las ciudadanías desconocían y ahora se tornan en el único mecanismo para poder hablar entre pares, hacer reuniones de trabajo, de amistad, e incluso juntarse a tomar algo desde la fría distancia de las pantallas encendidas.

Zoom, tal vez una de las más populares de estas herramientas, ha llegado a transformarse en un culto al encuentro virtual, a la única posibilidad de sentar a amigos y colegas en una mesa que no se comparte, si no es a través de la cámara y el micrófono del computador. Es que sin computador —y sin mediación tecnológica— no hay comunicación. Sin buena conexión no hay, por ejemplo, docencia y sin educación no hay país que crezca: ¿qué hacer? ¿Cómo, de un zuécate, voltear nuestras estructuras sociales, públicas y privadas, nuestras vidas en formatos de relaciones e interrelaciones remotas?

Cuánto dejamos de decir si comunicamos sentados frente a una cámara, a medio cuerpo, sin percibir *in situ* la base proxémica del con quién estamos hablando. Con este filtro, cuánto se pierde en gestos, tonos, voces y formas propias de las tradiciones fundamentales del hacer contacto entre personas, sobre todo si lo pensamos desde la calidez originaria de los pueblos latinos. Abrazos, besos y cariños se licuan en las nuevas reglas impuestas por el covid-19 y quedan enredados entre las corrientes emitidas por unos ya imprescindibles computadores o dispositivos que hacen posible esta nueva forma —porque ya no hay otra— de comunicar.

¹ Este artículo fue publicado en *El Mostrador*. <https://qoshe.com/el-mostrador-cl/rodrigo-browne-saratori/nos-zoomeamos-un-caf-o-la-zoomizacin-de-nuestras-vidas/70426967>

Tal vez, este sea el paso ya anunciado de la información a la informatización, al dispositivo tecnológico como centro del aparato comunicacional, con los pros y los contras que ello implica y con la rogativa que pide quedarnos en casa, reduciéndonos al verse no presencialmente con la misma normalidad, a la larga, como si se tratase de la proximidad más común y corriente.

Sin querer caer en las lógicas de los acérrimos apocalípticos e integrados y sin querer dejar de agudizar la necesidad que tenemos de quedarnos en casa, ¿qué pasaría si las nuevas tecnologías no hubiesen irrumpido en nuestras vidas? Quizá, lo mismo que en otros tiempos de guerras y pandemias: la gente en casa, sin comunicación externa y solo limitándose a la más pura soledad o al mínimo del núcleo familiar.

Ahora, a poco de tener el virus entre nosotros, Zoom —entre otros programas de similares características— se torna en la «panacea» de las comunicaciones en tiempos de corona(ción), transformándose en la herramienta no presencial que nos permite hablar —eso—, algo tan sencillo como era primariamente comunicarse entre personas: NOS PERMITE HABLAR.

La «zoomización» de las relaciones es imprescindible para que los amigos sigan siendo amigos, las familias lejanas puedan seguir en contacto y para achicar el mundo en un momento en que ya no se puede salir a las calles. Nunca la técnica y la tecnología estuvieron tan presentes —con carácter de indispensables— en nuestras vidas. Antes no conocíamos Zoom, ahora comienza a convertirse en un verbo: ¿nos zoomeamos un café?

Primero, cuando la paranoia provocada por la pandemia aún no ensuciaba nuestras normalidades, éramos libres, pero no teníamos acceso al mundo. Ahora, desde nuestras pantallas, podemos acceder a él, pero sin salir de casa —«ni a la vuelta de la esquina»—, solo desde el metro cuadrado de nuestros escritorios (escritorios, por supuesto, físicos y virtuales).

AMORES QUE MATAN, VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES EN TIEMPOS DE CONTAGIO¹

Aura Isabel Mora (Bogotá, Colombia)

*Y maldigo la suerte de amarte a muerte, y no tenerte conmigo...
Amor que enloquece, que asfixia y que hiere.
Amor que desgarrar el cuerpo y el alma, amor que no duerme ni cesa ni muere.
Amor que mata. Amor que se mete profundo en la mente.
Que quita la calma, la risa y el habla, amor que quiere y no puede tenerse.
Amor que mata, amor que mata.
Álvaro Torres*

Como en la canción, hay amores que enloquecen, asfixian, hieren y desgarran. Amores que terminan en graves violencias contra las mujeres. Y ahora, en tiempos de la pandemia que ha obligado a las familias a quedarse en sus casas, estos amores virulentos tienen un caldo de cultivo donde prosperar. Al poco tiempo de iniciar el aislamiento, el 25 de marzo en Cartagena, un hombre mata a su esposa, a su suegra y a su cuñada.

En Colombia el Observatorio de Femicidios anunció que van 130 femicidios durante este año. De estos, se estima que 82 han sido cometidos durante la cuarentena por el contagio de coronavirus, es decir, pertenecen a la estadística de femicidios perpetrados entre el 20 de marzo y el 15 de mayo de 2020. Estas estadísticas demuestran que estos hechos han aumentado por la situación de aislamiento social.

La Mesa del Movimiento Social de las Mujeres argumentó que el hecho del 25 de marzo fue un femicidio y alertó a la Alcaldía de Cartagena sobre el problema de la violencia intrafamiliar durante el aislamiento social y la urgencia de generar una

¹ Este artículo fue publicado en *EcuRed*. <https://www.alterativa.com/2020/04/10/amores-que-matan-violencia-contra-las-mujeres/>

solución, ya que a esa fecha no se contaba con una estrategia de protección para las mujeres y menores que quedan en indefensión frente a esposos y padres agresivos y violentos.

Esa misma semana, en el departamento del Cesar, el esposo de Katy Jhoanna Ariza, Eder Moreno, la mata a puñaladas:

La encontré en la casa con un muchacho hablando, muy cerquita y me dijo que era un amigo. No presté atención. En la noche me dijo que si no iba a hacer el mandado que tenía pendiente. Como regresé enseguida, la encontré besándose con el pelao² ahí, en la misma casa. Entonces nos fuimos a discusión hasta que cometí el error.

«Error» llama este marido celoso al asesinato de su compañera sentimental y lo justifica con el hecho de haberla sorprendido besándose con otro. Katy tenía treinta y dos años y tres hijos. Cuentan los vecinos que su cuerpo yacía en la mecedora de la sala, una imagen que representa el machismo colombiano.

Ya en ese mismo departamento se habían cometido otros dos feminicidios por celos en lo que iba del año. El 10 de enero Marelis Yudith Bueno Castro recibió trece puñaladas de su compañero sentimental, Julio Rodríguez, y Yuleivis Esther Rojas Pérez murió a manos de su pareja el 14 de enero. Según el diario virtual *El Pílon*, de Valledupar, al finalizar 2019, Doris María Cortes, María Claudia de la Rosa Estada, Amadis Esther Bedoya, Angie Paola Castilla Oliveros y Doglys Palmas habían sido asesinadas por sus esposos.

En Cali, en el departamento del Valle del Cauca, en plena cuarentena de coronavirus, y aunque no fue identificado como crimen pasional, fue hallada sin vida Matsuri Jaramillo Pardo, de veinticuatro años, en una cancha de fútbol del barrio San Judas. En esta misma ciudad, Mariluz Andrade Quintero, de veintisiete, fue asesinada a puñaladas por su compañero al interior de su vivienda después de una escena de celos. En el barrio Combeima de Ibagué, capital del departamento del Tolima, un hombre mató a su pareja sentimental en medio de un caso de violencia intrafamiliar. En el departamento de Córdoba, recién iniciada la etapa de aislamiento, Diofanor de Jesús Rondón Rodas mató a Sofía Córdoba Vasco, de tan solo trece años. El asesino fue capturado y acusado de feminicidio agravado. A pesar de que tenía en su contra siete sentencias condenatorias por delitos sexuales violentos, andaba libre.

En muchos casos, el rol de hombre conlleva varias caracterizaciones que son siempre imaginarios culturales. En primer lugar, la heterosexualidad, que crea diferencias conceptuales y de jerarquía con lo femenino y con lo afeminado; en segundo

2 Inflexión del término «pelado», que significa muchacho.

lugar, la fuerza, que se ve como ímpetu, agresividad o violencia, y genera otros imaginarios, como que es deseable a la hora de conquistar a una mujer y legítima para relacionarse con ella, lo que deviene en que el «rol de hombre» resulta siendo un «rol de macho». Durante la cuarentena las denuncias demuestran que las niñas tienen más peso de trabajo doméstico que los niños y que son ellas las que enfrentan mayores agresiones en la familia colombiana.

Dentro de la práctica machista en Colombia, la relación de poder en las parejas y las familias se da tal como los hombres, y también las mujeres, la han aprendido en y del sistema patriarcal, fruto de la moral judeocristiana impuesta por el Imperio romano en el continente que habría de invadir los confines de estas tierras. Esta incluye las atávicas prácticas de las religiones abrahámicas que consideran a la mujer como objeto o como ser inferior y, por su puesto, legitiman su apropiación por parte del hombre, a quien se tiene como sujeto de derechos, en especial, el de ser dueño de todas las cosas que pueda adquirir. El ejercicio de este derecho es considerado una parte fundamental de la hombría, razón por la cual el hecho de que ellas rompan la relación o sean infieles es visto como una vulneración a la masculinidad; de ahí que, culturalmente, los celos sean vistos como una manifestación romántica y las agresiones por esta causa como legítimas formas de mantener el *statu quo* y el orden natural de las cosas. Consecuentemente, cuando estas agresiones derivan en tragedia, un feminicidio será un «error» o, en el peor de los casos, una reivindicación de los privilegios de género de los hombres.

Como se dijo, el rol de hombre o de macho y las caracterizaciones que conlleva implican ciertos privilegios que son admitidos en esta sociedad como normales y naturales. El goce de libertades sexuales y comportamentales que de ordinario detentan los hombres es un rezago de prácticas coloniales que aún se materializan con violencias de género de toda clase y atraviesan el cuerpo, la mente, el espíritu y la sexualidad de las mujeres.

En cuanto al aumento de feminicidios durante la cuarentena, la experta en género y militante feminista Juana Ochoa plantea que no es que antes el número haya sido menor, sino que con el aislamiento social aumenta la visibilización de lo que, en realidad, viene pasando en la cotidianidad de una gran parte de las mujeres en Colombia. Desafortunadamente, en un contexto tan convulsionado, las autoridades no le ponen la atención necesaria al tema de la violencia intrafamiliar. Por otro lado, Ochoa llama la atención en cuanto a que algunos jefes de familia no permiten que las mujeres tengan sus propios proyectos e iniciativas económicas ni que manejen dinero, no las dejan salir, y controlan sus formas de vestir, de hablar y de relacionarse, situaciones que se agravan con el encierro generado por la cuarentena.

Si bien aún no existen estudios sobre el tema concreto del maltrato durante la pandemia, es evidente que la combinación de presiones económicas materializadas en carencia social y agravadas por las restricciones del aislamiento aumentan drásticamente el número de niñas y mujeres que son víctimas de abusos.

Desde el inicio de la cuarentena obligatoria, el movimiento social de las feministas realizó un llamado por todos los medios sobre la necesidad de una medida de atención para las mujeres que, para minimizar el riesgo de contagio, serían confinadas en viviendas donde se maximiza el riesgo de padecer la violencia machista de sus maridos. Solo al entrar en vigencia el simulacro de cuarentena la línea de emergencias recibió 1619 llamadas de denuncia por agresión a mujeres.

La Línea Púrpura, línea telefónica de emergencias implementada en 2015 por la Alcaldía de Bogotá para recibir denuncias de violencia intrafamiliar y de género, como una estrategia de la Secretaría Distrital de la Mujer y de la Secretaría Distrital de Salud, se trataba inicialmente de mujeres que escuchaban a mujeres. Ahora, en tiempos de coronavirus, ha servido para atender a las mujeres en riesgo de violencia. Según sus estadísticas, durante la cuarentena las denuncias de violencia contra la mujer se incrementaron en un 79 %. Más de quince mil casos de violencia intrafamiliar se han registrado en lo que va de 2020, pero el confinamiento parece haber provocado un riesgo mayor.

El aislamiento por la pandemia ha sacado a la superficie el riesgo que implica vivir en la misma casa con un esposo o familiar propenso y proclive a la violencia intrafamiliar, en un país en el que la cifra de muertes por el coronavirus y las cifras de muertes por otras causas, como la violencia de género (o la violencia estatal contra líderes sociales), están demostrando que, en Colombia, ni siquiera un peligroso virus que ya es pandemia a nivel mundial es tan letal como los asesinos con los que contamos en el país.

LA CULTURA Y LA TECNOLOGÍA EN TIEMPOS DE COVID-19

Paola González Salas (Temuco, Chile)

Abrumadores han sido los últimos meses en medio de una situación que difícilmente podríamos haber imaginado un tiempo atrás y, aunque intentamos concretizar una «nueva realidad» o una «nueva vida», esto se vuelve cuesta arriba con las planificaciones, los horarios, la familia y las reuniones, todo en un mismo lugar que es la comodidad o incomodidad de nuestras casas.

En esta nueva experiencia mundial de vida, todos han intentado buscar formas que alivianen un poco el paso del tiempo de confinamiento. Y es que, en esta situación, nadie ha quedado ajeno al efecto bombardeante de las noticias, imágenes, memes y virales que llegan a cada segundo hasta nuestros dispositivos móviles. La velocidad con la que nos enteramos de eventos que suceden al otro lado del mundo jamás habría sido posible sin los avances tecnológicos de hoy en día. La pandemia se hubiera vivido de forma muy distinta sin ellos.

Aquí es donde la cultura, en todos sus ámbitos, ha tenido un rol fundamental a la hora de «distraernos» mientras estamos reclusos en nuestros hogares. Ya hemos visto como cientos de personas han mostrado su talento en los balcones con grandes obras de ópera y otros con sus ensambles musicales, pero existe otra ventana que se ha abierto y potenciado durante este tiempo de pandemia: el vínculo de la cultura con la tecnología, que ha encontrado una nueva ruta para llegar más allá. Me refiero al importante avance en la apertura de los museos, el teatro y la radio, que han encontrado nuevos caminos para hacerle frente al distanciamiento social y el confinamiento.

El consumo cultural a través de medios tecnológicos ha crecido de forma exponencial desde el inicio de la pandemia y nos podría hacer reflexionar sobre la enorme

importancia que tiene la tecnología para nuestro desarrollo cultural en situaciones como la que atravesamos.

Muchos son los museos que han abierto sus «puertas digitales» y han volcado sus exposiciones hacia recorridos virtuales e interactivos, tendencia que venía implementándose desde hacía un tiempo, pero que, por el contexto actual, ha tenido un potente crecimiento. Un avance tecnológico destacado es el del Rijksmuseum de Ámsterdam, donde, sin tener que viajar, podemos ver hasta el último retazo de pincel de Rembrandt. *La ronda de noche* fue escaneada con más de 44 millones de píxeles, una calidad digital nunca antes vista en una obra de arte, para que cualquier persona tenga la oportunidad de analizar hasta el más mínimo detalle.

El teatro es otro proceso cultural que ha tenido que reinventarse y que, gracias a la tecnología, ha podido realizar puestas en escena virtuales, con actuaciones grabadas y transmitidas por redes sociales o a través de plataformas de *streaming*, como Teatrix (similar a Netflix), que si bien ya se había implementado hace un par de años, aumentó drásticamente su cantidad de suscriptores con el confinamiento. Aunque no es lo mismo ver una obra de teatro en vivo que frente a una pantalla, esta nueva experiencia podría abrir grandes oportunidades para repensar el teatro que, como muchas otras disciplinas, se ha visto afectado por el cierre de locales. Estoy convencida de que los creativos del mundo teatral encontrarán más y variadas formas de seguir produciendo arte a través de las nuevas plataformas y dispositivos.

La radio, uno de los medios de comunicación más confiables, se adaptó a los cambios tecnológicos y se expandió por internet con distintos formatos que hoy permiten que cualquier persona pueda convertirse en locutor desde su casa y compartir sus ideas o pensamientos a través de cápsulas llamadas *podcast*. Pero uno de los productos radiales que había desaparecido hace muchos años con la llegada de la televisión, el radioteatro, está regresando en tiempos de pandemia justamente en formato de *podcast* y brindando a las nuevas generaciones la oportunidad de volver a imaginar y emocionarse con diferentes historias a través del audio. En Chile, la Radio Súbela (que funciona completamente *online*) comenzó a ofrecer capítulos de radioteatro desde el inicio de la pandemia que se encuentran disponibles en su web.¹ De esta forma, un producto radial que creíamos extinto o de propiedad de nuestros padres y abuelos regresa a nosotros para alimentarnos la imaginación y el espíritu inquieto.

Son tiempos sumamente distintos en los que vivimos una experiencia que nos volcó de golpe nuestros planes y rutinas y que intentamos de alguna forma superar o normalizar. La cultura y la tecnología están más cerca que nunca y quizá son más necesarias que antes. Están más visibles y más presentes porque, a pesar de que la

1 lavidadelosotros.subela.cl

situación es sumamente compleja, siempre buscamos la forma de ocupar nuestros tiempos muertos o de relajar nuestros sentidos y emociones que, debido al exceso de malas noticias, a ratos parecieran resquebrajarse.

En tiempos de covid-19, en tiempos complejos y convulsionados por la enfermedad y por el estrés del confinamiento, cuando la incertidumbre del mañana se agolpa a diario, creo importante reflexionar sobre cómo la cultura y la tecnología han visto ampliadas sus redes y, de paso, cómo nos han brindado su «compañía». Y es que, insisto, la pandemia se hubiera vivido de forma muy distinta si no tuviéramos los alcances tecnológicos actuales. La cultura se vive y se disfruta de manera distinta, pero no menos potente. Creo que es el momento ideal para repensar las formas de expresión cultural a través de la tecnología y en todas las posibilidades que pueden tener. En estos momentos en que nos vemos obligados a bajar las revoluciones de nuestras vidas, es bueno volver la vista hacia donde quizá antes no poníamos mucha atención, y descubrir nuevas y bellas formas de aprender y disfrutar la cultura. Quédate en casa.

LA DISPUTA POR LAS NARRATIVAS SOBRE LA PANDEMIA DE COVID-19 EN MÉXICO

Magdalena Sofía Paláu Cardona (Guadalajara, México)

El contexto

La pandemia en México, como en todos los países del mundo, llegó como un elemento avasallador a contextos preexistentes. La primera persona diagnosticada con covid-19 se presentó a fines de febrero de 2020, a quince meses de un cambio significativo en la presidencia de la república. Desde la década de los ochenta del siglo pasado los sucesivos gobiernos federales mexicanos apostaron por un modelo de país apegado a los principios del neoliberalismo. Con la llegada de Andrés Manuel López Obrador a la presidencia, en diciembre de 2018, el discurso y las acciones de gobierno cambiaron y se centraron en un proyecto social que privilegió las políticas públicas de entrega de recursos a los sectores más vulnerables de la población y en la lucha contra la corrupción. Este proyecto se autodenominó «cuarta transformación». En este contexto emergieron campañas comunicacionales que criticaron fuertemente muchas de las decisiones importantes que se tomaron desde el Gobierno federal: la cancelación del proyecto del aeropuerto en Texcoco, y la construcción de una refinería en Dos Bocas, Tabasco, y del tren maya en la península de Yucatán, entre otras.

Al producirse la pandemia, el entorno comunicacional mexicano, polarizado desde la campaña presidencial, estaba centrado en el debate sobre la venta y luego la rifa del avión presidencial. Un avión excesivamente lujoso y costoso que se había comprado en administraciones previas y al que fue imposible encontrarle comprador. La rifa buscaba, desde la presidencia, visibilizar lo absurdo de tener un avión de esas características en un país con la mitad de la población sumida en la pobreza. Sin embargo, la forma en la que el Gobierno propuso «deshacerse» del avión, a través de una rifa en la que el premio no era el avión, sino el monto equivalente a su valor, resultó ser una farsa ridícula,

que generó una serie de descalificaciones y burlas a través de las redes sociodigitales. Ese era uno de los temas en el debate público cuando llegó la pandemia. El ambiente polarizado y una campaña de críticas hacia el Gobierno federal eran palpables.

Aunque el tema de la pandemia comenzó a estar presente en la agenda pública desde fines de febrero, el tema de las mujeres logró colocarse en el centro de la agenda comunicacional. El 8 de marzo hubo una gran movilización de mujeres en manifestaciones que sucedieron en diversas ciudades del país y el lunes 9 un paro nacional denominado #UnDiaSinNosotras logró que el 60 % de las mujeres del país no acudieran a sus actividades cotidianas.

Sin embargo, la pandemia se transformó muy rápidamente en el tema central de la agenda pública nacional, cuando el Gobierno federal anunció la Jornada Nacional de Sana Distancia, que implicó el cierre de actividades educativas, recreativas y económicas no esenciales y se hizo un llamado general a permanecer en los espacios privados a través de la campaña #QuedateEnCasa.

En los primeros días de marzo la pandemia se tomó la agenda pública. Los ataques y las críticas contra el Gobierno federal se desdibujaron y diluyeron, probablemente ante el pasmo de una serie de acontecimientos que no se habían experimentado previamente. La pandemia operó como un elemento disruptivo en el entorno comunicacional y dejó en silencio, por un breve lapso, tanto a los seguidores de la cuarta transformación como a sus opositores. Ese silencio duró solo unos pocos días, como veremos más adelante.

El sistema de comunicación política

Si definimos la comunicación política, siguiendo a Juan Larrosa-Fuentes (2017), como «una práctica humana en la que dos o más individuos intercambian formas simbólicas con el propósito de estructurar, reproducir y controlar el poder político» (p. 33), y utilizamos como herramienta interpretativa el concepto «sistema de comunicación política» para analizar la coyuntura de la pandemia, podemos preguntarnos: ¿qué individuos participan de este sistema?, ¿qué formas simbólicas intercambian?, ¿a través de qué plataformas? y ¿con qué resultados? Resulta imposible, en un texto breve como este, desarrollar un análisis completo. Sin embargo, se pueden delinear aquellos elementos del sistema a los que habrá que poner atención. Señalo a continuación solo algunos:

Actores: el Gobierno federal (el vocero del Comité Hugo López-Gatell; el presidente de la república, Andrés Manuel López Obrador; los miembros del Comité Nacional de Seguridad en Salud; el Consejo Nacional de Salud), los periodistas, los grupos empresariales, los medios de comunicación, las organizaciones de la sociedad civil, los gobernadores de los estados y los ciudadanos.

Plataformas: las plataformas utilizadas por los actores señalados en el párrafo anterior son múltiples y cada una de ellas forma parte del sistema. Entre las más destacadas se encuentran el cara a cara entre el vocero y los periodistas que acuden a las ruedas de prensa; los sitios web de cada uno de los actores; las redes sociodigitales como Facebook, Twitter e Instagram, a través de las cuales hacen circular diversas formas simbólicas; la televisión; la radio; los sitios informativos de internet, y los medios informativos impresos.

Estrategias: es el modo en que cada uno de los actores interviene en el sistema para lograr los propósitos u objetivos que responden a sus intereses. En el apartado siguiente presento, como ejemplo, la síntesis de la estrategia utilizada por el Gobierno federal. Habría que desarrollar, en el nivel descriptivo primero y analítico después, una explicación de las estrategias de cada uno de los actores que forman parte de este sistema.

Temas: las formas simbólicas intercambiadas abordan, recurrentemente, temas a través de los cuales algunos actores informan y otros cuestionan la gestión de la epidemia. Algunos de estos temas presentes en la agenda pública en México y en otros países son: si se realizan oportunamente las acciones pertinentes, si las pruebas para detectar casos son suficientes para conocer la realidad de la epidemia en el país, si hay o no liderazgo claro, si hay o no ocultamiento de información sobre defunciones, si hay o no suficientes equipos de protección individual para el personal médico, si se atiende o no de forma adecuada a las familias de pacientes, si se informa correctamente sobre la ocupación hospitalaria, y si las decisiones en torno a la reactivación económica son las adecuadas.

La estrategia comunicacional del Gobierno mexicano sobre la pandemia

En las siguientes líneas se presenta un ejemplo de descripción analítica de las estrategias comunicacionales que siguen los actores que concurren en el sistema de comunicación política en este momento histórico.

La estrategia que el Gobierno mexicano implementó en la coyuntura de la pandemia tiene como eje vertebrador un sitio en internet en el que se concentra toda la información sobre covid-19 y una rueda de prensa diaria, emitida desde el Palacio Nacional, en la Ciudad de México. Todos los días, a las siete de la tarde en punto, el subsecretario Hugo López-Gatell, que ha ejercido como vocero del Comité Nacional de Seguridad en Salud, conformado a raíz de la epidemia, preside la entrega de información actualizada frente a los periodistas. Además, las conferencias de prensa se transmiten en diversas plataformas de internet y por televisión abierta.

Las ruedas de prensa, que comenzaron el 27 de febrero, están organizadas en diversos momentos de acuerdo con las fases de la pandemia. El contenido de las conferencias, en términos generales, ha sido el siguiente:

Fase 1: presentación de información sobre el proceso de preparación que ha realizado el Gobierno en torno a la pandemia, información actualizada del avance de contagios, explicación de los sistemas de monitoreo y control, explicación de los escenarios pre-visibles a causa de la enfermedad, estrategias de mitigación y recomendaciones a la población.

Fase 2: información sobre la Jornada Nacional de Sana Distancia, indicaciones precisas para evitar el contagio, información actualizada del avance de contagios y defunciones, y algún otro tema que responde a coyunturas específicas o a necesidades de información para la población general, como salud mental, asuntos de género y reconversión hospitalaria.

Fase 3: calendario de la Jornada Nacional de Sana Distancia, información actualizada del avance de contagios y defunciones, información actualizada de la ocupación hospitalaria, información semanal sobre la movilidad de las personas y algún otro tema que responde a coyunturas específicas o a necesidades de información para la población en general, como salud mental, asuntos de género, Día del Niño y Día de las Madres.

Asimismo, los martes de cada semana el subsecretario está presente en la conferencia matutina del presidente y ofrece información en un segmento al que se le ha denominado *El pulso de la salud*.

Otro elemento, complementario de la estrategia, han sido videos que responden puntualmente a momentos críticos, como el publicado por el presidente para ofrecer su apoyo al subsecretario ante el llamado de una televisora nacional a no escuchar ni creer lo que se informa en las conferencias de prensa o el del subsecretario para contrarrestar la publicación en diarios internacionales de notas que señalaron que se ocultaba información respecto del número de defunciones, así como videos presentados en las mismas conferencias de prensa vespertinas para abordar temas como las agresiones contra el personal médico o la atención e información a los familiares de los pacientes.

Por último, como parte de la estrategia comunicacional del Gobierno federal, en los momentos más álgidos de la crítica contra la forma en que se ha gestionado la pandemia, el subsecretario López-Gatell ha concedido entrevistas a diversos medios nacionales e internacionales.

Proyectos de país en disputa

Un análisis completo, desde la perspectiva de la comunicación política, queda como tarea pendiente. Sin embargo, es posible reconocer que hay una clara disputa por las narrativas sobre la pandemia en México. El momento excepcional que se desarrolla en estos días, a causa del covid-19, visibiliza la operación del sistema de comunicación

política, a sus actores centrales, las plataformas y estrategias que utilizan, así como la variedad de temas a través de los cuales cada uno pretende que los ciudadanos comprendan los sucesos y actúen. Desde el Gobierno federal se han tomado decisiones y se ha elaborado un discurso que busca presentar una gestión eficiente, técnica y científica de la crisis sanitaria y económica, a partir de lo que el Comité Nacional de Seguridad en Salud decide. Esto ha modificado sustancialmente las formas de proceder de administraciones anteriores, en las que las decisiones en casos semejantes (epidemia de AH1N1 en 2009) fueron tomadas siguiendo algunos intereses económicos y políticos de grupos situados en la parte superior de la pirámide social, mientras que el Gobierno actual lo hace desde los parámetros científicos de los que dispone y, al menos en el discurso, buscando el beneficio de la mayoría.

Esta disputa por las narrativas sobre la pandemia, sobre las acciones que se toman y sobre la información que circula permite ver que la pugna entre dos modelos de país, preexistente a la epidemia, sigue presente en la agenda pública. La situación del covid-19 es solo una coyuntura más que permite que los actores movilicen sus recursos comunicacionales para estructurar y controlar el poder político de modo que favorezca sus intereses. Queda abierta la tarea, para los investigadores, de realizar un análisis más acabado de este sistema de comunicación política.

Referencias

Larrosa-Fuentes, J. S. (2017). The Political Communication Systems Model. En *Communication and the Body Politic: Hillary Clinton's 2016 Presidential Campaign in Philadelphia's Latino Community* (pp. 20-43). Temple University.

VIDEOLLAMADAS, LA PÉRDIDA DE LA INTIMIDAD Y LA FALSA LIBERTAD

Camila Rojas Sánchez (Temuco, Chile)

Llevamos meses de cuarentenas voluntarias u obligatorias y las videollamadas abundan en nuestras vidas, ya sea en el ámbito del trabajo, la familia, los amigos u otro que necesite de este formato de comunicación.

De esta manera, nos hemos percatado de que se abre una puerta a la intimidad y nos cuidamos de no estar en pijama, de que nuestros convivientes no deambulen cerca, de que la casa no se vea desordenada, etc. Así, lo que era nuestro espacio íntimo se vuelca como un espacio público, donde entra todo tipo de personas, incluso quienes jamás pensamos que entrarían a nuestro hogar.

Tanto para Hannah Arendt (2009) como para Jürgen Habermas (1994), nuestra sensación de la realidad depende de la existencia de una esfera pública, pues ahí se manifiesta algo así como un límite de tolerancia que construye los criterios de lo que es apropiado y lo que es inapropiado, de manera que mucho de lo que es públicamente inapropiado queda para el ámbito privado. Y justamente ahí radica el problema principal: ¿qué ocurre cuando el ámbito privado se vuelve público?

Aquí las teorías feministas y las teorías multiculturalistas tienen mucho que decir. Y es que el establecimiento de un modelo universal de «individuo» y del «deber ser» en público no hace más que poner dificultades para que se tengan en cuenta las desigualdades de poder dentro de morales universalistas. Además, fomentar la lealtad de las distintas formas de vida hacia una misma configuración política abstracta, neutral e igualitaria, basada en la resolución de conflictos para buscar un mismo «horizonte interpretativo común» (aprobemático), puede resultar opresivo o discriminador contra grupos que basan sus demandas en una consideración diferencial. Esto, incluso, puede atentar contra las rutinas privadas, pues ese lugar donde antes

eras libre de ser diferente, de no tener reglas impuestas y de ser políticamente incorrecto desaparece frente al boom de las videollamadas, y con ello hay una reconfiguración de los espacios íntimos y públicos.

Estas nuevas formas de telerrelaciones en la sociedad de la información, donde la cultura digital y telepresencial ha tomado el control de la socialización humana, presentan una convergencia del ser social desde el hogar, sin mucho éxito; por lo demás, como señala el cibersicólogo Andrew Franklin (2020), las videollamadas entre varias personas suponen una dificultad para la visión central del cerebro, que es obligado a descodificar a tanta gente al mismo tiempo que no se obtiene nada significativo de nadie, ni siquiera de la persona que habla.

De esta forma, el beneficio de las tecnologías de información y comunicación es asimétrico, porque, como señala Boaventura de Sousa Santos (2013), cada vez se prescinde más de los usuarios, de modo que la interactividad de dichas tecnologías se va deslizando hacia la interpasividad de quienes, históricamente excluidos, no cuentan con tiempo ni espacio para generar o pensar una crítica al sistema en el que se encuentran.

Entonces, la telepresencia y la aparente libertad que nos ofrece se devela como algo más que un instrumento de comunicación. Al someterse al marco de análisis biopolítico aparece como una nueva expresión de lo que Foucault llama la ironía del dispositivo, que nos hace creer que en él reside nuestra liberación, cuando en realidad lo que está provocando es el menoscabo de la voluntad humana.

Referencias

- Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Paidós.
- Franklin, A. (7 de mayo de 2020). En S. Feder, A cyberpsychologist explains why you can't stop staring at yourself on Zoom calls (and everyone else is probably doing the same). *Insider*. <https://www.insider.com/why-you-stare-at-yourself-zoom-calls-psychologist-2020-4>
- Habermas, J. (1994). *Historia y crítica de la opinión pública*. Editorial Gustavo Gili.
- Santos, B. de S. (2013). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. LOM.

UNA PROTECCIÓN ESTÉRIL: POLÍTICAS DE ESTADO EN TORNO A LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN EL CHILE DE LA PANDEMIA

Alicia Rey Arriagada (Concepción, Chile)

Cuando recibí la convocatoria para escribir esta columna, no pude evitar la tentación de googlear el término covid-19. En 0.76 segundos aparecieron cerca de 4 270 000 000 resultados para este nuevo sustantivo que todo el mundo ya identifica. Las páginas arrojaron desde las estadísticas de contagios y muertes en cada región del país, emanadas del Ministerio de Salud, hasta recetas de hierbas medicinales que contribuirían a aliviar algunos síntomas producidos por el virus, pasando por otras informaciones mucho más frívolas, que nutren de consejos estéticos al usuario para verse mejor en las reuniones mantenidas a través de la famosa plataforma Zoom. Por cierto que, en medio de este abanico informativo, también constaté la existencia de varias páginas de carácter mucho más académico, referidas a cómo las medidas de confinamiento y restricción de libertad de movimiento se asocian directamente a los conceptos de biopolítica y biopoder, propuestos por Foucault y que —gracias al covid-19— hoy se actualizan con ejemplos muy concretos. Es que estamos ante la regulación de las conductas del cuerpo de cada uno de los ciudadanos, a partir de ordenanzas gubernamentales claras y directas en pos de «un bien mayor»: la salud pública chilena, asociada, claro está, a otras áreas como la economía y la política. Como soy una mortal más entre muchos y muchas de mis compatriotas, he sido obediente y cambié mi modo de vivir (en realidad, casi no queda de otra). Hace ya más de dos meses mi familia y yo ponemos en práctica los nuevos conceptos que —a estas alturas— más bien parecen parte de un eslogan publicitario: «confinamiento y distanciamiento social». Es más, asumo que este sintagma hasta me viene bien y parece la excusa perfecta para alejarme de algunos/as con quienes debo convivir en situaciones formales y a los cuales ya no saludaré ni de beso ni de mano ni de abrazo,

durante un buen rato. Pero este nuevo modo de habitar también afecta lo doméstico, pues desde casa solicitamos la mayoría de lo que requerimos y trabajamos o más bien (tele) trabajamos desde nuestro hogar. Asumiendo todas las complejidades que conlleva y sin ánimo de caer en cursilerías, yo lo paso bien en mi casa junto a los míos, pues tampoco requiero estar rodeada de mucha gente ni de actividad social permanente. La configuración de mi espacio doméstico se construye como un lugar privado, íntimo, seguro, que permite el cobijo y el resguardo. Pero al pensarme —y con ello hacerme cargo de los privilegios que poseo— pienso también en las mujeres que, obligadas al confinamiento, son víctimas de violencia de género, pues su casa no es un lugar deseado, sino un espacio peligroso, que está lleno de abuso y temor. Ellas representan el 38 % de las mujeres de mi país.

Mientras los expertos de la OMS pronostican que, de seguir las medidas de confinamiento, los casos de violencia doméstica podrían llegar a 31 millones a nivel mundial durante los seis próximos meses, en Chile las estadísticas oficiales (que siempre se quedan cortas) hablan de un aumento del 70 % en las llamadas a números dispuestos para información y orientación en esta materia. Al contrario, la cifra de denuncias formales por violencia al interior de los hogares ha mermado drásticamente. Entre marzo y abril, disminuyó en un 20 % según los datos manejados por la Fiscalía, obviamente producto de las condiciones de cuarentena que impiden el libre tránsito. Por lo mismo, y ante el daño colateral que acarrea el proceso de encierro para muchas mujeres en Chile, el Gobierno —a través del Ministerio de la Mujer y Equidad de Género— lanzó a fines de abril la campaña «Mascarilla 19».

Esta consiste, básicamente, consiste en que la víctima de la agresión (o un tercero en su nombre) acuda a la farmacia más cercana y solicite literalmente una «mascarilla 19». Al escuchar esta contraseña, esta especie de código cifrado, el dependiente debe tomar nota de los datos de la víctima (nombre, rut, número de teléfono, dirección) y comunicarse directamente con Carabineros o llamar a un número de emergencia que entregará «orientación» a la mujer en problemas (aún no me queda claro bajo qué parámetro, el vendedor decide a cuál teléfono llamar). El correlato de lo anterior descansa en una serie de afiches donde se observa una ilustración que representa una especie de niña/mujer con la cara enfundada en una mascarilla que reza: «Mascarilla 19». Lo primero que llamó mi atención fue precisamente el afiche. ¿Por qué el Gobierno, a través del Ministerio de la Mujer y Equidad de Género, decide seguir infantilizando a las mujeres, más aún cuando se trata de problemas sociales tan severos como la violencia de género? Si en el juego de las (re)presentaciones, estas son siempre portadoras de significados y terminan por ser integradas y materializadas en las prácticas sociales y culturales de la ciudadanía, entonces el Estado —como institución de poder productora de discursos— aún no logra asociar a la mujer

con signos correspondientes a la adultez, al menos respecto al tema de la violencia de género. Valga decir que no pasó algo muy diferente con el llamado Plan Nacional de Acción Contra la Violencia hacia las Mujeres del segundo Gobierno de Michelle Bachelet (Moris, 2019), que además utilizaba la imagen de una mujer heterosexual, blanca y de clase media o media baja, dejando fuera a todas las que no cumplieran con dichos requisitos. Como manifiesta Rita Segato (2003), los derechos deben ser mediatizados para generar jurisdicción, pues el derecho es retórico y necesita publicidad. Entonces, es penoso que el Estado financie un tipo de publicidad (social) cuya retórica tiende precisamente a infantilizar a la mujer, negando su existencia como sujeto ciudadano con igualdad de derechos y agencia para decidir.

Si bien durante los meses de pandemia las denuncias por violencia intrafamiliar disminuyeron, se produjo una relación inversamente proporcional, ya que el delito de femicidio frustrado aumentó de cuatro en 2019 a dieciocho en 2020. Entre las descripciones entregadas por el Ministerio Público se cuentan disparos en la cara, intentos de asfixia, heridas con arma blanca e incendios de inmuebles con la mujer encerrada en el interior, por mencionar solo algunos. En Chile, a diferencia de otros países de América Latina, la legislación no reconoce el término feminicidio (Russell, 1992; Lagarde, 1997), ya que optó por el concepto de femicidio, con lo cual se invisibilizan, por ejemplo, los llamados asesinatos seriales cometidos en contra de mujeres mayores o menores de edad. Siguiendo la directriz trazada por Segato (2018), lo anterior reflejaría la dificultad de los juristas de diferentes latitudes en relación con la incorporación y judicialización del término, demostrando «el límite patriarcal de la visión de la Justicia dominante entre los juristas» (p. 147).

Mientras termino de escribir esta columna en la intimidad de mi confinamiento —porque la hora apremia— me pregunto por los resultados estadísticos de la campaña «Mascarilla 19». Nuevamente me sumerjo en la red y en un corto paseo virtual averiguo que el Ministerio de la Mujer y Equidad de Género aún no registra datos oficiales. A cambio, eso sí, me entero de que Ciper Chile se dio a la tarea de investigar en terreno cómo funcionaba esta campaña. Para ello, una periodista acudió a solicitar el ya famoso y —por estos días— más apreciado adminículo a varias farmacias. El resultado no se hizo esperar. La respuesta estándar fue la siguiente: «No, señorita, ni 19 ni de ningún tipo nos quedan».

Referencias

Moris, S. (2019). *Análisis de la representación de la violencia de género configurada en las campañas audiovisuales del Servicio Nacional de la Mujer y Equidad de Género 2014-2017* (tesis de pregrado). Universidad Católica de la Santísima Concepción.

- Lagarde, M. (1997). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia. Cuadernos In-acabados*, (25). Horas y HORAS.
- Russell, D. (1992). Femicidal Rapist Targets Asian Women. En J. Radford y D. Russell (eds.), *Femicide. The Politics of Woman Killing* (pp. 163-166). Twayne.
- Segato, R. L. (2003). Contrato y status en la etiología de la violencia. En *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes.
- . (2018). *La guerra contra las mujeres*. Prometeo.

EN TIEMPOS DEL CORONA

Saïd Sabia (Fez, Marruecos)

Oír la llamada del almuédano en los altavoces de los minaretes y ver que no acude nadie a las mezquitas como siempre se ha hecho. Ver en la televisión saudí esa insólita e increíble imagen de la Kaaba vacía, sí, vacía, como nunca había estado, con su suelo de mármol más brillante que nunca. ¿Tan frágil es la fe? ¿Tan débil ante el instinto de conservación? ¿O acaso es el todopoderoso efecto de la comunicación en todas las lenguas, todos los códigos de comunicación de la tierra? Alguna que otra foto circula en Whatsapp mostrando pequeños grupos de fieles haciendo la oración en las terrazas de algunos edificios, sin mascarillas y tocándose, evidentemente como suele (¿solía?) hacerse en las mezquitas, los codos y algunos también los pies descalzos y aún mojados de las recién hechas, y purificadoras, abluciones. Podrán cerrarnos las mezquitas, parecen decir, pero no impedirán que hagamos nuestra oración colectiva donde sea posible. Los agentes de la autoridad circulan por las calles, no suben a las terrazas. No nos oirán ni en aquellas oraciones que se hacen en voz alta. Estamos... arriba. Aunque nunca se sabe, ahora con esos malditos drones silenciosos. Curioso. Uno no puede dejar de recordar la época en que, perseguidos por la Inquisición, judíos y musulmanes de la vecina península ibérica practicaban su religión a escondidas.

Después de la oración, y para evitar unos minutos los interminables bombardeos televisivos, se quedan un poco más en la terraza, pero nadie logra que la conversación sea sobre otra cosa. Ni siquiera durante la oración podían concentrarse y no hacían más que pedir y pedir y pedirle al Creador de todos los seres vivos —el virus es un ser vivo, ¿no?— que los proteja de ese enemigo invisible. Reconocen que tantos pecados se merecen el castigo divino, pero al mismo tiempo el instinto de conservación pesa más y piden, imploran, suplican, prometen...

Luego los que se cansan, o a quienes llama una esposa o un hijo, bajan porque tienen que improvisarse nada menos que de maestros o profesores. Padres y/o madres, y el hermano o la hermana mayor donde los hay, se han visto convertidos, de la noche a la mañana, en Superman o Superwoman, obligados a cumplir tareas para las cuales no han tenido ni la más mínima preparación: trabajadores y parados, letrados y analfabetas convertidos por decisión gubernamental en maestros, profesores de lengua, matemáticas, inglés, biología y sabe Dios qué otras disciplinas del saber humano. Cómo organizarse para hacer el trabajo propio, ocuparse de la casa, aguantarse a sí mismo, y los unos a los otros, y adaptarse a esa nueva vida de reclusos con mil y una obligaciones teniendo a tres o cuatro hijos, a menudo más, todos escolarizados. Salvo en las familias más acomodadas, un solo ordenador o una sola tableta cuando los hay. Móviles sí, pero dinero suficiente para recargar es otro cantar. La compañía de teléfonos número uno en el país acaba de anunciar unos beneficios históricos y que van aumentando. Sus técnicos trabajan noche y día para extender las redes. El doble de contratos que el número total de habitantes; poca cosa, en un país donde el tercio de la población es analfabeta, pero donde cada persona, hasta los niños, parecen tener más de un móvil. Comunicación, pues...

Televisión, eso sí no falta en ningún hogar, ni siquiera en las más humildes chozas de las afueras. Y todos los ojos pendientes de los partes del Ministerio de la Salud Pública. Luego nadie se cree que haya tan pocas personas contaminadas. Todos se creen más lo que llega a través del Whatsapp que lo que comunica la radio o la televisión. Aprendieron a desconfiar del Gobierno. Esa misma televisión dice que el teletrabajo y la enseñanza a distancia funcionan de maravilla. ¿En qué mundo viven los que trabajan en la televisión? ¿De qué país nos hablan?

Es curioso, por otra parte, ver cómo ahora que todas las plataformas conectadas están accesibles, ahora que cerca de setenta millones de celulares en este país están todo el tiempo conectados, los inversores han decidido suspender sus campañas, suspender sus contratos con las empresas de publicidad, prefiriendo esperar. Elevadísimo índice de audiencia y, sin embargo... ¡incertidumbre! La misma que, más que el virus, les quita el sueño a los trabajadores del sector privado.

Los vecinos se organizan para reunir alimentos, ropa y dinero cada lunes desde hace semanas; llenar cestos y llevárselos, con todas las precauciones posibles, a algunas de las innumerables familias que, como no trabajan, no tienen para comer y tampoco podrán hacerlo con el dinero que el Estado ha decidido darles en concepto de ayuda. Magnífico gesto por parte de un país donde la economía informal da de comer a millones de personas cuyos datos no figuran en ninguna parte y que, ahora que ya no pueden trabajar, no podrán comer y tendrán que darse a conocer a las autoridades para acceder a la miserable ayuda que les ha prometido el Gobierno. Magnífica oportunidad para censarlos.

Interior e Impuestos se estarán frotando las manos. Y ahora más, puesto que casi todos estarán localizables gracias a sus celulares. Así estaremos comunicados, dicen y repiten. Todos comunicados. Nos prometen vacunarnos. Pero ya se sabe y se comenta que, en vez de vacuna, bajo la piel nos inyectarán microchips. Así estaremos perfecta y constantemente... ¡comunicados!

En los zocos, si no fuera por las poquitas caras tapadas a medias con improvisadas mascarillas, se pensaría que la vida sigue su ritmo normal: en la verdulería y la panadería, con los vendedores ambulantes, el ajetreo y la promiscuidad parecen ser los de siempre.

Musulmanes e islamistas confundidos se apresuran a implorar el perdón de Alá, en estas vísperas del mes sagrado del... perdón; y recuerdan que, con o sin coronavirus, ellos sí se lavaban las manos varias veces al día, que sus mujeres no necesitan mascarilla. Se ríen de aquellos que prohibían el velo en público y ahora recomiendan que todos lleven uno, hombres y mujeres, en esos mismos espacios donde ayer lo prohibían. La de vueltas que da la vida: tanto debate, tantas polémicas, artículos, programas de televisión, tanta política para acabar decretando que no se cubriera la cara y ahora... ¡a cubrirse la cara, hombres y mujeres, grandes y pequeños! Por decreto. La de vueltas que da la vida. Y esos grupos de jóvenes olvidados por la providencia y el empleo, que todo buen blanco y toda buena blanca que se precien de serlo procuraban evitar y cambiaban de acera cada vez que corrían el riesgo de cruzarse con alguno de ellos, son los mismos a quienes ahora se dedican programas enteros para mostrar cuán humanos son. Son ellos los que se encargan de repartir alimentos a los vecinos y de llevarles gratuitamente la cesta hasta la puerta del piso.

Al mismo tiempo que mucha gente descubre a su pareja y a sus hijos, se descubre la muerte. Como si con el resto de calamidades no se murieran diariamente tantas personas o incluso más que con el virus. La gente se acuerda de llamar o, al menos, escribir un mensaje o enviar algún *whatsapp*, de esos que después de la carcajada inicial que provocan nos comunican profundas nociones de ética, de filosofía, de existencialismo. De pronto, comunicamos.

El humor de los primeros días va dejando paso a la negación, luego a las malditas dudas, después al miedo y a la depresión; en alguno que otro caso, a una situación que linda con la locura. Los canales de televisión, nacionales y europeos, que son los que se ven más aquí, contribuyen al hundimiento de individuos y grupos enteros en la depresión. En programas especiales —en realidad ya no tan especiales puesto que son los únicos que se emiten a lo largo del día— se anuncia que los médicos tienen que decidir a quién intentar salvar y a quién dejar morir...

Nos dicen que la gasolina va costando cada día menos. Bueno. También nos dicen que, como siempre, acabaremos pagando nosotros por los errores de... Antes eran

rusos y americanos, y ahora son chinos y americanos. Nos dicen que es otro de los numerosos chanchullos de empresas y decididores. Nos dicen que qué bueno que la tierra pueda descansar unas semanas. Nos dicen tantas cosas... Y sobre todo nos comunican, oficial y solemnemente, que pronto podremos salir de nuevo a la calle, pero nada de apretones de manos, nada de abrazos, nada de... ¿contacto?

Mis coconfinados tuvieron la idea de reunir, casi desde el principio, todos los *whatsapp*s que les iban llegando, desde los más graciosos hasta los más alarmistas pasando por las variaciones de varios países árabes y europeos donde tenemos amigos, sobre el coronavirus. Cuando empiezan a clasificar esa cantidad impresionante de mensajes escritos, audios y videos, me asusta en serio ver cómo pasan de las carcajadas más contagiosas a unos largos silencios interrumpidos solo por algún suspiro. No sé si entre una cosa y la otra van tomando nota de las cosas que querían escribir. Creo que no...

PASTICHE: ¿CÓMO LOS JÓVENES PUNKS PIDEN DINERO EN LAS CALLES EN TIEMPOS DE PANDEMIA?

Rodolfo Hlousek Astudillo y Juampayo Escorpio (Temuco, Chile)

No con la intención de parodiar, sino más bien para conocer qué medidas toman para enfrentar la pandemia, me acerco a un grupo de jóvenes que están pidiendo dinero en las calles, en pleno covid-19. Luego de un estallido social, pedir en dictadura, democracia o en la reserva del pensamiento policial no es lo mismo. En el contexto de una plaga global, reviven además otras dimensiones. Entre ellas, ¿quién tiene trabajo? O ¿quién pide trabajo?

¿Usarán correctamente las mascarillas aquellos jóvenes que por lo demás —por la moda ostentada— parecen de aquellos humanos disidentes al modelo económico y a la industria cultural? ¿Qué hacen con una mochila en tiempos de vigilancia y cuarentena? ¿Cómo se desplazan para lograr su objetivo?

Reflexionar sobre la ciudad al ingresar en ella es bastante sinuoso. Estamos obligados a ver personas con barbijo, filas en las entradas de los comercios y militares controlando el flujo. Sin embargo, se siguen descubriendo técnicas publicitarias emergentes, un nuevo orden mundial y local.

¿Ellos no temen al virus? ¿Acaso se sienten superhéroes? Es una interrogante que responderé más adelante. Pero una cosa es segura, están ahí, presentes, existen. ¿Es una nueva realidad o son dibujos animados? También queda preguntarse: ¿cuánto gas se ha aspirado? Andar con mascarillas para todos es incómodo. Solamente escuché que los astronautas, en su labor, practican cuarentenas para medir la luna.

La tos, el dolor de cabeza y las dificultades para respirar son síntomas del nuevo coronavirus. Pero la indiferencia y la ceguera social son síntomas de grupos enfermos de intolerancia. Así como por años se ha criticado y juzgado a los gitanos por su costumbre de pedir dinero en la calle hasta el punto de tildarlos de ladrones.

Ellos no tienen problemas en vivir junto al río o en el inframundo, pasando penurias, con escasez de trigo,¹ o de morar hacinados en una okupa con las mínimas comodidades. Por eso no temen al virus. Porque tienen costumbres gregarias y han aprendido a vivir fuera de los parámetros establecidos. Tal vez ellos no son dignos de consideración, pero yo no soy mejor que ellos.

—¡Es una gran mentira, un invento de las dictaduras mundiales para desestabilizar a quienes luchan! ¿Cuando traigo conchitas de la costa no le pongo ningún color? —dice uno mientras ostenta la máscara de Darth Vader.

La sociedad está dividida. Por un lado, están los que apoyan el movimiento social:

—Eso me hace pensar que existen diferentes realidades, pero no todos se dan cuenta de las necesidades del otro. Hay que sentir empatía y detenerse cuando los punks solicitan ayuda económica —dice una progresista transeúnte—. El problema es que nunca pensamos que ellos sobrevivirían, porque se vuelan, porque beben y luego guardan los envases en los basureros para que la policía no los atrape en la vía pública. Son personas rotas y sin hogar, pero son un ejemplo de la economía solidaria. Un hogar es donde empatizan contigo y te comprenden.

También son apoyados, por increíble que parezca, por un sacerdote, con una postura misericordiosa:

—El otro día conversé con un chico punk. Al principio, se notó reticente a entablar una conversación conmigo, obviamente por mi estatus de religioso. Pero me di cuenta de que estaba atorado, de que quería hablar *sobre nada y todo a la vez*. Incluso, estuvo a punto de lloriquear. «Siento escalofríos», me dijo. Para cualquiera, hubiera sido *uno de esos tontos melodramáticos, neurótico hasta los huesos*. Yo, en cambio, vi una persona quebrada, drogada y paranoica.² Pensaba que era toda esta pandemia lo que lo deprimía. Y salía a la calle a pedir para luego emborracharse. Se sentía *como una herramienta social sin uso*. Solamente quería *destrozar el silencio con el ladrillo del autocontrol*.³ «*El inocente no puede sobrevivir*»,⁴ sentenció. «*El lunes, humillación. El martes, asfixia. El miércoles, condescendencia. El jueves es patético. Para el viernes, la vida me ha matado. No hay lugar al que pueda ir*⁵ para descargarme». Le dije que *todas sus dudas eran el punto de vista de alguien más*. Y agregué: «¿Sabes? Dicen que la vida es corta, dicen que un día te despiertas, y en ese día todos tus sueños y todo lo que has deseado y querido ha desaparecido, así sin más. Pero *no te sientas solo y seca tus ojos llorosos*.

1 Paráfrasis de la canción «London Calling», del álbum homónimo de The Clash (1979).

2 Paráfrasis y letra parcial de la canción «Basket Case», del álbum de Green Day *Dookie* (1994).

3 Letra parcial de la canción «She», incluida en el álbum *Dookie* (1994).

4 Letra parcial de la canción «Wake Me Up When September Ends», del álbum de Green Day *American Idiot* (2004).

5 Letra parcial de la canción «I Have Forgiven Jesus», del álbum de Morrissey *You Are the Quarry* (2004).

Siempre tendrás a alguien aquí para ti. Nunca te va a dejar. Sé que has estado buscando a ese alguien. Sabes donde lo puedes encontrar». «Escuché todo eso antes», replicó, «así que no derribes mi puerta. Soy un perdedor, pero no necesito ningún acusador que trate de hablar mal de mí. Solamente quiero que esto no dure para siempre.⁶ Así que haz lo que te guste. Asegúrate de hacerlo de forma sabia. Podrías descubrir que las ideas sobre mí significan que nunca estuvieron ahí».⁷ Y se fue a lo largo de la nación alienígena, donde no todo está destinado a estar bien.⁸

Entre los que critican al grupo de jóvenes, está este empresario:

—¡Ya están estos jóvenes pidiendo plata! Deberían trabajar en algo decente y no convertirse en personas facilistas. Si se compusieran, yo, como dueño de empresa, podría darles empleos. ¡Pobre juventud!

Opiniones también vienen de las fuerzas de orden:

—Un laberinto que conduce a la oscuridad es mi ley. Tengo a mi familia y por ellos me desvelo. Estos sujetos son subversivos, sin posibilidad de adaptarse. Han sido parte de la primera línea de la lucha social, haciendo barricadas y lanzando piedras. Solamente quieren estar sedados, sin nada que hacer ni lugar adonde ir.⁹ Deberían volver a las escuelas, participar en el estudio bíblico o en el escultismo. Me da rabia, y hasta cierta envidia, verlos recibir dinero por hacer absolutamente nada más que estar parados en la plaza. ¿¡A quién no le gustaría que le pagaran por hacer nada!? Sabemos que la corrupción nos hace daño a todos, pero su forma de vida no es una manera de salir adelante, y representa una injusticia para todos quienes nos sacamos la cresta contribuyendo a la sociedad. Y, encima, ahora nos exponen a todos. Son, en parte, responsables de la propagación continua del virus y de que la pandemia no se haya podido frenar. No tienen conciencia ni consideración, ni por los suyos ni por la sociedad.

El punk se opone al modelo económico y social planteando:

—Vivimos en una *sociedad profiláctica*. Nos tememos entre todos. El trabajo que tenemos en la vida es permanecer vivos. Para nosotros, esta ciudad es un *club social de mentes cerradas y egoístas*. Viven juzgando todo según sus criterios de normas. Si mi música se ha vuelto aburrida es por la gente, porque buscan a las bandas más racistas y prejuiciosas que puedan encontrar para amplificarlas en sus radios. Hacen dinero con los chicos llevándolos a una guerra. ¿Es esto un estado de ánimo o es solamente otra

6 Paráfrasis y diálogo parcial del videoclip de la canción «Wake Me Up When September Ends» (2004), dirigido por Samuel Bayer.

7 Paráfrasis y letra parcial de la canción «When I Come Around», incluida en el álbum *Dookie* (1994).

8 Letra parcial de la canción «American Idiot», del álbum homónimo (2004).

9 Paráfrasis de la canción «I Wanna Be Sedated», del álbum de Ramones *Road to Ruin* (1978).

*imagen?*¹⁰ ¿O es un espectáculo nefasto, tipo programa de telerrealidad, un virus de sus cabezas?

Mas el propietario de empresa citado anteriormente fue categórico en su discurso:

—Soy un ser humano, un cristiano como cualquier otro pidiéndoles que se retiren. Estoy con mi familia, con mis hijos. Es la plaza de mi barrio. Deslindo con la plaza. Si ellos se quieren instalar en otra área verde, quinientos metros más allá, perfecto; se ponen ahí. Pero en mi plaza... Porque he tenido problemas con gente haciendo el amor, con gente robándome, con gente dejándome... Entonces lo lamento, pero yo no voy a tener en mi plaza... Y, por último, pueden pedir permiso: «¿Le importaría, señor, que nos instaláramos en su plaza un rato?». Y yo no tengo ningún problema. Pero cuando la gente llega y se me instala así, de mala manera, y yo les digo de buena manera: «Por favor, me pueden dejar tranquilo con mi familia porque tengo lleno de invitados». Ellos se tienen que ir. Y se me van a ir o si no, voy a venir a sacarlos yo de manera no tan pacífica. Esto es un espacio público para la comunidad. Encima, instalarse en mi plaza... Es un espacio comunitario, no un nido de delincuentes. Yo soy abogado. No me van a discutir a mí.¹¹

La transeúnte algo progresista cuenta una situación violenta que le toco presenciar:

—El otro día supe de un concierto punk en el que el vocalista hizo parar la música y pidió al iluminador dirigir las luces hacia el lugar que él indicaba, en el centro de la cancha. Allí, quedó al descubierto que un policía intentaba llevarse por la fuerza a una adolescente. El vocalista dijo al oficial: «Somos cinco mil contra uno. Tú verás qué haces». No tuvo más que soltar a la niña y alejarse.¹²

Las ciudades crecen en altura, pero se nota la escasez de áreas verdes. Las cámaras de seguridad, el silencio y el frío, el amo y el esclavo, el Estado, el mercado, la obsesión por verse en las redes sociales. La vida espera recibir a la estación siguiente. Los hechos determinan el paso del calendario. Una jauría transita por la tarde, pequeños mundos giran como trompos. Mientras en los matinales de la televisión pública tres panelistas se ven cómodos y sin barbijos. *Adivina quién se reirá cuando el mundo vaya a explotar.*¹³

10 Paráfrasis de «Chickenshit Conformist», canción del álbum de Dead Kennedys *Bedtime for Democracy* (1986).

11 Paráfrasis de Matías Pérez Cruz, gerente de Gasco, al intentar expulsar a tres turistas de la orilla del lago Ranco en 2019.

12 Paráfrasis de Charly García sobre una experiencia vivida cuando fue parte del grupo Serú Girán.

13 Letra escrita por Jello Biafra, músico, vocalista de Dead Kennedys y economista.

**BODY CONDOM: ABOUT THE MENTAL PANDEMIC
AND THE RENEWAL OF SOCIAL THEORY AND PHILOSOPHY
WHEN ‘THE REALM OF STUPIDITY ITSELF PREVAILS’**

Evandro Vieira Ouriques (Rio de Janeiro, Brasil)

*I have very good sense for certain things,
for others I have always been very stupid.*
Lemuel Gulliver (Swift)

I offer here to the reflection and criticism of boon colleagues, that they feel perhaps identified in some way with this argument from their theoretical traditions, a quick commentary based on my contribution with the psychopolitical theory¹ to the renewal of hegemonic social theory and philosophy given its collapse in the face of the return of fascism and its eugenics, the destruction of Planet and the scary dramatic fragility of human species to a coronavirus strain, which makes me think that if AIDS led to encapsulating the human genitalia, Covid-19 threatens to encapsulate the human being² completely,³ in the largest psychological experiment ever, as recognized by the *World Economic Forum*,⁴ with consequences such as those identified by an *Annals of Internal Medicine*⁵ study that recommends priority to

1 To know the main differences between psychopolitics and the psychopolitical theory in French: <https://tinyurl.com/y8w7ltuy> and in Spanish: <https://tinyurl.com/yazl4dka>

2 <https://www.usatoday.com/story/travel/news/2020/05/18/coronavirus-ocean-city-maryland-restaurant-unveils-social-distancing-tables/5212345002/>

3 An example of this trend is what the école maternelle de Tourcoing, France did: at recess each child is restricted to a square drawn on the floor. https://www.liberation.fr/checknews/2020/05/15/que-sait-on-de-cette-photo-d-enfants-assis-dans-des-carres-dessines-a-la-craie-lors-d-une-recreation_1788236

4 <https://www.weforum.org/agenda/2020/04/this-is-the-psychological-side-of-the-covid-19-pandemic-that-were-ignoring/>

5 *Annals of Internal Medicine* is an academic medical journal published by the American College of Physicians-ACP. It is one of the most widely cited and influential specialty medical journals in the world.

abstinence, masturbation, virtual sex and that in the case of face-to-face sex couples do it with face masks.⁶

Recently talking with a great friend, I introduced him to my idea of *Body Condom* and how it is a kind of climax of the numerous ‘miserable farces’, which I will soon discuss, produced by dualism, since only the theoretical and therefore experimental adoption of it is capable of producing the well known empirical data on income concentration, planet’s destruction and devastation of health and sociabilities caused by Covid-19, in a scenario that intensifies perception of the false dichotomy —dualism once again— between economy and health. He promptly demanded that I present ‘theoretical mediations’ as I would be taking, in his assessment, a direct leap from the *Body Condom* to dualism as its origin.

I will argue here and please evaluate and suggest me possible mediations in order to better explain what is presented to me as obvious: the human being insists on organizing himself by hegemonic social theories and philosophies that guarantee the existence of an ‘other’ as an absolutely external reality, in an unceasing and monotonous production of identities for extermination (Michel Misse) and identities for salvation. The Platonian, Hobbesian, Freudian, Durkheimian and Neoliberal paradigms, e.g., states that the human being would be inhabited by another ‘being’ —the ‘desire’ and the ‘body’, the ‘inate’ violence, the ‘unconscious’, the ‘society’, the ‘genetic’ violence— who would dominate him.

In the case of neoliberal delirium, we could say that it was crystallized⁷ in 1944 by F. A. Hayek (1997), who to claim that social justice is a ‘mirage’, an ‘intellectually discredited dishonest hint’, argues that predatory tribal self-survival ‘instincts’ — that he assumes has been cultivated by human being over millennia— have become ‘innate’ and even ‘genetic’, as I told, making a ‘sublime mixture of envy, emulation and innovation’ (Álvaro de Vita and Atilio Borón) the legitimate mental state to reference the capacity to judge.

In this sense, there is a radical difference between the first edition of *Louis Bonaparte’s The 18th Brumaire*, published in 1852,⁸ and that which made definitive, published in 1869. In the original edition, Marx, commenting that Hegel had forgotten that events and characters of great importance in world history are repeated, did not

Its Impact Factor in 2018 is 19.315/Clarivate Analytics.

6 <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC7233185/>

7 In 1975, the Institute for Economic Affairs, a free-market think tank, arranged a meeting between Hayek and Thatcher just after she became leader of the Conservative party in 1975. https://www.politics.ox.ac.uk/materials/centres/social-justice/working-papers/SJ017_Lister_MirageofSocialJustice.pdf

8 Published by Joseph Weydemeyer, a friend of Marx and Engels and a member of the Communist League in the United States.

affirm that such repetition occurs the first time as a ‘tragedy’ and the second time as a ‘farce’ —but that the first time history repeats itself as ‘a great tragedy’ and the second as ‘a miserable farce’.

Marx himself said in 1859 that ‘there must be something rotten in the very core of a social system which increases its wealth without diminishing its misery’.⁹ In fact, the first decades of the 21st century are one, hopefully it will be its climax, of these ‘miserable farces’. There is something deeply wrong about hegemonic social theories and philosophies. “Humanity is waiting for something other from us than such an imitation, which would be almost an obscene caricature” (Frantz Fanon).

This ‘obscene caricature’ is exactly what we are experiencing with the return, not foreseen by hegemonic social theories and philosophies, of the cruel and well-known former authoritarianism, now grotesque (perhaps to draw more attention to the need to renew the thought) because it exceeds even all limits of psychopolitical health —the health of psychisms and their networks, the institutions—, with social institutions and movements presenting an immense difficulty to arbitrate the *common* expressed in the Constitution, treaties and other international legal commitments: this is how the Bolsonarian mentality is unconstitutionally expressed in its spokesperson —“I am the Constitution”¹⁰— in a very dangerous farce of “L’État c’est moi” by a ‘tropical Trump’, while Trump himself, calling on the armed forces against the population outraged by structural racism and misery, takes this mentality to the point that the Washington Post announces that he tends to reject the results of the 2020 presidential elections of the Empire’s headquarters, as in Brazil the candidate defeated in 2014 in the corresponding elections, Aécio Neves —about whom the Federal Police concluded to be corrupt¹¹— did so,¹² which resulted in the impeachment farce of Dilma Rousseff.

This ‘miserable farce’, and the tsunami of others that the left forces watched, perplexed, lost and disunited —and that the recent movements in Brazil¹³ and the USA¹⁴ are perhaps signs of the beginning of the long journey of recovery from the immense losses that occurred in all fields, some irreversible, among which the deaths by Covid-19 are just one of them— was constructed through psychopolitical

9 <https://www.marxists.org/archive/marx/works/1859/09/16.htm>

10 <https://www1.folha.uol.com.br/poder/2020/04/democracia-e-liberdade-acima-de-tudo-diz-bolsonaro-apos-participar-de-ato-pro-golpe.shtml>

11 <https://politica.estadao.com.br/blogs/fausto-macedo/pgr-denuncia-aecio-por-propinas-de-r-65-milhoes-da-odebrecht-e-da-andrade-gutierrez/>

12 <https://politica.estadao.com.br/noticias/geral,psdb-de-aecio-neves-pede-auditoria-na-votacao,1585755>

13 <https://brasil.elpais.com/brasil/2020-05-31/ato-por-democracia-e-contra-bolsonaro-acaba-em-confronto-em-sao-paulo.html>

14 <https://www.washingtonpost.com/nation/2020/06/01/george-floyd-protests-live-updates/>

operations that, given the dualism that references social theories and hegemonic philosophies, were not perceived. Even so, such operations are masked by the forces of transformation of society by repeating concepts such as ‘hybrid war’, ‘lawfare’, ‘necropolitics’, etc., which leave them more at ease in their blindness in relation to the centrality of the mind (in the non-Platonic sense, incorporated, therefore) in determining the quality of life, the centrality of what seems to them dualistically ‘immaterial’ in what seems to them dualistically ‘material’.

The ontological and epistemological shielding of dualism, crystallized in the form of *ontological perspectivism* (dispersion of meanings, policies of contingency, dissolution of the subject, disappearance of fundamentals), with its halo of moral excellence (E. Gellner) (with which they put themselves in the same place as the authorities of the tradition that they tried to overcome with modernity), which has fragmented academic thought rendering it ineffective (R. Jacoby, R. Brunstein, J. G. Merquior, D. Detmer), ‘monstrous, indifferent to all human finality’ (Ashis Nandy), has hampered their perception.

That’s why insist on these concepts ‘hybrid war’, ‘lawfare’ and associated concepts, to explain the recent phenomena of power —e.g. the easy destruction of decisive democratic experiences in Latin America and the manipulation of elections and public opinion by the *fakenews*, in a symptomatic return to what was the precartesian situation, before the appearance of the own *cogito*— is a fatal theoretical error in front of this ‘new topology, a new place and paradigm of the safety culture’ (Caballero, 2002), as I have systematically demonstrated since the 1980s, insofar new technologies arose (‘virtual reality’, with Jaron Lanier, in the early 1980s; ‘cyberspace’ in 1984, with William Gibson; ‘internet’, also in the 80s; and ‘social networks’, in the 90s) with the corresponding and alarming academic metaphysical hope in them: it was always clear to me that ‘media is only free when mind is free’ (Ouriques, 1992).

Luiz Eduardo Soares recently, deeply moved by the repeated inability of the left forces to find a territory of convergence between them, said that amid criticism and self-criticism in the field of the left regarding the mistakes made “at least one of them is undeniable: we underestimate the enemy”.¹⁵ The ‘enemy’ was underestimated, I say, because it was not understood. The dualistic separation between ‘private’ and ‘public’ life, between what dualism shields under the concept of ‘psychology’, on the one hand, and ‘sociology, politics, etc.’ on the other, made *low intensity fascism* (Rubio) clearly present in the Party of Workers, in social movements, in parties in general and social organizations, and in their public social and cultural policies, has been dismissed as a central political issue, as the central psychopolitical issue.

15 <http://www.luizeduardosoares.com/apelo-a-unidade-anti-fascista/>

It was in the intense conversations and other interactions that I maintained with them throughout all the first decade of the 2000s about this that in 2009 I coined the concept *mental territory*, to overcome the mental pandemic —the *fakemind* (Ouriques, 2018)— generated by networked subjects doing the opposite of what they say they want to overcome in ‘society’.

In one of his three letters to Arnold Ruge, in 1843, Marx commented that in Germany there was a true ‘anarchy of the mind, the realm of stupidity itself prevails’¹⁶ in the same way as today Bolsonaro¹⁷ and Trump’s¹⁸ malignant narcissism¹⁹, as crystallizations of the fascist mentality, prevails through the psychopolitical operations of the fourth generation of the science of war, the *psychological warfare*, whose aim is to capture the attention of the ‘insurgent’ to achieve his willpower and cause him disappointments that make him give up resisting even when he still has the strength to fight. That’s why history is not a spontaneous and arbitrary process but the result of a strong and decisive intervention of the will (Álvaro de Vita and Atilio Borón).

Only advance of transdisciplinary and transcultural theoretical understanding of psychopolitical phenomenon (that destroyed, for example, recent Latin American democratic experiences) and the exercise of the corresponding philosophical therapy of the regimes of servitude (of which neoliberal delusion is its predominant form today) allows to help the convergence of contributions to a system of governance ‘which delegates power and significantly involves citizens in matters of their competence while promoting legitimacy and consent to the delegation of powers to higher levels of complexity. Decentralization, involvement and division of decisions are the key elements of intelligent governance that will reconcile knowledgeable democracy’ (N. Berggruen and N. Gardels): a ‘deep democracy’ (Judith Green).

This task demands too overcome the dualistic modern conception of the world that divided it and abstracted it in *spheres of meaning* that would have nothing to do with each other [“sociologists must strive to recompose everything” (Marcel Mauss); (see also Giddens)], in a state of disciplinary lack of communication, to the point of having their own judgment criteria that demand so many theoretical mediations in order to deal with transdisciplinary issues —fascist pattern, concentration of income, destruction of the Planet, violence against women and transgender, Covid-19— that such questions end up escaping all these spheres, producing the opposite of what they promised.

16 <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m09-43.htm>

17 <https://www.economist.com/the-americas/2020/04/11/jair-bolsonaro-isolates-himself-in-the-wrong-way>

18 <https://www.nytimes.com/2017/05/03/opinion/trump-crazy-like-a-fox-or-just-crazy.html>

19 <https://theintercept.com/2020/04/22/trump-coronavirus-governors/>

People are able to synchronize words and attitudes when they are aware —helped by institutionalized networks of individuals that, however, cannot carry out in their place ‘the work of learning, of appropriation, of subjectivity’ (André Gorz)— that action is the densification of their attention in relation to the existence of an emancipatory quality of the mental states that emerge, in their *mental territory*, offering themselves as legitimation for their act: servitude is the impotence of the human being to regulate and curb the affections, which makes him do the worst (Spinoza) when they are not aware of their mental habits and end up investing their own dignity, in the exercise of producing themselves —why the subject is never socially given, he is given himself as a being who has to make himself what he is (Merleau-Ponty)—, in an unworthy activity through voluntary servitude (La Boétie).

That’s why I understand that the decisive in theoretical and methodological terms is to strengthen the ‘mental immune system’, the capacity to judge —the intentionality, the true vital principle of human beings—, in order to be able to defeat the virus of insanity, which produces ‘subjectivities without agency’ that characterize the current mental pandemic, and then to establish an emancipatory ‘mental disposition’ (Benjamin), a ‘thinking with the womb’ (Maffesoli), in which form, sensation, perception, formation and volitional impulses, and consciousness are integrated: lucidity needs to be more than ‘historical and political’ (Isabelle Sengers) —it needs to be psychopolitical: ‘The best image of who I am is how I’m behaving’ (Wittgenstein).

References

- Hayek, F. A. (1997). *Law, legislation and liberty*, volume 2, *The mirage of social justice*. The University of Chicago Press Books.
- Caballero Sierra, F. (2002). Guerra informacional y sociedad-red: la potencia inmaterial de los ejércitos. *Signo y Pensamiento*, XXI(40), 32-41.
- Ouriques Vieira, E. (1992). *Vida, geometria e sociedade: aberturas para a crise contemporânea de percepção a partir de conexões entre a mutação de paradigmas e o diálogo verbo-imagem nas páginas de jornal* (dissertação de mestrado). Universidade Federal do Rio de Janeiro. https://www.academia.edu/2642724/A_m%C3%ADdia_s%C3%B3_é_livre_quando_a_mente_é_livre_Brasil_2008._Entrevista_ao_I_F%C3%B3rum_de_M%C3%ADdia_Livre_

AUTORXS CONFINADXS

Alarcón Silva, Mauricio Esteban. Sociólogo y magíster en Desarrollo Humano Local y Regional por la Universidad de la Frontera, donde es profesor visitante. Es estudiante del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH) y realizó una estancia doctoral en el Centro de Estudios del Discurso y en la Universidad Autónoma de Barcelona. Se ha desempeñado como docente de pregrado en las áreas de metodología de la investigación, y desarrollo y políticas públicas en las universidades de la Frontera, Autónoma de Chile y Mayor (Temuco). También ha desempeñado cargos de responsabilidad regional y nacional en el Ministerio del Interior y la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena.

Alzuru Aponte, Jonatan. Doctor en Ciencias Sociales y licenciado en Filosofía. Dirigió el Centro de Investigaciones Posdoctorales de la Universidad Central de Venezuela y la *Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados*. Actualmente es académico adscrito a la Dirección de Estudios de Posgrados de la Universidad Austral de Chile.

Angulo Egea, María. Doctora en Periodismo por la Universidad de Málaga y doctora en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha trabajado en diversas universidades españolas y americanas, y actualmente es profesora de Periodismo en la Universidad de Zaragoza. Sus intereses se centran en el periodismo narrativo y de investigación, así como en las relaciones entre prensa y sociedad española de los siglos XVIII y XIX. En la actualidad publica artículos sobre narrativas de la crisis y análisis de discursos feministas y dirige la revista cultural *Zero Grados*. Entre sus libros están *Crónica y mirada* (Libros del

K.O, 2014) e *Inmersiones. Crónica de viajes y periodismo encubierto* (Universidad de Barcelona, 2017).

Aruguete, Natalia. Licenciada en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, magíster en Sociología Económica por la Universidad Nacional de San Martín y doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Quilmes. Es investigadora del Conicet, y profesora en la Universidad Nacional de Quilmes y en la Universidad Austral. Ha escrito los libros *El poder de la agenda. Política, medios y público* (Biblos, 2015), *Teorías de la opinión pública y de construcción de agenda* (UNQ, 2012), y *Los medios y la privatización de Entel. El tratamiento noticioso del servicio telefónico argentino en el contexto de su privatización* (Editorial Académica Española, 2011). Además, se desempeña como colaboradora especializada en *Página/12* y en la edición Cono Sur de *Le Monde Diplomatique*.

Badenes, Daniel. Profesor de la Universidad Nacional de Quilmes. Es director del proyecto de investigación «La edición en la era de redes» y vicecoordinador del grupo de trabajo Comunicación y Estudios Socioculturales de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (Alaic).

Bilyk, Pablo. Vicedecano de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata y director de la Revista *Científica de la Red de Carreras de Comunicación (Revcom)*.

Browne, Rodrigo. Doctor en Comunicación por la Universidad de Sevilla, magíster en Comunicación por la Universidad Internacional de Andalucía y licenciado en Comunicación Social por la Universidad de Playa Ancha, con estudios de posdoctorado en la Universidad de Ginebra. Actualmente ejerce como docente e investigador en el Instituto de Comunicación Social y como director de Estudios de Posgrado en la Universidad Austral de Chile, donde además es director del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH).

Burgos B., José Miguel. Periodista, comunicador social y magíster en Ciencia Política, con experiencia en docencia en educación superior e investigación académica. Es estudiante del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH) y docente en el Instituto profesional AIEP de Viña del Mar. Sus áreas de interés son las epistemologías críticas, la comunicación intercultural y la migración, la interculturalidad crítica, los imaginarios y las representaciones sociales de las subalternidades, la violencia política y la memoria.

Cabrera, Daniel H. Profesor titular de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza. Fue profesor adjunto en la Universidad Nacional de Córdoba, investigador del Instituto de Filosofía de la Universidad Veracruzana, coordinador del Grado de Periodismo de la Universidad de Zaragoza y coordinador del Doctorado en Comunicación de la Facultad de Comunicación de la Universidad Nacional de Córdoba. Ha publicado los libros *Lo tecnológico y lo imaginario* (Biblos, 2006) y *Comunicación y cultura como ensoñación social* (Fragua, 2011), y coordinado *Fragmentos del Caos. Filosofía, sujeto y sociedad en Cornelius Castoriadis* (Biblos, 2008), *Walter Benjamin. La experiencia de una voz crítica, creativa y disidente* (Revista Anthropos, 2009), y *Cosas confusas. Para comprender las tecnologías y la comunicación* (Tirant lo Blanch, 2019).

Carrasco, Miguel Ángel. Periodista y médico cirujano por la Universidad Austral de Chile. Es diplomado en medicina Familiar por la Universidad de la Frontera y MBA en Salud por la Universidad Andrés Bello. Actualmente es tesista del Magíster en Gerontología Clínica de la Universidad Mayor y estudiante del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH).

Chakour, Toumader. Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla. Ha sido profesora en el Servicio de Idiomas de la Universidad Pablo de Olavide y en el Instituto de Prospectiva Tecnológica de la Comisión Europea de Sevilla. Es profesora de la Universidad Ibn Tofail y miembro de la Junta Directiva de la Asociación de Hispanistas Árabes, congresista, ponente, investigadora y traductora. Sus temas de investigación son el análisis del discurso e inmigración, la lingüística pragmática y la argumentación, la traducción y la interculturalidad, la antropología y el patrimonio cultural, y la didáctica de la lengua. Ha publicado diversos artículos en relación con el discurso periodístico y la inmigración, la enseñanza del español como lengua extranjera, y la (des)cortesía y la violencia verbal en el discurso.

Del Valle, Carlos. Doctor en Comunicación por la Universidad de Sevilla y posdoctorado en Cultura Contemporánea por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Es profesor titular y director del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH) e investigador en la Universidad de Groningen. Es directivo de la Unión Latina de Economía Política de la Comunicación y la Cultura, y coordinador en Clacso y en la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (Alaic). Dirige la revista *Perspectivas de la Comunicación* e integra la Escuela Holandesa de Investigación de Estudios Literarios y el Consejo Científico Internacional del Instituto Andaluz de Investigación en Comunicación y Cultura.

Flores Arancibia, Iván. Doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Barcelona y académico del Instituto de Artes Visuales de la Universidad Austral de Chile. En los últimos años se ha dedicado a pesquisar una figura parecida al parásito: el entre. Ha sido investigador responsable del proyecto «El entre y el medio» (2019-2020) en el Centro de arte y experimentación La Escocesa de Barcelona. Actualmente dirige el proyecto «Mutaciones tecnológicas y happening extendido en Ronald Kay» (Fondart Nacional), y colabora como investigador y comisario en el Centro de Cultura y Memoria El Born de Barcelona.

Focás, Brenda M. Doctora en Ciencias Sociales, magíster en Comunicación y Cultura, y licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires. Es investigadora asistente del Conicet y profesora adjunta en la Universidad Nacional de San Martín. Su campo de investigación está centrado en la recepción y los estudios de audiencias, las construcciones mediáticas y la problematización pública del delito y la inseguridad. Ha publicado *La trama de la inseguridad. Percepciones, medios de comunicación y vida cotidiana* (en prensa), y coeditado *(In) seguridad, medios y miedos: una mirada desde las experiencias y las prácticas cotidianas en América Latina* (ICESI y FES, 2016).

Follari, Roberto. Doctor en Psicología, y profesor de grado y posgrado en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Cuyo. Recientemente dictó la conferencia inaugural del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH).

Gallegos Krause, Eduardo. Magíster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de la Frontera y diplomado en Estudios Políticos por el Instituto de Estudios Políticos de Rennes. Actualmente es doctorando en Comunicación (Ufro-UACH) e investigador doctoral en la Escuela de Graduados para las Humanidades de la Universidad de Groningen. Se desempeña como profesor del Departamento de Lenguas, Literatura y Comunicación de la Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de la Frontera.

Gascón i Martín, Felip. Periodista y doctor en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es académico del Departamento de Ciencias de la Comunicación, investigador del Observatorio de Participación Social y Territorio, y decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Playa Ancha. Entre sus libros están *Emocionar la comunicación. Palimpsestos de comunicación y desarrollo humano* (UPLA, 2003), *Desafíos democráticos de la legislación sobre radios comunitarias y ciudadanas. Nuevos caminos para la participación local*

en Chile (coord., UPLA, 2005), y *Vinculación con el medio y territorio. Heterogeneidad de modelos, prácticas y sentidos en las universidades chilenas* (coautor, UPLA, 2017).

Godoy Peña, Lorena. Educadora diferencial por la Universidad de Playa Ancha, magíster en Dificultades del Aprendizaje por la Pontificia Universidad Católica de Chile y doctora en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. Es académica del Departamento de Pedagogía en Educación Diferencial y Coordinadora de Gestión Operativa del Programa de Acompañamiento y Acceso Efectivo a la Educación Superior de la Universidad de Playa Ancha. Ha participado en diversos proyectos de investigación del Fondecyt, el Fonide y el Programa Horizonte 2020 de la UE. Entre sus publicaciones recientes están «Cuerpo y subjetivación: elementos para una lectura de conflictos escolares» (*Praxis & Saber*, 2016) y «Política de educación especial: Entramados de sospechas sobre la inclusión de la diferencia» (*Revista Pasajes*, 2016).

González Salas, Paola. Diseñadora Audiovisual, y máster en Animación 3D, VFX y Postproducción por la UNIAT de Guadalajara. Es estudiante del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH). Ha desarrollado *motion graphics* para diversas marcas y creación de props para videojuegos y ambientes 3d de realidad virtual. Se especializó en *digital signage* y actualmente es coordinadora del LAB creativo del Núcleo de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de la Frontera, donde diseña contenido audiovisual académico y trabajo creativo a través de procesos de gamificación para ferias de investigación y proyectos de las ciencias sociales.

Hlousek Astudillo, Rodolfo. Escritor, periodista y melómano, con estudios de Lingüística en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha realizado talleres de literatura chilena del siglo xx para el Programa de Bachillerato en Ciencias Sociales de la Universidad de la Frontera y ha escrito prólogos para libros de poesía. Es autor de los libros *Persistencia del Alba* (Ripio, 2018), *0 [orden]* (Bajo el aura del sauce, 2010) y *Hojas del Ñielol. Antología de la poesía novel de la Araucanía* (Pobre cabro, 2008). Es estudiante del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH).

Inzunza Jaramillo, Andrés. Tesista de Bioquímica en el Laboratorio de Patología Molecular de la Universidad Austral de Chile y estudiante vinculante del Magíster en Biotecnología Bioquímica de la Facultad de Ciencias de la misma universidad. Actualmente se desempeña como tutor del Programa de Acompañamiento y

Acceso Efectivo a la Educación Superior en la Unidad de Apoyo al Aprendizaje del Estudiante de Pregrado en la Universidad Austral de Chile.

Inzunza Moraga, Álex. Doctor en Comunicación y Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona, y magíster en Comunicación, periodista y licenciado en Comunicación Social por la Universidad Austral de Chile. Actualmente es docente e investigador en el Instituto de Comunicación Social de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile.

Jiménez Luesma, Berta. Periodista y máster en Criminología, especializada en género y delincuencia. Trabaja como redactora y editora de *Altair Magazine*, colabora en Tardeo (Radio Primavera Sound) y es cofundadora de la revista cultural *Zero Grados*. Prologó la novela gráfica *Annemarie*, de María Castrejón y Susanna Martín (Norma, 2019), y ha publicado crónicas en los medios *Arainfo*, *El Salto* y *Pikara*.

Klett, Bárbara. Ingeniera (e) en Sonido por la Universidad Austral de Chile, post máster en Educación Experiencial por el Instituto Superior de Educación Experiencial de Medellín, y magíster en Desarrollo Humano por la Universidad Austral de Chile. Es diplomada en Coaching Personal y Organizacional, línea Ontológica, por la Universidad Católica de Temuco y estudiante del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH).

Koziner, Nadia. Doctora en Ciencias Sociales y Humanas, magíster en Ciencias Sociales y Humanidades con mención en comunicación por la Universidad Nacional de Quilmes, y licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires. Realizó un posdoctorado en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Es profesora de grado y posgrado en la Universidad de Buenos Aires, de posgrado en la Universidad Nacional de Tres de Febrero y en la Universidad Nacional de Jujuy, y profesora invitada en el Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH). Es investigadora del Programa Industrias Culturales y Espacio Público: Comunicación y Política en la Argentina en la Universidad Nacional de Quilmes e investigadora asistente del Conicet.

Lara Laguna, Karla. Máster en Marketing y Comunicación por la Universidad de Valencia y licenciada en Comunicación Social con mención en Radio y Televisión por la Universidad Centroamericana de Nicaragua. Es directora del Departamento

de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Centroamericana de Nicaragua y de Radio Universidad. Sus áreas de interés son la comunicación integral, la producción audiovisual, la comunicación política, los medios de comunicación, la libertad de expresión y la regulación audiovisual.

Lepe-Carrión, Patricio. Doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, con estudios de posdoctorado en la Universidad de Sao Paulo y en la Universidad de la Frontera. Es investigador del Núcleo de Ciencias Sociales y Humanidades, docente del claustro académico del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH) y docente colaborador en el Magíster en Comunicación de la Ufro. Es autor del libro *El contrato colonial de Chile. Ciencia, racismo y nación* (Abya-Yala, 2016).

Maldonado Rivera, Claudio Andrés. Licenciado en Educación, profesor de Lenguaje y Comunicación, y magíster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de la Frontera, y doctor en Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Realizó una investigación postdoctoral en el Programa Avanzado de Cultura Contemporánea de la Universidad Federal de Río de Janeiro y es académico adscrito al Departamento de Lenguas de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Católica de Temuco, miembro del comité académico del Magíster y del Doctorado en Estudios Interculturales, e investigador adscrito al Núcleo de Estudios Interétnicos e Interculturales de la misma universidad.

Marroquín Parducci, Amparo. Profesora del Departamento de Comunicación y Cultura en la Universidad Centroamericana de El Salvador. Ha sido profesora invitada en Nicaragua, Ecuador, Argentina y España, entre otros países. Es parte del equipo coordinador del grupo de investigación sobre Comunicación Política y Ciudadanía para Clacso, y parte de la Junta Directiva del periódico digital *El Faro*. Sus áreas de interés son los cambios en las identidades, las culturas y las narrativas en los medios de comunicación a partir del protagonismo de los procesos migratorios y de las formas en que se nombran las violencias, en particular, aquellas que se iniciaron en la década de 1990.

Montaner Peralta, Gonzalo. Doctor en Estudios Americanos con mención en Estudios Internacionales por la Universidad de Santiago de Chile, magíster en Seguridad y Defensa por la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos de Chile, y periodista y licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad

de Viña del Mar. Ha realizado cursos en la Universidad Nacional de Defensa de Estados Unidos y en Radio Televisión Española en Madrid. Es investigador en materias de estudios internacionales y seguridad vinculadas a conflictos globales y violencia política.

Mora, Aura Isabel. Doctora en Comunicación por la Universidad de La Plata y comunicadora social por la Universidad Central de Colombia. Es directora del Centro de Investigación y Formación Popular CIF, y miembro de la Universidad de la Tierra y la Memoria Orlando Fals Borda. Es docente e investigadora en los programas de Maestría en Comunicación y Educación en la Cultura, y Maestría de Paz, Desarrollo y Ciudadanía en Uniminuto. En 2019 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Antonio Nariño en la Defensa de los Derechos Humanos. Ha colaborado en las publicaciones *Comunicación popular en contextos antagónicos, casos Colombia y Cuba* (Editorial Académica Española, 2019), *Re-visitación la comunicación popular como escenario estratégico de resistencia social y re-existencia política* (Uniminuto, 2018), y *Enfoque diferencial en la gestión social: investigación colaborativa en comunidades negras, indígenas y personas con discapacidad* (Corporación Universitaria Republicana, 2018).

Noreña, María Isabel. Doctoranda en Comunicación por la Universidad de La Plata, magíster en Investigación de Problemas Sociales Contemporáneos por la Universidad Central de Bogotá, y comunicadora social y periodista por la Universidad Externado de Colombia. Es profesora e investigadora de la Facultad de Ciencias de Uniminuto. Sus líneas de trabajo son la comunicación intercultural, y la comunicación y el medioambiente. Orgullosa madre de Santiago.

Olivares Jansana, Diego. Periodista por la Universidad de Concepción y doctorando en Comunicación (Ufro-UACH). Actualmente desarrolla labores de docencia, rescate patrimonial, diseño tipográfico editorial e investigación en las líneas de comunicación, memoria, patrimonio y cine, y dirige el proyecto *filmoteca.cl* para el rescate y la divulgación del cine *amateur* chileno.

Olivares Toledo, Juan Carlos. Doctor en Ciencias Humanas y magíster en Modelado del Conocimiento por la Universidad Austral de Chile, y antropólogo por la Universidad de Chile. Es académico del Instituto de Arquitectura y Urbanismo de la Facultad de Arquitectura y Artes de la Universidad Austral de Chile. Sus principales líneas de trabajo son la exploración y creación en el ámbito de la antropología poética, y las narrativas y poéticas etnográficas, las arquitecturas

vernaculares y de pueblos originarios, la etnografía de la caza de mamíferos marinos, y el estudio y la prevención de la conducta suicida en sociedades indígenas.

Paláu Cardona, Magdalena Sofía. Doctora en Estudios Científico Sociales, maestra en Ciencias Sociales y licenciada en Ciencias de la Comunicación. Es profesora numeraria en el ITESO, donde colabora como académica en el Departamento de Estudios Socioculturales y coordina el Doctorado en Estudios Científico-Sociales. Es profesora investigadora reconocida en el nivel 1 del Sistema Nacional de Investigadores de Conacyt. Fue coordinadora de la Red de observatorios de medios de comunicación del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación, y es miembro del Capítulo Jalisco de la Asociación Mexicana de Derecho a la Información y de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación. Su trabajo gira en torno a la historia y estructura de los sistemas de comunicación, la economía política de la comunicación y la cultura, la comunicación política en los procesos electorales, y los observatorios de medios.

Rey, Alicia. Profesora de español y periodista. Magíster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de la Frontera y doctoranda en Comunicación (Ufro-UACH). Desarrolla su labor académica en la Universidad Católica de la Santísima Concepción.

Rincón, Omar. Ensayista, profesor y periodista. Es profesor adjunto del Centro de Estudios en Periodismo de la Universidad de los Andes de Colombia.

Rodríguez, José Manuel. Doctor en Literatura Latinoamericana y profesor de Literatura en la Universidad de la Frontera.

Rojas Flores, Carolina. Profesora de Español por la Universidad de Concepción, magíster en Comunicación por la Universidad Austral de Chile y doctoranda en Comunicación (Ufro-UACH). Su línea de investigación se centra en la semiótica de la cultura y los estudios decoloniales para el análisis de textos coloniales. Ha ejercido la docencia en diversos ámbitos de la educación y en los últimos seis años se ha dedicado a la gestión cultural y la gestión universitaria.

Rojas Sánchez, Camila. Socióloga por la Pontificia Universidad Católica de Chile, magíster en Política y Gobierno por la Universidad Diego Portales y doctoranda en Comunicación (Ufro-UACH). Actualmente trabaja en la Dirección de Equidad de Género de la Universidad de la Frontera.

Román Carreño, María Jesús. Licenciada en Artes Visuales y magíster en Artes con mención en Artes Visuales por la Universidad de Chile. Es artista visual y profesora de arte. Ha realizado exposiciones en diversos lugares, como el Museo de Arte Contemporáneo, la Galería Gasco, la Galería de Arte CCU, el Centro Cultural La Moneda y la Galería Emilio Vaisse, en Santiago; la Galería A Gentil Carioca en Río de Janeiro; Franqueados en Madrid; el Museo del Convento Santo Domingo de Qorikancha en Cusco; el Museo de Arte Contemporáneo de Valdivia; el Centro de Extensión Cultural Municipal de Ovalle; y Bienalsur en Tucumán. Ha sido profesora en la Universidad Austral de Chile, la Universidad de Chile y la Universidad Andrés Bello, entre otras.

Sabia, Saïd. Catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Fez. Ha sido profesor en la Universidad Al-Akhawayn en Ifrane, en la Universidad Euro-Mediterránea de Fez y decano de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de esa misma universidad. Dirigió programas de doctorado, maestrías, licenciaturas y cursos de verano en universidades marroquíes e internacionales, donde actualmente es profesor invitado. Es presidente honorario de la Asociación de Hispanistas Árabes de la que fue miembro fundador y primer presidente. Es congresista, ponente, traductor, autor y coautor de varios libros y artículos sobre literatura hispanoamericana, didáctica universitaria y literatura marroquí en lengua española.

Salinas, Claudio. Doctor en Estudios Latinoamericanos, magíster en Comunicación Política, periodista y licenciado en Historia. Es profesor asociado e investigador del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile. Sus campos de investigación son la comunicación política y el cine chileno y latinoamericano. Entre sus libros están *La impostura crítica. Desventura de la investigación en comunicación* (Historia Social, 2019), *La mirada obediente. Historia nacional en el cine chileno* (Universitaria, 2017), *La butaca de los comunes* (Cuarto Propio, 2013), *Historia del cine experimental en la Universidad de Chile* (Uqbar, 2008), y *La modernidad sucia. Melodrama y experiencia en el cine argentino y colombiano de fin de siglo* (Ceibo, 2015).

Sánchez Jiménez, Antonio. Doctor por la Universidad de Salamanca y por la Universidad de Brown. Se especializa en literatura española de la Edad Media y del Siglo de Oro, particularmente en la obra poética de Lope de Vega. Es catedrático y director del Instituto de Lenguas y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Neuchâtel. Entre sus libros están *Lope: el verso y la vida* (Cátedra, 2018),

Leyenda Negra: la batalla sobre la imagen de España en tiempos de Lope de Vega (Cátedra, 2016), *Saavedra Fajardo y la Confederación Helvética* (Reichenberger, 2014), *El pincel y el Fénix* (Iberoamericana, 2011), *Lope pintado por sí mismo* (Tamesis, 2004) y *El Sansón de Extremadura* (Juan de la Cuesta, 2004).

Sierra Caballero, Francisco. Catedrático de Teoría de la Comunicación en la Universidad de Sevilla y director de la Sección de Comunicación y Cultura de la Fundación de Investigaciones Marxistas. Preside la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura, y es miembro activo de la Red Transform de la UE, y de la Asociación Española de Investigación en Comunicación. Ha dirigido Ciespal, y fundado y presidido Confibercom. Es autor de *Políticas de comunicación y educación. Crítica y desarrollo de la sociedad del conocimiento* (Gedisa, 2006), *Introducción a la comunicología* (ACCI, 2019), y *Marxismo y comunicación. Teoría crítica de la mediación social* (Siglo XXI, 2020). Dirige el Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social, y forma parte del Instituto Andaluz de Investigación en Comunicación y Cultura.

Stange, Hans. Doctor en Filosofía, Estética y Teoría del Arte, periodista y escritor. Ha sido profesor e investigador en las universidades de Chile, de Santiago de Chile, del Desarrollo y Santo Tomás, y profesor invitado en la Universidad de la Frontera. Fue colaborador en las revistas *Rocinante* y *Lat.33*, el semanario *La Nación Domingo* y el suplemento *Cultura de La Tercera*. Integra grupos de trabajo en Clacso, el Comité Académico del Magíster en Cine Documental de la Universidad de Chile y es editor de la revista *Primer Plano*. Entre sus libros están *La impostura crítica. Desventuras de la investigación en comunicación* (Comunicación Social, 2019), *La mirada obediente. Historia nacional en el cine chileno* (Universitaria, 2017), y *La butaca de los comunes. La crítica de cine y los imaginarios sobre la modernidad en Chile* (Cuarto Propio, 2013).

Valdivia, Pablo. Catedrático y presidente de Literatura y Cultura Europea y director del Centro de Estudios de Artes y Sociedad de la Universidad de Groningen. Es director académico de la Escuela Neerlandesa de Investigación para Estudios Literarios y asesor científico experto en Ciencias Sociales y Humanidades para el Instituto de Estudios Avanzados de los Países Bajos y la Real Academia Neerlandesa de las Artes y las Ciencias, además de investigador en la Escuela de Ingeniería y Ciencias Aplicadas John A. Paulson de Harvard. Recientemente ha sido nombrado Fellow en Innovación Universitaria en Laspau, afiliada con la Universidad de Harvard.

Vera Urra, Marcela. Licenciada en Comunicación Social, periodista, y profesora de Historia, Geografía y Educación Cívica por la Universidad Austral de Chile. Es diplomada en Gestión Municipal para el Desarrollo Humano Territorial por la Universidad de la Frontera y doctoranda en Comunicación (Ufro-UACH). Durante quince años se desempeñó como secretaria municipal en la Municipalidad de La Unión, y actualmente cumple labores en la Unidad Académica del Centro de Educación Continua de la Universidad Austral de Chile y participa en diversos proyectos de investigación.

Veres, Luis. Profesor titular en el Departamento de Teoría de los Lenguajes de la Universidad de Valencia. Es autor de las novelas *El hombre que tuvo una ciudad* (Ediciones del Bronce, 1998), *El cielo de cemento* (Ediciones del Bronce, 2000), *La casa del fin del mundo* (Denes, 2013) y *Las voces amarillas* (Amarante, 2019), y de los ensayos *La narrativa del indio en la revista Amauta* (Universidad de Valencia, 2001), *Periodismo y literatura de vanguardia en América Latina* (Universidad San Pablo, 2003), *La retórica del terror* (Ediciones de la Torre, 2006), *Los reyes y el laberinto. Sobre Borges, Lugones y otros ensayos* (Biblioteca Valenciana, 2007), *Entre la Cruz y la Media Luna* (Ediciones de la Torre, 2007), *El sentido de la metaficción: de Woody Allen a Roberto Bolaño* (Biblioteca Nueva, 2015), *Cine documental y criminalización indígena* (Ediciones Ufro, 2015), *Los lenguajes del terrorismo* (Tirant, 2017), y *Las Brigadas Rojas y el cine* (Tirant, 2017).

Vidal-Sepúlveda, Martha. Profesora de Historia y Geografía por la Universidad de Concepción y magíster en Desarrollo Curricular y Proyectos Educativos por la Universidad Andrés Bello. Es estudiante del Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH). Sus líneas de investigación son el comportamiento de consumo en los medios digitales a través de la búsqueda de información, los patrones de búsqueda de noticias, los criterios de calidad de los medios, y la influencia del pensamiento crítico en la conducta de los lectores jóvenes de noticias.

Vieira Ouriques, Evandro. Director del Centro de Teoría Psicológica y Terapia Filosófica de la Escuela de Comunicación de la Universidad Federal de Río de Janeiro y profesor invitado en el Doctorado en Comunicación (Ufro-UACH). Politólogo, periodista, diseñador, curador y conservador de obras de arte, gestor cultural y terapeuta clínico con una base analítica, corporal y energética. Es director de la Colección de Teoría Psicológica, un proyecto de coedición entre la Universidad de la Frontera, la Universidad Federal de Río de Janeiro, la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad de Oporto y la Universidad de Groningen.

Vilches, Lorenzo. Catedrático emérito de la Universidad Autónoma de Barcelona. Es profesor invitado en diversas universidades de Latinoamérica, consultor internacional en el campo del cine y la televisión, y autor de numerosas publicaciones.

Viscardi, Ricardo. Diploma de Habilitación a la Dirección de Investigaciones en Filosofía por la Universidad de París VIII, y doctor en Historia y Crítica de Ideologías, Mitos y Religiones por la Universidad de París X Nanterre y la Escuela Práctica de Altos Estudios. Fue director de Ciencias de la Comunicación en la Universidad de la República de Uruguay y actualmente es investigador asociado de la Universidad de París VIII y de la Red Latinoamericana de Teorías Críticas de la Comunicación.

Wagner, Valeria. Colabora en los programas de Estudios Hispánicos, de Literatura Comparada y de Estudios de Género de la Universidad de Ginebra. Sus áreas de enseñanza son la literatura hispánica colonial, las literaturas interamericanas contemporáneas (relatos de migración, exilio y mestizaje), los géneros populares (ciencia ficción y novela policial), y las teorías de la literatura y la cultura. Se interesa en la articulación entre formas literarias e imaginarios políticos, y en los tratamientos literarios de los discursos ecológicos. Actualmente trabaja sobre dos proyectos relacionados: uno sobre la ambivalencia contemporánea hacia los relatos, y otro sobre conversiones y resignificaciones de restos, desperdicios y excedentes.

Zunino, Esteban. Doctor y magíster en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes, y licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires. Realizó un posdoctorado en Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Córdoba y una especialización en Derechos Humanos y Estudios Críticos del Derecho en Clacso. Es docente de grado y posgrado en la Universidad Nacional de Cuyo, donde dirige el Observatorio de la Comunicación, y en diferentes universidades nacionales e internacionales. Fue vicepresidente de la Federación Argentina de Carreras de Comunicación Social, y actualmente integra su Comisión Directiva. Es investigador del Conicet y director titular de la Región Cono Sur de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social.



Este libro fue compuesto por el equipo de
Ediciones Universidad de la Frontera durante
el confinamiento del invierno de 2020.

Para los textos del interior se utilizó la fuente Skolar Latin,
diseñada por David Březina. En la portada se usó Libertad,
del tipógrafo Fernando Díaz.

ISBN: 978-956-236-384-6



9 78 956 2 36 384 6